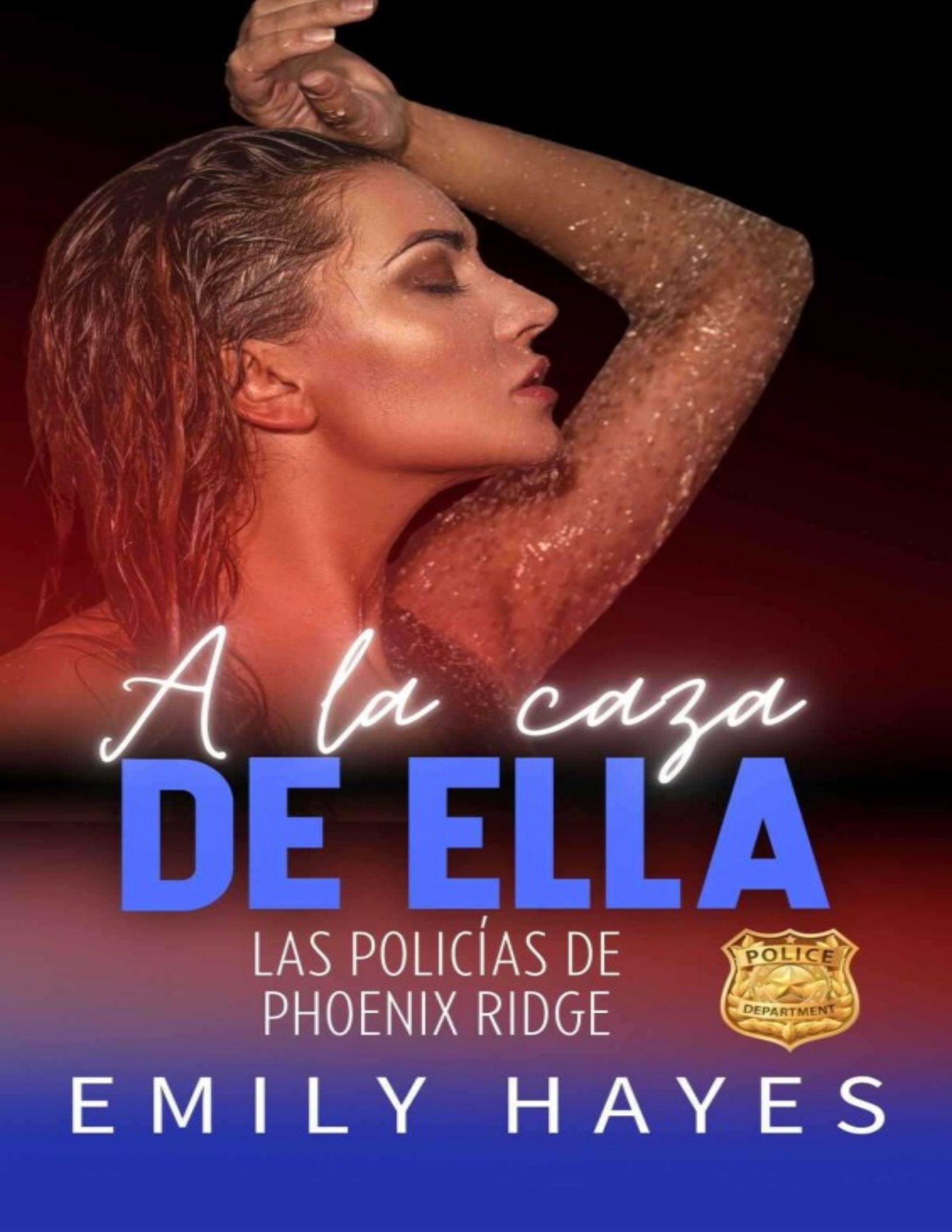


A la caza DE ELLA

LAS POLICÍAS DE PHOENIX RIDGE

EMILY HAYES

A LA CAZA DE ELLA

LAS POLICÍAS DE PHOENIX RIDGE
LIBRO 2

EMILY HAYES

ÍNDICE

Una nota de Emily 💔 (Advertencia de contenido)

1. Eve
2. Reagan
3. Eve
4. Reagan
5. Eve
6. Reagan
7. Eve
8. Reagan
9. Eve
10. Reagan
11. Eve
12. Reagan
13. Eve

Epílogo

Postfacio

UNA NOTA DE EMILY 💖 (ADVERTENCIA DE CONTENIDO)

Hola, querido/a lector/a:

Antes de que te sumerjas en este libro, quiero tomarme un momento para ofrecerte una pequeña advertencia de contenido, porque tu comodidad y tu bienestar son siempre lo primero.

Este libro contiene referencias (sin entrar en detalles) a temas como los siguientes:

- Abuso sexual, agresión, trata de personas y violencia contra las mujeres
- Suicidio (se menciona, pero no se describe)
- Violencia, como es de esperar en una historia centrada en el crimen

Estos temas forman parte del mundo en el que se mueve la capitana Eve Morgan y de la justicia por la que lucha la justiciera Raegan Shaw. En Phoenix Ridge, los *malos* siempre rinden cuentas, y las *buenas*, valientes, amables y brillantes mujeres del Departamento de Policía de Phoenix Ridge siempre ganan al final. ❤️

Sé que algunos de estos temas pueden ser duros, y lamento mucho si alguno de ellos te resulta difícil. Por favor, cuídate, sea como sea que eso se manifieste. Te mereces delicadeza, seguridad e historias que te empoderen.

Mis libros siempre terminan con esperanza, sanación y finales felices, porque creo que todos nos lo merecemos. 💫

Con cariño,

Emily 💕

1

EVE

La llamada llegó exactamente a las 6:17, en el preciso instante en que la capitana Eve Morgan se llevaba la taza de café a los labios. La vibración contra la mesa de cristal rasgó la quietud matutina como una cuchilla.

Otro cadáver. Otro mensaje. Otro fracaso del sistema que he jurado defender.

Pasaron tres segundos antes de que Eve se permitiera coger el teléfono. Tres latidos de una paz preciosa antes de que el día la devorara por completo.

Pero primero, el amanecer. Siempre el amanecer.

Violentas franjas carmesíes y doradas se abrían paso a zarpazos entre las nubes sobre Phoenix Ridge, como si el mismísimo cielo sufriera una hemorragia sobre el horizonte. Eve permanecía inmóvil en su balcón, con el café intacto calentándole las palmas de las manos contra el frío de octubre que entraba desde la bahía, arrastrando la salmuera y el tenue olor a diésel de los barcos pesqueros que ya se hacían a la mar. La ciudad se extendía ante ella, un testimonio de las mujeres ambiciosas que habían labrado la civilización en este paisaje espectacular donde acantilados escarpados se precipitaban sobre aguas turquesas, donde densos

pinares trepaban por las montañas del norte y donde el desierto de tonos cobrizos se extendía sin fin hacia el este.

Su ático ofrecía una vista inigualable: los famosos acantilados de Phoenix al oeste, que ardían con la luz matutina convirtiendo sus paredes de piedra caliza de sesenta metros en oro fundido; las aguas turquesas de la bahía de la Sirena, que se extendían hacia el horizonte ya salpicadas por los triángulos blancos de los primeros veleros; y las relucientes agujas de cristal del centro, que se alzaban entre su edificio y el paseo marítimo. El faro montaba guardia en el extremo de la península norte, su torre blanca destacando contra el cielo del alba, un recordatorio de las mujeres que, en busca de independencia, habían fundado esta ciudad un siglo y medio atrás.

Eve inspiró hondo, llenando sus pulmones de aire fresco y saboreando aquellos últimos momentos de calma antes de que el peso de su placa la oprimiera por completo. Aquellos rituales matutinos —el café preparado con precisión (una cucharada rasa de café molido por cada ciento setenta mililitros de agua filtrada, infusionado durante exactamente cuatro minutos a casi noventa y seis grados, y luego filtrado de nuevo), la observación del amanecer, la preparación mental— eran los cimientos que la mantenían firme en un mundo que era de todo menos estable. El ritual era una fortificación contra el caos, un muro que había construido piedra a piedra a lo largo de los años.

Cuarenta años, y había pasado casi la mitad de su vida al servicio del Departamento de Policía de Phoenix Ridge. Tercera generación de policías: su abuela, una de las primeras mujeres del cuerpo en los años cincuenta; su madre, que llegó a ser subjefa antes de jubilarse. La idea le provocó una tensión familiar en la mandíbula, un músculo que se flexionaba bajo la piel tersa. Su madre diría que en esa tensión cargaba con el peso del legado familiar. Aunque Eve llevaba meses sin hablar con ella, no desde la discusión sobre su «incapacidad para mantener relaciones significativas».

La cicatriz invisible de su corazón latió una vez, un dolor fantasma de una herida antigua. Diez años. Diez años desde que se había sentido completa. Diez años desde Reagan Shaw.

Dejó la taza sobre la inmaculada mesa de cristal —no necesitaba posavasos, limpiaría cualquier cerco antes de irse— y se ajustó el cuello de su camisa blanca e impecable con movimientos precisos. Su reflejo en la puerta del balcón le devolvió la imagen que necesitaba que el mundo viera: la capitana Eve Morgan, intachable con su traje sastre de color carbón, el pelo oscuro perfectamente peinado con solo un toque plateado en las sienes, la postura marcial. La profesional consumada. Nadie vería el vacío que se había instalado tras sus costillas diez años atrás y que nunca había llegado a llenarse, el espacio hueco que resonaba con cada latido.

El teléfono seguía vibrando, provocando pequeños terremotos contra el cristal, y contestó.

—Morgan —dijo con voz grave y controlada.

—Capitana. —Era la detective Valerie Rhodes, su investigadora de homicidios más prometedora. Algo en el tono de la joven —una tensión, una urgencia— hizo que Eve se irguiera aún más—. Ha habido otro.

Eve no necesitó que se lo aclarara. El justiciero. Tres semanas, dos muertes de gente importante, ambos hombres muy malvados que se habían librado de la justicia por tecnicismos y contactos. Ambos ejecutados con precisión imparcial.

—¿Dónde? —Ya estaba en movimiento, el café olvidado, cogiendo su placa y su arma reglamentaria de la caja de seguridad que tenía junto a la cama. El peso de la pistola le resultaba familiar, reconfortante: un metal frío que se calentaba con su contacto mientras comprobaba la recámara con una eficiencia mecánica.

—En la residencia del juez Harmon en Prosperity Heights. Herida de bala, estilo ejecución. Entrada limpia por la frente. —Rhodes bajó la voz—. Y, capitana, han dejado pruebas. Parecido a la escena de Peterson. Una memoria USB pegada a su pecho. Documentos físicos dispuestos alrededor del cuerpo.

A Eve se le cortó la respiración. Pruebas cuidadosamente escenificadas para que las encontrara la policía. No las caóticas secuelas de la ira, sino el calculado mensaje de un juicio. Un asesino que quería que el mundo supiera por qué aquellos hombres merecían su destino.

—Asegure la escena. Equipo completo. Quiero a Rivera en criminalística y a Mendez conteniendo a los medios. Llego en veinte minutos. —Eve finalizó la llamada y se guardó el móvil en el bolsillo, su mente ya filtrando procedimientos, posibilidades y conexiones.

Lanzó una última mirada al amanecer, cuya belleza ahora parecía una broma cruel ante el día que se desplegaba ante ella. Otro hombre poderoso muerto. Otro asesinato de una pulcritud imposible. Otro mensaje dejado a su paso por el justiciero. De repente, el aire en sus pulmones se sintió pesado, cargado con algo que sabía a una comprensión prohibida.

Eve encerró sus emociones bajo llave, una por una, como si cerrara las cajas de seguridad que cubrían las paredes del Phoenix Ridge National Bank. El miedo, la ira y el inquietante susurro de admiración de que aquel justiciero estaba logrando lo que el sistema judicial a menudo no conseguía. Cada una asegurada tras una máscara profesional tan impenetrable como las propias puertas de la cámara acorazada.

Se puso la americana, ajustándosela sobre unos hombros que ya soportaban el peso invisible de las expectativas de una ciudad, y se dirigió a la puerta. La taza de café quedó abandonada, con el vapor aún elevándose como un fantasma a su paso, la superficie del líquido oscuro perfectamente inmóvil…, a diferencia del día que la aguardaba, que no prometía más que turbulencias.



La residencia del juez Malcolm Harmon se alzaba en el punto más alto de Prosperity Heights, una fortaleza modernista de cristal y piedra que dominaba el perfil de la ciudad al borde de los acantilados. Para cuando Eve llegó, la carretera privada que conducía a la mansión ya estaba atascada de vehículos del departamento y las inevitables furgonetas de la prensa, con los reporteros sujetos al perímetro por la cinta amarilla de la escena del crimen y las miradas firmes de los agentes uniformados.

Eve aparcó su todoterreno negro del departamento detrás de la furgoneta del forense e hizo una pausa para observar el circo que se estaba montando a través de los cristales tintados. El sol de la mañana destellaba en los objetivos de las cámaras, ojos hambrientos que buscaban la instantánea perfecta de la tragedia para saciar el apetito de escándalo de la ciudad. Se enderezó la americana, se tocó la placa que llevaba en la cadera como si fuera un talismán y se adentró en el tumulto.

—¡Capitana Morgan! —le espetó un reportero, acercándole un micrófono a la cara—. ¿Es cierto que el asesinato del juez Harmon está relacionado con los otros crímenes del justiciero?

La mirada de Eve podría haber congelado la bahía en pleno agosto. —El Departamento de Policía de Phoenix Ridge emitirá un comunicado oficial una vez que hayamos completado la investigación inicial —su voz transmitía esa autoridad serena que le había granjeado tanto el respeto como el apodo de «La Norma» entre sus agentes. Sin exceso de emoción, sin pánico, solo competencia.

Atravesó el caos con paso decidido hasta que la detective Valerie Rhodes la interceptó al borde de la propiedad, tableta en mano. La joven llevaba el pelo oscuro y rizado recogido en un moño severo y su expresión era grave.

—Los medios están en pleno festín —dijo Rhodes, poniéndose a la altura de Eve—. Alguien ha filtrado detalles sobre la colocación de las pruebas. El comisario ya ha llamado dos veces.

Eve mantuvo un rostro neutro, pero por dentro catalogó esta información. Una filtración significaba o bien descuido, o bien premeditación. Ninguna de las dos opciones auguraba nada bueno. —Póngame al corriente.

Cruzaron el cuidado césped, pasando junto a grupos de técnicos forenses que catalogaban el impecable exterior. La puerta de la casa del juez estaba abierta, custodiada por la agente Mendez, una novata prometedora cuya postura se enderezó visiblemente cuando Eve se acercó.

—Capitana —la saludó con un respetuoso asentimiento de cabeza.

Dentro, la casa se abría a un atrio altísimo donde la luz del sol entraba a raudales a través de paredes de cristal para iluminar un espacio que debería haber parecido abierto, pero que, en cambio, oprimía con el peso de la tragedia. Los suelos de mármol relucían, reflejando los movimientos resueltos del equipo de investigación mientras fotografiaban, medían y recogían pruebas.

—El juez Harmon fue encontrado por su ama de llaves a las 5:43 de esta mañana —explicó Rhodes, guiando a Eve a través del gran salón—. Gabriela Suarez. Veinte años a su servicio. Devastada, pero coherente. Dice que llegó para preparar el desayuno y lo encontró en su despacho. La puerta no estaba cerrada con llave y la alarma fue desactivada con el código correcto.

—¿Grabaciones de seguridad?

—El sistema estuvo desactivado entre las 2:17 y las 2:42 de la madrugada. Un trabajo limpio, profesional.

Llegaron a la puerta del despacho, donde la doctora Isabella Rivera, la jefa de investigación forense del departamento, dirigía a su equipo con la precisión de una directora de orquesta. Levantó la vista cuando Eve entró, su pelo negro con vetas plateadas enmarcaba unos pómulos afilados y unos ojos a los que no se les escapaba nada.

—Capitana —saludó Rivera—. Va a querer ver esto.

El despacho era un monumento al poder masculino: libros encuadernados en piel, obras de arte caras, un escritorio del tamaño del apartamento de algunos agentes. El juez Malcolm Harmon estaba sentado en su sillón de cuero de respaldo alto, con los ojos abiertos en eterna sorpresa y un único orificio de bala exactamente en el centro de la frente. La sangre se había secado formando un halo macabro en el cuero tras él.

Eve se acercó con pasos medidos, absorbiendo cada detalle. El juez vestía un batín de seda sobre el pijama, lo que sugería que lo habían despertado o que nunca se había acostado. Un vaso con unos dos centímetros de líquido ambarino reposaba sobre el escritorio junto a una pila de documentos. Y sobre su pecho, meticulosamente pegada con cinta adhesiva a su batín de seda, había una memoria USB.

—La causa de la muerte es evidente —dijo Rivera, haciendo un gesto con una mano enguantada—. Una sola herida de bala, de pequeño calibre, probablemente de punta hueca por el orificio de salida. Hora de la muerte entre las 2:20 y las 2:40 de la madrugada, lo que coincide con la brecha de seguridad.

Eve rodeó el escritorio, observando la precisa disposición de los documentos que rodeaban el cuerpo. Transcripciones judiciales. Informes policiales. Fotografías de una mujer con moratones. Expedientes médicos.

—Jillian Harmon —aclaró Rhodes, siguiendo la mirada de Eve—. La tercera esposa del juez. Pidió el divorcio hace ocho meses, alegando violencia doméstica. El caso fue desestimado por falta de pruebas y por vicios de forma.

—Los vicios de forma fueron que sus pruebas desaparecieron misteriosamente del expediente judicial —añadió Rivera, con voz clínicamente distante, pero con una ira apenas contenida brillando en sus ojos.

Eve estudió la meticulosa colocación de las pruebas, la calculada puesta en escena. No era un crimen pasional. Era una declaración de intenciones, un ajuste de cuentas público.

—¿Y la memoria USB? —preguntó.

Rhodes le entregó una tableta. —Ya la hemos descargado y verificado. Contiene grabaciones de las cámaras de seguridad de la casa de los Harmon. Muestran al juez agrediendo a su mujer en múltiples ocasiones. También registros financieros que indican pagos sustanciales a los fiscales y funcionarios judiciales que llevaban su caso.

Eve apretó la mandíbula. —¿La cadena de custodia de estas pruebas?

—Impecable —confirmó Rivera—. Todo se ha documentado desde el momento en que llegamos.

Una agente uniformada apareció en la puerta, con el rostro tenso. —¿Capitana Morgan? Acaba de llegar la alcaldesa Amelia McAllister. Exige hablar con usted de inmediato.

Eve asintió una vez y le devolvió la tableta a Rhodes. —Complete la documentación de la escena del crimen. Quiero un análisis forense

completo, un puerta a puerta en el vecindario y una investigación a fondo de todo el mundo relacionado con el caso de maltrato del juez. Nadie duerme hasta que tengamos algo concreto.

Cuando Eve se disponía a marcharse, Rhodes la miró a los ojos. —¿Capitana? Hay algo más. —Bajó la voz, asegurándose de que solo Eve pudiera oírla—. La tarjeta de visita. Era la misma que en la escena del crimen de Peterson.

Eve se quedó inmóvil. —Enséñemela.

Rhodes la llevó hasta una pequeña bolsa de pruebas en la mesa de trabajo de Rivera. Dentro había un trozo de cartulina gruesa de color crema, del tamaño de una tarjeta de visita. Con una letra elegante, ponía: «El sistema falló. Yo no». Y debajo, un emblema estilizado de un fénix resurgiendo de las llamas.

Los músculos de los hombros de Eve se tensaron como cables de acero. Diez años en el cuerpo y nunca había visto a un justiciero como este; era metódico y preciso, y dejaba pruebas incriminatorias que convertían a la víctima en el verdadero criminal. Era obra de alguien que entendía íntimamente tanto la justicia como los fallos del sistema.

La obra de alguien entrenado.

—No incluya esto en el informe para los medios —ordenó Eve en voz baja—. Esto se queda solo para el equipo de investigación.

Algo se movió en las sombras de su memoria: una conversación de hacía años, una voz que había intentado olvidar argumentando que a veces el sistema necesitaba ayuda para impartir verdadera justicia. Desechó el pensamiento antes de que pudiera formarse del todo.

Cuando Eve salió del despacho, la alcaldesa McAllister estaba en el vestíbulo, impecable con un traje sastre de color burdeos a pesar de la hora temprana, con su pelo castaño peinado en un bob perfecto. Su expresión era una cuidada máscara de preocupación, pero Eve reconoció el cálculo en sus ojos. Otro asesinato de alto perfil bajo su mandato y con otro año electoral acercándose.

Eve enderezó los hombros y se acercó, sintiendo de pronto que el peso de la placa le resultaba más pesado contra la cadera.

La llegada de la alcaldesa Amelia McAllister había complicado una escena del crimen ya de por sí delicada. Tras veinte minutos de tópicos políticos y directrices apenas veladas sobre cómo manejar el caso con la «debida discreción», Eve se había escabullido con la promesa de mantener informada a la alcaldía.

—Vuelvo a la central —le dijo Eve a la detective Rhodes, subiendo a su todoterreno del departamento—. Procese todo y nos vemos allí para la reunión informativa.

El trayecto desde Prosperity Heights hasta el centro duraba quince minutos por una carretera que serpenteaba desde los acantilados hacia el puerto. Eve aprovechó el tiempo para procesar lo que habían encontrado: la meticulosa puesta en escena y las pruebas condenatorias. Tres víctimas en cuatro semanas, todos hombres poderosos, todos con acusaciones de violencia contra mujeres, todos asesinados con la misma precisión y tarjeta de visita.

Cuando Eve aparcó en su plaza reservada, el móvil le vibró con un mensaje de la jefa de policía Hannah Brooks solicitando un informe inmediato. La maquinaria política ya se había puesto en marcha.

La sede del Departamento de Policía de Phoenix Ridge se erguía en el centro de la ciudad como un centinela resplandeciente, con su fachada de cristal reflejando el sol de última hora de la mañana. La arquitectura moderna del edificio —todo líneas limpias y espacios abiertos— se presentaba como una manifestación física de la transparencia, la accesibilidad y los valores progresistas de la ciudad. Pero ese día, mientras Eve cruzaba las puertas correderas para entrar en el atrio, el espacio bullía con una tensión que contradecía su diáfano diseño.

Las agentes se apartaban a su paso como el agua ante la proa de un barco, y sus conversaciones se convertían en susurros ahogados cuando pasaba. Las noticias volaban en un departamento compuesto enteramente por mujeres; más rápido aún cuando la víctima era tan prominente como el juez Harmon. Eve sintió el peso de sus miradas, las preguntas tácitas, el sutil cambio en el ambiente que acompañaba a un caso que amenazaba con convertirse en algo más que una simple investigación.

Pulsó el botón del ascensor con más fuerza de la necesaria; la reunión de esa mañana con la alcaldesa McAllister todavía le ardía por dentro. Las palabras de la alcaldesa resonaban en su mente: —*Ocúpese de esto rápida y discretamente, capitana. Se acerca un año electoral y no podemos permitirnos otro circo mediático sobre hombres poderosos cazados por una justiciera en nuestras calles.*

Como si la justicia pudiera —o debiera— operar con un calendario político.

Las puertas del ascensor se abrieron en la tercera planta y Eve entró en la división de investigación. La sala de inspectores bullía de actividad: agentes frente a las pantallas de sus ordenadores, teléfonos sonando, el movimiento constante de una investigación activa en pleno apogeo. En el centro se encontraba la pizarra digital de investigación, cuya enorme pantalla mostraba en ese momento el retrato oficial del juez Harmon junto a fotografías de la escena del crimen y registros de pruebas.

—Atención —dijo Eve, y su voz se abrió paso entre el ruido—. Sala de reuniones. Cinco minutos. Todo el equipo.

La inspectora Caroline Foster se acercó mientras las demás empezaban a reunir su material. Alta y espigada, con el pelo castaño muy corto y unos ojos inteligentes que lo veían todo, Caroline se había trasladado desde la División del Puerto hacía seis meses. Su intuición era tan aguda como su mente analítica, lo que la convertía en una estrella en ascenso en el departamento.

—Capitana —saludó a Eve, con una tableta en la mano—. Acaban de llegar los informes forenses preliminares de la doctora Rivera. Balística confirma que es la misma arma utilizada en el asesinato de Peterson. Nueve milímetros, carga personalizada, disparada a unos ocho centímetros de distancia, a modo de ejecución.

Eve asintió, asimilando la información mientras caminaban hacia la sala de conferencias de paredes de cristal que ocupaba la esquina de la planta.

—¿Y el sistema de seguridad? Tenían el código.

—Lo desactivaron profesionalmente. Quienquiera que lo hiciera conocía el sistema a la perfección, no solo la marca y el modelo, sino la instalación específica.

—Información interna —reflexionó Eve—. O una vigilancia exhaustiva.

—Hay algo más —la voz de Caroline bajó ligeramente—. Estaba cruzando el historial de casos del juez Harmon con los negocios del director ejecutivo Peterson. Formaron parte juntos de tres consejos de administración y eran socios del mismo club de campo. Está surgiendo un patrón.

La mirada de Eve se agudizó.

—¿Qué clase de patrón?

—Ambos hombres tenían múltiples denuncias de violencia contra mujeres en su pasado. Ambos tenían casos desestimados por tecnicismos o «mala gestión» de las pruebas. Ambos hicieron donaciones sustanciales a las mismas campañas políticas —Caroline hizo una pausa—. Incluida la de la alcaldesa McAllister.

El músculo de la mandíbula de Eve se contrajo una vez.

—Documéntelo todo. Que no salga de nuestro equipo por ahora.

Entraron en la sala de reuniones donde se había congregado su equipo de investigación. La inspectora Valerie Rhodes estaba de pie al frente, organizando archivos digitales en la pantalla interactiva. La especialista forense Isabella Rivera estaba sentada revisando notas, con su pelo veteado de plata cayéndole sobre la cara mientras se inclinaba hacia delante. La responsable de comunicación, Carmen Mendez, tecleaba en su tableta, probablemente vigilando la creciente cobertura de la prensa. Otras cuatro inspectoras completaban el círculo, todas mujeres, todas escogidas por Eve por su competencia y discreción.

Eve ocupó su puesto a la cabecera de la mesa, examinando al equipo reunido antes de hablar.

—Desde las 06:00 de esta mañana, estamos tratando oficialmente con un caso en serie. El juez Malcolm Harmon se convierte en la tercera víctima de lo que los medios ya han apodado «la Justiciera de Phoenix».

Hizo una seña a Rhodes, que proyectó las fotografías de la escena del crimen en la pantalla principal. Eve observó atentamente las reacciones de sus agentes: los ojos ligeramente más abiertos, los labios sutilmente apretados. No era horror por la violencia; todas

habían visto cosas peores. No, lo que detectó fue algo mucho más peligroso: comprensión. Quizá incluso aprobación.

—La justiciera está intensificando sus acciones —continuó Eve—. Tres víctimas en cuatro semanas, cada una más prominente que la anterior. Cada una asesinada de la misma manera: un único disparo, a modo de ejecución. Cada una con pruebas incriminatorias dejadas en la escena del crimen.

—Pruebas que se ha verificado que son auténticas en todos los casos —intervino la doctora Rivera, levantando la vista de sus notas —. La memoria USB de esta mañana contiene grabaciones de vídeo sin alterar del juez Harmon agrediendo a su mujer en múltiples ocasiones. Las marcas de tiempo están intactas, los metadatos verificados.

Eve lo reconoció asintiendo. —Lo que nos lleva a nuestro principal desafío. Estamos cazando a alguien que está sacando a la luz crímenes que el sistema —nuestro sistema— no ha sido capaz de castigar. —Su mirada recorrió la sala—. Que no quepa duda, esta justiciera es una asesina. Tomarse la justicia por su mano socava todo lo que defendemos, sin importar lo despreciables que hayan sido las víctimas.

Las palabras sonaron ensayadas incluso mientras las pronunciaba. Porque lo estaban. Porque tenían que estarlo.

La agente Mendez levantó la mano. —Capitana, la prensa ya lo está presentando como una especie de historia de vengadora feminista. El *hashtag* JusticiaFénix es tendencia en toda la ciudad.

—El apoyo público a la justiciera no obstaculizará esta investigación —afirmó Eve con firmeza—. Nuestro trabajo sigue siendo el mismo: hacer cumplir la ley, no las venganzas personales.

Un movimiento en la puerta captó su atención. Entró la comisaria Hannah Brooks, con un traje gris acero tan impecable como severa era su expresión. Detrás de ella estaba la detective Andrea Martinez, recién trasladada de la División Central. Eve sintió una punzada de irritación por la interrupción.

—Capitana Morgan —asintió secamente la comisaria—. Espero no interrumpir.

—Estamos en medio de una reunión informativa, comisaria —respondió Eve, manteniendo un tono neutro a pesar de la tensión que crepitaba entre ellas.

—Soy consciente. —Brooks señaló a Martinez, que estaba un poco más atrás—. La detective Martinez se unirá a su equipo de investigación, con efecto inmediato. El alcalde y yo creemos que le vendrían bien recursos adicionales en este… delicado caso.

El significado estaba claro: Martinez estaba allí para vigilar, para informar y para asegurarse de que la investigación de Eve procediera de acuerdo con los deseos de la comisaria. Eve mantuvo su máscara profesional, pero internamente, los engranajes de su mente ya se habían puesto en marcha. Un nombramiento político significaba presión política. Significaba que alguien estaba nervioso por lo que esta investigación pudiera descubrir.

—Por supuesto —dijo Eve con suavidad—. Detective Martinez, por favor, tome asiento. Estábamos repasando las conexiones probatorias entre las víctimas.

La comisaria Brooks se quedó un momento más de lo necesario, su mirada recorriendo el tablero de pruebas, el equipo reunido y, finalmente, posándose en Eve con una intensidad evaluadora. —El alcalde ha solicitado informes diarios sobre este caso, capitana. Confío en que me mantendrá informada de cualquier novedad.

Después de que la comisaria se marchara, un denso silencio se apoderó de la sala. Eve se volvió hacia su equipo y notó el sutil cambio en el ambiente, las expresiones ahora cautelosas. Llevaba suficiente tiempo trabajando con aquellas mujeres como para leer el mensaje no verbal en sus ojos: *Nos están vigilando.*

—Continuemos —dijo Eve, recuperando la atención de la sala—. Detective Rhodes, repase con nosotras la cronología. Doctora Rivera, quiero una comparación forense completa con las escenas anteriores. Detective Foster, investigue más a fondo esas conexiones que mencionó.

Mientras su equipo reanudaba sus informes, la mirada de Eve se desvió momentáneamente hacia Martinez, que había tomado asiento en el extremo de la mesa. La detective se dio cuenta de que la miraba y le sostuvo la mirada un instante de más, un reconocimiento

silencioso pasando entre ellas. Fuera cual fuera el juego que se estaba desarrollando allí, Eve ahora estaba segura de una cosa: este caso acababa de volverse mucho más complicado que la caza de un asesino.



Y en algún lugar en el fondo de su mente, un recuerdo se agitó: una voz de hacía diez años, un acalorado debate en su antiguo apartamento, una mujer de apasionados ojos azules argumentando que a veces había que saltarse el sistema para que prevaleciera la verdadera justicia.

—¿Qué pasa cuando la ley protege a unos pocos privilegiados a expensas de la mayoría, Eve? ¿Qué se hace entonces?



Eve apartó el recuerdo con fuerza, centrándose en cambio en el caso que tenía delante, en las pruebas, en los hechos; no en fantasmas de un pasado que tanto se había esforzado por olvidar.

El anochecer caía sobre Phoenix Ridge mientras el sol descendía tras los acantilados. A través de las paredes de cristal de su despacho, Eve observó la transformación de la ciudad a sus pies: las farolas cobraban vida parpadeando, las ventanas de las oficinas se oscurecían a medida que los trabajadores regresaban a sus hogares, el lejano haz del faro comenzaba su rotación nocturna sobre la bahía de la Sirena.

La división de detectives se había ido vaciando gradualmente a medida que avanzaba el día; los agentes eran enviados a seguir pistas o a casa a descansar antes del inevitable caos del día siguiente. Solo quedaba un equipo mínimo, el suave resplandor azul de las pantallas de los ordenadores iluminando sus rostros. Desde su posición elevada, Eve podía ver a la detective Caroline Foster todavía

encorvada sobre su puesto de trabajo, trazando meticulosamente las conexiones entre sus tres víctimas.

Eve se apartó de la ventana y se concentró en el mural de pruebas que había construido en su despacho. A diferencia de las pantallas digitales de la sala principal, ella prefería las representaciones físicas: fotografías clavadas en el tablero de corcho, documentos dispuestos en un orden cronológico preciso con hilo rojo que conectaba los elementos relacionados. El enfoque analógico forzaba un tipo diferente de concentración, un contacto táctil con el caso que a veces revelaba patrones que las pantallas digitales ocultaban.

Tres fotografías constituían el eje central de su panel: Reginald Sinclaire, inversor inmobiliario, hallado muerto en su ático hacía cuatro semanas. Nathaniel Peterson, director ejecutivo de Phoenix Ridge Pharmaceuticals, descubierto en su coche en el puerto deportivo dos semanas después. Y ahora, el juez Malcolm Harmon, ejecutado en su despacho esta misma mañana.

Tres hombres poderosos. Tres asesinatos al estilo de una ejecución. Tres conjuntos de pruebas incriminatorias e irrefutables dejados en el lugar del crimen.

Eve recorrió con el dedo el hilo rojo que los conectaba, su mente cribando la información recopilada a lo largo del día. La reunión informativa había revelado patrones preocupantes, no solo en la metodología del justiciero, sino también en el historial de las víctimas. Cada uno de los hombres había sido acusado de violencia contra las mujeres. Cada uno había eludido las consecuencias mediante maniobras legales, manipulación de pruebas o intimidación de testigos. Cada uno tenía conexiones con la estructura de poder de Phoenix Ridge.

Y según la investigación preliminar de Caroline Foster, todos habían formado parte de al menos un consejo de administración con los otros, lo que sugería una red social que iba más allá de la de unos simples conocidos.

El teléfono de Eve vibró sobre su escritorio. La comisaria Hannah Brooks otra vez, la cuarta llamada desde la reunión de la mañana. Eve dejó que saltara el buzón de voz; necesitaba esos momentos de

calma para analizar sin interrupciones. La insistencia de la comisaria en la «contención» y su asignación de la detective Martinez al caso decían mucho de la presión política que se estaba acumulando en torno a esta investigación.

Cogió el expediente del caso del juez Harmon y hojeó las fotografías de las pruebas dispuestas alrededor de su cuerpo. La cuidadosa colocación sugería a alguien con conocimientos tanto de escenas del crimen como de procedimientos judiciales; las pruebas estaban expuestas como si fueran para un jurado, contando una historia que el sistema legal había silenciado.

La mirada de Eve se detuvo en el emblema del fénix hallado en cada escena. No era el ave estilizada utilizada en el sello oficial de la ciudad, sino algo más oscuro, más primitivo: una criatura de llamas y venganza que resurgía de la destrucción.

Unos suaves golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Caroline estaba en el umbral, con una tableta en una mano y una bandeja de cartón con dos vasos de café en la otra.

—He pensado que podría necesitar refuerzos —dijo, ofreciéndole a Eve uno de los vasos—. Va a ser una noche larga.

Eve aceptó el café, fijándose en la cantidad precisa de nata que enturbiaba el líquido oscuro, justo como a ella le gustaba. Foster era observadora, una cualidad que la convertía en una detective excelente y, en ocasiones, en una colega inquietante.

—¿Qué ha encontrado? —preguntó Eve, señalando la tableta.

Foster entró y cerró la puerta corredera de cristal tras de sí. —Algo que no ha llegado a la reunión informativa oficial. —Lanzó una mirada significativa hacia la sala de investigadores, donde Andrea Martinez permanecía en su escritorio, mirando de vez en cuando hacia el despacho de Eve—. He pensado que querría verlo primero en privado.

El interés de Eve se agudizó. —Enséñemelo.

Foster le pasó la tableta, que mostraba un complejo diagrama de red. —Este es un mapa de todas las conexiones de las tres víctimas: negocios, afiliaciones a clubes, donaciones políticas. El patrón obvio está aquí. —Trazó una línea con el dedo sobre varios nodos

resaltados—. Todos se movían en los mismos círculos, apoyaban a los mismos candidatos.

—Eso ya lo hemos determinado en la reunión informativa —señaló Eve.

—Sí, pero lo que no he mencionado ha sido esto. —Foster tocó la pantalla, mostrando una nueva capa de conexiones—. Los tres hombres fueron nombrados en una investigación interna secreta hace diez años. Una investigación que desapareció misteriosamente de los archivos del departamento.

Eve se quedó inmóvil, con la taza de café a medio camino de los labios. —¿Qué tipo de investigación?

—Denuncias de agresión sexual con posible manipulación de pruebas. —La voz de Foster se hizo más baja—. Hubo múltiples víctimas, todas mujeres que trabajaban para estos hombres o que habían tenido relaciones con ellos. La detective que llevaba el caso estaba construyendo un argumento de conspiración, afirmando que estos hombres, y posiblemente otros, se estaban protegiendo mutuamente, usando su influencia para enterrar las acusaciones.

Los músculos de la espalda de Eve se tensaron gradualmente. —¿Qué detective?

Foster la miró a los ojos. —Reagan Shaw.

El nombre quedó suspendido en el aire entre ellas, cargado de un significado tácito. La expresión de Eve permaneció perfectamente neutra, aunque le costó un esfuerzo considerable. Dejó el café con cuidado; el ligero temblor de su mano solo era perceptible para alguien que la observara de cerca.

—La detective Shaw desapareció hace diez años —dijo Eve, con voz contenida—. Se la dio por muerta después de que una operación encubierta saliera mal.

Eve todavía podía ver los penetrantes ojos azules de Reagan en su mente.

La mirada de Foster no vaciló. —Esa es la versión oficial, sí.

Un tenso silencio se extendió entre ellas, cargado de sobreentendidos que ninguna de las dos verbalizó. Eve fue la primera en desviar la mirada y se volvió hacia el tablón de pruebas, desde donde las tres víctimas le devolvían la mirada, con sus

secretos expuestos por un asesino que parecía saber con exactitud lo que habían hecho y cómo habían eludido la justicia.

—Esto queda entre nosotras por ahora —decidió Eve, devolviéndole la tableta a Foster—. Siga con su investigación, pero manténgala fuera de los servidores principales. Utilice el terminal seguro de la sala de archivos.

Foster asintió, comprendiendo la gravedad de la orden. —Capitana, hay algo más. —Vaciló—. He accedido a los registros del móvil del juez Harmon. En las horas previas a su muerte, recibió una llamada de la comisaria Brooks.

La mirada de Eve se agudizó. —Podría ser algo inocente. La comisaria conoce a mucha gente en el sistema judicial.

—No fue la llamada en sí lo que me llamó la atención —aclaró Foster—. Fue el hecho de que la llamada se borró del registro del teléfono del juez. Solo la encontré en los registros de la operadora.

Las implicaciones se cristalizaron en la mente de Eve como el hielo. La insistencia de la comisaria en la contención. La asignación de la detective Martinez como vigilante. El nerviosismo del alcalde en la escena del crimen. Las conexiones entre las víctimas, que habían eludido la justicia mediante maniobras legales aparentemente milagrosas.

No se trataba solo de un justiciero que iba a por maltratadores. Se trataba de una posible corrupción que alcanzaba los niveles más altos de la estructura de poder de Phoenix Ridge.

—Siga investigando —le ordenó Eve—. Pero ande con ojo. Si lo que sugiere es cierto…

—Entonces no sabemos en quién podemos confiar —terminó Foster en voz baja.



Cuando Foster se fue, Eve se volvió de nuevo hacia el tablón de pruebas y fijó la mirada en el estilizado emblema del fénix hallado en cada escena del crimen. Se llevó una mano al dedo anular izquierdo, marcado por una cicatriz; una costumbre que había adquirido

después de quitarse el anillo de Reagan hacía diez años, cuando la esperanza de encontrarla se había desvanecido por fin.

Eve abrió el cajón de su escritorio y sacó una pequeña bolsa de pruebas que había cogido de la escena del crimen esa mañana y que contenía la tarjeta de visita dejada junto al cuerpo del juez Harmon. «El sistema falló. Yo no».

La caligrafía despertó algo en su memoria, un fantasma de reconocimiento que no podía —o no quería— admitir del todo. Volvió a guardar la tarjeta en el cajón, bajo un montón de archivos donde permanecería oculta a cualquier observación casual.

Al otro lado de la ventana de su despacho, las luces de la ciudad se difuminaron mientras la noche caía sobre Phoenix Ridge. Abajo, el Distrito del Puerto brillaba con actividad: restaurantes llenos de gente, discotecas vibrando con música, barcos deslizándose por la bahía a oscuras. La vida continuaba, ajena a la tormenta que se gestaba en la mente de Eve.

Tres víctimas conectadas por la riqueza, el poder y las acusaciones de maltrato. Tres ejecuciones llevadas a cabo con precisión profesional. Tres escenas del crimen meticulosamente preparadas con pruebas que habían desaparecido de los canales oficiales hacía años.

Y en el centro de todo, una investigación de hacía una década dirigida por una detective a la que se daba por muerta.

Una detective brillante de penetrantes ojos azules.

Eve se reclinó en la silla y suspiró, sintiendo cómo el peso de la revelación se le asentaba sobre los hombros. Este caso no era solo la caza de un justiciero. Era una posible confrontación con fantasmas que había intentado enterrar desesperadamente: tanto el fantasma de una mujer a la que una vez amó como el fantasma de sus propias dudas reprimidas sobre el sistema que había jurado defender.

Cogió el teléfono, con el pulgar suspendido sobre las llamadas perdidas de la comisaria Brooks. Entonces, tomando una decisión, lo dejó sin devolverlas y en su lugar cogió la chaqueta. Lo que fuera que estuviera ocurriendo en Phoenix Ridge era más profundo que una serie de asesinatos justicieros. Si quería descubrir la verdad,

necesitaba empezar por el principio: con la investigación que había desaparecido diez años atrás, junto con Reagan Shaw.

2

REAGAN

El aire matutino le mordía los pulmones a Reagan Shaw mientras corría; sus botas marcaban un ritmo constante contra la tierra y su aliento se cristalizaba en el frío del amanecer. Allí arriba, en las montañas que dominaban Phoenix Ridge, el otoño llegaba semanas antes que en la ciudad, un recordatorio de la indiferencia de la naturaleza ante los plazos humanos. Ella agradecía el frío, la forma en que aguzaba su concentración y quemaba los vestigios de las pesadillas que la habían expulsado del sueño.

El sendero le resultaba familiar bajo sus pies, un camino desgastado por dos años de idénticas carreras matutinas —cinco millas de ida, cinco millas de vuelta—, el castigo meditativo con el que comenzaba cada día. Desde la cresta que se alzaba más adelante, toda la extensión de Phoenix Ridge se desplegaría ante ella.

Su ciudad. La que había jurado proteger. La que casi la había matado.

Reagan aminoró la marcha al acercarse al mirador, con la respiración acompasada a pesar de la agotadora pendiente. A sus cuarenta y dos años, su cuerpo seguía siendo un instrumento de precisión: esbelto, fuerte y curtido en la batalla. Las cicatrices que

cartografiaban su piel eran el registro de lecciones aprendidas, cada una un recordatorio de una vulnerabilidad superada.

El sol despuntó sobre el desierto oriental cuando llegó a la cresta, incendiando el paisaje en tonos dorados y carmesí. Abajo, Phoenix Ridge cobraba vida: barcos de pesca salpicaban la bahía, los primeros madrugadores comenzaban a llenar las arterias del centro y el haz del faro se desvanecía a medida que la luz del día lo volvía innecesario. Desde esa distancia, la ciudad parecía impoluta, su corrupción invisible a simple vista.

Pero Reagan sabía que no era así. Había visto la podredumbre que se gangrenaba bajo la fachada progresista, la red de hombres poderosos que se protegían unos a otros mientras se aprovechaban de los vulnerables. Había trazado un mapa de sus conexiones, seguido sus movimientos y documentado sus crímenes; pruebas que en su día desaparecieron de los canales oficiales y que ahora estaban guardadas a buen recaudo en su escondite de la montaña, a la espera del momento del ajuste de cuentas.

Tres han caído. Quedan cinco.

La noticia sobre el juez Harmon no tardaría en salir a la luz, si no lo había hecho ya. La idea le produjo una oleada de satisfacción en el pecho; no placer, exactamente, sino la sombría complacencia de un trabajo meticulosamente ejecutado. Otro depredador eliminado de la ecuación. Otra prueba liberada al mundo que ya no podía ser enterrada ni negada.

Reagan se apartó de las vistas y emprendió el camino de vuelta, acelerando el paso mientras descendía por el sendero hacia su cabaña. La estructura apareció ante sus ojos al tomar la última curva, un edificio engañosamente modesto de cedro y piedra erosionados por la intemperie que se mimetizaba con el bosque circundante. Unos paneles solares brillaban en el tejado orientado al sur, captando la luz de la mañana. Para un observador casual —excursionistas que de vez en cuando pasaban por aquella zona remota—, podría parecer un simple refugio, quizá propiedad de algún escritor o artista solitario en busca de aislamiento.

Nunca sospecharían que bajo el rústico exterior se ocultaba un centro de mando táctico con una seguridad que ya querrían para sí

las instalaciones militares.

Reagan se acercó por el ángulo muerto, evitando los sensores de movimiento cuidadosamente ocultos que vigilaban el perímetro, un hábito grabado a fuego por años de vigilancia. Entró por la puerta lateral y su mano buscó automáticamente el panel biométrico camuflado como el gozne de una contraventana desgastada. La cerradura se abrió con un suave clic.

En el interior, la cabaña presentaba dos caras. Las zonas comunes —una pequeña cocina americana, una zona de estar con una estufa de leña, un dormitorio sencillo— mantenían la fachada rústica. Pero detrás de una pared falsa en el armario del dormitorio se encontraba el centro neurálgico de su operación: paredes cubiertas de fotografías de vigilancia, expedientes y mapas; múltiples pantallas de ordenador que mostraban las imágenes de las cámaras de seguridad de ubicaciones estratégicas por toda la ciudad; equipos de comunicaciones que le permitían monitorizar las frecuencias policiales y de emergencias; y un arsenal de armas personalizadas guardado en un compartimento oculto bajo el entarimado.

Reagan se quitó la ropa de correr húmeda de sudor y se metió en la ducha, dejando que el agua humeante eliminara el esfuerzo de la mañana. Mientras se lavaba, sus dedos recorrieron la cicatriz irregular que se curvaba desde su hombro izquierdo hasta las costillas; un recuerdo de la noche en que todo cambió. Hacía diez años. La noche en que debería haber muerto.

La noche en que se dio cuenta de que el sistema que había jurado defender estaba diseñado para proteger a los poderosos, no a los vulnerables.

Limpia y vestida con pantalones tácticos y una camiseta térmica negra ajustada, Reagan se dirigió al centro de mando; la pared falsa se deslizó silenciosamente sobre unas guías ocultas. Encendió el sistema principal y las pantallas cobraron vida con la información más reciente: frecuencias policiales, noticias de actualidad y grabaciones de vigilancia de cámaras cuidadosamente colocadas por la ciudad.

Y ahí estaba, el cintillo de noticias de última hora en la parte inferior de la pantalla del canal local: «EL JUEZ MALCOLM HARMON, HALLADO MUERTO EN SU CASA DE PROSPERITY HEIGHTS; LA POLICÍA INVESTIGA UNA POSIBLE CONEXIÓN CON LOS ASESINATOS DEL VIGILANTE».

Reagan se permitió un momento de fría satisfacción antes de cambiar de pantalla para acceder a la cámara que había colocado con vistas a la comisaría del Departamento de Policía de Phoenix Ridge. La señal mostraba una actividad creciente, coches patrulla que iban y venían con más frecuencia de lo normal. Una furgoneta de un medio de comunicación ya se había apostado al otro lado de la calle.

Pulsó una secuencia de teclas para acceder a otra señal, esta vez de una discreta cámara colocada con una vista parcial del ático en la Lighthouse Tower. El edificio residencial más alto de Phoenix Ridge, sus apartamentos con paredes de cristal ofrecían unas vistas espectaculares de la bahía y los acantilados. Pero el interés de Reagan no estaba en el paisaje.

A través del objetivo, vislumbró un movimiento: una mujer con un traje de chaqueta que cruzaba con determinación un salón minimalista, con el teléfono pegado a la oreja. La capitana Eve Morgan, saliendo para tomar el mando de la investigación.

Los dedos de Reagan flotaron sobre el teclado mientras veía a Eve desaparecer. Algo se le retorció en el pecho, un viejo dolor que diez años no habían conseguido mitigar por completo. Llevaba todo este tiempo observando a Eve desde la distancia, siguiendo su meteórico ascenso en el cuerpo, de prometedora detective a la capitana más joven de la historia del departamento. Vio cómo levantaba muros a su alrededor, cómo se transformaba de la agente apasionada e idealista que Reagan había amado en alguien más dura, más contenida, más solitaria.

Culpa mía. Decisión mía.

Pero era necesario. Eve nunca podría haber sabido lo que Reagan había descubierto diez años atrás: la red de hombres poderosos que controlaban Phoenix Ridge desde las sombras, la profundidad de su corrupción y hasta dónde llegarían para protegerse. Los mismos

hombres que habían organizado la desaparición permanente de la detective Reagan Shaw cuando se acercó demasiado a desenmascararlos.

Casi lo consiguen.

Reagan se apartó de la pantalla que mostraba el apartamento de Eve y se centró en la pared de pruebas que había acumulado durante la última década. Fotografías de ocho hombres conectadas por hilos rojos: una representación visual de tratos comerciales, afiliaciones a clubes, contribuciones políticas y secretos compartidos. Las imágenes de Reginald Sinclaire y Nathaniel Peterson estaban ahora tachadas con precisas líneas rojas. Esa mañana, añadiría la tercera marca sobre el rostro del juez Malcolm Harmon.

Pero su atención ya se estaba desviando hacia el siguiente objetivo.

Richard Davenport, director ejecutivo de Phoenix Ridge Capital, le devolvía la mirada desde su retrato corporativo: de pelo plateado y mandíbula cuadrada, con una sonrisa que nunca le llegaba a sus fríos ojos. Debajo de su fotografía había declaraciones de tres mujeres que habían trabajado para él, cada una describiendo una agresión sexual seguida de amenazas y un despido final. Los tres casos se habían resuelto fuera de los tribunales con férreos acuerdos de confidencialidad.

Pero Reagan sabía que había más. Tenía las pruebas que habían desaparecido misteriosamente de los archivos policiales; pruebas que haría públicas después de asegurarse de que Davenport afrontara las consecuencias de sus actos.

Alargó la mano hacia el cajón que había junto a su puesto de trabajo y sacó una cajita de madera con incrustaciones de nácar. Había sido un regalo de Eve en su segundo aniversario. —Algo bonito donde guardar tus secretos —le había dicho ella con una sonrisa que todavía atormentaba los sueños de Reagan.

Dentro había una fotografía con los bordes gastados por el uso: Eve y Reagan con sus uniformes de patrulla, abrazadas por los hombros, riéndose de alguna broma olvidada durante sus días en la academia. Antes de la oscuridad. Antes de la verdad. Antes de la decisión que las había separado.

Las yemas de los dedos de Reagan recorrieron el rostro de Eve en la imagen, el fantasma de una caricia que nunca volvería a sentir. Luego cerró la caja con un chasquido decidido y se volvió hacia su tablón de planificación.

Richard Davenport. Esta noche.

La caza continuaba.

Los preparativos de Reagan eran metódicos, un ritual perfeccionado a lo largo de años de operaciones que la habían mantenido con vida cuando cada instinto le gritaba que se diera prisa.

Paciencia. Precisión. Planes de contingencia. Esos eran los pilares sobre los que había construido su segunda vida; la vida que comenzó la noche en que la dieron por muerta en el puerto de Phoenix Ridge con dos balas en el abdomen y la certeza de que su propio departamento la había traicionado.

El sol de última hora de la mañana se filtraba por las ventanas reforzadas de la cabaña mientras ella disponía su equipo sobre la desgastada mesa de roble: una pistola de 9 mm personalizada con silenciador, cuyo número de serie había sido eliminado hacía mucho tiempo; ropa táctica negra seleccionada por su movilidad e invisibilidad en las sombras urbanas; equipo de comunicaciones que podía interceptar y decodificar canales encriptados; herramientas para forzar cerraduras fabricadas según sus especificaciones exactas; y la pequeña y potente cámara que documentaría lo que el mundo necesitaba ver.

Junto a estas herramientas de justicia yacía una memoria USB idéntica a las que había dejado en las escenas anteriores. En ella, había recopilado las pruebas contra Richard Davenport: grabaciones de seguridad de su oficina que mostraban agresiones, registros financieros de sobornos para silenciar a las víctimas y testimonios que había reunido de mujeres que habían sobrevivido a su depredación.

Reagan revisó cada objeto. Su mente catalogaba las posibles variables, calculando contingencias para cada posible complicación. La oficina de Richard Davenport, en el ático, ocupaba la última planta de la sede central de Phoenix Ridge Capital, una moderna

torre de cristal con un sistema de seguridad de última generación. Pero ningún sistema era impenetrable. Se había pasado semanas trazando un mapa de las rotaciones de los guardias, identificando los puntos ciegos en la cobertura de las cámaras y clonando las credenciales RFID de un trabajador de mantenimiento que accedía a la planta ejecutiva.

Esa noche, tacharía otro nombre de su lista. Otro depredador eliminado de la ecuación.

Mientras trabajaba, su mirada se desvió hacia la ajada caja de madera que aún estaba abierta en su mesa de trabajo. La fotografía de dentro la atraía como una fuerza física: un instante de felicidad conservado en el tiempo, un recordatorio de lo que había sacrificado. Reagan hizo un ademán para cerrarla, pero se detuvo, con sus dedos llenos de cicatrices suspendidos sobre la imagen.

Eve Morgan le devolvía la mirada, más joven y despreocupada que la mujer que ahora dirigía la división de detectives de Phoenix Ridge. La Eve de la fotografía aún creía en el sistema, aún confiaba en que la justicia prevalecería si se seguían las reglas y se reunían pruebas suficientes. La Eve que había amado a Reagan con una intensidad que a veces las asustaba a ambas.

Reagan levantó la fotografía, estudiando los detalles que se sabía de memoria: la leve asimetría de la sonrisa de Eve, la determinación en sus ojos verdes, la forma en que su brazo descansaba con naturalidad sobre los hombros de Reagan, como si ese fuera su sitio. Habían sido inseparables una vez: compañeras de patrulla, después compañeras en la división de detectives, y luego compañeras en todos los sentidos de la palabra.

Hasta que Reagan descubrió la verdad sobre los poderosos de Phoenix Ridge. Hasta que se dio cuenta de que exponerlos a través de los canales oficiales sería un suicidio o, lo que era peor, pondría en peligro a Eve.

La decisión había sido agónica, pero clara: desaparecer, dejar que Eve creyera que la habían matado o que la había abandonado, y protegerla mediante la distancia y el engaño. Era mejor que Eve la odiara a que muriera a su lado.

—Lo siento —le susurró Reagan a la fotografía, mientras las palabras se perdían en la cabaña vacía—. Tenía que ser así.

Devolvió la fotografía a su caja y cerró la tapa con firmeza. El sentimentalismo era un lujo que no podía permitirse, no mientras Richard Davenport siguiera libre, no con cinco objetivos más en su lista. No con Eve dirigiendo ahora la investigación que inevitablemente las llevaría a un rumbo de colisión.

Reagan volvió a sus preparativos y abrió los esquemas digitales de Phoenix Ridge Capital en su portátil. La seguridad del edificio utilizaba escáneres biométricos para las plantas ejecutivas, pero ella ya había identificado la solución: el acceso de mantenimiento solo requería tarjetas RFID, una vulnerabilidad creada por la arrogancia corporativa que presuponía que el personal de servicio no merecía una protección sofisticada.

Una notificación apareció en su monitor: la alerta del escáner policial que había programado para que le avisara de cualquier mención al caso del juez Harmon. Maximizó la ventana y observó la retransmisión en directo de una rueda de prensa frente al Departamento de Policía de Phoenix Ridge.

La capitana Eve Morgan estaba en el podio, con expresión serena, sin revelar nada de la mujer que Reagan había conocido. Su pelo impecable, ahora con algunas canas en las sienes, estaba peinado en un corte corto y práctico que le enmarcaba el rostro de un modo que acentuaba sus pómulos. El traje de chaqueta azul marino y la camisa blanca proyectaban autoridad, competencia y control.

—El Departamento de Policía de Phoenix Ridge está llevando a cabo una investigación exhaustiva sobre la muerte del juez Harmon —dijo Eve, con voz firme y mesurada—. Estamos explorando todas las posibles conexiones con incidentes anteriores. Quiero asegurar a la ciudadanía que estamos dedicando todos los recursos disponibles para llevar al culpable ante la justicia.

Reagan estudió el rostro de Eve con la atención de quien una vez se había memorizado cada una de sus expresiones, cada micromovimiento que delataba sus verdaderos pensamientos. Ahí estaba: la tensión casi imperceptible en la comisura de sus labios

cuando mencionaba la «justicia». El ligero ceño fruncido que se le formaba cuando se guardaba algo.

Eve sabía más de lo que decía en público. Estaba atando cabos.

Era solo cuestión de tiempo que Eve se diera cuenta de quién estaba detrás de los asesinatos del justiciero. Reagan lo había sabido desde el momento en que comenzó su misión; sabía que, con el tiempo, ella y Eve se encontrarían en bandos opuestos de esta guerra autodeclarada contra la corrupción. Se había preparado para esa inevitabilidad con la misma minuciosidad con la que preparaba cada operación.

O eso había creído.

Al ver a Eve en la pantalla, Reagan sintió una fisura en la coraza que se había forjado con tanto esmero. La idea de que Eve descubriera la verdad, de que la mirara con traición y horror en lugar del amor que una vez compartieron, la hería más de lo que se atrevía a reconocer.

—Concéntrate —masculló Reagan para sus adentros, cerrando la transmisión de vídeo con más fuerza de la necesaria—. El sentimentalismo era una debilidad. La distracción, letal. No podía permitirse ninguna de las dos cosas, no esa noche.

Volvió a su equipo y comprobó la munición personalizada de su arma: balas de punta hueca que asegurarían un final rápido y certero con un mínimo de daños colaterales. Cada bala había sido cargada a mano para no dejar ninguna coincidencia balística con la munición disponible en el mercado. El arma en sí sería limpiada de huellas y desechada después de tres usos; este sería su tercer y último despliegue.

Mientras la luz del día comenzaba a desvanecerse tras las ventanas de la cabaña, Reagan fue a la pequeña nevera y sacó una barrita de proteínas y una botella de agua. Los consumió mecánicamente; combustible para el cuerpo en lugar de un placer para el paladar.

El crepúsculo dio paso al anochecer mientras completaba sus preparativos. Reagan se vistió con varias capas de ropa oscura: una primera capa ajustada bajo unos pantalones tácticos y una camiseta negra transpirable, todo ello cubierto por una chaqueta ligera cuyos

bolsillos habían sido modificados para guardar su equipo. Sin telas sueltas que pudieran engancharse en obstáculos o hacer ruido; nada reflectante que pudiera delatarla con una luz perdida.

Se ajustó la funda de su arma al cinturón. Alrededor del cuello llevaba la fina cadena de titanio que sostenía su única posesión sentimental: la sencilla alianza de platino que una vez había simbolizado su compromiso con Eve, ahora oculta bajo la ropa, un peso secreto contra su corazón.

Cuando la noche cayó por completo sobre las montañas, Reagan activó el sistema de seguridad de la cabaña y salió, cerrando la puerta con llave. El bosque la abrazó con una oscuridad familiar, el olor a pino y a tierra llenándole los pulmones mientras se dirigía al garaje camuflado, a cincuenta metros de la estructura principal.

Dentro aguardaba su transporte: no la moto deportiva que prefería para las operaciones urbanas, sino una berlina de un anodino color gris oscuro con matrículas registradas a nombre de una de sus identidades falsas, cuidadosamente construidas. El vehículo que la llevaría montaña abajo hasta Phoenix Ridge, donde Richard Davenport trabajaba hasta tarde todos los miércoles en su ático, creyéndose intocable en su torre de cristal.

Esa noche le demostraría que estaba equivocado.

Mientras Reagan descendía por la sinuosa carretera de montaña, sus pensamientos derivaron hacia Eve; no la serena capitana Morgan de la rueda de prensa, sino la mujer que una vez había compartido su cama, sus sueños, su futuro. La mujer que pronto la estaría cazando con toda la considerable habilidad y determinación que la habían convertido en la capitana más joven de Phoenix Ridge.

«Que venga», pensó Reagan con sombría determinación. Las pruebas que dejaría atrás hablarían por sí solas. Y si sus caminos se cruzaban en este juego mortal de justicia y venganza, Reagan se enfrentaría a ese momento decisivo como se había enfrentado a todo lo demás desde aquella noche de hacía diez años: con los ojos bien abiertos y sin arrepentirse de unas decisiones que habían parecido imposibles, pero necesarias.

~

Las luces de Phoenix Ridge emergieron de la oscuridad más adelante. En algún lugar de aquella resplandeciente telaraña, Eve Morgan perseguía a una justiciera que ejecutaba a maltratadores con fría precisión, sin saber que cazaba al fantasma de una mujer a la que una vez había amado.

Las manos de Reagan se aferraron al volante mientras tomaba la última curva antes de la autovía que la conduciría a la ciudad.

No había vuelta atrás. Nunca la había habido.

Phoenix Ridge Capital dominaba el perfil del centro de la ciudad, sesenta pisos de brillante cristal y acero que atrapaban los últimos rayos del atardecer. Desde su posición en la cafetería de enfrente, Reagan observaba la estructura con el ojo calculador de un depredador que evalúa la guarida de su presa.

La cafetería proporcionaba la tapadera perfecta: lo suficientemente concurrida como para que una mujer sola con un ordenador portátil no llamara la atención, y situada con línea de visión tanto a la entrada principal como al acceso de servicio en la parte trasera del edificio. Reagan había elegido una mesa en una esquina, de espaldas a la pared.

La pantalla de su ordenador portátil mostraba hojas de cálculo de arquitectura —un atrezo convincente para cualquier observador casual— mientras un programa secundario ejecutaba un reconocimiento facial de todas las personas que entraban y salían del edificio, alertándola de los cambios de turno del personal de seguridad y de los movimientos de los empleados clave.

A las 18:42 en punto, el reloj le vibró en la muñeca. Un instante después, una mujer con un uniforme de mantenimiento de Phoenix Ridge Capital entró por la puerta de la cafetería, con el pelo oscuro recogido en una práctica coleta y los ojos recorriendo la sala con una cautela cuidadosamente disimulada.

Sophia Gresham. Veintiocho años. Antigua asistente ejecutiva de Richard Davenport. Hermana de Rosalie Gresham, que se había quitado la vida hacía tres años después de que su denuncia por

agresión sexual contra Davenport fuera desestimada por «falta de pruebas».

Reagan cerró el portátil cuando Sophia se acercó y se deslizó en la silla de enfrente sin decir palabra. De cerca, el parecido con su difunta hermana era sobrecogedor: los mismos rasgos delicados y los mismos ojos inteligentes, aunque ahora ensombrecidos por el dolor y la determinación.

—Sigue allí —dijo Sophia sin preámbulos, en voz baja—. Planta de dirección, despacho de la esquina noroeste. El turno de seguridad ha cambiado a las seis. Kendall está en recepción; siempre se toma una pausa para el café más larga sobre las nueve. Esa es tu oportunidad.

Reagan asintió una vez, acusando recibo de la información sin ofrecer un agradecimiento innecesario. Sophia no la ayudaba por gratitud. La ayudaba por justicia; la clase de justicia que el sistema le había negado a su hermana.

—¿La tarjeta de acceso? —preguntó Reagan.

Sophia deslizó una tarjeta de mantenimiento por la mesa, un movimiento que quedó oculto por la posición de su taza de café. —Te servirá para llegar a la entrada de servicio de la planta de dirección. Después, necesitarás los códigos de anulación para su ascensor privado.

—¿Y las cámaras?

—La señal se repetirá en bucle durante dos minutos cuando introduzcas esta secuencia en cualquier terminal. —Sophia le pasó un trozo de papel doblado—. Parecerá un mantenimiento rutinario del sistema. Úsala con moderación.

Su conversación continuó, un intercambio de información en voz baja bajo el ruido ambiental de la concurrida cafetería. Sophia había sido los ojos de Reagan dentro de Phoenix Ridge Capital durante meses, reuniendo información mientras trabajaba en turnos de mantenimiento, preparándose para este momento. Su papel en la operación de esa noche era la culminación de una planificación cuidadosa y un propósito compartido.

—Esto ha llegado esta mañana —dijo Sophia finalmente, deslizando un pequeño sobre por la mesa—. Son las últimas cosas

de los efectos personales de Rosalie.

Reagan abrió el sobre con discreción y encontró dos tarjetas de memoria dentro. —¿Qué hay en ellas?

La compostura de Sophia se resquebrajó ligeramente; bajó la mirada hacia su taza de café. —Las entradas de su diario. Grabaciones de voz que hizo después… después de cada encuentro con él. Estaba reuniendo pruebas, documentándolo todo. Cuando se dio cuenta de que no importaría, de que él nunca afrontaría las consecuencias, ella…

Su voz flaqueó. Reagan observó cómo Sophia luchaba por mantener el control, una batalla visible en la tensión de su mandíbula, en el rápido parpadeo de sus ojos. No por primera vez, Reagan se maravilló de la fuerza de las mujeres de su red: supervivientes, hermanas, testigos que se negaban a permanecer en silencio a pesar de un sistema diseñado para ignorarlas.

—He escuchado lo suficiente para saber lo que hay —continuó Sophia tras recuperar la compostura—. Es todo lo que necesitas para desenmascararlo. Todo lo que la policía «perdió» cuando ella intentó denunciarlo.

Reagan se guardó las tarjetas de memoria en un bolsillo interior de la chaqueta. —Estas formarán parte de las pruebas que se harán públicas. La voz de tu hermana será escuchada.

Sophia asintió, y su expresión se endureció con determinación. —Haz que responda por lo que hizo. Haz que todos respondan.

—Lo haré —prometió Reagan, y sus palabras tuvieron el peso de un juramento. No solo por Rosalie Gresham, sino por todas las mujeres cuyas voces habían sido silenciadas por hombres poderosos que se creían intocables.

Cuando Sophia se levantó para marcharse, vaciló, y su mirada se encontró con la de Reagan directamente por primera vez. —Mi hermana creyó en el sistema una vez. Confió en que si reunía suficientes pruebas y contaba su historia con la suficiente claridad, la justicia prevalecería. —Su voz adquirió un matiz amargo—. Murió cuando esa creencia murió.

Aquellas palabras golpearon a Reagan con una familiaridad incómoda, un eco de su propia desilusión. Ella también había creído

una vez, también había confiado en que la institución a la que servía protegería a los vulnerables en lugar de a los poderosos.

—El sistema está diseñado para proteger a hombres como Davenport —dijo Reagan en voz baja—. Pero no son intocables. Ya no.

Sophia le sostuvo la mirada un instante más, y algo tácito pasó entre ellas; un reconocimiento, quizá, de la herida compartida que las había transformado a ambas.

—A las nueve —dijo Sophia finalmente—. El pasillo de servicio estará despejado. No le hagas sufrir; solo haz que se enfrente a lo que ha hecho antes de acabar con él.

Se dio la vuelta y se alejó, desapareciendo entre la multitud del atardecer sin mirar atrás. Reagan se quedó en la mesa para darle tiempo a Sophia a despejar la zona antes de marcharse ella también. Su mirada volvió a posarse en el Phoenix Ridge Capital, en el despacho de la esquina de la planta ejecutiva, donde las luces seguían encendidas tras los cristales tintados.

Richard Davenport estaría ahora revisando los informes trimestrales, según su predecible horario. Haciendo llamadas a la Costa Este. Quizá disfrutando de un vaso de ese bourbon tan caro que guardaba en su aparador. Confiado en su seguridad, su poder, su impunidad.

En menos de tres horas, descubriría lo ilusoria que era esa confianza.

Reagan pagó la cuenta y se fue de la cafetería, moviéndose por las calles del centro con un anonimato resuelto. Su camino la llevó por una ruta indirecta a través del distrito financiero de Phoenix Ridge, pasando por delante de los escaparates de cristal iluminados y los restaurantes abarrotados donde los ciudadanos adinerados de la ciudad celebraban otro día de comodidad y privilegio.

Pasó por delante del juzgado donde el juez Harmon había ejercido, cuya fachada de columnas estaba ahora cubierta con crespones de luto. La noticia de su muerte se había extendido por toda la ciudad, generando titulares sobre el misterioso justiciero que tenía como objetivo a los hombres más prominentes de Phoenix Ridge. La opinión pública parecía dividida: condena oficial por parte

de los líderes de la ciudad, pero un apoyo susurrado de muchos que habían sido testigos de los fracasos del sistema.

Cuando la oscuridad se apoderó por completo de la ciudad, Reagan se apostó en un hueco resguardado frente a la entrada de servicio del Phoenix Ridge Capital. Desde allí, podía vigilar las idas y venidas del personal de mantenimiento, las patrullas de seguridad y los empleados que trabajaban hasta tarde. Sacó un pequeño dispositivo del bolsillo, un interceptor de señales que la alertaría de cualquier comunicación inusual o de la implementación de algún protocolo de seguridad.

La espera era siempre la parte más difícil: ese momento suspendido antes de la acción en el que la duda podía aflorar si se lo permitía. Reagan respiró hondo, concentrando la mente como la habían entrenado para hacer, vaciándose de todo excepto de la misión.

Pero, a medida que se acercaban las nueve, un único pensamiento se abrió paso en su concentración: en algún lugar de esta ciudad, Eve Morgan la estaba cazando, siguiendo el rastro de pruebas que había dejado deliberadamente, acercándose más con cada asesinato. Pronto, sus caminos se cruzarían; quizá no esta noche, pero de manera inevitable, ineludible.

¿Qué vería Eve cuando por fin estuvieran cara a cara? ¿A la compañera que la había abandonado? ¿A la justiciera que desafiaba todo lo que Eve había jurado defender? ¿O reconocería en lo que Reagan se había convertido: no en una traidora, sino en una guardiana en la sombra, impartiendo la justicia que el corrupto sistema de Phoenix Ridge negaba a sus víctimas?

Reagan apartó el pensamiento. Esta noche pertenecía a Rosalie Gresham y a las otras mujeres que Richard Davenport había destruido. Esta noche se trataba de una rendición de cuentas que se había demorado demasiado.

Su reloj volvió a vibrar. Las nueve en punto.

Hora de moverse.

El pasillo de servicio se extendía ante Reagan, con sus luces fluorescentes proyectando duras sombras sobre el suelo pulido. La tarjeta de acceso de Sophia le había permitido entrar por la entrada

del muelle de carga: sin alarmas, sin miradas inquisitivas, nada más que el suave pitido electrónico de aceptación.

Dentro del Phoenix Ridge Capital, fuera del horario de oficina, el edificio zumbaba con el silencioso aliento de la maquinaria y el dinero. Reagan se movía con un silencio ensayado, y las botas tácticas con suela de goma que se había puesto antes de entrar absorbían el sonido de sus pasos. El uniforme de mantenimiento que ahora llevaba —proporcionado por Sophia— le otorgaba invisibilidad. Según la experiencia de Reagan, los ricos rara vez se fijaban en quienes limpiaban sus espacios o solucionaban sus problemas.

Tal y como se había prometido, el guardia de seguridad, Kendall, había abandonado su puesto para su descanso habitual, dejando el puesto de vigilancia temporalmente desatendido. Reagan accedió al terminal con la secuencia de códigos que Sophia le había proporcionado, iniciando el bucle de dos minutos de las cámaras que ocultaría su avance hacia la planta ejecutiva.

El ascensor privado requería una tarjeta de acceso ejecutiva, pero Reagan se había preparado para ello. De su cinturón de herramientas, sacó un dispositivo de anulación electrónico personalizado que simularía las credenciales necesarias. Una cuenta atrás silenciosa avanzaba en su mente: quedaban noventa segundos de bucle de cámara.

El ascensor ascendía con una suavidad inquietante y su reluciente interior de latón reflejaba la apariencia disfrazada de Reagan: la gorra de mantenimiento calada sobre los ojos, la postura ligeramente encorvada para alterar su silueta y el rostro apartado de la cámara de la esquina.

Sesenta segundos.

La planta ejecutiva se abrió ante ella, un monumento al exceso corporativo. Una mullida moqueta amortiguaba sus pasos mientras recorría el pasillo a oscuras hacia la esquina noroeste, donde la luz aún se filtraba por debajo de una puerta.

El despacho de Richard Davenport. El centro neurálgico de su imperio y el lugar donde Rosalie Gresham había sido agredida antes de ser destruida sistemáticamente por atreverse a denunciarlo.

Treinta segundos.

Reagan desenfundó su arma y enroscó el silenciador. Sin vacilación. Sin dudas. Sin piedad para un hombre que no la había mostrado.

Abrió la puerta sin llamar.

Richard Davenport levantó la vista de su escritorio y la irritación asomó a su rostro por la interrupción. De pelo plateado y mandíbula cuadrada a sus cincuenta y tres años, rezumaba la arrogancia de un hombre acostumbrado a una autoridad incuestionable.

—El mantenimiento está programado para la mañana —dijo con desdén, apenas sin mirar a Reagan—. Puede volver entonces.

—No he venido a arreglar nada, Richard —replicó Reagan, cerrando la puerta tras de sí y quitándose la gorra con un movimiento fluido—. He venido por lo de Rosalie Gresham.

El nombre surtió efecto al instante. La expresión de Davenport pasó de la molestia al recelo y su mano se movió sutilmente hacia el cajón del escritorio.

—No lo haga —le advirtió Reagan. Su arma ahora era visible y apuntaba con precisión inquebrantable a su frente—. Ambas manos sobre el escritorio.

Él obedeció.

—¿Quién la envía? ¿Qué quiere? ¿Dinero? Tengo de sobra...

—Hace tres años, Rosalie Gresham le acusó de agresión sexual —le interrumpió Reagan—. Usted usó sus contactos para que las pruebas se «perdieran». La puso en la lista negra de todas las empresas financieras de Phoenix Ridge. Le destrozó la vida tan a fondo que no vio ninguna salida.

La comprensión afloró en los ojos de Davenport, seguida rápidamente por el miedo.

—Usted es la justiciera. La que mató a Harmon y a los demás.

—Impartí justicia donde el sistema falló —corrigió Reagan, acercándose sin que su arma temblara.

El comportamiento de Davenport cambió, adoptando la persuasión zalamera con la que había construido su imperio.

—Escuche, sea lo que sea que crea que sabe...

—Lo sé todo. —Reagan colocó una grabadora digital en su escritorio y le dio al play.

La voz de Rosalie llenó la habitación, temblorosa pero decidida: *«Me dijo que nadie me creería. Que tenía comprados a jueces, a capitanes de policía, incluso al jefe de gabinete del alcalde. Dijo que se protegían unos a otros, que siempre lo harían».*

El rostro de Davenport se endureció en una máscara de desprecio.

—¿Y ahora qué? ¿Me mata y deja más pruebas para la policía? Ya la están buscando. Al final la encontrarán.

—Quizás. —Reagan colocó la memoria USB junto a la grabadora —. Pero primero, me voy a asegurar de que todo el mundo sepa lo que usted hizo. Lo que hicieron todos ustedes.

El miedo volvió a asomar a sus ojos.

—La red. Sabe lo de la red.

—Quedan cinco nombres en mi lista —confirmó Reagan—. Usted es solo una pieza de un sistema corrupto.

La compostura de Davenport se resquebrajó aún más.

—Irán a por usted con todo lo que tienen. Los otros... tienen recursos que no puede ni imaginar.

—Cuento con ello. —Reagan se acercó más, con el arma a centímetros de su frente—. Antes de morir, quiero que transfiera cinco millones de dólares a esta cuenta.

Dejó una tarjeta sobre su escritorio. Davenport la miró y luego volvió a mirarla a ella con confusión.

—¿Por qué?

—Se distribuirá entre sus víctimas, las mujeres cuyas vidas destruyó. Considérelo una restitución.

Para su leve sorpresa, él se rio, una risa áspera y desagradable. —¿Cree que es una especie de ángel vengador? No es más que una asesina con una causa.

—Quizá —asintió Reagan, con voz impasible—. Pero, a diferencia de usted, yo sirvo a la justicia, no a mí misma. Haga la transferencia.

Davenport dudó, sopesando sus opciones, pero sin encontrar ninguna. Con visible reticencia, se volvió hacia su ordenador e inició la transferencia; sus dedos se movían por el teclado bajo la atenta mirada de Reagan.

—La confirmación —exigió ella cuando terminó.

Él giró la pantalla hacia ella para mostrarle la transacción completada. Reagan asintió una vez, satisfecha.

—Conocí a gente como usted en el ejército —dijo él de repente, estudiándola con renovada intensidad—. Operaciones especiales. Tiene el aspecto. El control. ¿Qué pasó? ¿Le falló el sistema a usted también?

Durante una fracción de segundo, la mente de Reagan viajó hasta Eve: a la vida que habían planeado juntas, al momento, diez años atrás, en que había descubierto la verdad sobre la estructura de poder de Phoenix Ridge, a la decisión que había tomado para proteger a la mujer que amaba desapareciendo.

—El sistema protege a hombres como usted —replicó ella con sencillez—. No a aquellos a los que hace daño.

Los labios de Davenport se curvaron en una sonrisa de suficiencia. —¿Pero eso no es todo, verdad? Esto es personal para usted.

La expresión de Reagan permaneció impasible, pero algo en su silencio confirmó la sospecha de él.

—La detective —dijo él—. La que investigaba el caso de Rosalie; se estaba acercando demasiado. Hicimos que la… eliminaran.

Un escalofrío recorrió las venas de Reagan. —¿Qué detective?

—Shaw. Reagan Shaw. —La sonrisa de Davenport se ensanchó al sentir que tenía ventaja—. Estaba atando cabos entre los casos. No podíamos permitirlo.

El mundo se redujo a la mínima expresión en torno a sus palabras. El pulso de Reagan se ralentizó, su respiración se estabilizó: la calma del depredador antes de matar.

—Usted ordenó mi asesinato —dijo en voz baja.

La confusa petulancia de él dio paso al horror cuando por fin reconoció al fantasma que tenía delante.

—Usted es…

El disparo con silenciador interrumpió sus palabras y la bala de punta hueca le entró por la frente. Richard Davenport se desplomó hacia delante y sus secretos murieron con él.

Después, Reagan se movió metódicamente, colocando las pruebas alrededor de su cuerpo: registros financieros, el testimonio

de Rosalie, documentación de las otras mujeres a las que había agredido. Finalmente, colocó su tarjeta de visita junto a la mano de él: «El sistema falló. Yo no».

Las cámaras se reactivarían en treinta segundos. Reagan borró todo rastro de su presencia y se escabulló por la salida de servicio, desapareciendo en la noche como el fantasma en que se había convertido.

Quedaban cuatro nombres en su lista. Cuatro eslabones más en la cadena de corrupción que casi la había matado y que todavía amenazaba a Eve, fuera ella consciente o no.

La caza continuaría.

3

EVE

Eve regresó a su ático bien pasada la medianoche, con el peso de la investigación del día oprimiéndole los hombros como una carga física. Su mente se negaba a calmarse, dándole vueltas a las pruebas, a las conexiones y a la inquietante posibilidad de que Reagan Shaw —la mujer que amaba y que llevaba diez años dada por muerta— pudiera ser la Justiciera de Phoenix.

Dejó caer las llaves en el cuenco de cristal junto a la puerta, y el suave tintineo resultó ensordecedor en medio de la quietud. El ático seguía exactamente como lo había dejado esa mañana, con la taza de café abandonada sobre la mesa del balcón. Eve se movió por la oscuridad con familiaridad experta, sin molestarse en encender luces que solo habrían resaltado lo vacío que seguía el espacio a pesar de los años que llevaba viviendo allí.

En el dormitorio, se quitó la chaqueta del traje, la placa y el arma, y las guardó en la caja de seguridad que tenía junto a la cama. La tensión del día se le enroscaba en los músculos mientras rotaba los hombros, haciendo una mueca por la rigidez que se le había instalado entre los omóplatos.

El sueño no llegaría. No con el mural de pruebas del juez Harmon tatuado en su memoria. No con las llamadas cada vez más

insistentes del comisario Brooks a lo largo de la tarde. Y, desde luego, no con el fantasma de Reagan Shaw acechando en los confines de sus pensamientos.

Eve caminó descalza hasta la cocina, con los pies silenciosos sobre la madera. Descorchó una botella de cabernet y se sirvió una copa generosa, aunque beber sola nunca había sido de su agrado. El primer sorbo le quemó agradablemente, abriéndose un camino cálido por su garganta hasta instalarse en su pecho como valor líquido.

Tomada la decisión, se dirigió al armario del pasillo y sacó una escalera de mano. Dejando el vino a un lado, subió los peldaños y alcanzó el panel del techo que ocultaba su investigación más personal, la que había llevado a cabo extraoficialmente durante la última década.

El compartimento secreto contenía un único objeto: un maletín ignífugo para documentos, cubierto por una fina capa de polvo. Eve lo llevó con reverencia hasta la mesa del comedor y abrió la cerradura de combinación con unos dedos que delataban un levísimo temblor.

Dentro yacían los restos de Reagan Shaw; no su cuerpo, que nunca fue recuperado, sino los fragmentos de la investigación que la había consumido antes de su desaparición. Pruebas que Eve había salvado y escondido cuando el caso de Reagan se cerró oficialmente y su estado cambió de «desaparecida» a «dada por muerta».

Extendió el contenido sobre la mesa: notas del caso con la caligrafía precisa de Reagan, fotografías de escenarios de crímenes, transcripciones de interrogatorios y un mapa de Phoenix Ridge con ubicaciones marcadas en rojo. En el centro, Eve colocó una fotografía de la propia Reagan: segura de sí misma y llena de vida, con el pelo rubio oscuro cayéndole sobre unos inteligentes ojos azules que parecían desafiar a la cámara. El único objeto personal que se había permitido conservar.

Eve repasó las conexiones marcadas en el mapa de Reagan, observando con creciente inquietud cómo coincidían con los objetivos de la justiciera. Tanto el juez Harmon como Nathaniel Peterson estaban rodeados por un círculo, y sus nombres estaban

conectados con otros hombres poderosos a través de una compleja red de relaciones. Relaciones que Reagan había estado investigando antes de desvanecerse.

—¿Qué descubriste? —le susurró Eve a la fotografía, olvidada ya del vino mientras se sumergía en un misterio de hacía una década—. ¿Qué te hizo desaparecer?

De las notas de Reagan surgía un patrón: acusaciones de violencia sexual, intimidación de testigos, manipulación de pruebas y una frase recurrente: «Red Phoenix». Reagan había estado reuniendo pruebas para un caso contra lo que parecía ser un sistema organizado de protección mutua entre los hombres más poderosos de Phoenix Ridge.

Los mismos hombres que ahora estaban siendo ejecutados metódicamente por la justiciera.

Cerró los ojos y los recuerdos afloraron. La voz de Reagan en el pasado, apasionada y decidida durante su última discusión: —Estos hombres son intocables por la vía legal, Eve. Son los *dueños* del sistema. Tienen a jueces y a funcionarios en el bolsillo.

Eve había desestimado sus preocupaciones entonces, creyendo en la integridad de un sistema que había jurado defender. Había atribuido la creciente desilusión de Reagan a la frustración por casos difíciles, en lugar de a una corrupción real.

¿Había sido ese su mayor error?

Su teléfono vibró de nuevo, esta vez con una llamada de la inspectora Caroline Foster. Eve respondió al instante.

—Foster.

—Capitana. —La voz de Foster transmitía la tensión contenida de alguien que da malas noticias—. Han encontrado a Richard Davenport muerto en su despacho hace veinte minutos. Un solo disparo en la frente. Pruebas dispuestas alrededor del cuerpo. Un pendrive. Documentos. El mismo sello distintivo.

La justiciera había vuelto a actuar. Ya eran cuatro víctimas, cada una de ellas conectada con la investigación de Reagan.

—Asegura el lugar de los hechos —ordenó Eve, mientras ya se dirigía a su dormitorio para vestirse—. Equipo completo. Y, Foster… —vaciló, sopesando sus opciones antes de decidirse—, tráeme las

pruebas directamente a mí antes de registrarlas. Nada de copias digitales por ahora.

—Entendido. —Foster hizo una pausa y luego añadió en voz baja —: Capitana, hizo una transferencia bancaria sustancial menos de una hora antes de su muerte. Cinco millones a una cuenta *offshore*.

—Restitución —susurró Eve, recordando una conversación de hacía años. De nuevo, la voz de Reagan: «Si el sistema no les hace pagar, alguien debería hacerlo».

—¿Capitana?

—Nada. Voy para allá.

Eve colgó y volvió a mirar la mesa del comedor, donde la investigación de Reagan estaba expuesta, la escena de un crimen de hacía una década que ahora se resolvía con sangre. De forma metódica, lo guardó todo de nuevo en el maletín y lo cerró, mientras su mente se adelantaba a la escena que la esperaba.

Eve se ciñó el arma, sintiendo su peso familiar en la cadera. Por primera vez en diez años, sintió un levísimo atisbo de esperanza bajo el pavor. Si la justiciera era Reagan Shaw, significaba que, después de todo, la mujer a la que había amado no estaba muerta.

Pero también significaba que Eve tendría que darle caza y detenerla.

Cerró la puerta de su apartamento a su espalda y salió a una noche que, de repente, contenía promesas y peligros a partes iguales. En algún lugar de Phoenix Ridge, un fantasma impartía justicia con precisión letal. Y Eve era a la vez cazadora y presa, aunque aún no entendía por qué.

La reluciente torre de Phoenix Ridge Capital rasgaba el cielo nocturno. Cuando Eve llegó, la zona se había transformado en un caos cuidadosamente controlado de vehículos policiales, técnicos forenses y las inevitables furgonetas de la prensa, mantenidas a raya por la cinta del perímetro y agentes uniformados.

Eve atravesó los controles de seguridad con lacónica eficiencia. El ascensor de la planta ejecutiva la subió en silencio, ofreciéndole un breve momento para armarse de valor para lo que la esperaba.

El despacho de Richard Davenport, en una esquina del edificio, presentaba una escena de ejecución meticulosa que replicaba los

tres asesinatos anteriores con una precisión escalofriante. El director ejecutivo permanecía desplomado en su sillón de cuero de respaldo alto, con un único orificio de bala en el centro de la frente y las pruebas dispuestas a su alrededor como si fuesen objetos expuestos en un macabro tribunal.

La inspectora Caroline Foster estaba de pie justo en el umbral, con una tableta en la mano y una postura que delataba la misma tensión que Eve reconocía en sí misma.

—Dame los detalles —ordenó Eve en voz baja, acercándose al cuerpo mientras se ponía unos guantes de látex.

—Richard Davenport, cincuenta y tres años. Lo encontró el personal de seguridad al responder a una llamada de control que no contestó. Hora de la muerte estimada entre las 21:05 y las 21:20. —Foster se acercó y bajó la voz—. Transferencia de cinco millones de dólares a una cuenta *offshore* a las 21:07, ejecutada desde su terminal. Las grabaciones de seguridad muestran un bucle de dos minutos durante ese lapso de tiempo. Un trabajo de profesionales.

Eve rodeó el escritorio, catalogando las pruebas cuidadosamente colocadas: registros financieros que detallaban sobornos para silenciar a las víctimas, informes médicos de lesiones sufridas por empleadas, fotografías de una mujer joven, viva en una imagen, muerta en otra.

—Rosalie Gresham —indicó Foster, al percatarse de en qué se había fijado Eve—. Antigua asistente ejecutiva que presentó cargos por agresión contra Davenport hace tres años. El caso fue desestimado por "falta de pruebas". Se quitó la vida seis meses después.

La mirada de Eve se posó en la pequeña tarjeta de visita de color crema junto a la mano inerte de Davenport. El ahora familiar emblema del fénix y el mensaje: «El sistema falló. Yo no».

—¿La memoria USB? —preguntó Eve.

Foster le entregó una bolsa de pruebas precintada que contenía el dispositivo. —Ya se ha verificado su autenticidad. Contiene grabaciones de voz de Gresham documentando las agresiones y el posterior encubrimiento. También muestra pruebas de interferencia judicial; un juez ordenó al fiscal que perdiera testimonios clave.

—¿Qué juez?

—Harmon. Otro eslabón en la cadena que Reagan había estado trazando hacía una década. Sinclaire, Peterson, Harmon. Ahora Davenport. Cuatro hombres conectados por negocios, círculos sociales y un patrón de abusos protegido por su influencia colectiva.

La doctora Isabella Rivera se acercó desde donde había estado examinando el cuerpo. —Es la misma arma que en las escenas anteriores, capitana. Nueve milímetros, punta hueca, ejecución profesional. No se han recuperado casquillos.

—¿Testigos?

—Había una trabajadora de mantenimiento de turno —dijo Foster, consultando su tableta—. Sophia Gresham.

—¿Gresham? —La atención de Eve se centró de golpe—. ¿Pariente de la víctima?

—Hermana. Fue interrogada, pero aportó poca información. Afirma que estaba trabajando dos pisos más abajo durante la hora estimada de la muerte. Los registros de seguridad confirman su ubicación.

La hermana de una mujer a la que los actos de Davenport empujaron al suicidio. Eve archivó mentalmente la información para investigarla más a fondo. —Quiero hablar con ella.

—Ya se ha marchado del lugar de los hechos. Tengo a varios agentes localizándola ahora mismo.

Eve asintió y volvió a centrar su atención en las pruebas, meticulosamente dispuestas. La justiciera —¿Reagan?— quería que estos crímenes salieran a la luz, quería que la gente supiera lo que estos hombres habían hecho y cómo habían eludido la justicia gracias a sus contactos.

Un guardia de seguridad rondaba cerca de la puerta, cambiando el peso de un pie a otro con nerviosismo. Eve reconoció los indicios de alguien que tenía información y se resistía a compartirla.

—¿Tienes algo que añadir? —le preguntó sin rodeos.

El guardia se enderezó. —El señor Davenport ha tenido una visita hoy, capitana. No está registrada en el sistema oficial. —Su mirada se desvió hacia su supervisor, que permanecía cerca con un rostro

impasible—. Una mujer. Estuvo sentada con él casi veinte minutos en la sala de ejecutivos.

—¿Su descripción?

—De aspecto profesional. De unos cuarenta y tantos, quizá. Mantuvo la cara apartada de las cámaras. —Vaciló—. Parecía conocer el edificio.

Eve sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el agresivo aire acondicionado de la oficina. —Consígueme esa grabación.

—Ahí está el problema, capitana. —El guardia tragó saliva—. Ese fragmento ha desaparecido del sistema. Como si lo hubieran borrado profesionalmente.

La detective Martinez eligió ese momento para entrar, y su llegada provocó una sutil tensión en la sala. Eve observó cómo los agentes se movían ligeramente, cómo se interrumpían las conversaciones; una advertencia que se extendió por el equipo de investigación como una piedra arrojada al agua.

—Capitana Morgan. —Martinez asintió con la cabeza, su expresión cuidadosamente neutra mientras inspeccionaba la escena —. La comisaria Brooks solicita un informe inmediato.

—La llamaré cuando haya completado mi evaluación inicial — respondió Eve con serenidad, volviéndose hacia Foster—. Quiero cada segundo de las grabaciones de seguridad de este edificio. Avisa a la detective Mendez para que se coordine con la división cibernética para recuperar cualquier fragmento eliminado.

Martinez se acercó, bajando la voz. —La comisaria ha sido bastante insistente, capitana. Ha mencionado su preocupación por el manejo de las pruebas en este caso.

La insinuación quedó flotando en el aire entre ellas. Eve le sostuvo la mirada directamente a Martinez, el desafío claro en sus ojos. —Todas las pruebas se están procesando de acuerdo con el protocolo del departamento, detective. La comisaria recibirá su informe cuando tenga algo sustancial que comunicar.

Eve se volvió hacia la doctora Rivera. —Análisis completo. Priorice la comparación balística con las escenas anteriores. Quiero confirmar que es la misma arma.

Rivera asintió. —Ya está en marcha, capitana.

El equipo se movía con una eficiencia bien ensayada, documentando, recogiendo, analizando. Eve permanecía en el centro de la tormenta, su mente procesando simultáneamente la escena que tenía ante ella y los expedientes de la investigación de hacía una década que había revisado en su apartamento.

La justiciera estaba eliminando metódicamente a los hombres que Reagan Shaw había relacionado años atrás, hombres que formaban lo que ella había llamado la «Red Fénix». Pero ¿por qué ahora? ¿Qué había desencadenado esta campaña de justicia ejecutada tras diez años de silencio?

La mirada de Eve volvió a las pruebas esparcidas sobre el escritorio de Davenport. Las grabaciones de voz de Rosalie Gresham. Los registros financieros. Su trágico suicidio. Cada pieza contaba una historia de fracaso sistémico, de hombres poderosos que se protegían unos a otros a expensas de mujeres vulnerables.

La misma historia que Reagan había intentado sacar a la luz antes de desaparecer.

El móvil de Eve vibró en su bolsillo. Un mensaje de texto de un número oculto:

Mira en el cajón de su escritorio. El de abajo a la derecha. El sistema protege a los suyos.

Se le cortó la respiración. El estilo del mensaje, la forma de expresarse... Tenía una familiaridad que la golpeó como un puñetazo. Con movimientos cuidadosamente controlados, Eve se acercó al escritorio y abrió el cajón indicado.

Dentro había una agenda encuadernada en piel, con las páginas llenas de notas manuscritas con la letra de Davenport. Eve la cogió con cuidado, consciente de que Foster la observaba con curiosidad.

—Una bolsa de pruebas —pidió Eve en voz baja, manteniendo la compostura aunque el corazón le martilleaba en las costillas—. Esto no formaba parte de la puesta en escena de la justiciera. Esto era otra cosa: una comunicación directa.

Mientras Foster le entregaba una bolsa, Eve miró su móvil de nuevo con disimulo. El mensaje había desaparecido, borrado a distancia por medios que denotaban una sofisticada capacidad técnica.

Guardó la agenda como prueba, mientras su mente repasaba a toda velocidad las implicaciones. Si Reagan estaba viva —si era la justiciera—, ahora se estaba comunicando directamente con Eve, guiando su investigación y, al mismo tiempo, obligándola a darle caza.

—¿Capitana? —inquirió Foster con evidente preocupación en la voz.

Eve regresó al presente, a la escena del crimen y al equipo que la esperaba. —Quiero el historial financiero completo de esta transferencia. Averiguad adónde fue el dinero y quién se beneficia. Y conseguidme todo lo que haya sobre el caso de Rosalie Gresham. Quiero saber exactamente cómo se desestimó.

Mientras daba las órdenes, la conciencia de Eve permanecía dividida entre la profesional capitana Morgan que dirigía una investigación de homicidio y una parte más profunda de su mente que lidiaba con la posibilidad de que su compañera, a la que hacía tiempo que daba por perdida, estuviera ejecutando sistemáticamente a hombres poderosos mientras le dejaba un rastro de migas de pan para que lo siguiera.

La cuestión ya no era si Reagan Shaw había sobrevivido, sino qué quería que Eve descubriera y por qué estaba dispuesta a arriesgarse a que la capturaran para asegurarse de que estos crímenes salieran a la luz.

Eve echó un último vistazo al cuerpo de Davenport, al preciso orificio de bala que había acabado con su vida y a las pruebas que explicaban el porqué. Cuatro hombres muertos, los cuatro pertenecientes a lo que Reagan había llamado la Red Fénix.

Necesitaba entender quién quedaba en la lista de la justiciera antes de que apareciera el siguiente cadáver.

Y necesitaba decidir qué haría cuando por fin se encontrara cara a cara con el fantasma de la mujer a la que una vez amó.



Tres horas más tarde, el Departamento de Policía de Phoenix Ridge bullía de actividad a pesar de la hora, antes del amanecer. Eve había ordenado un análisis completo de todas las pruebas de la escena del asesinato de Davenport, con múltiples equipos trabajando en investigaciones paralelas sobre diferentes aspectos del caso. La sala de reuniones se había transformado en un centro de mando, con sus paredes de cristal ahora cubiertas de notas del caso, fotografías y conexiones trazadas con rotulador rojo.

Eve estaba de pie frente a la cronología que habían elaborado, con cuatro fotografías dispuestas en secuencia: Reginald Sinclaire, Nathaniel Peterson, el juez Malcolm Harmon y ahora Richard Davenport. Cuatro hombres poderosos, cuatro ejecuciones idénticas, cuatro alijos de pruebas que exponían crímenes que habían quedado impunes.

—El patrón está claro —dijo la detective Valerie Rhodes, acercándose con una tableta que mostraba registros financieros—. Las cuatro víctimas formaron parte de múltiples juntas directivas, pertenecían a los mismos clubes de campo y contribuían a las mismas campañas políticas.

—Y los cuatro tenían acusaciones de violencia contra mujeres que desaparecieron misteriosamente de los archivos oficiales —añadió Eve, estudiando las conexiones marcadas entre ellos.

La agenda recuperada del cajón del escritorio de Davenport estaba sobre la mesa de reuniones, ahora fotografiada y catalogada como prueba. Sus páginas contenían notas de reuniones, información de contacto y referencias codificadas que el equipo todavía estaba descifrando. Y lo que es más importante, incluía nombres: posibles futuros objetivos si la justiciera continuaba con su patrón.

La detective Carmen Mendez entró, con su confianza habitual atenuada por el agotamiento tras horas de procesar pruebas. —Capitana, hemos completado el análisis inicial de las grabaciones de seguridad de Phoenix Ridge Capital.

—¿Y bien? —la apremió Eve.

—La mayoría de las cámaras no muestran nada útil; la autora sabía exactamente dónde estaban los puntos ciegos y cómo

manipular el sistema —dijo Mendez, pasando las imágenes en su tableta—. Pero encontramos algo en la cámara de un cajero automático al otro lado de la calle. Captó a alguien que corresponde al perfil físico de nuestra sospechosa entrando en el edificio por la entrada de servicio.

Le entregó la tableta a Eve, que estudió la imagen granulada. La figura vestía un mono de mantenimiento, con el rostro parcialmente oculto por una gorra, y se dirigía hacia la entrada trasera del edificio. A pesar del disfraz, había algo en su postura que desencadenó un reconocimiento visceral que Eve no pudo identificar de inmediato.

—Pásalo por el reconocimiento facial —ordenó Eve, devolviéndole la tableta—. Con todos los expedientes del personal del departamento de los últimos quince años.

Mendez enarcó ligeramente las cejas ante la inusual petición. —¿Cree que nuestra autora podría ser policía?

—Estoy barajando todas las posibilidades —respondió Eve con cautela—. Pásalo discretamente. Solo por un canal sin conexión, nada de servidores del departamento.

Mendez asintió, su expresión revelaba curiosidad ante la inusual especificidad de la petición. —Entendido.

Cuando Mendez se fue, Eve se giró y se encontró a Caroline Foster observándola con una intensidad silenciosa.

—Usted tiene una teoría —observó Foster, en un tono de voz que solo Eve podía oír.

—Una posibilidad —corrigió Eve, renuente a expresar sus sospechas por completo ni siquiera a Foster, en cuya lealtad confiaba más que en la de casi nadie—. Una que requiere verificación antes de que procedamos.

Foster asintió, aceptando el límite que había trazado. —Los registros financieros de Davenport muestran que ha realizado contribuciones sustanciales a los proyectos empresariales del marido de la comisaria Brooks durante los últimos cinco años. Las transacciones se estructuraron para evitar ser detectadas, divididas en múltiples inversiones más pequeñas canalizadas a través de empresas fantasma.

La implicación quedó flotando en el aire entre ellas. Si la familia de la comisaria tenía lazos financieros con las víctimas, su insistencia en controlar la investigación adquiría connotaciones más siniestras.

La respuesta de Eve se vio interrumpida por la detective Andrea Martinez, que entró en la sala de reuniones mientras su mirada recorría el panel de pruebas.

—Capitana Morgan —saludó Martinez con una cortesía profesional que no se reflejaba en sus ojos—. La comisaria Brooks va a dar una rueda de prensa en treinta minutos sobre los asesinatos del justiciero. Ha solicitado su presencia.

Una orden, no una petición. Eve reconoció la maniobra política que se estaba desarrollando; Brooks quería presentar un frente unido ante el público mientras mantenía a Eve donde pudiera tenerla vigilada.

—Estoy en medio de una investigación crucial, detective. Por favor, informa a la comisaria de que revisaré su declaración cuando...

—El alcalde también asistirá —la interrumpió Martinez con suavidad—. Al igual que el fiscal del distrito. Han solicitado específicamente información actualizada sobre nuestros progresos en la localización del justiciero.

Una trampa, elegantemente tendida. Negarse solo aumentaría las sospechas sobre los métodos de investigación de Eve y podría revelar su creciente preocupación por la corrupción en el departamento. Sin embargo, asistir significaba apartarse de un análisis crucial en un momento clave.

—Muy bien —concedió Eve, con un tono que no revelaba nada—. Diles que estaré allí.

Martinez asintió, y un atisbo de satisfacción cruzó brevemente sus facciones antes de marcharse.

Eve se volvió hacia Foster y bajó la voz. —Mientras esté ocupada con la política, continúa la investigación financiera. Sigue el dinero de la transferencia de Davenport, descubre quién se beneficia. Y Foster —dudó, sopesando la confianza frente a la cautela—, vigila a Martinez. Documenta cada archivo al que acceda, cada llamada que haga.

La expresión de Foster permaneció neutra, aunque sus ojos reflejaban comprensión. —Sí, capitana.

Eve acababa de reunir sus notas para la rueda de prensa cuando la detective Mendez apareció en el umbral, con una expresión muy contenida.

—Capitana Morgan. Un momento a solas.

La propia petición transmitía urgencia. Eve siguió a Mendez a su despacho y cerró la puerta tras ellas. —¿Qué has encontrado?

Mendez colocó la tableta sobre el escritorio de Eve. La pantalla mostraba comparaciones lado a lado: la grabación del cajero automático de fuera de Phoenix Ridge Capital junto a fotografías del departamento de varios agentes, incluida una que hizo que a Eve se le parara el corazón: la detective Reagan Shaw.

—El reconocimiento facial arrojó una coincidencia del 87 % de probabilidad con la detective Shaw —dijo Mendez en voz baja—. Lo he procesado dos veces para confirmarlo.

Eve se quedó mirando las imágenes. La confirmación de sus sospechas le cayó como un golpe físico a pesar de su preparación mental. Los rasgos parcialmente visibles del técnico de mantenimiento se alineaban con la estructura ósea de Reagan, y el análisis estadístico resaltaba los puntos coincidentes a pesar de la década transcurrida y el deliberado ocultamiento.

—Capitana… —vaciló Mendez, y el peso de su descubrimiento se hizo evidente en su voz—. ¿No se presume que la detective Shaw está muerta? Su caso se cerró hace años.

—Se presume —repitió Eve, y la palabra sonó hueca en su boca —. Nunca se confirmó.

Estudió la comparación de nuevo, y los recuerdos se superpusieron al análisis clínico. La risa de Reagan durante su graduación en la academia. La determinación en su mandíbula al abordar casos difíciles. El aspecto que tenía la última vez que Eve la vio, apasionada y frustrada mientras discutían sobre los límites del sistema judicial.

Eve tomó una decisión. —Borra los resultados de la comparación, Mendez. Por completo. Esto queda entre nosotras hasta que pueda verificarlo personalmente.

Mendez vaciló. —Capitana, si la detective Shaw está viva y es nuestra posible sospechosa…

—Esto va mucho más allá de un simple caso de un justiciero —la interrumpió Eve—. Has visto las pruebas de estas escenas del crimen. Si Shaw está viva y está atacando a estos hombres específicamente, necesitamos entender por qué antes de tomar medidas oficiales.

—¿Cree que su desaparición de hace diez años está conectada con lo que está sucediendo ahora?

—Creo que necesitamos una certeza absoluta antes de lanzar acusaciones sobre una oficial condecorada a la que se dio por muerta hace una década —respondió Eve con cautela—. Si esto llega al sistema antes de tiempo, podría poner en peligro toda la investigación.

Mendez asintió y ejecutó la orden de borrado, eliminando la comparativa de su tableta. —¿Cuál es nuestro siguiente paso?

—Yo me encargaré de esto personalmente —dijo Eve—. Tus resultados oficiales mostrarán que no hay coincidencias en el sistema. Documenta que la calidad de la imagen era insuficiente para una identificación positiva.

—Sí, capitana. —La lealtad de Mendez era evidente, aunque la preocupación ensombrecía su mirada—. ¿Y si esto lleva a donde usted cree?

Eve le sostuvo la mirada. —Entonces lo gestionaremos atendiendo a las pruebas y a la justicia, no a la política.

Sola en su despacho, Eve se concedió cinco segundos —cinco latidos de reacción sin coraza— ante la confirmación de que Reagan Shaw estaba viva. La mujer por la que había guardado luto, cuya ausencia había dejado un vacío en su vida que nada había llenado en diez años, estaba dando caza a hombres poderosos por las calles de Phoenix Ridge.

Los mismos hombres que habían estado relacionados con la investigación de Reagan antes de que desapareciera.

La mirada de Eve se posó en la agenda de Davenport, ahora fotografiada y parcialmente descifrada. Cinco nombres seguían sin la marca de la muerte: Arthur Pembroke, Sebastian Harrington, Landon

Fairchild, Winston Ashford y —lo más preocupante— el marido de la comisaria Hannah Brooks, Jonathan Brooks.

Las piezas encajaron con una claridad terrible. Reagan había descubierto una corrupción que alcanzaba las más altas esferas del poder de Phoenix Ridge. Había intentado investigar a través de los canales oficiales y, como resultado, desapareció. Ahora había regresado como juez, jurado y verdugo, eliminando sistemáticamente a los hombres que consideraba responsables mientras dejaba pruebas de sus delitos para el dominio público.

Y se había puesto en contacto directamente con Eve, guiándola hacia las pruebas que los demás querrían ocultar.

La cuestión ya no era si Reagan Shaw era la justiciera, sino qué haría Eve Morgan con esa información, y si podría proteger la investigación el tiempo suficiente para comprender todo el alcance de la corrupción antes de que la comisaria Brooks y sus aliados se dieran cuenta de lo que Eve había descubierto.

Cinco segundos de reacción privada. Acto seguido, la capitana Eve Morgan volvió a encerrar sus emociones bajo llave, cogió sus notas y se preparó para enfrentarse a una rueda de prensa orquestada por las mismas personas a las que Reagan tenía en el punto de mira.

La cazadora y la presa, con sus papeles cada vez más difusos a cada nueva revelación.

La rueda de prensa se desarrolló exactamente como Eve había previsto: una actuación cuidadosamente orquestada, diseñada para proyectar control sin revelar nada sustancial.

La comisaria Hannah Brooks estaba flanqueada por la alcaldesa Amelia McAllister y la fiscal del distrito Katherine Powell, un imponente muro de poder con trajes de chaqueta y expresiones neutras. Eve permanecía ligeramente detrás de ellas, con el rostro convertido en una máscara profesional que no delataba ninguna de las revelaciones que bullían en su interior.

—El Departamento de Policía de Phoenix Ridge está siguiendo varias pistas en relación con estos trágicos asesinatos —anunció Brooks a la prensa congregada—. El equipo de la capitana Morgan

está trabajando sin descanso para llevar a esta peligrosa justiciera ante la justicia.

Eve se fijó en la deliberada elección de palabras de la comisaria: «peligrosa justiciera» en lugar de «asesina», un sutil distanciamiento de las víctimas cuyos crímenes estaban siendo expuestos. También captó la cautelosa mirada que Brooks le dirigió: inquisitiva, evaluadora, advertidora.

—Capitana Morgan, ¿puede hacer algún comentario sobre las pruebas halladas en los escenarios de los crímenes? —preguntó un periodista.

Antes de que Eve pudiera responder, Brooks interceptó la pregunta con soltura. —El departamento no puede hacer comentarios sobre pruebas activas durante una investigación en curso.

Eve guardó silencio, procesando la dinámica en juego. Si Brooks estaba conectada con los objetivos a través de su marido, su control de la información no era solo una maniobra política, sino una obstrucción activa.

La rueda de prensa continuó con evasivas cuidadosamente elaboradas, con el trío de funcionarias presentando un frente unido mientras Eve catalogaba las incoherencias. Cuando la alcaldesa McAllister hizo hincapié en el «respeto a las víctimas», Eve percibió una vacilación momentánea en la fiscal del distrito, Powell; probablemente, la fiscal había visto las mismas pruebas que ella y sabía exactamente lo que aquellos hombres habían hecho.

Mientras los flashes de las cámaras destellaban y las preguntas volaban, la mente de Eve analizaba los patrones que surgían de la investigación. Si Reagan estaba eliminando sistemáticamente a los miembros de esta «Red Fénix», ya estaría planeando su próximo objetivo. Basándose en la agenda, Arthur Pembroke parecía el más probable; su firma financiera ocupaba las oficinas del ático de la Torre del Faro, con vistas a los acantilados.

—Capitana Morgan, ¿le gustaría añadir algo? —preguntó de repente la comisaria Brooks, con un tono agradable pero con una mirada afilada y desafiante.

Eve dio un paso al frente, consciente de las cámaras, de los dispositivos de grabación y del campo de minas político que se extendía ante ella. —El Departamento de Policía de Phoenix Ridge está comprometido con la justicia —declaró, escogiendo cada palabra con cuidado—. Seguiremos las pruebas hasta donde nos lleven, sin importar a quién impliquen.

Un mensaje sutil bajo la respuesta estándar. Percibió cómo los ojos de Brooks se entrecerraban de forma casi imperceptible, la ligera tensión en su mandíbula.

Mensaje recibido.

El resto de la rueda de prensa transcurrió entre una neblina de tópicos políticos y preguntas cuidadosamente esquivadas. Cuando por fin terminó, Eve se escabulló de la sala de prensa, evitando la mirada vigilante de Martinez y el intento de la comisaria de entablar una conversación privada con ella.

De vuelta en su despacho, Eve encontró a Foster esperándola, con la tableta en la mano y un semblante grave.

—He encontrado algo —dijo Foster sin preámbulos en cuanto Eve cerró la puerta—. El dinero que transfirió Davenport fue a parar a un fideicomiso para supervivientes de agresiones sexuales. Específicamente, mujeres que trabajaron para los cuatro hombres que han sido asesinados.

—Restitución —murmuró Eve.

—Hay más —continuó Foster, deslizando el dedo para mostrar otro documento—. He estado analizando la agenda. Cinco nombres aparecen repetidamente en relación con las cuatro víctimas, siempre en referencias codificadas.

Mostró una lista: Arthur Pembroke, Sebastian Harrington, Landon Fairchild, Winston Ashford y Jonathan Brooks.

—El marido de la comisaria Brooks —confirmó Eve en voz baja. Foster asintió. —La agenda contiene referencias a servicios de «limpieza» coordinados a través de Brooks. Los detalles son vagos, pero las implicaciones…

—Son claras —terminó Eve—. Se protegían entre ellos. Pruebas que desaparecían, casos desestimados, víctimas silenciadas.

Foster observó a Eve con atención. —Esta justiciera no está matando al azar. Está atacando sistemáticamente a una red específica de hombres poderosos que han estado operando por encima de la ley.

Eve mantuvo la compostura, aunque su mente conectó estos hallazgos con los resultados de reconocimiento facial que Mendez había borrado.

—Que esto quede entre nosotras —ordenó Eve—. Sigue analizando la agenda, pero con absoluta discreción. Si la comisaria Brooks se da cuenta de lo que hemos descubierto…

—Nos reasignarán a las dos antes de que amanezca —terminó Foster con gravedad.

Eve asintió mientras la decisión se cristalizaba en su mente. —¿Puedes encargarte de la investigación unas horas sin levantar sospechas? Necesito verificar algo esta noche. Sola.

Foster la estudió. —Tiene una pista sobre la justiciera.

No era una pregunta. Eve asintió una vez. —Basándome en el patrón y en la agenda de Pembroke, puede que haya identificado un lugar de vigilancia. Si estoy en lo cierto, puedo interceptar a nuestra sospechosa a tiempo.

—Debería llevar refuerzos.

—Esto requiere discreción —replicó Eve—. Cualquier despliegue inusual alertaría a Martinez, que informa directamente a Brooks. Si el marido de la comisaria está relacionado con estas víctimas…

—Necesita verificar la conexión antes de involucrar al departamento.

—Exacto —Eve agradeció la perspicacia de Foster—. Sigo siendo capitana de policía, Foster. Mi deber es detener a esta justiciera y llevarla ante la justicia. Pero primero necesito entender a qué nos enfrentamos exactamente.

Eve miró su reloj. Si sus sospechas eran correctas, tenía que darse prisa. —Mantenme informada de cualquier novedad —le indicó, cogiendo su chaqueta.

—¿Qué planea hacer?

—Voy a encontrarla —respondió Eve con sencillez—. Antes de que se cobre otra vida.

Mientras Eve salía de la comisaría y las sombras del atardecer se alargaban por las calles de Phoenix Ridge, repasaba mentalmente el patrón de la justiciera. Si Reagan estaba siguiendo la misma metodología que en sus asesinatos anteriores, esta noche estaría realizando un reconocimiento de su próximo objetivo.

La agenda había revelado las reuniones habituales de Arthur Pembroke los miércoles por la noche en la Torre del Faro, lo que lo situaría cerca de los acantilados en el extremo norte de la ciudad; el lugar de vigilancia perfecto sería la azotea adyacente.

Esta noche encontraría a Reagan Shaw. La cuestión no era si podría localizarla —Eve conocía los métodos de Reagan mejor que nadie—, sino qué haría cuando por fin estuvieran cara a cara. La ley contra la justicia. El deber contra la verdad. El sistema contra la mujer a la que nunca había dejado de amar.

Esta noche la obligaría a tomar una decisión que llevaba diez años evitando.

4

REAGAN

La lluvia le azotaba el rostro a Reagan mientras se agazapaba en el borde de la azotea del edificio Harborside; su cuerpo era una sombra contra el cielo oscurecido por la tormenta. Abajo, Phoenix Ridge resplandecía con luz artificial, y sus calles, resbaladizas por la precipitación, transformaban la ciudad en un caleidoscopio de colores refractados. A lo lejos retumbaban los truenos, una advertencia primaria que encajaba con su humor.

A unos trescientos metros, al otro lado de la extensión empapada por la lluvia, la Torre Lighthouse dominaba el horizonte, con su fachada de cristal y acero que reflejaba los relámpagos en estallidos prismáticos. Desde su posición, Reagan tenía una línea de visión perfecta a los despachos del ático de Pembroke Financial, donde Arthur Pembroke trabajaba hasta tarde todos los miércoles.

Reagan ajustó la mira telescópica, cuya carcasa impermeable mantenía seca la óptica de precisión a pesar del aguacero. A través de la lente, observó a su objetivo moverse por su despacho de la esquina, canoso y arrogante con su traje caro, completamente ajeno a la paciente observación de la muerte.

Sesenta y dos años. Tres acusaciones de agresión sexual enterradas gracias a contactos y sobornos. Pruebas «perdidas» de

los archivos policiales. Víctimas intimidadas hasta guardar silencio o compradas para que colaboraran. Todo documentado en los archivos de Reagan; archivos que habían desaparecido de la sala de pruebas de Phoenix Ridge diez años atrás, cuando ella se acercó demasiado a la verdad.

Su auricular zumbaba con las frecuencias policiales encriptadas que monitorizaba. Conversaciones tácticas, asignaciones de patrullas y divisiones de detectives: todo formaba parte del ruido de fondo que la mantenía un paso por delante del departamento al que una vez había servido con todo su corazón.

Reagan consultó su reloj. Pembroke se quedaría una hora más, revisando las carteras de inversión de clientes que nunca cuestionaban el origen de sus constantes beneficios y que jamás investigaban a las empresas que financiaba y que se lucraban con la explotación. Esta noche era solo de reconocimiento: trazar sus movimientos, confirmar los protocolos de seguridad y prepararse para la ejecución que llevaría a cabo en cuarenta y ocho horas.

Una voz rasgó la estática en su auricular y captó al instante toda su atención.

—Unidad Cuatro, reanude la patrulla del distrito del acantilado norte. Compruebe los accesos a la azotea del edificio Harborside.

Eve.

Reagan reconoció su voz de inmediato; la reconocería en cualquier parte: en la oscuridad, en sueños, en la muerte. La capitana Eve Morgan, desplegando a sus agentes con la precisa estrategia que le había valido la reputación de ser la mente táctica más brillante del departamento.

Y estaba enviando unidades directamente a la posición de Reagan.

El pulso de Reagan se mantuvo firme, pero su mente se aceleró. No era una casualidad. Eve lo sabía. De alguna manera, había anticipado el lugar de vigilancia de Reagan con una precisión asombrosa y había predicho exactamente dónde establecería su posición para el reconocimiento.

Ese conocimiento envió una corriente eléctrica por las venas de Reagan; no de miedo, sino de reconocimiento. Eve recordaba sus

métodos, entendía su forma de pensar. Después de diez años, seguían conectadas por el hilo invisible de tácticas compartidas y entendimiento mutuo.

La lluvia le pegaba la ropa táctica a la piel mientras desmontaba rápidamente su equipo de observación. No había tiempo para la elegante huida que había planeado; los agentes de Eve llegarían al acceso de la azotea en cuestión de minutos.

Echándose la mochila a la espalda, Reagan se dirigió al extremo este del edificio, donde la escalera de servicio descendía veinte pisos hasta el acceso de mantenimiento inferior. Sus manos enguantadas se aferraron al metal frío mientras un trueno restallaba sobre su cabeza, la percusión de la naturaleza acompañando su vertical huida.

Había descendido tres pisos cuando la puerta de acceso a la azotea se abrió de golpe sobre ella. Haces de linterna cortaron la oscuridad barrida por la lluvia, buscando. Reagan se quedó inmóvil, pegando el cuerpo a la pared del edificio, fundiéndose con las sombras.

—Despejado —dijo una voz femenina; la agente Lucy Mitchell, si la memoria de Reagan sobre el personal del departamento no le fallaba—. Ni rastro de nadie.

—Revise el perímetro —fue la respuesta. Eve de nuevo, su voz más cercana ahora. Había venido en persona.

A Reagan se le cortó la respiración. Diez años desde que se habían visto cara a cara. Diez años observándola desde la distancia, protegiéndola mediante la ausencia y el engaño. Ahora, seis metros de espacio vertical y una década de secretos las separaban.

Podía quedarse, dejarse descubrir. Podía poner fin a la farsa y afrontar el ajuste de cuentas que se había estado gestando desde que le disparó la primera bala en la frente a Reginald Sinclaire hacía cuatro semanas.

El pensamiento se desvaneció tan rápido como se había formado. Su misión seguía incompleta. Cinco hombres continuaban campando a sus anchas, ejerciendo un poder que corrompía Phoenix Ridge desde los despachos de los áticos hasta las cámaras de los juzgados.

Y seguían suponiendo una amenaza para Eve, fuera ella consciente de ello o no.

Mientras los agentes se movían por la azotea, Reagan descendió en un silencio absoluto, con cada movimiento controlado y deliberado. Cuando sus botas tocaron la plataforma de mantenimiento, se deslizó por la puerta de servicio hacia los pasadizos internos del edificio, una red en la sombra que había cartografiado años atrás durante su investigación inicial, antes de que la verdad lo cambiara todo.

A través del auricular, la voz de Eve seguía dando órdenes, dirigiendo la búsqueda con una precisión metódica. Reagan se movía como contrapunto, una danza de persecución y evasión en la que ambas se anticipaban a los pasos de la otra con íntima familiaridad.

Eve la estaba cazando. Y, bajo la necesidad de escapar, Reagan sintió el más leve atisbo de algo que creía extinguido desde hacía mucho tiempo: esperanza.

Si Eve había descubierto la identidad de la justiciera, si se estaba anticipando a los movimientos de Reagan en lugar de seguirlos, significaba que estaba atando los cabos que Reagan le había dejado deliberadamente. Las pruebas de cada asesinato. Los nombres en la agenda de Davenport. Las migas de pan que conducían a toda la verdad sobre la corrupción de Phoenix Ridge.

Reagan salió por una salida de servicio a un callejón empapado por la lluvia detrás del edificio Harborside; la tormenta le proporcionó la cobertura perfecta para su huida. Las unidades de policía estarían centradas en la azotea y en las salidas principales; esta ruta de escape terciaria permanecía invisible para las tácticas habituales.

Mientras se fundía con las sombras entre los edificios, Reagan se permitió una mirada atrás, hacia la azotea desde donde Eve dirigía la búsqueda. Un relámpago iluminó la silueta de la capitana durante una fracción de segundo: una figura solitaria que se recortaba contra el cielo tormentoso, con una postura erguida y autoritaria mientras escudriñaba los edificios circundantes.

Buscándome, pensó Reagan. *Después de todos estos años.*

Se dio la vuelta y se desvaneció en las laberínticas calles de Phoenix Ridge, mientras la lluvia borraba todo rastro de su presencia. El reconocimiento de esa noche se había visto comprometido, pero ella había averiguado algo mucho más valioso: Eve estaba más cerca de lo que Reagan había previsto. La distancia cuidadosamente construida entre cazadora y presa se estaba derrumbando, y la inevitable confrontación se aceleraba hacia ellas.

Y cuando por fin estuvieran cara a cara, Reagan tendría que elegir entre completar su misión y revelarle la verdad a la mujer a la que nunca había dejado de amar; la verdad que podría destruirlas a ambas.

Desapareció en la tormenta, un fantasma moviéndose a través de una ciudad acechada por secretos que se negaban a permanecer enterrados. Detrás de ella, Eve Morgan continuaba la búsqueda, separadas por apenas unos instantes y diez años de ausencia calculada.

Reagan se movió por el antiguo distrito de almacenes con la cuidadosa precisión de alguien que había trazado cada posible ruta de escape con años de antelación. La lluvia se había intensificado, y caían cortinas de agua del cielo como si el propio Phoenix Ridge estuviera siendo purgado de sus pecados. Los relámpagos iluminaban las estructuras abandonadas en breves y violentos destellos, seguidos por el estruendo de los truenos con una urgencia creciente a medida que la tormenta se centraba sobre la ciudad.

Conocía íntimamente aquellos edificios; los había utilizado como puestos de observación durante su investigación original diez años atrás. La fábrica textil abandonada, con su torre de agua manchada de óxido, ofrecía una ventaja táctica: múltiples salidas, líneas de visión despejadas en todas las direcciones y un mirador cubierto desde el que podía vigilar los movimientos de la policía sin ser vista.

Reagan subió la escalera metálica, cada paso dado con un silencio deliberado a pesar del amparo de la tormenta. El agua chorreaba de su ropa táctica cuando llegó al nivel superior de la fábrica: un espacio cavernoso de ventanas rotas y máquinas silenciosas, fantasmas de una industria abandonada hacía mucho tiempo. Se acercó a las ventanas del este que daban al puerto, y sus

ojos entrenados buscaron las siluetas características de las unidades de la policía.

Nada. Los parámetros de búsqueda seguían centrados en el edificio Harborside, exactamente como había predicho. Eve ampliaría el radio de búsqueda de forma sistemática, pero Reagan se había asegurado de tener tiempo suficiente para…

—No te muevas.

La voz atravesó la percusión de la lluvia como una cuchilla. Grave, controlada e inconfundible incluso después de una década.

Eve.

Reagan se quedó paralizada, no por la orden, sino por la conmoción de oír aquella voz tan cerca después de años de distancia. Permaneció de espaldas a su interlocutora, mientras la lluvia goteaba de su ropa y formaba un pequeño charco a sus pies.

—Las manos donde pueda verlas —ordenó Eve, con una voz que no denotaba más que control profesional.

Poco a poco, Reagan levantó las manos hasta la altura de los hombros, con los dedos bien abiertos para mostrar que no oponía resistencia. Se mantuvo de espaldas, retrasando el inevitable momento del reconocimiento.

—Ahora, dese la vuelta. Despacio.

Reagan inspiró hondo, preparándose para lo que venía a continuación. Entonces se giró, encarando a Eve Morgan por primera vez en diez años.

Un relámpago centelleó, iluminándolas a ambas. Eve estaba a tres metros de distancia, sujetando su arma reglamentaria con ambas manos en una postura perfecta, apuntando sin vacilar al pecho de Reagan. Llevaba el pelo oscuro pegado a la cabeza por la lluvia y el agua le chorreaba por la cara como lágrimas que se negaba a derramar. Vestía pantalones tácticos oscuros y una chaqueta negra con la palabra POLICÍA estampada en el pecho, y la placa de capitana le brillaba en la cadera.

Sus miradas se encontraron y el mundo se redujo a ese único punto de conexión.

Durante tres latidos, la máscara profesional de Eve permaneció intacta. Luego, el reconocimiento se abrió paso en aquellos ojos

verde oscuro, seguido de una cascada de emociones demasiado rápidas para distinguirlas: sorpresa, incredulidad, ira, dolor. Su arma vaciló una fracción de segundo, la única señal externa del terremoto que sacudía sus cimientos.

—Reagan —fue un susurro casi perdido en la furia de la tormenta.

Reagan permaneció inmóvil, con las manos aún en alto, dándole a Eve espacio para procesar lo que su mente debía de estar luchando por aceptar. El fantasma hecho carne. La amante que había creído muerta. La justiciera que había estado persiguiendo.

—Hola, Eve —su voz le sonó extraña a sus propios oídos, demasiado calmada para el tifón que se desataba en su pecho.

La mandíbula de Eve se tensó, el músculo flexionándose bajo su piel en ese gesto que Reagan una vez conoció tan íntimamente. —Diez años —las palabras sonaron cortantes—. Diez años creyendo que estabas muerta.

La lluvia continuó cayendo entre ellas, y la furia de la tormenta igualaba la tensión que crepitaba en el aire.

—Hice lo que era necesario —replicó Reagan, cada palabra cargada con la década de ausencia que representaba.

—¿Necesario? —la voz de Eve se alzó ligeramente, la primera grieta en su control—. Desapareciste sin dejar rastro. Ni cuerpo. Ni un adiós. Nada más que preguntas y un expediente al final sellado con un «presunta muerta».

Reagan bajó las manos ligeramente. —El arma no es necesaria, Eve.

—Cuatro hombres han muerto a tus manos —replicó Eve—. Creo que es absolutamente necesaria.

El reconocimiento práctico de lo que Reagan había hecho se instaló entre ellas, la primera verdad en una conversación que requeriría muchas.

—Has visto las pruebas que he dejado —dijo Reagan—. Sabes lo que hicieron. Lo que eran.

—Soy capitana de policía, Reagan. No me corresponde a mí decidir quién merece vivir o morir —las palabras de Eve fueron firmes, pero algo parpadeó en sus ojos: duda, tal vez, o el primer

reconocimiento de que las líneas entre el bien y el mal se habían desdibujado hasta volverse irreconocibles.

—El sistema les falló a esas mujeres —insistió Reagan—. Me falló a *mí*. Y te habría fallado a ti si me hubiera quedado.

La expresión de Eve cambió de forma minúscula. —¿De qué estás hablando?

—Intentaron matarme, Eve —Reagan dio un único paso adelante y se detuvo cuando Eve apretó con más fuerza su arma—. Cuando descubrí hasta dónde llegaba la corrupción, vinieron a por mí. ¿La noche que desaparecí? No me fui. Intentaron matarme.

Otro relámpago centelleó, seguido inmediatamente por un trueno, justo encima de ellas ahora. Bajo la cruda iluminación, el rostro de Eve reveló el primer atisbo de incertidumbre; la detective que había en ella procesando nuevas pruebas contra una conclusión que había aceptado hacía años.

—¿Quién?

—La Red Fénix —respondió Reagan—. Los hombres a los que he estado dando caza. Davenport lo ordenó, pero todos lo sabían. Todos se beneficiaron de mi desaparición.

La mirada de Eve no se apartó del rostro de Reagan, buscando el engaño, la verdad detrás de diez años de ausencia. —Podrías haberme contactado. Haber encontrado una forma de hacerme saber que estabas viva.

—Te estaban vigilando —dijo Reagan en voz baja—. Después de que yo «desapareciera», te vigilaron durante años, esperando a ver si me ponía en contacto. Si lo hubiera hecho, tú habrías sido la siguiente.

La confesión quedó suspendida entre ellas, empapada por la lluvia y cargada de implicaciones. El arma de Eve bajó ligeramente, aunque su dedo permaneció junto al guardamonte, no sobre él; la cautela instintiva de una agente entrenada.

—¿Y qué has estado haciendo? ¿Escondida en la sombra durante una década, planeando tu venganza? —preguntó Eve, con la ira tiñendo sus palabras.

—Justicia —corrigió Reagan—. No venganza.

—Los estás ejecutando, Reagan. Eso no es justicia. Eso es jugar a ser Dios.

—Los estoy desenmascarando —replicó Reagan—. Asegurándome de que todo el mundo sepa lo que hicieron, lo que encubrieron. Las ejecuciones son secundarias a la verdad.

Eve negó con la cabeza, y el brusco movimiento salpicó agua de su pelo. —No te corresponde a ti hacer esa distinción. Un asesinato es un asesinato, por muy justa que sea la causa.

Los ecos de su última discusión de hacía diez años resonaban en el enfrentamiento actual. La misma división fundamental: la fe de Eve en el sistema a pesar de sus defectos, y la convicción de Reagan de que cierta corrupción estaba demasiado arraigada para la justicia convencional.

—Quedan cinco nombres más en mi lista —dijo Reagan con la mirada fija—. Hombres que destrozaron vidas y eludieron las consecuencias gracias a sus contactos. Hombres que ordenaron mi muerte y ordenarían la tuya si supieran lo que has descubierto.

—Así que te has erigido en juez, jurado y verdugo —la voz de Eve se endureció de nuevo.

—Alguien tenía que hacerlo.

El tenso impasse continuó, con la tormenta rugiendo a su alrededor como un espejo de la colisión de fuerzas opuestas que representaban. Dos mujeres que una vez se habían movido en perfecta sincronía, ahora situadas en lados opuestos de un abismo moral que ninguna de las dos había creado, pero que ambas habían elegido.

—No puedo dejar que vuelvas a matar —dijo Eve finalmente, la convicción endureciendo su voz.

—¿Vas a detenerme? —preguntó Reagan en voz baja.

La pregunta no era un desafío, sino una indagación genuina. ¿Elegiría Eve la placa por encima de lo que una vez habían sido la una para la otra? ¿Triunfaría el deber sobre las verdades que Reagan había sacado a la luz?

La expresión de Eve se endureció. —Debería. Hay cuatro hombres muertos.

—Cuatro depredadores que eludieron la justicia —matizó Reagan —. Has visto las pruebas. Sabes lo que hicieron.

—Eso no te da derecho a…

—Los derechos no tuvieron *nada* que ver —la interrumpió Reagan, y su voz al fin traslució emoción, un destello de la pasión que una vez la había definido—. Cuando descubrí hasta dónde llegaba la corrupción, cuando seguí el dinero y las conexiones hasta los más altos niveles de la estructura de poder de Phoenix Ridge, los derechos se volvieron irrelevantes. Se trataba de supervivencia. La mía. La tuya. La de las mujeres de las que abusaron.

El arma de Eve bajó otra fracción. —Explícate.

Una palabra. Una oportunidad. Reagan la aprovechó.

—El marido de la comisaria Brooks forma parte de ello —dijo—. Jonathan Brooks. Está en mi lista. Él coordina sus operaciones de «limpieza»: pruebas que desaparecen, testigos que se retractan, investigadores que son reasignados. Hace diez años, ayudó a organizar mi ejecución cuando me acerqué demasiado a desenmascararlos.

La compostura de Eve se resquebrajó aún más, y su máscara profesional se agrietó ante la confirmación de sus propias sospechas. —He estado investigando a la comisaria y rastreando las conexiones financieras entre su marido y las víctimas.

—Entonces ya estás en peligro —dijo Reagan, con la urgencia tiñendo sus palabras—. Si Jonathan Brooks o su mujer descubren lo que has averiguado, serás el próximo objetivo.

Sus miradas se sostuvieron a través del espacio bañado por la lluvia, el primer y tenue hilo de entendimiento tendiéndose entre ellas.

—Necesito ver tus pruebas —dijo Eve finalmente—. Todas. No solo las que has dejado en las escenas del crimen.

No era aceptación. No era perdón. Pero sí el reconocimiento de que la verdad importaba más que la justicia inmediata; la detective que había en Eve se negaba a emitir un juicio sin examinar todos los hechos disponibles.

Reagan sintió un destello de la conexión que una vez compartieron: dos investigadoras persiguiendo la verdad, sin

importar los obstáculos. Metió la mano lentamente en su chaqueta táctica, percatándose de la ligera tensión con la que Eve empuñaba su arma. De un bolsillo interior, sacó un pequeño estuche impermeable que contenía un fragmento de las pruebas que había reunido durante diez años.

—Esto es solo el principio —dijo Reagan, abriendo el estuche para revelar una memoria USB y varios documentos doblados—. Registros financieros que demuestran que Jonathan Brooks coordinaba lo que llamaban «operaciones de limpieza». Pruebas que desaparecieron de los archivos policiales. Testimonios de testigos que fueron ocultados.

Se lo tendió, interponiéndolo entre ambas, mientras las gotas de lluvia perlaban la superficie impermeable. —Incluida la orden de mi ejecución hace diez años.

Eve estudió el estuche sin cogerlo, con la sospecha luchando contra su instinto de detective de seguir todas las pistas. —¿Por qué me das esto ahora?

—Porque ya los estás persiguiendo —respondió Reagan con sencillez—. Y porque, si te acercas demasiado, irán a por ti. Necesitas saber a qué te enfrentas para protegerte.

La tormenta arreciaba a su alrededor, los relámpagos iluminaban la maquinaria rota de la fábrica abandonada y los truenos hacían temblar la frágil estructura. A pesar de todo, Reagan observaba el rostro de Eve, interpretando las microexpresiones que aún recordaba de los años que pasaron juntas: el leve ceño fruncido al procesar información compleja y la casi imperceptible tensión en la comisura de sus labios al enfrentarse a una verdad incómoda.

Eve dio un paso al frente, acortando la distancia entre ellas. Cuando alargó la mano hacia el estuche, sus dedos rozaron los de Reagan, y el breve contacto envió una corriente eléctrica por el cuerpo de Reagan que nada tenía que ver con la tormenta. Durante diez años, había mantenido las distancias, observado desde las sombras, protegido mediante la ausencia. Ahora Eve estaba ante ella, sólida y real y peligrosamente cerca.

—Esto no cambia lo que has hecho —dijo Eve, perdiendo su tono profesional al coger las pruebas.

—Nunca esperé que lo hiciera —replicó Reagan, incapaz de retroceder a pesar de que su entrenamiento táctico exigía distancia y vías de escape.

Los ojos oscuros de Eve escrutaron el rostro de Reagan, catalogando los cambios que una década había tallado en sus facciones. Reagan se obligó a permanecer quieta bajo el escrutinio, aunque todos sus instintos le gritaban que se alejara de esa peligrosa proximidad.

—Diez años —susurró Eve, su rabia suavizándose hasta convertirse en algo más complejo—. Diez años pensando que estabas muerta.

La acusación la golpeó más hondo que cualquier bala que hubiera recibido jamás. —Lo estaba —admitió, la verdad abriéndose paso a través de su control cuidadosamente mantenido—. La mujer que conociste murió esa noche en el puerto. Lo que regresó fue otra cosa.

—¿Y lo nuestro? —preguntó Eve, su voz apenas audible por encima de la tormenta—. ¿También murió?

A Reagan se le cortó la respiración; la inesperada vulnerabilidad en la voz de Eve resquebrajó algo en su armadura. Su mirada bajó a los labios de Eve y luego volvió a sus hermosos ojos verdes, un momento de debilidad que no podía permitirse, pero que tampoco pudo evitar.

—Nada de lo nuestro ha muerto jamás —susurró Reagan—. Por eso me mantuve alejada.

La confesión quedó suspendida entre ellas, cargada con una década de ausencia y verdades no dichas. La mano libre de Eve se alzó, flotando cerca del rostro de Reagan sin llegar a tocarla, tan cerca que Reagan podía sentir el calor de su piel a través del aire enfriado por la lluvia.

Algo magnético las atraía, una gravedad inexorable que ninguna de las dos había previsto cuando comenzó la noche. Reagan se inclinó ligeramente hacia delante, el pensamiento racional ahogándose bajo la marea de lo que una vez habían sido la una para la otra. El rostro de Eve se inclinó hacia arriba, sus labios se separaron ligeramente, con las pruebas olvidadas entre sus manos.

Sus alientos se mezclaron en el aire frío, la distancia colapsando...

El auricular de Reagan cobró vida con un crujido, atravesando el momento con una eficacia brutal. —A todas las unidades, se ha localizado la señal GPS de la capitana Morgan cerca de la fábrica textil abandonada. Establezcan un perímetro e inicien el patrón de búsqueda.

La realidad se estrelló contra ellas. Reagan se apartó, y la conciencia situacional se reafirmó con fría precisión. —Tu equipo —dijo, toda vulnerabilidad desvanecida bajo la necesidad—. Deben de haber notado tu ausencia y han rastreado tu teléfono.

Eve miró hacia el hueco de la escalera y luego de nuevo a Reagan, recuperando su semblante profesional, aunque sus ojos delataban un conflicto más profundo.

—Reagan…

—Hay más pruebas —dijo Reagan, mientras ya calculaba las rutas de escape al tiempo que las comunicaciones de la policía se intensificaban en su auricular—. Se dirigió hacia la ventana que daba a la escalera de incendios—. Caja de seguridad 227 en el Phoenix Ridge National. La llave está en el 1542 de Harbor Point Road, pegada con cinta adhesiva bajo la tercera tabla del suelo desde la pared.

—Espera… —empezó a decir Eve, pero Reagan ya había salido por la ventana.

La lluvia le azotaba la cara a Reagan mientras se detenía en la escalera de incendios, mirando a la mujer a la que había protegido desde la distancia durante una década.

—Ten cuidado de quién te fías, Eve. Brooks tiene gente vigilándote. Si investigas esas pruebas, te convertirás en un objetivo.

—No vuelvas a desaparecer —dijo Eve, con una mezcla de orden y súplica—. Entrégate. Podemos solucionarlo juntas.

Esas palabras tocaron una fibra sensible que Reagan creía enterrada desde hacía mucho tiempo. Por un instante fugaz, imaginó un camino diferente: uno en el que abandonaba su cruzada, afrontaba las consecuencias de sus actos y confiaba en el sistema en el que Eve todavía creía, a pesar de sus defectos.

Pero el recuerdo de dos balas atravesándole el cuerpo diez años atrás, cuando la dieron por muerta, extinguió esa fantasía. El dolor fantasma de casi ahogarse en el puerto de Phoenix Ridge mientras los hombres que habían ordenado su muerte celebraban su exitosa «limpieza» casi la abrumó en ese instante.

—Mira primero las pruebas —dijo Reagan—. Luego decide qué significa la justicia.

Antes de que Eve pudiera responder, antes de que el casi beso pudiera devolverla a una trayectoria de colisión, Reagan descendió hacia la oscuridad. La lluvia le proporcionaba la cobertura perfecta mientras se movía en silencio por la escalera de incendios, trazando ya su ruta de extracción a través de los rincones olvidados del distrito de los almacenes.

A través de su auricular, oyó a las unidades de policía converger en la fábrica. Eve los despistaría —Reagan la conocía lo suficiente como para estar segura de ello—, pero la supervivencia exigía una retirada inmediata. Se había expuesto esa noche, había revelado su existencia a la única persona que podía amenazar de verdad su misión.

Sin embargo, bajo los cálculos tácticos y la renovada urgencia de su caza, una verdad diferente se negaba a ser silenciada: por primera vez en diez años, se había encontrado cara a cara con Eve Morgan, había pronunciado su nombre, casi había salvado el abismo que su desaparición había creado entre ellas.

Y a pesar de todo —las muertes, la justicia por su mano, los bandos opuestos que ahora ocupaban—, la conexión entre ellas permanecía intacta. Aquellos pocos momentos en la fábrica abandonada habían demostrado lo que Reagan había temido y esperado a partes iguales: que algunos lazos sobrevivían incluso a la muerte y la resurrección.

Mientras desaparecía en las calles de Phoenix Ridge azotadas por la tormenta, Reagan supo con fría certeza que sus caminos volverían a cruzarse. Eve tenía ahora las pruebas. Seguiría su rastro porque así había sido siempre ella: implacable en su búsqueda de la verdad, sin importar las consecuencias.

La cuestión era si esa búsqueda llevaría finalmente a Eve a arrestar a Reagan o a unirse a su cruzada, y si Reagan podría completar su misión antes de que esa inevitable confrontación forzara una elección que ninguna de las dos mujeres estaba preparada para tomar.

La tormenta arreciaba, borrando sus huellas mientras se desvanecía de nuevo entre las sombras de la ciudad, convertida una vez más en un fantasma.

5

EVE

La tormenta había seguido a Eve a casa, azotando las ventanas de su ático con furia renovada. Los relámpagos iluminaban su salón en crudas ráfagas, revelando en lo que se había convertido su apartamento: una sala de operaciones dedicada a un fantasma que se había materializado desde la oscuridad apenas unas horas antes.

No se había molestado en encender las luces. La oscuridad encajaba con su estado de ánimo y la naturaleza de su investigación: una que existía en la sombra, de forma extraoficial y más allá de los límites de su deber. Los expedientes cubrían la mesa del comedor, extendidos sobre la pulida superficie en un meticuloso orden cronológico. Fotos de la escena del crimen. Declaraciones de testigos. Informes de autopsias. Una investigación de hacía una década que resucitaba junto a su detective principal.

Reagan Shaw estaba viva.

La idea todavía la golpeaba con fuerza física horas después de su enfrentamiento. Eve se frotó los ojos; el cansancio le quemaba tras los párpados después de una noche en vela. El café se le había quedado frío en la taza de cerámica, olvidada entre las pruebas. A su lado, un recipiente a medio comer de comida tailandesa —su

concesión a la necesidad física— yacía abandonado, y su aroma picante ahora olía a rancio en el aire inmóvil.

La lluvia golpeaba con un ritmo incesante el cristal mientras Eve se ponía de pie, estirando los músculos entumecidos tras horas de análisis concentrado. Se dirigió a la pared que había convertido en un tablón de pruebas y trazó las conexiones entre las fotografías con dedos temblorosos.

Reginald Sinclaire. Nathaniel Peterson. El juez Malcolm Harmon. Richard Davenport. Cuatro hombres poderosos conectados por negocios, círculos sociales y acusaciones que habían desaparecido misteriosamente de los archivos oficiales. Cuatro hombres ahora muertos a manos de Reagan.

Y allí —clavada en el centro de esta red de corrupción— una fotografía de la propia Reagan, tomada semanas antes de su desaparición. La misma determinación en sus fieros ojos azules que Eve había visto esa noche, pero sin la dureza que una década de justicia por su cuenta había tallado en sus facciones.

Los dedos de Eve se demoraron en la imagen, una caricia inconsciente antes de bajar hacia la prueba que Reagan le había deslizado en la mano durante su casi beso. La funda impermeable estaba abierta sobre la mesa y su contenido ahora se integraba en la investigación de Eve: registros financieros que conectaban a las víctimas, documentación de «operaciones de limpieza» coordinadas a través de Jonathan Brooks y testimonios de testigos que se habían desvanecido de los archivos policiales años atrás.

Una pieza clave de las pruebas había sido una pequeña fotografía, con los bordes gastados por el uso: Eve y Reagan con sus uniformes de la academia, abrazadas por los hombros, sonriendo con una alegría sincera. En el reverso, escrito con la letra precisa de Reagan: «Nunca dejé de cuidar de ti».

Esas palabras habían perforado las defensas cuidadosamente construidas de Eve y derribado sus muros.

Dirigió su atención a la llave de la caja de seguridad que Reagan había mencionado. Según ella, la llave estaba escondida en el número 1542 de Harbor Point Road, debajo de la tercera tabla del suelo desde la pared. Eve había cotejado la dirección en los registros

de la propiedad y había encontrado una modesta cabaña a nombre de un tal Casey Harris; un alias, sin duda. La caja de seguridad en sí, la número 227 del Phoenix Ridge National Bank, solo sería accesible en horario de apertura. La misión de mañana, pues.

Volvió a relampaguear, seguido de inmediato por un trueno que sacudió las ventanas. Eve se estremeció; el sonido desencadenó una cascada de recuerdos: la noche en que Reagan desapareció y el diluvio torrencial mientras ella registraba el puerto, gritando un nombre que no obtuvo respuesta.

Durante diez años había creído que a Reagan la habían matado en una operación encubierta que salió mal o, peor aún, que simplemente había abandonado todo lo que habían construido juntas. La verdad, como Reagan le había revelado esa noche, era mucho más siniestra. Habían intentado matarla cuando se acercó demasiado a destapar su red.

La misma red que Eve estaba ahora trazando en la pared de su comedor.

Volvió a los expedientes y se centró en los archivos que Reagan había llevado antes de su desaparición. La investigación se había clasificado oficialmente como una indagación sobre corrupción judicial, pero las notas de Reagan revelaban algo mucho más extenso: una red de hombres poderosos que se protegían entre sí, usando su influencia para silenciar acusaciones y eliminar amenazas.

El patrón era inconfundible ahora que Eve tenía tanto la investigación original de Reagan como las pruebas dejadas en cada escena del crimen. Las cuatro víctimas habían estado relacionadas con casos en los que las pruebas habían desaparecido misteriosamente. Todas se habían enfrentado a acusaciones de violencia contra mujeres que habían sido desestimadas por «errores de procedimiento». Todas tenían vínculos financieros con Jonathan Brooks, el marido de la comisaria Hannah Brooks.

El teléfono de Eve vibró sobre la mesa; en la pantalla apareció el nombre de la detective Andrea Martinez. Se quedó mirándolo, mientras la advertencia de Reagan resonaba en su mente: «Ten cuidado de en quién confías. Brooks tiene gente vigilándote».

La llamada persistió, zumbando con insistencia como una avispa furiosa. Eve finalmente respondió, manteniendo la voz profesionalmente neutra a pesar de la hora y las circunstancias.

—Morgan.

—Capitana. —El tono de Martinez no tenía nada de la deferencia que se esperaba de una inspectora hacia su superiora—. A la comisaria Brooks le preocupan sus actividades tras el incidente en la fábrica textil. Se marchó usted del lugar de los hechos sin presentar un informe completo.

A Eve se le enderezó la espalda y, con la mano libre, tapó instintivamente las pruebas esparcidas sobre la mesa, aunque era imposible que Martinez las viera. —Presenté la documentación necesaria antes de marcharme, inspectora. La persecución no dio como resultado ninguna detención y consideré que era mejor emplear mi tiempo en revisar las pruebas existentes en lugar de continuar una búsqueda con unas condiciones meteorológicas que no hacían más que empeorar.

—La comisaria ha solicitado una reunión informativa completa a las 08:00. —El énfasis de Martinez en la palabra «completa» conllevaba unas implicaciones muy claras.

—Allí estaré —respondió Eve, y luego añadió con una estudiada naturalidad—: ¿Hay algo específico de la persecución de esta noche que le preocupe a la comisaria?

Hubo una pausa, breve pero reveladora. —Está especialmente interesada en cualquier prueba recuperada o contacto realizado durante su persecución en solitario.

La mirada de Eve se posó en la funda impermeable que le había dado Reagan, cuyo contenido ahora formaba parte de su investigación privada. —No hay nada sustancial que comunicar. El sospechoso eludió la detención, como ya indiqué en mi informe preliminar.

—Ya veo. —El tono de Martinez denotaba una clara incredulidad.

—¿Había algo más, inspectora? Son casi las tres de la madrugada. —Eve no hizo ningún esfuerzo por disimular su irritación.

—Solo una cosa más, capitana. Su señal de GPS desapareció durante aproximadamente diecisiete minutos durante la persecución. Un fallo técnico, supongo.

La pregunta quedó suspendida entre ellas, cargada de acusaciones tácitas. Eve había desactivado deliberadamente la función de seguimiento de su teléfono antes de acercarse a la fábrica textil, un procedimiento habitual en el trabajo de incógnito, pero sospechoso en estas circunstancias.

—Interferencias de la tormenta, lo más probable —respondió Eve con naturalidad—. El tiempo ha estado especialmente adverso esta noche.

—Claro. —La voz de Martinez rezumaba escepticismo—. Que duerma bien, capitana. El día de mañana promete ser… esclarecedor.

La llamada terminó, dejando a Eve mirando su teléfono con renovada sospecha. Martinez no se limitaba a seguir órdenes; estaba investigando activamente los movimientos de Eve con una atención inusual. Si Reagan tenía razón sobre la conexión de la comisaria Brooks con las víctimas, entonces el escrutinio de Martinez representaba una amenaza directa.

Eve dejó el teléfono y volvió a su pared de pruebas. Su atención se centró en un detalle que había pasado por alto: una anotación manuscrita de Reagan en un expediente de hacía una década. Una sola frase, subrayada tres veces: «E.M. bajo vigilancia. Proceder con cautela».

E.M. Eve Morgan.

Reagan había sabido que la estaban vigilando incluso entonces. Todo lo que había creído sobre la desaparición de Reagan —cada amarga conclusión, cada momento de rabia y traición— se había basado en un malentendido fundamental. Reagan no había elegido la venganza sobre el amor, ni la justicia sobre su relación. Había elegido la seguridad de Eve por encima de su propia presencia en la vida de esta.

Un sacrificio disfrazado de abandono.

Fuera, la tormenta se intensificó. La lluvia golpeaba el cristal con una urgencia creciente, como si la propia naturaleza exigiera el reconocimiento de verdades enterradas durante demasiado tiempo. Eve contempló las pruebas que tenía ante sí, la red de corrupción que Reagan había muerto por exponer y había regresado para desmantelar, y se enfrentó a la elección que se había estado precipitando hacia ella desde el primer asesinato del justiciero hacía cuatro semanas.

La ley o la justicia. La placa o la verdad. El sistema o la mujer.

Eve Morgan había construido su identidad en torno a la defensa de un sistema en el que creía a pesar de sus defectos. La capitana Morgan imponía respeto porque encarnaba los más altos ideales de ese sistema. Pero si Reagan tenía razón, si la corrupción llegaba a las más altas esferas de la estructura de poder de Phoenix Ridge, entonces el sistema en sí estaba comprometido sin posibilidad de redención.

Un relámpago brilló de nuevo, destacando el reflejo de Eve en la ventana: una mujer en una encrucijada, en equilibrio entre el deber y la verdad, entre el camino que había seguido durante una década y el que Reagan había elegido en la oscuridad.

Mañana recuperaría la llave de la caja de seguridad y accedería a cualquier prueba que Reagan hubiera guardado allí. Seguiría esta investigación a dondequiera que la llevase, incluso si el destino destruía todo sobre lo que había construido su vida.

Pero esa noche, en la intimidad de su apartamento, con la lluvia golpeando las ventanas como acusaciones, Eve por fin reconoció la verdad que había estado evitando desde que vio el rostro de Reagan en la fábrica abandonada: nunca había dejado de amar al fantasma de ojos azules que había regresado para atormentar Phoenix Ridge con una justicia letal.

Y esa verdad determinaría, en última instancia, de qué lado de esta guerra se pondría.



La oficina del médico forense de Phoenix Ridge ocupaba el sótano del Centro Municipal, y su iluminación fluorescente y sus superficies estériles creaban un marcado contraste con la ornamentada arquitectura de los pisos superiores. Los pasos de Eve resonaban mientras avanzaba por el pasillo, y el olor a antiséptico y formol se hacía más intenso a cada paso.

Apenas había dormido dos horas antes de llegar a la comisaría para su reunión obligatoria con el comisario Brooks; un encuentro tenso en el que había proporcionado información cuidadosamente seleccionada sobre la investigación, sin revelar nada de su encuentro con Reagan ni de las pruebas que ahora escondía en su apartamento. Las preguntas inquisitivas del comisario y la mirada vigilante de Martinez no habían hecho más que confirmar las advertencias de Reagan sobre en quién podía y no podía confiar.

Ahora, lejos de su escrutinio, Eve seguía adelante con su propia investigación.

La doctora Ingrid Westfield estaba de pie junto a una mesa de examen de acero inoxidable, con su pelo negro recogido en un moño severo que acentuaba sus pómulos afilados y sus penetrantes ojos oscuros. A sus cuarenta y seis años, era la patóloga forense más respetada de Phoenix Ridge, conocida por encontrar detalles que otros pasaban por alto y por su inquebrantable compromiso con la verdad científica, sin importar la presión política.

Levantó la vista cuando Eve entró, y su expresión cambió de la concentración profesional a un interés cauteloso. —Capitana Morgan, no sabía que tuviéramos una consulta programada.

—No la tenemos —reconoció Eve, cerrando la puerta tras de sí—. Esto es extraoficial.

La postura de Ingrid se enderezó, y sus manos se quedaron quietas sobre el expediente que había estado revisando. —Esas palabras, viniendo de una capitana de policía, rara vez preceden a buenas noticias.

Eve se acercó a la mesa de examen, cuidando de mantener la distancia profesional a pesar de la naturaleza extraoficial de su visita. —Necesito ver los informes originales de la autopsia de hace

una década. El caso de intento de homicidio de la detective Reagan Shaw.

Si a Ingrid le sorprendió la petición, lo disimuló bien. Solo el ligero entrecerrar de sus ojos delató su interés. —Es una petición poco común, teniendo en cuenta que el caso se cerró hace años y se dio por muerta a la detective Shaw.

—Los asesinatos del justiciero han revelado... conexiones que necesito verificar —dijo Eve, ofreciendo la verdad justa para resultar convincente sin revelar nada incriminatorio.

Ingrid la estudió un momento, su mente analítica procesaba visiblemente las implicaciones. Luego, sin hacer comentarios, se dirigió al terminal de su ordenador e introdujo una serie de comandos protegidos por contraseña. —Los registros digitales estarán archivados, pero guardo copias físicas de todos mis casos importantes.

Desapareció en su despacho privado y regresó instantes después con una caja de pruebas precintada. —Yo misma realicé el análisis de las pruebas de sangre —explicó Ingrid, rompiendo el precinto—. Había suficiente sangre en el lugar de los hechos como para indicar heridas mortales, aunque no se recuperó ningún cuerpo.

Eve mantuvo la compostura profesional mientras Ingrid extendía los informes sobre la mesa de examen. Las fotografías de la escena del crimen en el puerto de Phoenix Ridge mostraban manchas de sangre en el hormigón, y el análisis de las salpicaduras indicaba dos heridas de bala.

—La conclusión oficial fue que a la detective Shaw le dispararon durante una operación encubierta —continuó Ingrid, adoptando el tono clínico necesario en su profesión—. Las pruebas de sangre lo corroboraban, pero hubo... irregularidades que me inquietaron.

—¿Qué tipo de irregularidades? —inquirió Eve, estudiando una fotografía de las pruebas de sangre que había visto una década antes; sangre que una vez creyó que señalaba los últimos momentos de Reagan.

—Los casquillos de bala recuperados en el lugar de los hechos no coincidían con el arma registrada a nombre del sospechoso que Shaw supuestamente investigaba. —Ingrid sacó un informe de

balística y señaló la discrepancia resaltada—. Pertenecían a un arma de mayor calibre, de las que suelen utilizar los contratistas de seguridad especializados, no delincuentes de poca monta.

El pulso de Eve se aceleró. —¿Se anotó esa discrepancia en el expediente oficial del caso?

—Estaba incluida en mi informe inicial. —Ingrid apretó los labios —. Pero cuando revisé los documentos finales del caso, ese detalle se había eliminado. Al preguntar por la omisión, me informaron de que balística había «revisado» sus conclusiones.

—¿Quién autorizó esa revisión?

—La orden llegó a través del entonces capitán Langston, pero la firma que autorizaba el cambio pertenecía al predecesor del comisario Brooks.

Eve sintió que las piezas empezaban a encajar; el patrón que Reagan había intentado sacar a la luz hacía una década cobraba nitidez. —¿Hubo algo más que desapareciera de sus informes?

Ingrid vaciló, con la cautela profesional en pugna con su integridad científica. Tras un instante, metió la mano bajo el montón de papeles y sacó una delgada carpeta marcada con su sello personal en lugar de con los indicadores del departamento.

—Guardo copias privadas de mis hallazgos originales cuando difieren de los registros oficiales —explicó ella, bajando la voz a pesar de la privacidad de la morgue—. Llámelo paranoia profesional o integridad científica, pero he aprendido el valor de la documentación inalterada.

Abrió la carpeta y reveló unos informes de toxicología que nunca habían aparecido en el expediente oficial del caso. —La sangre de la detective Shaw contenía trazas de un sedante que se suele usar en operaciones especiales. Está diseñado para inmovilizar sin matar de inmediato, lo que da tiempo a los captores para el interrogatorio.

A Eve se le heló la sangre. Esto no era solo una prueba de asesinato; sugería algo potencialmente peor: que Reagan había sido capturada antes de escapar o de que la dieran por muerta.

—¿Quién más ha visto estos informes? —preguntó Eve, luchando por mantener su compostura profesional.

—Nadie. —La mirada de Ingrid era directa, inquebrantable—. Después de que desestimaran mis preguntas sobre balística, reconocí el patrón: los canales oficiales estaban siendo manipulados.

Eve estudió a la mujer que tenía delante con renovado aprecio. Ingrid Westfield había conservado pruebas cruciales, a sabiendas de los riesgos, pero sin estar dispuesta a comprometer sus principios científicos. —¿Por qué me muestra esto ahora?

Ingrid recogió los informes con una precisión metódica y expresión reflexiva. —Porque en los meses previos a su desaparición, la detective Shaw me consultó sobre inconsistencias en las pruebas de varios casos de agresión sexual. Creía que alguien estaba manipulando sistemáticamente los hallazgos forenses. —Le sostuvo la mirada a Eve—. Casos que involucraban a los mismos hombres que su justiciero ha matado recientemente.

La confesión fue un golpe contundente, pero Eve hizo todo lo posible por ocultar su reacción al ver confirmadas sus sospechas.

—Hay algo más que debería saber —continuó Ingrid, bajando aún más la voz—. He estado revisando los hallazgos de las autopsias de las cuatro víctimas del justiciero. Cada uno de ellos tenía un diagnóstico terminal.

—¿Cómo? —Eve no había visto eso en ningún informe.

—Davenport tenía cáncer de páncreas y le quedaban seis meses de vida. El juez Harmon tenía un tumor cerebral agresivo. Peterson padecía una insuficiencia hepática en fase terminal. A Sinclaire le habían diagnosticado leucemia. —La impasibilidad clínica de Ingrid flaqueó, reemplazada por una sombría comprensión—. Nuestro justiciero no solo está exponiendo sus crímenes; está eligiendo a hombres que pronto escaparían por completo de la justicia.

Eve procesó esta revelación, comprendiendo cómo encajaba con el metódico enfoque de Reagan. La cronología no era aleatoria; estaba dictada por una necesidad médica.

—Capitán —dijo Ingrid con cuidado—, lo que sea que esté investigando va más allá del procedimiento habitual. Puedo verlo en su cara. —Volvió a guardar sus registros privados en la carpeta—. Debería saber que la detective Caroline Foster ha estado haciendo

averiguaciones similares sobre expedientes de casos antiguos. De forma discreta, pero con determinación.

—¿Caroline? —Aquello encajaba con lo que Eve ya sabía: Foster había estado investigando las conexiones financieras entre las víctimas por su cuenta.

—Se puso en contacto conmigo la semana pasada —explicó Ingrid—. Preguntó por las inconsistencias en las pruebas forenses de los casos que involucraban a nuestras víctimas recientes. Es minuciosa, metódica… me recuerda a la detective Shaw en su forma de proceder.

Eve sopesó esta información con cuidado. Ya había empezado a confiar a Foster ciertos aspectos de su investigación, pero saber que la detective había iniciado su propia indagación paralela añadía nuevas dimensiones a tener en cuenta.

—Hay algo más —continuó Ingrid—. Foster descubrió registros financieros que conectan a estos hombres con una operación clandestina que silencia a las víctimas mediante intimidación y sobornos. Cree que forman parte de una red más amplia con conexiones en los canales oficiales.

—¿Sabe ella acerca de estas inconsistencias en las autopsias? —preguntó Eve.

—He compartido algunas de mis inquietudes —respondió Ingrid, mientras volvía a apilar los informes oficiales con una precisión metódica—. Ella ha estado recopilando sus propios patrones, particularmente en relación con los casos desestimados por el juez Harmon y los acuerdos financieros orquestados a través del bufete de Davenport.

Las conexiones se multiplicaron, expandiéndose más allá de lo que Eve había previsto. No solo Reagan operando por su cuenta, sino otros dentro del departamento que habían reconocido la corrupción y estaban investigando a través de canales oficiales, aunque discretos.

—Esta conversación nunca ha tenido lugar —dijo Eve finalmente.

—¿Qué conversación? —Ingrid selló la caja con cinta de pruebas nueva y la firmó con su pulcra caligrafía—. Simplemente estaba

archivando casos antiguos cuando ha pasado usted a preguntar por los hallazgos rutinarios de la autopsia de Richard Davenport.

Cuando Eve se giró para marcharse, Ingrid añadió:

—Si necesita continuar esta conversación inexistente, a veces doy paseos por Phoenix Park, cerca de la fuente conmemorativa. Muy poca gente la visita sobre las dos.

Eve asintió.

—Gracias, doctora Westfield.

—¿Por qué? —Ingrid regresó a su mesa de exploración, con su máscara profesional firmemente de vuelta en su sitio—. No le he proporcionado más que información de procedimiento estándar.

Pero ambas sabían que no era así. Ingrid acababa de confirmar lo que Reagan había afirmado: una corrupción sistemática que llegaba hasta las más altas esferas de la estructura de poder de Phoenix Ridge, con pruebas manipuladas para proteger a hombres poderosos.

Y lo que era más importante, había revelado que Eve no estaba sola en sus sospechas. La detective Foster seguía las mismas conexiones, aunque por canales más oficiales.

Eve salió de la morgue con un propósito renovado, su investigación expandiéndose más allá de los asesinatos justicieros de Reagan hacia la corrupción que la había llevado a tales extremos. El camino que tenía por delante era cada vez más claro, aunque no por ello menos peligroso.

Y en algún lugar de ese tortuoso camino se encontraba la verdad sobre por qué Reagan Shaw había desaparecido de su vida diez años atrás, solo para regresar como verdugo y protectora a la vez.



Los archivos del Departamento de Policía de Phoenix Ridge ocupaban el nivel más bajo del edificio de la comisaría, un espacio laberíntico de estanterías y cajas de almacenamiento que contenían la historia criminal de la ciudad en formato papel. La transición a los registros digitales nunca se había completado del todo, dejando

décadas de investigaciones sepultadas en carpetas de manila y cajas de pruebas.

Eve accedió a la zona segura utilizando sus credenciales de capitana, siendo consciente de que el registro electrónico grabaría su visita. Ya no tenía tiempo para sutilezas. Si el comisario Brooks estaba vigilando sus movimientos, esto levantaría sospechas de inmediato, pero Eve contaba con que su posición oficial le proporcionaría cobertura por el momento.

—¿Puedo ayudarla a encontrar algo, capitana? —La encargada de los archivos, una mujer de pelo plateado llamada Lydia Stratton, la miró por encima de las gafas de leer desde detrás de su abarrotado escritorio.

—Estoy revisando casos sin resolver relacionados con nuestra investigación sobre el justiciero —respondió Eve con cuidada profesionalidad—. Necesito acceder a los expedientes sellados del último caso de la detective Reagan Shaw: la investigación de corrupción judicial de 2015.

Algo brilló en los ojos de Lydia; reconocimiento, tal vez incluso preocupación.

—Es de acceso restringido. Sección D, fila 11. Tendré que acompañarla.

Mientras serpenteaban por los estrechos pasillos entre las imponentes estanterías, Eve reparó en el polvo que se acumulaba en los casos más antiguos y en el amarilleamiento del papel, la manifestación física de una justicia retrasada o denegada. El aire de allí abajo tenía un distintivo olor a humedad: a papel viejo, cartón envejecido, secretos guardados.

Lydia se detuvo ante un archivador cerrado con llave. Su llavero tintineó mientras seleccionaba una vieja llave de latón.

—Estos expedientes fueron sellados por orden ejecutiva de la oficina del comisario Davis —explicó—. Recuerdo cuando los trajeron aquí. Los trajeron personalmente dos agentes que no conocía en lugar de seguir los procedimientos de archivo habituales.

El archivador se abrió con un gemido metálico, revelando una serie de cajas clasificadas. Lydia localizó la que llevaba la etiqueta «Shaw R. - Investigación Judicial 2015» y la colocó sobre una mesa

de examen cercana antes de retirarse discretamente a su escritorio, dejando a Eve a solas con el registro histórico de la caída de Reagan.

Eve abrió la caja con cuidado, casi esperando trampas explosivas o sistemas de alarma dada la delicadeza de su contenido. Dentro, encontró menos de lo que había previsto. El expediente de la investigación había sido fuertemente censurado, con secciones enteras eliminadas y páginas que faltaban entre secuencias numeradas.

Lo que quedaba contaba una historia fragmentada: Reagan investigando anomalías estadísticas en sobreseimientos de casos que involucraban a acusados adinerados; declaraciones de testigos interrumpidas bruscamente a mitad de frase; registros financieros con páginas cruciales ausentes; y, lo más significativo, una solicitud formal de Reagan de protección para un informante confidencial, denegada por el entonces capitán Langston, el mismo agente que más tarde había autorizado la «revisión» del informe de balística del tiroteo de Reagan.

Eve extendió las pruebas fragmentarias sobre la mesa, reconstruyendo lo que pudo de la investigación de Reagan. A diferencia del expediente meticulosamente conservado en el apartamento de Eve, este registro oficial había sido despojado quirúrgicamente de cualquier cosa que pudiera conectar a las víctimas con una conspiración más amplia.

Pero incluso en esta forma diezmada, surgían patrones. Una nota manuscrita de Reagan hacía referencia a reuniones con un tal «I. C.» en lugares que se correspondían con propiedades de Richard Davenport. Una transcripción parcial de una entrevista contenía a un testigo que describía «procedimientos de limpieza» para «acusaciones problemáticas». Y lo que era más significativo, un registro de vigilancia documentaba que Reagan había seguido a Jonathan Brooks mientras se reunía con el juez Harmon y Nathaniel Peterson en el Phoenix Ridge Country Club tres días antes de desaparecer.

Mientras Eve unía estos fragmentos, descubrió algo oculto entre las páginas cuarenta y dos y cuarenta y cuatro: la página cuarenta y

tres había sido insertada boca abajo y al revés, lo que hacía que a primera vista pareciera estar en blanco. Cuando Eve la extrajo y reorientó con cuidado, encontró una nota manuscrita con la caligrafía característica de Reagan, colocada deliberadamente para escapar a la censura:

E: Si estás leyendo esto, he fracasado. A ti también te vigilan. Pruebas en lugar seguro. Busca a Sophia G. No confíes en nadie con placa salvo en C. F.

A Eve se le cortó la respiración. Reagan había escrito aquello específicamente para ella, anticipando que Eve podría acabar siguiendo su rastro. La nota confirmaba los temores de Reagan de que la estuvieran vigilando y apuntaba a un contacto, Sophia G., que debía de ser la confidente a la que Reagan había intentado proteger.

Y «C. F.», Caroline Foster. Aunque Foster debía de ser una novata cuando Reagan desapareció, de alguna manera Reagan la había identificado como alguien de confianza.

Mientras Eve continuaba examinando el expediente diezmado, un último documento captó su atención: una solicitud de reunión con la comisaria Davis que Reagan había presentado el día antes de su desaparición. El asunto rezaba simplemente: «Pruebas de corrupción sistémica que implican a J. Brooks y asociados». La solicitud había sido sellada con un «DENEGADA» en una áspera tinta roja.

La página siguiente contenía algo aún más condenatorio: el borrador parcial de una carta dirigida a Eve, fechada el mismo día en que Reagan desapareció:

Eve, sé que crees en el sistema, pero lo que he descubierto va más allá de cualquier cosa que imagináramos. Brooks y su red se han infiltrado en todos los niveles de la estructura de poder de Phoenix Ridge. Si me pasa algo, no te fíes de los canales oficiales. Te he dejado todo lo que necesitas en…

La carta terminaba ahí; el resto había sido arrancado. La pieza final que faltaba, el lugar donde Reagan había escondido sus pruebas, había sido eliminada deliberadamente.

Un sonido a su espalda hizo que Eve se girara. La cámara de seguridad de la esquina, que al entrar había visto inactiva,

parpadeaba ahora con una luz roja. Alguien había activado la vigilancia a distancia.

Eve comenzó a recolocar metódicamente los documentos, manteniendo la calma en sus movimientos a pesar de que el corazón le latía con fuerza. Mientras lo hacía, descubrió un pequeño sobre pegado al fondo de la caja, amarilleado por el tiempo y fácil de pasar por alto. Dentro había una fotografía desvaída de Reagan junto a una mujer joven que Eve no reconoció, ambas sonriendo con el puerto de Phoenix Ridge de fondo.

Eve le dio la vuelta a la fotografía. En el reverso, con una letra que no conocía: «R y S, Harbor Point, mayo de 2015».

Harbor Point. 1542 de Harbor Point Road, donde Reagan le había dicho que encontraría la llave de la caja de seguridad.

La «S» tenía que ser Sophia G., la confidente. Y de repente, Eve lo entendió. Reagan no la había dirigido al azar a Harbor Point; la estaba guiando hacia el mismo escondite de pruebas que había intentado describir en su carta interrumpida diez años atrás.

—¿Capitana Morgan? —la voz de Lydia llegó desde la recepción —. La comisaria Brooks la llama por la línea uno.

Eve se guardó la fotografía en el bolsillo de la chaqueta y cerró la caja del expediente, volviendo a colocarla exactamente como la había encontrado.

—Dígale que ya he salido de los archivos y que le devolveré la llamada en breve.

Mientras Eve regresaba por el laberinto de estanterías, su mente procesaba lo que había descubierto. Reagan había intentado advertir a Eve hacía una década. Había intentado compartir pruebas que fueron interceptadas, había intentado protegerla manteniéndola a distancia de una investigación que a Reagan casi le cuesta la vida.

Cuando Eve llegó a la entrada de los archivos, Lydia estaba colgando el teléfono, con expresión preocupada.

—La comisaria parecía insistir bastante en hablar con usted, capitana. Algo sobre sus «actividades de investigación no autorizadas».

—Estoy llevando a cabo una investigación exhaustiva, tal y como se me ha ordenado —respondió Eve con calma—. Por favor, registre

mi visita como relacionada con el caso 24-137.

Lydia asintió, pero sus ojos transmitían una advertencia silenciosa. —Por supuesto, capitana. Aunque debo mencionarle que la detective Martinez también ha estado preguntando hoy mismo por expedientes archivados. Concretamente, casos relacionados con la detective Shaw.

Aquella información le heló la sangre a Eve. Martinez no solo estaba vigilando sus actividades actuales; estaba rastreando el historial de Eve con Reagan, quizá en busca de puntos débiles o palancas emocionales.

—Le agradezco la información —dijo Eve en voz baja.

—Solo me quedan dos meses para jubilarme —replicó Lydia con una estudiada naturalidad—. No me gustaría que nadie accediera a estos archivos sin la autorización debida antes de esa fecha. Sobre todo porque las cámaras de seguridad de la sección D han estado fallando de forma intermitente. Una lástima que nuestras infraestructuras se estén quedando viejas.

La indirecta estaba clara: Lydia había activado la cámara manualmente cuando alguien había intentado vigilar a distancia la investigación de Eve, para advertirla en lugar de delatar sus actividades.

—Agradezco su dedicación a los procedimientos establecidos —dijo Eve con cuidado.

El rostro surcado de arrugas de Lydia esbozó una leve sonrisa. —Veintisiete años gestionando estos registros, capitana. He visto lo que pasa cuando las pruebas desaparecen. La detective Shaw siempre fue respetuosa con mi terreno. No como otros.

Una aliada más, inesperada pero bienvenida. Eve asintió en señal de agradecimiento y se marchó, subiendo por las escaleras en lugar de coger el ascensor para evitar posibles encuentros con el comisario Brooks o con Martinez. Su siguiente paso estaba claro: ir a Harbor Point Road a por la llave de la caja de seguridad que desvelaría las últimas piezas de la investigación que Reagan había llevado a cabo hacía una década.

Pero mientras se escabullía por una entrada lateral, Eve supo que su margen de maniobra se estaba agotando. El comisario ya estaba

siguiendo sus movimientos. Martinez estaba investigando su pasado con Reagan. Y en algún lugar de Phoenix Ridge, Reagan Shaw se disponía a eliminar el siguiente nombre de su lista.

El tiempo se les estaba acabando a las dos.

Por fin había dejado de llover para cuando Eve regresó a su apartamento, aunque el cielo seguía plomizo, prometiendo más agua. Caía el crepúsculo sobre Phoenix Ridge, transformando la ciudad en un paisaje de luz artificial. Eve se quedó de pie junto a la ventana del balcón, observando cómo las gotas trazaban sinuosos caminos por el cristal mientras su reflejo le devolvía la mirada.

Las pruebas que había reunido a lo largo del día cubrían la mesa del comedor como las piezas de un mosaico roto: el informe toxicológico de la doctora Ingrid Westfield, que demostraba que Reagan había sido drogada antes de que le dispararan; los registros fragmentados de los archivos, que revelaban el desmantelamiento sistemático de la investigación de Reagan; la fotografía que conectaba a Reagan con el informante confidencial de Harbor Point; y, lo más importante, la carta interrumpida de Reagan, que demostraba que había intentado advertir a Eve hacía una década.

Tras salir de los archivos, Eve había conducido hasta el 1542 de Harbor Point Road y había encontrado una modesta cabaña con vistas al puerto, curtida por años de tormentas costeras, pero aún en pie. Utilizando las habilidades que Reagan le había enseñado hacía mucho tiempo, forzó la cerradura y se coló dentro. La cabaña estaba limpia, era austera y mostraba signos de uso ocasional, pero no de ser una residencia permanente. Eve había localizado la tabla suelta del suelo exactamente donde Reagan había descrito, y debajo no solo encontró la llave de la caja de seguridad, sino también otros expedientes que documentaban la investigación de Reagan de una década.

Ahora esos expedientes se unían a los demás, completando un cuadro que no dejaba lugar a dudas ni a negaciones.

Eve se dejó caer en la silla y recorrió con los dedos los bordes de una fotografía que había encontrado en el alijo oculto de Reagan: las dos, el día de la graduación de la academia, con los brazos rodeándose la cintura, los rostros iluminados por la ilusión y un amor

feroz. Le dio la vuelta y encontró unas palabras escritas con la caligrafía de Reagan que casi quebraron su entereza: «El día que supe que quería un para siempre contigo».

—Diez años —susurró Eve al apartamento vacío, unas palabras cargadas con el peso de todo lo que había perdido, de todo lo que había malinterpretado—. Diez años creyendo que Reagan había abandonado sus planes, sus promesas, su futuro. Diez años construyendo una coraza contra la vulnerabilidad emocional, de dedicación profesional en sustitución de la conexión personal. Diez años de un vacío que nada había llenado.

Y todo porque Reagan había elegido protegerla en lugar de ponerla en peligro.

La verdad quemó las defensas que Eve había construido con tanto esmero como el ácido quema el metal. Reagan no la había abandonado; Reagan la había salvado. Se había adentrado sola en la oscuridad para proteger a Eve de la corrupción que había descubierto y había sacrificado la vida que tenían juntas para asegurar el futuro de Eve.

Un relámpago parpadeó en la distancia; el segundo frente de tormenta que se aproximaba crepitaba sobre el horizonte de Phoenix Ridge. Desde la privilegiada posición de su ático, Eve podía ver la Lighthouse Tower, donde Arthur Pembroke tenía sus oficinas; el Phoenix Ridge Grand Hotel, donde Sebastian Harrington impartía justicia; y la Mansión del Gobernador, donde Landon Fairchild dirigía la política.

Tres nombres más en la lista de Reagan. Tres hombres poderosos más conectados a la red que casi la había matado. Tres objetivos más cuyos diagnósticos terminales significaban que el plazo de Reagan se estaba acortando.

El teléfono de Eve vibró sobre la mesa por enésima vez esa noche: era el comisario Brooks, que exigía información actualizada, explicaciones y su presencia. Eve lo dejó sonar sin contestar, con la atención centrada en las pruebas que tenía ante sí y en la decisión que estas exigían.

La llave de la caja de seguridad reposaba junto a su arma reglamentaria y su placa, una yuxtaposición que simbolizaba la

encrucijada en la que se encontraba. A la mañana siguiente, accedería a la caja 227 del Phoenix Ridge National Bank y recuperaría cualquier prueba definitiva que Reagan hubiera guardado allí hacía una década. Pero esa noche, tenía que decidir qué significarían esas pruebas: si las usaría para detener a Reagan o para ayudarla a destapar la verdad.

Ley o justicia. Sistema o verdad. Placa o corazón.

Los dedos de Eve rozaron la fotografía de nuevo, deteniéndose en el rostro de Reagan: más joven, sin las marcas de la turbulenta década que había seguido, pero con los mismos ojos decididos que le había visto en la fábrica abandonada durante su enfrentamiento.

—Nunca he dejado de velar por ti.

Las palabras de la nota de Reagan cristalizaron algo contra lo que Eve llevaba luchando desde su encuentro en la azotea. A pesar de todo —los asesinatos, la justicia por su mano, los bandos opuestos que ahora ocupaban—, Eve tampoco había dejado de querer a Reagan. Nunca había superado de verdad el vacío que la desaparición de Reagan había creado. Había construido su vida en torno a la placa porque era el único propósito que había estado cerca de llenar el hueco que Reagan había dejado atrás.

Un propósito que ahora se revelaba comprometido por la misma corrupción que Reagan estaba eliminando.

Eve se levantó y fue a su dormitorio, arrodillándose junto a la cama para sacar el maletín ignífugo que contenía sus archivos de investigación privados. Dentro, debajo de las pruebas que había examinado antes, había un objeto que no había tocado en años: una pequeña caja de terciopelo con el anillo de compromiso que había comprado dos días antes de que Reagan desapareciera. El anillo que nunca había tenido la oportunidad de ofrecerle. La promesa que había muerto con la supuesta muerte de Reagan.

La abrió, y el modesto diamante captó la tenue luz de su dormitorio. No era ostentoso ni llamativo, Reagan lo habría odiado. Sencillo, elegante y lo bastante práctico como para llevarlo bajo los guantes tácticos de servicio. Un símbolo del futuro que habían planeado juntas.

El futuro que les habían robado a ambas.

Eve cerró la caja con un chasquido decidido y regresó a su panel de pruebas, con la mente repasando las conexiones con una concentración renovada. Si la red a la que Reagan apuntaba llegaba tan alto como el marido del comisario Brooks —y las pruebas ciertamente lo sugerían—, entonces los canales oficiales no solo eran inútiles, sino que eran peligrosos. Cualquier movimiento que Eve hiciera utilizando los recursos del departamento sería vigilado, contrarrestado y tal vez incluso utilizado como arma en su contra.

Necesitaba operar al margen del sistema. Necesitaba encontrar a Reagan antes de la siguiente ejecución. Necesitaba determinar si todavía había un camino que ofreciera justicia sin más derramamiento de sangre.

Su mirada se posó en la fotografía del alijo oculto de Reagan, en la anotación sobre «S» en Harbor Point. Sophia G., la confidente a la que Reagan había intentado proteger. La mujer que probablemente había ayudado a Reagan a sobrevivir tras su «desaparición». La clave para encontrar a Reagan ahora.

Eve reconstruyó metódicamente el panel de pruebas, reorientándolo en torno a conexiones que antes habían pasado desapercibidas. Sophia G. estaba relacionada con Harbor Point, lo que significaba que podría seguir en la zona. Si Reagan había confiado en ella hacía una década, podría formar parte de la red de apoyo de su actual misión justiciera.

Cruzando los registros parciales de la investigación de Reagan, Eve identificó a tres posibles candidatas: Sophia Garcia, Sophia Gresham y Sophia Goldstein. De ellas, Sophia Gresham destacaba. Su hermana Rosalie había presentado cargos por agresión contra Richard Davenport tres años atrás, cargos que habían desaparecido misteriosamente antes del juicio.

La conexión se consolidó cuando Eve descubrió el trabajo actual de Sophia Gresham: empleada de mantenimiento en Phoenix Ridge Capital, el mismo edificio donde Davenport había sido asesinado. Había estado de turno la noche del asesinato; los agentes de patrulla la interrogaron y la descartaron al considerar que su presencia era rutinaria.

Eve marcó la conexión con una línea roja en su panel de pruebas. Si alguien sabía cómo encontrar a Reagan, sería Sophia Gresham. Y si el patrón se mantenía, Reagan estaría planeando su próxima ejecución en cuestión de días.

Necesitaba interceptar a Reagan antes de que se produjera otro asesinato. No para detener su misión —Eve ya había visto demasiadas pruebas como para creer que la «Red Fénix» mereciera más protección de la que ya tenía—, sino para encontrar una solución que no terminara con Reagan en la cárcel o muerta.

Justicia sin venganza. Revelación sin ejecución. La verdad sin más derramamiento de sangre.

Eve contempló su placa, que relucía en la penumbra de su apartamento. Durante toda su carrera, había representado su compromiso con un sistema de justicia en el que creía a pesar de sus imperfecciones. Ahora, ese sistema se revelaba corrupto en sus más altas esferas, con sus mecanismos manipulados para proteger a los depredadores en lugar de a las víctimas.

Alargó la mano hacia la placa y sopesó su peso familiar en la palma. Luego, con movimientos deliberados, abrió el cajón de su escritorio y la guardó dentro, junto con su arma reglamentaria. Acciones simbólicas, quizás, pero no por ello menos significativas para ella. Mañana no actuaría como la capitana Morgan del Departamento de Policía de Phoenix Ridge. Sería Eve Morgan, una mujer en busca de la verdad y la justicia más allá de los límites de un sistema corrupto.

Una mujer que buscaba a la compañera que había amado, perdido y vuelto a encontrar en las circunstancias más inverosímiles.

Eve volvió a la pared de pruebas, documentando metódicamente todo lo que había descubierto, preparándose para la confrontación de mañana con cualquier revelación final que pudiera contener la caja de seguridad. Fuera, llegó el segundo frente de la tormenta y la lluvia reanudó su asalto contra las ventanas con renovada determinación.

Dentro, había estallado una tormenta diferente, una que se había estado gestando durante una década, cuya presión finalmente había sido liberada por la verdad que Reagan había regresado para

desvelar. Eve se sentía extrañamente tranquila en su epicentro, su camino a seguir se aclaraba con cada prueba que conectaba.

Encontraría a Sophia Gresham. Accedería a la caja de seguridad. Localizaría a Reagan antes de que ejecutara a Arthur Pembroke.

Y cuando volvieran a estar cara a cara, Eve le ofrecería algo más que un arresto u oposición: una alianza para desvelar la corrupción que las había separado diez años atrás. Una oportunidad para impartir justicia a través de la verdad en lugar de la venganza. Una alternativa al camino de sangre que Reagan había elegido en el aislamiento y la oscuridad.

Un relámpago iluminó la fotografía de Reagan en la pared de pruebas de Eve. En ese breve instante eléctrico, Eve tomó su decisión final, traspasando conscientemente los límites del sistema al que había servido y adentrándose en las sombras donde Reagan llevaba una década luchando sola.

Mañana, encontraría a la mujer a la que nunca había dejado de amar.

Y juntas, quemarían la Red Fénix hasta los cimientos.

6

REAGAN

Reagan observaba el edificio de apartamentos de Eve a través de unos prismáticos especiales, con la respiración acompasada a pesar de la adrenalina que le corría por las venas. La lluvia azotaba el parabrisas de su discreta berlina y servía de fondo rítmico para sus pensamientos. Había aparcado a tres manzanas de distancia, lo bastante cerca para vigilar, pero lo bastante lejos para no ser detectada; exactamente como le había enseñado a Eve años atrás durante su entrenamiento de vigilancia.

El vehículo de policía sin distintivos que vigilaba el edificio de Eve llevaba ya seis horas allí. La detective Andrea Martinez ni siquiera intentaba disimular, lo que significaba que el comisario Brooks empezaba a desesperarse. Sabían que Eve estaba acercándose.

Reagan bajó los prismáticos mientras la conocida punzada en el pecho se intensificaba. Su enfrentamiento en la fábrica abandonada dos noches atrás lo había cambiado todo. Después de diez años de guardar una cuidada distancia, de proteger a Eve mediante su ausencia, había vuelto a estar cara a cara con ella; lo bastante cerca para tocarla, para casi besarla.

Lo bastante cerca para sentir cómo la década que las separaba se reducía a la nada.

—Maldita sea —susurró Reagan, viendo cómo su aliento formaba una nube efímera en el aire nocturno. No había contado con esta complicación. Su misión había sido clara: eliminar a los miembros de la Red Fénix uno a uno, destapar sus crímenes y hacer la justicia que el sistema les había negado a sus víctimas.

Se suponía que Eve no debía involucrarse. Se suponía que no debía reconocer la identidad de la justiciera. Y, desde luego, no se suponía que mirara a Reagan con aquellos ojos verdes y limpios que aún contenían ecos de lo que habían sido la una para la otra.

Reagan consultó el teléfono seguro que la conectaba con su red clandestina. Tenía tres mensajes esperándola:

E ha accedido hoy a los archivos. B vigila de cerca. - S

La ubicación clave ha sido comprometida. - M

Pembroke ha adelantado los plazos. Mañana por la noche. La Terminal. - L

El pulso de Reagan se aceleró con el último mensaje. Arthur Pembroke había modificado sus planes, lo que significaba que el calendario que ella había planeado con tanto esmero se estaba desmoronando. Su cáncer de páncreas había alcanzado la fase cuatro, lo que le daba semanas de vida en lugar de meses. Si perdía esta oportunidad, podría morir antes de enfrentarse a la justicia por lo que les había hecho a aquellas mujeres.

Pero la preocupación más acuciante era Eve. Si había accedido a los archivos y Brooks la vigilaba de cerca, significaba que Eve estaba investigando de forma activa la red que Reagan se había pasado una década trazando. Que la ubicación clave estuviera comprometida significaba que Eve había encontrado la llave de la caja de seguridad en la cabaña de Harbor Point; exactamente como Reagan la había guiado durante su enfrentamiento.

Eve estaba siguiendo las pistas. Estaba reconstruyendo la verdad para cuya protección Reagan había «muerto» diez años atrás.

Lo que significaba que ahora corría un peligro inminente.

La lluvia arreció y las gotas martilleaban contra el coche con una urgencia creciente. A través del cristal deformado, Reagan vio salir una figura del edificio de Eve: alta, de zancada decidida y con el

cuello de la chaqueta subido para protegerse del aguacero. Incluso a esa distancia, Reagan reconocería esa silueta en cualquier parte.

Eve iba a salir, a pesar de lo tardío de la hora y de la vigilancia.

Reagan arrancó el motor y su decisión se cristalizó con una fría lucidez. Los parámetros de la misión habían cambiado. Pembroke podía esperar un día más. En ese momento, Eve necesitaba protección más de lo que el mundo necesitaba que se hiciera justicia con otro maltratador.

Si el comisario Brooks estaba haciendo que vigilaran a Eve tan abiertamente, significaba que se preparaban para actuar contra ella. No se arriesgarían a otro asesinato como el que habían intentado con Reagan —demasiadas preguntas cuando una capitana desaparecía—, pero tenían otros métodos.

Pruebas falsas. Casos saboteados. Carreras destruidas.

Reagan se incorporó al tráfico, manteniendo una distancia prudencial detrás del vehículo de Eve. La tormenta proporcionaba la tapadera perfecta, reduciendo la visibilidad y haciendo que sus luces traseras se confundieran entre otras tantas. Se permitiría esta desviación del plan. Solo por esta noche.

Necesitaba saber qué había descubierto Eve. Necesitaba asegurarse de que Eve permaneciera a salvo mientras destapaba la verdad. Necesitaba advertirla sobre lo que vendría después.

Y bajo esas justificaciones tácticas acechaba la verdad que Reagan no podía reprimir del todo: necesitaba volver a ver a Eve. Terminar lo que casi había sucedido en aquella fábrica abandonada. Salvar el abismo que diez años de ausencia habían cavado entre ellas.

Aunque solo fuera por un instante antes de que la misión la reclamara de nuevo.

La decisión era tácticamente insensata, emocionalmente imprudente y, por si fuera poco, potencialmente catastrófica para su operación, construida con tanto esmero.

Pero mientras Reagan seguía el coche de Eve hacia el centro de Phoenix Ridge, supo que ya había tomado una decisión. Iba a entrar en el apartamento de la capitana Eve Morgan esa noche y apoderarse de todas las pruebas que hubiera reunido.

Aunque significara arriesgar todo aquello por cuya protección tanto se había sacrificado.

Reagan había seguido el vehículo camuflado del departamento de Eve hasta el Banco Nacional de Phoenix Ridge y había observado desde una distancia prudencial cómo entraba y salía quince minutos después, con un pequeño sobre guardado en la chaqueta. Eve estaba reuniendo pruebas, siguiendo el rastro que le había dejado Reagan hasta la caja de seguridad.

Después de seguir a Eve de vuelta a su edificio de apartamentos en las Bay View Towers, en la zona norte del puerto, Reagan esperó, observando cómo el vehículo de vigilancia de Martinez permanecía obstinadamente en su sitio. Solo cuando las luces de Eve por fin se apagaron —y permanecieron apagadas durante exactamente cuarenta y tres minutos—, Reagan pasó a la acción.

Trepó por la escalera de servicio del lado este del complejo Bay View. La lluvia había amainado hasta convertirse en una suave neblina, y un sinfín de gotas frías se le adherían a la piel mientras ascendía más allá del piso veintidós. El viento soplaba en ráfagas entre los edificios, enviando un escalofrío a través de su ropa que ella ignoró con pura disciplina.

El sistema de seguridad del ático de Eve era sofisticado, pero Reagan había instalado modelos similares durante su etapa en el Departamento de Policía de Phoenix Ridge. Y lo que era más importante, conocía a Eve. Conocía sus costumbres, sus patrones, las pequeñas manías de su mente a la hora de establecer protocolos de seguridad. Podían haber pasado diez años, pero algunas cosas permanecían inalterables.

Reagan alcanzó la estrecha cornisa de mantenimiento que había fuera del balcón de Eve, con movimientos silenciosos como los de una sombra. A través de las puertas de cristal, pudo ver el panel de investigación que Eve había montado: fotografías, documentos e hilo rojo que conectaba puntos de interés. Su propio rostro le devolvía la mirada desde el centro del panel, más joven y sin las marcas de la década que había transcurrido.

Un orgullo agridulce floreció en el pecho de Reagan. Eve era buena; más que buena. Había encajado más piezas de las que

Reagan había previsto y había seguido pistas que ella no había dejado conscientemente. Sus mentes aún funcionaban en tándem, incluso separadas por los años y las circunstancias.

El sistema de seguridad de la puerta balcón utilizaba una cerradura electrónica estándar con un sensor de contacto magnético. Reagan sacó un pequeño dispositivo de su cinturón táctico y lo acopló al teclado numérico. Tres segundos después, la cerradura se abrió con un suave clic que, para sus agudizados sentidos, sonó atronador.

Hizo una pausa, atenta a cualquier movimiento en el interior. Nada, salvo el sutil zumbido de la nevera y el sonido ahogado de la ducha de Eve en el baño principal. Reagan se deslizó dentro y cerró la puerta tras de sí en silencio.

El apartamento olía a Eve: esa mezcla característica de café avainillado, sándalo y el leve rastro de pólvora que se adhería a los agentes que practicaban en la galería de tiro con regularidad. Reagan inspiró profundamente, y el aroma la golpeó con una fuerza casi física después de años de distancia.

Hogar. La palabra afloró sin ser invitada.

Reagan apartó la idea y se centró en el panel de investigación. Eve había conectado a Davenport con Brooks y había cotejado la cronología de la investigación original de Reagan con los recientes asesinatos del justiciero. Incluso había identificado a Arthur Pembroke como el siguiente objetivo probable, una conclusión que provocó un escalofrío de reconocimiento en Reagan.

Seguían pensando igual. Seguían los mismos caminos de investigación.

Un movimiento en la zona de la ducha hizo que Reagan se retirara a las sombras del salón. Podía marcharse ya, tras haber confirmado que Eve, efectivamente, había reunido las piezas clave. Parámetros de la misión cumplidos, retirada táctica aconsejada.

En lugar de eso, se adentró más en el apartamento, atraída por el escritorio de Eve, donde su ordenador portátil estaba abierto, con la pantalla atenuada pero activa. Una pequeña bolsa de pruebas contenía la llave de la cabaña de Harbor Point, prueba de que Eve había seguido las indicaciones de Reagan desde su enfrentamiento.

A su lado, una carpeta con el número de placa de Reagan contenía documentos que ella reconoció como copias de los archivos de su investigación original.

Eve los había guardado. Durante diez años, había mantenido una investigación paralela y conservado pruebas que habían desaparecido de los canales oficiales. Incluso creyendo que Reagan estaba muerta o desaparecida, no había abandonado la verdad que habían empezado a descubrir juntas.

La ducha se detuvo.

Reagan debía moverse, retirarse a las sombras o marcharse por completo. En cambio, se encontró de pie frente al panel de investigación, estudiando la metódica reconstrucción de la Red Fénix que había hecho Eve. Sus dedos recorrieron el hilo rojo que conectaba su fotografía con la del juez Harmon, la de Davenport y la del marido de la comisaria Brooks.

La sensación de que la observaban le erizó la piel.

Reagan se giró lentamente, sabiendo exactamente lo que iba a encontrar.

Eve estaba de pie en la entrada del pasillo, con el pelo oscuro húmedo por la ducha, vestida con una simple camiseta de tirantes y un pantalón de chándal. Reagan podía ver la silueta de sus pechos bajo la ajustada camiseta. Su arma reglamentaria apuntaba directamente al pecho de Reagan, con una postura perfecta a pesar de su atuendo informal. En su expresión no se traslucía sorpresa alguna, sino una compleja mezcla de recelo y algo más tierno a lo que Reagan no se atrevía a poner nombre.

—Me preguntaba cuándo vendrías —dijo Eve, con voz firme, aunque algo titiló en sus ojos—. Llevas dos noches vigilando el edificio.

Reagan permaneció quieta, con las manos a la vista a los costados.

—Lo sabías.

—Lo sabía —el agarre de Eve en el arma no vaciló, pero tampoco había pedido refuerzos de inmediato—. No eres la única que sabe hacer contravigilancia, Reagan.

El sonido de su nombre en los labios de Eve después de tanto tiempo provocó un temblor inesperado en la compostura de Reagan. Mantuvo la calma exterior a pura fuerza de voluntad.

—Tu muro de pruebas es impresionante —dijo Reagan, señalando el panel con la cabeza—. Has conectado la mayoría de las piezas.

—No todas —la mirada de Eve era penetrante, buscando respuestas más allá de la situación que tenían delante—. Conozco al menos un patrón. Todos son enfermos terminales, que mueren en cuestión de semanas y meses en lugar de años.

—Justicia que tarda no es justicia —replicó Reagan, haciéndose eco de las palabras de sus días en la academia—. Sus víctimas merecían saber lo que estos hombres hicieron antes de que se escabulleran en habitaciones de hospital privadas, elogiados como pilares de la comunidad.

El arma de Eve bajó una fracción; no renunciaba a su ventaja táctica, pero reconocía que el momento era algo más que un enfrentamiento entre una policía y una justiciera.

—Has entrado en mi piso para comprobar lo que sé —dijo Eve, con su mente de detective siempre en marcha.

—Necesitaba verlo por mí misma —admitió Reagan—. Para confirmar que estabas conectando las piezas correctas sin… —vaciló.

—¿Sin qué? —presionó Eve.

—Sin guiarte demasiado directamente —la mirada de Reagan volvió al muro de pruebas—. ¿Qué encontraste en el banco? —preguntó, y sus ojos se desviaron hacia el sobre apenas visible bajo una pila de archivos en el escritorio de Eve.

Eve no bajó el arma por completo, pero su postura cambió sutilmente.

—Registros financieros exhaustivos. Transacciones entre las empresas fantasma de Pembroke y cada víctima, incluidos fondos que se movían a través de las cuentas de Brooks. Fechas que coinciden perfectamente con casos que fueron desestimados —inclinó la cabeza, estudiando a Reagan con la atención penetrante que la había convertido en la capitana más joven de Phoenix Ridge

—. Has tenido estas pruebas durante años. ¿Por qué no hacerlas públicas en lugar de…?

—¿Ejecutarlos? —completó Reagan la frase, con voz neutra—. Primero intenté la vía pública. Hace tres años, le pasé las pruebas a un periodista de investigación del Phoenix Ridge Chronicle. Lo encontraron muerto dos días después: un accidente de senderismo. Muy convincente.

La expresión de Eve se endureció.

—Marcus Webb.

—Te acuerdas.

—Investigué su muerte. Las pruebas apuntaban a un accidente, pero algo no encajaba —los dedos de Eve se flexionaron alrededor de su arma.

—Brooks lo arregló todo —confirmó Reagan—. De la misma manera que arregló innumerables «accidentes» y «suicidios» cuando la gente se acercaba demasiado a su operación.

Reagan se movió con cuidado alrededor del muro de pruebas, manteniendo la distancia con Eve mientras señalaba una fotografía del marido de la comisaria Brooks.

—Jonathan Brooks se encarga de la limpieza cuando surgen acusaciones. El juez Harmon desestimaba los casos. Davenport pagaba los acuerdos y gestionaba los arreglos financieros. Pembroke proporcionaba las fachadas de negocios legítimos.

La mirada de Eve se agudizó.

—¿Y Sinclaire?

—Bienes inmuebles —respondió Reagan, con un deje de amargura en el tono—. Era dueño de propiedades por todo Phoenix Ridge, lugares privados donde podían operar sin ser vigilados. Lugares donde desaparecían mujeres.

La tensión crepitó entre ellas, una corriente de emoción tácita bajo su intercambio táctico de información. Eve dejó el arma sobre la mesa auxiliar, una elección deliberada que cambió la dinámica de un enfrentamiento a algo más complejo.

—Podrías haber acudido a mí —dijo, con la voz en un registro más grave—. Incluso después de desaparecer. Haber encontrado la forma de compartir lo que habías descubierto.

—Ya te dije que te estaban vigilando —replicó Reagan, pero su ensayada respuesta sonó hueca, insuficiente ante el dolor puro que reflejaban los ojos de Eve.

—¿Durante diez años? —Eve se acercó, acortando la prudente distancia que Reagan había mantenido—. Diez años, Reagan. Dejaste que creyera que estabas muerta.

Las murallas que Reagan había construido con tanto esmero amenazaron con desmoronarse bajo el peso de la cercanía de Eve, de su aroma, de la familiar intensidad de su mirada.

—Tenía que protegerte —insistió Reagan, con la voz más áspera de lo que pretendía—. Si hubieran sabido que estaba viva, que había compartido información contigo…

—Soy policía, Reagan. Proteger es mi trabajo, no el tuyo. —Eve se acercó aún más, lo bastante como para que Reagan viera las gotas de agua que todavía se adherían a su pelo oscuro—. Éramos compañeras. En todos los sentidos de la palabra.

El tiempo pasado golpeó a Reagan como si fuera un puñetazo. Dio un paso atrás involuntario y chocó contra el tablón de pruebas. Las fotografías y los documentos temblaron con el impacto.

—Eve…

—No. —Eve la siguió, eliminando su vía de escape—. No puedes desaparecer durante una década y luego colarte en mi apartamento con justificaciones tácticas. No después de lo que fuimos la una para la otra.

Reagan sintió que su autocontrol flaqueaba, y las emociones que había enterrado bajo años de planificación y disciplinado aislamiento amenazaron con salir a la superficie. Eve estaba demasiado cerca; el calor de su cuerpo irradiaba a través del espacio que las separaba y sus ojos exigían verdades que Reagan nunca se había permitido expresar.

—Hice lo que era necesario —consiguió decir Reagan, una frase tan manida que incluso a sus oídos sonó hueca.

—Necesario —repitió Eve, la palabra cargada de una furia silenciosa—. ¿Era necesario dejar que te llorara? ¿Dejar que construyera una vida en torno a tu ausencia? ¿Dejar que creyera que habías elegido la venganza por encima de lo que teníamos?

Aquellas preguntas despojaron a Reagan de sus defensas una por una. Se sintió expuesta y vulnerable como nunca antes se había sentido. Era el enfrentamiento que había evitado durante una década; no con la capitana Morgan del Departamento de Policía de Phoenix Ridge, sino con Eve, la mujer por la que había estado dispuesta a morir.

—Sí —susurró Reagan, la confesión arrancada de un lugar profundo y desprotegido—. Porque la alternativa era ver cómo te destruían a ti también.

El silencio se instaló entre ellas, cargado con una década de verdades no dichas. El apartamento parecía demasiado pequeño, el aire demasiado denso de posibilidades y de historia compartida. Ahora Eve estaba tan cerca que Reagan podía ver el pulso latiendo en la base de su garganta, podía contar cada una de sus respiraciones irregulares.

—¿Y ahora? —preguntó Eve, su voz apenas audible—. ¿Por qué volver a mi vida ahora, cuando estás eliminando sistemáticamente a los hombres que intentaron matarte? ¿Por qué arriesgarlo todo contactando conmigo?

Reagan se había hecho la misma pregunta innumerables veces desde que dejó la primera migaja para que Eve la siguiera. La lógica dictaba que debía mantenerse aislada y completar la misión sin complicaciones. Pero allí, de pie, sintiendo cómo los años que las separaban se derrumbaban como un castillo de naipes, finalmente admitió la verdad, a Eve y a sí misma.

—Porque ya no podía mantenerme alejada. —La confesión surgió cruda y sin filtros—. Porque después de diez años observando desde la distancia, necesitaba…

No terminó la frase. No podía articular el anhelo desesperado que finalmente había desbordado los parámetros de su misión, tan cuidadosamente construidos.

La mirada de Eve se ensombreció, algo cambió en sus profundidades. —¿Necesitabas qué, Reagan?

La pregunta quedó suspendida entre ellas, una invitación y un desafío envueltos en cuatro simples palabras. Reagan se encontraba

en la encrucijada que había evitado durante una década: el deber contra el deseo, la misión contra la mujer que tenía delante.

El autocontrol de Reagan se fracturó. Diez años de distancia se derrumbaron en un instante.

—A ti —exhaló—. Te necesitaba a ti.

Eve contuvo el aliento ante la confesión de Reagan. La cruda vulnerabilidad de aquellas cuatro palabras —«te necesitaba a ti»— pareció liberar algo en Eve que había estado encerrado durante una década. Reagan observó cómo la ira en los ojos de Eve chocaba con otra cosa: anhelo, quizás, o el reconocimiento de una verdad negada durante demasiado tiempo.

—Reagan. —La voz de Eve era poco más que un susurro.

El espacio entre ellas se desvaneció cuando Eve acortó la distancia que las separaba. Sus manos encontraron el rostro de Reagan, las yemas de sus dedos trazando los nuevos contornos que el tiempo había tallado en unos rasgos que una vez conocieron con tanta intimidad. Reagan se quedó completamente inmóvil, temiendo que el más mínimo movimiento pudiera hacer añicos aquel frágil instante.

—Diez años —murmuró Eve, mientras sus pulgares acariciaban la mandíbula de Reagan—. Diez años de preguntas sin respuesta.

La compostura que Reagan había mantenido con tanto esmero se resquebrajó bajo el contacto de Eve. Cerró los ojos brevemente, y la disciplina de la justiciera dio paso a algo más vulnerable, más humano.

—Pregúntame ahora —musitó Reagan, con la voz temblorosa por primera vez desde que había entrado en el apartamento—. Lo que sea.

La respuesta de Eve no llegó en forma de palabras, sino con la presión de sus labios contra los de Reagan. El contacto fue vacilante al principio, una prueba de unos límites que durante mucho tiempo se habían creído impenetrables. Las manos de Reagan encontraron la cintura de Eve y la atrajeron hacia sí con una urgencia desesperada que delataba su anterior contención.

El beso se intensificó, diez años de ausencia avivando un hambre que Reagan no podía controlar. Los dedos de Eve se enredaron en

su pelo, tirando ligeramente mientras hacía retroceder a Reagan hacia la pared. Los documentos revolotearon hasta el suelo cuando los hombros de Reagan chocaron contra el tablón de pruebas, la representación física de su investigación ahora esparcida a sus pies.

Los movimientos de Eve se volvieron más insistentes, sus dedos recorriendo el tejido protuberante de la cicatriz mientras su boca se dirigía al punto del pulso en el cuello de Reagan. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Reagan, y su disciplina se desmoronó bajo el contacto de Eve.

—Eve —jadeó Reagan, mientras sus manos se movían inquietas por la espalda de Eve, bajo su camiseta de tirantes, reaprendiendo contornos a la vez familiares y cambiados—. No deberíamos…

—No deberíamos haber hecho muchas cosas —la interrumpió Eve, con la voz ronca por la emoción mientras se apartaba lo justo para encontrar la mirada de Reagan—. Pero ahora mismo, necesito esto. Te necesito. Diez años, Reagan. Diez años pensando que no volvería a tocarte.

La cruda honestidad de las palabras de Eve hizo añicos las últimas defensas de Reagan. Con una gracia inesperada, invirtió sus posiciones, acorralando a Eve contra la pared con una presión deliberada. Le agarró las muñecas y se las levantó por encima de la cabeza en un gesto a la vez protector y posesivo.

—Dime que pare —la desafió Reagan, con la voz baja y tensa—, y me iré. Pero si me quedo…

En lugar de responder, Eve se abalanzó hacia delante y capturó de nuevo la boca de Reagan con un hambre que no dejaba lugar a dudas. Reagan soltó las muñecas de Eve para deslizar las manos bajo su camiseta de tirantes, recorriendo la piel lisa de su abdomen, la curva de sus costillas, la turgencia de sus pechos, el paisaje familiar de un cuerpo que había memorizado años atrás. Sus manos vagaron, levantando la camiseta de Eve y arrojándola al suelo con un movimiento fluido.

Se detuvo un segundo para contemplar a Eve y apenas reprimió un jadeo antes de inclinarse y besarle los pechos, tomando un pezón con cuidado en su boca y besándolo.

—Eres magníficamente hermosa —susurró entre besos.

Reagan tomó el otro pezón de Eve en su boca, girando su lengua sobre él y acariciándolo ligeramente. El cuerpo de Eve respondió de inmediato, su pezón se endureció y ella echó la cabeza hacia atrás.

—Sí… —jadeó Eve mientras subía las manos para enredarlas en el pelo de Reagan.

Reagan descendió, dejando besos ligeros y mordisquitos aún más leves hasta que llegó a la cinturilla del pantalón de Eve. Jugueteó con los dedos entre la tela a cada lado, mientras trazaba con besos el borde de las bragas. Eve se retorció bajo ella, angulando las caderas para que Reagan bajara más.

Reagan levantó la vista y se encontró con los ojos de Eve, que vio suavizarse ligeramente antes de quitarle los pantalones y la ropa interior. Eve se revolvió para quitárselos de una patada. Reagan se recolocó en el suelo, arrodillada frente a Eve, y luego bajó el rostro y le pasó la lengua por el coño, profunda y lentamente, de abajo hacia arriba. Le besó el clítoris y luego se lo rozó con la lengua dos veces antes de succionarlo con fuerza dentro de su boca.

—Dios, cómo te he echado de menos —jadeó Reagan, tomando aliento antes de volver a devorar a Eve de una forma en la que había pensado a menudo a lo largo de los años.

Podía sentir la humedad de Eve cada vez más en su lengua.

Eve gimió, presionando su cuerpo más profundamente contra los cojines, y su placer espoleó a Reagan, que succionó con más brío. Eve sabía a lujuria, a dulzura y a hogar.

En ese momento, Reagan se sintió transportada diez años atrás, a la forma exacta en que solía sentirse cuando tenía sexo con Eve.

Eve abrió las piernas un poco más, dándole más espacio a Reagan.

—Por favor —murmuró Eve, y Reagan supo exactamente lo que quería.

—¿Quieres que te folle? —preguntó Reagan, sintiendo un fuego que ardía entre ellas.

Eve asintió enérgicamente. —Sí..., ya sabes que sí.

Reagan sonrió. Por supuesto que sabía lo que Eve quería. Siempre lo había sabido.

—Buena chica —dijo Reagan mientras le pasaba la lengua por el clítoris a Eve—. Pues ábrete para mí.

Como si fuera una señal, Eve abrió aún más las piernas y bajó sus propias manos para separarse los labios de la vulva.

Era una imagen tan explícita y sexi como nada que Reagan pudiera imaginar. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había visto a Eve así: rosada, hinchada, abierta y esperándola.

Reagan introdujo tres dedos de la mano derecha en la humedad expectante de Eve. Sintió cómo el cuerpo de Eve se abría para darle la bienvenida a casa y sonrió al empezar a embestirla lentamente, recibiendo con agrado los gemidos que le provocaba.

—¿Te gusta, nena? —preguntó Reagan.

—Lo mejor del mundo —la voz de Eve era un susurro.

Reagan la recompensó con otro dedo, curvándolos hacia arriba y bombeando rítmicamente en el punto que sabía que haría a Eve ver las estrellas.

En ese segundo, sintió como si nada hubiera cambiado entre ellas, como si hubiera sido solo ayer.

Reagan miró el hermoso rostro de Eve, inclinado hacia atrás por el placer, su pelo, normalmente inmaculado, revuelto sobre la almohada. Había algo en ver a Eve Morgan deshacerse por sus dedos que siempre había sido la perdición de Reagan.

Eve gimió más fuerte, con la respiración entrecortada mientras le clavaba las uñas en la espalda a Reagan. Una sacudida de placer serpenteó por el cuerpo de Reagan cuando el coño de Eve se apretó alrededor de sus dedos, y supo que Eve estaba cerca. Metió y sacó los dedos más rápido dentro de Eve mientras alternaba entre succionarle el clítoris y estimularlo con más presión con la lengua.

—No pares, no pares, no...

—Córrete para mí, nena —la engatusó Reagan.

Cuando llegó el orgasmo de Eve, Reagan pudo sentirlo ondular por su cuerpo mientras su sexo se contraía y su cuerpo entero se tensaba. Eve arqueó la espalda al soltar un grito. El orgasmo las estremeció a ambas, transportando a Reagan a una época en la que todo había sido mucho más sencillo. Reagan retiró los dedos

lentamente y luego lamió los pliegues de Eve una vez más antes de chasquear los labios.

—Estás jodidamente deliciosa, ¿sabes? —dijo Reagan. Eve abrió los ojos y sonrió.

—Me alegro de que no lo hayas olvidado —los ojos de Eve estaban claros y Reagan percibió una franqueza en ella. Su conexión seguía ahí, por supuesto que seguía.

—No he olvidado nada, mi amor.



Reagan yacía junto a Eve en el sofá, con los cuerpos entrelazados y el sudor enfriándose sobre la piel enrojecida. La tormenta de fuera se había intensificado de nuevo; la lluvia azotaba las ventanas en olas rítmicas que acompañaban el ritmo cada vez más lento de su corazón. Tras su conexión, la realidad empezó a filtrarse de nuevo, trayendo consigo todas las complicaciones que habían dejado de lado temporalmente.

La cabeza de Eve descansaba sobre el hombro de Reagan, su pelo oscuro derramándose sobre la piel pálida, un brazo envuelto posesivamente alrededor de la cintura de Reagan. Reagan trazaba patrones ociosos a lo largo de la columna vertebral de Eve, memorizando los sutiles cambios que una década había forjado: una nueva definición muscular, una pequeña cicatriz cerca del omóplato que antes no estaba, el ligero ablandamiento de las curvas que venía con la edad.

Durante esos breves momentos robados, Reagan se permitió imaginar una vida diferente. Una en la que no hubiera desaparecido, en la que hubieran construido algo juntas en lugar de existir en lados opuestos de una brecha moral. Una en la que la justicia llegara por la vía legal en lugar de mediante ejecuciones calculadas.

Una fantasía tan frágil como la niebla matutina.

Eve se removió contra ella, sus labios rozando la clavícula de Reagan en un gesto que envió una renovada oleada de calor por su cuerpo. —¿Y ahora qué? —murmuró Eve, con la voz brumosa por la

intimidad persistente, pero con el filo de pragmatismo que siempre la había definido.

Reagan no fingió no entenderla. —Ahora completo mi misión.

Eve se tensó ligeramente, y la lánguida calidez que las unía se enfrió. Se incorporó sobre un codo, estudiando el rostro de Reagan con renovada intensidad.

—Arthur Pembroke.

—Mañana por la noche —confirmó Reagan, sosteniéndole la mirada a Eve sin pestañear—. Su cáncer ha avanzado más rápido de lo esperado. Si espero...

—Escapará a la justicia por completo —terminó Eve. Se incorporó del todo, cogió su camiseta de tirantes y se la puso rápidamente. La distancia volvía a crecer entre ellas, ladrillo a ladrillo—. ¿Y después de Pembroke? ¿Los otros nombres de tu lista?

Reagan se levantó también, recogiendo su ropa táctica prenda a prenda, recomponiendo su armadura.

—Sebastian Harrington. Landon Fairchild. Winston Ashford. —Dudó antes de añadir el último nombre—. Jonathan Brooks.

—El marido de la comisaria Brooks. —La expresión de Eve se endureció—. El que coordina sus «operaciones de limpieza». El que ayudó a organizar tu ejecución.

—Sí. —Reagan se abrochó los pantalones; sus dedos se movían con destreza a pesar de los efectos persistentes de haber hecho el amor—. Una vez que queden expuestos y eliminados, toda la red se derrumbará.

Eve se puso de pie, recogiendo el resto de su ropa. Reagan observó sus movimientos, el cambio de amante a capitana de policía visible en su postura erguida, en el rictus de su mandíbula.

—Tiene que haber otra manera.

—Ya probé otras maneras —le recordó Reagan—. Durante años, reuní pruebas y preparé casos que pudieran resistir el escrutinio legal. Todos los intentos fueron interceptados. Todos los testigos, silenciados. Todos los periodistas, amenazados o asesinados.

Eve se acercó a su escritorio y sacó algo del cajón: una pequeña caja de terciopelo en la que Reagan no se había fijado antes.

—Compré esto dos días antes de que desaparecieras.

Reagan se quedó inmóvil. Eve abrió la caja, revelando un sencillo anillo de diamantes sobre el oscuro terciopelo. Elegante, práctico, perfecto para una detective que necesitaba tanto la funcionalidad como la belleza. El anillo cuya existencia Reagan desconocía.

—Iba a pedírtelo ese fin de semana —continuó Eve, con la voz firme a pesar de la emoción que Reagan podía ver en sus ojos—. Lo tenía todo planeado. Cena en Harborside, donde tuvimos nuestra primera cita. El faro al atardecer.

Una pérdida que no había sabido cómo llorar cristalizó ahora en el pequeño diamante que atrapaba la luz ambiental. Un futuro robado no por su elección, sino por los hombres a los que ahora daba caza.

—Eve… —Las palabras se le atragantaron, inadecuadas ante la magnitud de lo que podría haber sido.

—Me lo quedé —dijo Eve simplemente, cerrando la caja y devolviéndola al cajón—. Incluso cuando creía que estabas muerta o que habías abandonado todo lo que habíamos construido, me lo quedé.

Reagan dio un paso hacia Eve, pero se detuvo cuando un agudo pitido electrónico interrumpió el momento. Su teléfono seguro, enganchado a su cinturón táctico, señalaba una alerta urgente.

Comprobó la pantalla y la adrenalina inundó al instante su sistema al leer el mensaje:

Martinez en movimiento. De camino a tu ubicación. Hora de llegada: 4 min. - S

—¿Qué pasa? —preguntó Eve, percibiendo al instante el cambio en la postura de Reagan.

—La detective Martinez viene hacia aquí. —Reagan se dirigió a la puerta del balcón, comprobando las líneas de visión y las posibles rutas de escape—. Llega en cuatro minutos.

La expresión de Eve se ensombreció.

—Brooks debe de haberme tenido bajo una vigilancia más estrecha de lo que pensaba. Martinez probablemente ha estado vigilando el edificio toda la noche.

—Y ahora va a pasar a la acción. —Reagan recogió el resto de su equipo, con la mente ya en los protocolos de huida—. Tendrá

refuerzos. El procedimiento habitual para actividades sospechosas en la residencia de un agente.

Eve se movió con repentina determinación, recogiendo las pruebas esparcidas que se habían caído y devolviéndolas a la pared.

—Tienes que irte. Ahora.

Reagan se detuvo, observando cómo Eve borraba eficientemente todo rastro de su conexión. La capitana reafirmando el control sobre la mujer que momentos antes se había corrido con los dedos y la lengua de Reagan.

El abismo entre sus mundos se abría de nuevo, cada vez más ancho.

—Eve. —Reagan se acercó una última vez, acunándole el rostro entre las manos—. Voy a completar esta misión. Pero hay algo que deberías saber. He dispuesto que todas las pruebas contra la red se envíen simultáneamente a los principales medios de comunicación y agencias federales si me pasa algo.

Los ojos de Eve se abrieron un poco más.

—Interruptor de hombre muerto.

—Tanto por ti como por la justicia. Si se dan cuenta de lo mucho que sabes, te convertirás en un objetivo. La publicación de las pruebas garantiza que no puedan eliminarnos a las dos sin más y seguir con sus operaciones.

A lo lejos sonó una sirena de policía, que se acercaba cada vez más. El reloj interno de Reagan inició la cuenta atrás de los momentos que les quedaban. Se inclinó hacia delante y presionó sus labios contra los de Eve en un beso que contenía el peso de una década de ausencia y la incertidumbre del futuro que les aguardaba.

—Ten cuidado —susurró Eve contra su boca—. Martinez informa directamente a Brooks.

—He sobrevivido a cosas peores. —Reagan retrocedió, dirigiéndose a la puerta del balcón—. ¿Qué les vas a decir?

La sonrisa de Eve era adusta. —Que estaba siguiendo una pista. Trabajando hasta tarde. Nada raro para la capitana Morgan.

Reagan asintió, satisfecha con la verosimilitud de la coartada. Abrió la puerta del balcón y el aire nocturno entró, fresco contra su piel, trayendo consigo el olor a lluvia y a océano lejano.

—¿Habrías dicho que sí?

Reagan se dio la vuelta, con una expresión que se suavizó por un instante. —Sabes que sí.

Aquella confesión trajo consigo tanto alivio como un dolor nuevo. Reagan asintió una vez, grabando a fuego el rostro de Eve en su memoria; esta nueva versión, moldeada por una década de ausencia y determinación, diferente de la que había guardado en su corazón todos esos años, pero no por ello menos amada.

Entonces, el instinto de supervivencia volvió a apoderarse de ella. Reagan se deslizó por la puerta hacia la noche y descendió por la escalera de servicio mientras las sirenas convergían en el edificio. En cuestión de instantes, había desaparecido en las calles de Phoenix Ridge, resbaladizas por la lluvia.

Pero, por primera vez en diez años, llevaba consigo algo más que su misión en la oscuridad. Llevaba la certeza de que lo que ella y Eve habían construido no había muerto aquella noche en el puerto. Simplemente había esperado, latente pero vivo, a que sus caminos volvieran a cruzarse.

Y ya fuera su próximo encuentro como aliadas o como adversarias en esta guerra contra la corrupción, Reagan sabía con fría certeza que no tardaría en llegar. El final de la partida se acercaba, tanto para su misión como para lo que quedara entre ellas después de esa noche.

7

EVE

La luz de la mañana se colaba entre las persianas, dibujando duras franjas en el techo del dormitorio de Eve. No había dormido. ¿Cómo podría, con el aroma de Reagan aún impregnado en su cuerpo y el eco del interrogatorio de Martinez resonando en sus oídos?

Un interrogatorio a las tres de la madrugada en su propio salón. Los ojos de Martinez catalogando cada detalle, buscando pruebas de la presencia de Reagan mientras dos agentes uniformados permanecían de pie incómodamente junto a la puerta. La cuidada farsa que Eve había mantenido —que trabajaba hasta tarde, que seguía pistas del caso Davenport, nada fuera de lo normal para la capitana Morgan— se había sostenido, pero por los pelos.

Eve se giró sobre un costado, haciendo una mueca de dolor mientras sus músculos agarrotados protestaban. Su cuerpo conservaba el recuerdo de cómo la había follado Reagan, sensaciones fantasma que le hacían arder la piel mientras su mente calculaba riesgos y planes de contingencia. El reloj marcaba las 6:17. En menos de dos horas, tenía que estar en el Phoenix Ridge National Bank cuando abriera, con la llave de la caja de seguridad quemándole en el bolsillo.

El ruido de la ducha había enmascarado su conversación la noche anterior, pero Eve no era lo bastante ingenua como para creer que su apartamento no estuviera bajo vigilancia. La comisaria Brooks no habría enviado a Martinez sin medidas de respaldo. Lo que significaba que cada movimiento que Eve hiciera hoy sería observado, analizado e informado.

Con una precisión mecánica fruto de años de disciplina, Eve se levantó y se vistió con su uniforme de capitana: una armadura contra el día que le esperaba. Ningún objeto personal a la vista. Nada que delatara el huracán que había arrasado su vida cuidadosamente construida. Se enfundó el arma reglamentaria, cuyo peso familiar era un recordatorio de sus lealtades divididas.

Su móvil vibró con un mensaje de Foster: *La comisaria ha convocado una reunión de emergencia. 8:30. Asistencia obligatoria. Cúbrete las espaldas.*

Eve apretó la mandíbula. El momento no podía ser una coincidencia. Brooks estaba moviendo ficha, intentando mantener a Eve ocupada mientras el banco abría a las 9:00. La caja de seguridad tendría que esperar.

Se dirigió a la mesa del comedor, donde las pruebas yacían meticulosamente reorganizadas tras la marcha de Martinez. La vieja fotografía de Reagan de sus días en la academia le devolvió la mirada, una acusación y un recordatorio entretejidos en una sola imagen.

—Yo también habría dicho que sí —susurró Eve al apartamento vacío, mientras sus dedos rozaban la caja de terciopelo del cajón de su escritorio una última vez antes de cerrarlo con firmeza.

La decisión a la que llevaba días dándole vueltas había cristalizado tras la visita de Reagan. Eve ya no podía servir a un sistema corrupto en sus más altos niveles. Ya no podía llevar la placa que representaba la justicia sabiendo que la justicia había sido pervertida para proteger a los poderosos.

Pero tampoco podía seguir el camino de justiciera letal de Reagan.

Tenía que haber otra forma de exigir justicia sin más derramamiento de sangre. Un tercer camino que derribara la Red

Fénix y al mismo tiempo impidiera que Reagan tachara los últimos nombres de su lista.

Arthur Pembroke moriría esa noche si Eve no interceptaba a Reagan primero.

Eve cogió su placa y las llaves del coche, trazando mentalmente el día que tenía por delante. Reunión de emergencia con Brooks, inventar una excusa para marcharse y visita al banco para recuperar las últimas pruebas de Reagan. Luego, localizar a Sophia Gresham, la confidente que le había sido leal a Reagan durante una década.

Su móvil sonó. Era la propia comisaria Brooks, sin molestarse ya en usar a Martinez como intermediaria.

—Capitana Morgan —respondió Eve, sin que su voz delatara la tormenta que se desataba bajo su apariencia profesional.

—Capitana. —La voz de Brooks tenía el filo de una furia apenas contenida—. Tengo entendido que la inspectora Martinez visitó su apartamento anoche por un problema de seguridad.

—Un malentendido —replicó Eve con calma—. Un vecino informó de una actividad inusual. Nada relevante.

Una pausa, cargada de acusaciones tácitas. —El departamento está preocupado por sus actividades recientes, capitana. Sus métodos de investigación se han vuelto… poco ortodoxos.

—Estoy investigando todas las pistas disponibles en el caso de la justiciera, comisaria. Tal y como me ordenó.

—Sí, bueno. —La voz de Brooks se enfrió aún más—. Eso es precisamente lo que tenemos que discutir en la reunión de esta mañana. Su dedicación es admirable, pero hay protocolos que seguir.

Protocolos diseñados para proteger al marido de Brooks y su red. La mano libre de Eve se cerró en un puño a su costado. —Por supuesto, comisaria. Allí estaré.

—Asegúrese de estarlo. —La llamada se cortó.

Eve se guardó el móvil en el bolsillo, con los hombros erguidos para soportar el peso de lo que se avecinaba. Brooks intentaría apartarla de la investigación hoy mismo: un traslado, una baja forzosa, cualquier herramienta burocrática que pudiera distanciar a Eve de la verdad que estaba destapando.

No podía permitir que eso sucediera. No cuando Reagan estaba a pocas horas de ejecutar a Arthur Pembroke. No cuando la prueba definitiva la esperaba en la caja de seguridad número 227.

Eve echó un último vistazo al panel de pruebas, al rostro de Reagan entre las fotografías de víctimas y verdugos por igual. Después, cerró bien su apartamento y salió al pasillo, con una expresión impenetrable.

La guerra por el alma de Phoenix Ridge había entrado en su fase final. Y Eve Morgan se encontraba en la encrucijada entre la ley y la justicia, sin más camino claro que la certeza de que, al final del día, nada volvería a ser igual.



La sala de reuniones del Departamento de Policía de Phoenix Ridge había sido diseñada para exhibir transparencia: paredes de cristal, luz natural, los valores progresistas del departamento a la vista de todos. Pero cuando Eve entró, exactamente tres minutos antes de la reunión de las 8:30, se encontró con que las paredes de cristal estaban opacas, las pantallas de privacidad electrónicas activadas y las persianas bajadas para impedir el paso del sol matutino.

Una fría y calculada demostración de poder: Brooks estaba impidiendo el acceso a las miradas indiscretas.

La comisaria Hannah Brooks estaba sentada a la cabecera de la mesa de roble, con el pelo recogido en un moño tirante. A su derecha, la subcomisaria Talia Warner, conocida por ser la aliada más cercana de Brooks en la política del departamento. A su izquierda, el capitán Lawrence Richardson, de Asuntos Internos, cuya presencia era una señal de alarma que Eve no podía ignorar.

Ningún otro detective. Ningún miembro del equipo. Ni siquiera Martinez.

Brooks no se levantó cuando Eve entró.

—Capitana Morgan. Gracias por su puntualidad.

Eve ocupó el único asiento disponible justo enfrente de Brooks, una posición que no era casual. Tres contra una, con Eve aislada en

el punto de mira.

—Comisaria —asintió Eve con profesionalidad, procurando mantener una expresión neutra a pesar de que todas las alarmas ululaban en su cabeza. Asuntos Internos no asistía a reuniones rutinarias sobre investigaciones en curso.

—Nos saltaremos las formalidades —empezó Brooks, juntando las manos sobre la mesa—. Su gestión de la investigación del justiciero ha suscitado serias preocupaciones en la cúpula. Durante la última semana, ha accedido usted a archivos restringidos, ha llevado a cabo vigilancias no autorizadas y ha seguido pistas sin la documentación adecuada ni notificación a la cadena de mando.

Eve permaneció completamente inmóvil, sin confirmar ni desmentir nada.

—Estoy explorando todas las vías disponibles para detener a un sospechoso que ha ejecutado a cuatro personas en otras tantas semanas, comisaria.

—Su dedicación es encomiable —respondió Brooks, con un tono que sugería todo lo contrario—. Sin embargo, nos preocupa su metodología y, francamente, su objetividad.

El capitán Richardson deslizó una carpeta sobre la mesa, con el logotipo de Asuntos Internos grabado en la cubierta.

—Capitana Morgan, ¿reconoce esto?

Eve abrió la carpeta y encontró registros de su acceso a los archivos, fotografías con fecha y hora de su visita al Phoenix Ridge National Bank el día anterior y registros de seguridad del edificio que mostraban la puerta del balcón de su apartamento abriéndose a las 2:17 de la madrugada, cuando había estado dentro con Reagan.

—Actividades de investigación rutinarias —replicó Eve, cerrando la carpeta con una calma mesurada, aunque el corazón le martilleaba en las costillas.

—Lo que nos preocupa —continuó Brooks— es el patrón que sugieren estas actividades. Parece que está llevando a cabo una investigación paralela al margen de los protocolos del departamento, lo que podría comprometer nuestra capacidad para detener al justiciero.

Eve miró a Brooks directamente a los ojos.

—Con el debido respeto, comisaria, mi historial habla por sí solo. Veinte años de servicio ejemplar. La tasa de resolución de casos más alta en la historia del departamento. Me he ganado cierta libertad en mi enfoque de investigación.

—Se la *había* ganado —corrigió Richardson, con el tono mordaz de quien disfruta ejerciendo el poder burocrático—. En pasado.

La insinuación quedó suspendida en el aire entre ellos. La espalda de Eve se enderezó de forma imperceptible.

—¿Qué está insinuando exactamente, capitán Richardson?

La subcomisaria Warner habló por primera vez, su voz con la simpatía ensayada de quien comunica un resultado predeterminado disfrazado de negociación.

—Creemos que está usted demasiado implicada en este caso, Eve. Su historial con la detective Reagan Shaw...

A Eve se le heló la sangre. Su expresión permaneció impasible solo gracias a años de disciplinado autocontrol. —¿Se ha dado por muerta a la detective Shaw desde hace una década. ¿Qué posible relevancia…?

—En su apartamento había un tablón de investigación activo centrado en la desaparición de Shaw —la interrumpió Brooks—. La detective Martinez lo observó durante la revisión de seguridad de anoche. Eso sugiere una implicación emocional continua que podría estar nublándole el juicio.

Lo sabían. O lo sospechaban. Eve calculó rápidamente, sopesando cuánto habían conseguido encajar y cuánto seguía siendo especulación.

—Reagan Shaw investigaba la corrupción judicial antes de su desaparición —replicó Eve con calma—. Los objetivos actuales del justiciero comparten perfiles similares. Es una conexión natural que explorar.

—Una conexión que usted investigó sin la debida autorización —señaló Richardson.

—Yo sigo las pruebas, no la política. —Las palabras se le escaparon a Eve antes de que pudiera filtrarlas, afiladas y peligrosas en la tensa atmósfera.

La expresión de Brooks se endureció. —Esa es precisamente la preocupación, capitana. Sus acciones recientes sugieren un creciente desprecio por la cadena de mando y el procedimiento establecido. —Abrió una carpeta propia y extrajo un documento oficial con el sello del departamento—. Con efecto inmediato, queda suspendida de empleo y sueldo en espera de una revisión de su conducta por parte de Asuntos Internos.

Ahí estaba: la jugada que Eve había previsto, pero que esperaba evitar hasta haber conseguido las pruebas de la caja de seguridad. Mantuvo la respiración constante, mientras su mente repasaba a toda velocidad los planes de contingencia.

—¿Bajo qué cargos específicos? —preguntó Eve, tratando de ganar tiempo.

—Infracciones de procedimiento, posible manipulación de pruebas y conducta inapropiada —respondió Richardson, con el lenguaje burocrático saliéndole con naturalidad—. Las acusaciones específicas se detallan en este documento.

Deslizó otra carpeta hacia ella, más gruesa que la primera. Dentro habría cargos cuidadosamente elaborados, suficientes para justificar su cese sin revelar la verdadera motivación de Brooks: proteger a su marido y su red.

Eve no tocó la carpeta. —Comisaria, apartarme de esta investigación ahora mismo sería perjudicial para el departamento y los ciudadanos de Phoenix Ridge. Estoy más cerca que nadie de identificar al justiciero.

—Entonces no tendrá ningún problema en compartir sus notas completas del caso y las pruebas con el equipo de transición —replicó Brooks sin inmutarse—. La detective Martinez asumirá el mando con efecto inmediato.

Las piezas encajaron. Martinez —leal a Brooks— enterraría cualquier prueba que conectara a las víctimas con Jonathan Brooks o la red en general. La investigación se estancaría y acabaría por enfriarse a medida que la atención pública se desviara hacia nuevas tragedias.

Eve tenía quizá treinta segundos para salvar la situación. Escogió sus palabras con una precisión quirúrgica.

—Antes de retirarme, debería señalar que ya he presentado pruebas sustanciales sobre las conexiones entre las víctimas a la fiscalía. —Era un farol calculado; aún no se había puesto en contacto con el fiscal, pero Brooks no tenía por qué saberlo—. Incluidos registros financieros que vinculan a las cuatro víctimas a través de empresas compartidas.

La expresión de Brooks vaciló; una momentánea tensión en torno a los ojos confirmó que Eve había tocado un punto sensible. —¿Qué pruebas?

—Transferencias bancarias, empresas fantasma, propiedades inmobiliarias —dijo Eve vagamente—. Estoy segura de que la detective Martinez lo encontrará todo en los archivos de mi caso. —Otra mentira: Eve había mantenido las pruebas más incriminatorias separadas de los registros oficiales—. De hecho, me estaba preparando para informarla sobre estos hallazgos hoy mismo.

La tensión en la sala cambió sutilmente. Brooks intercambió una rápida mirada con Warner, una comunicación silenciosa entre ellas.

—Esas conexiones no se mencionaban en sus informes oficiales —dijo Brooks finalmente.

—Estaba verificándolas antes de la presentación formal. Siguiendo el procedimiento del departamento para los casos de alto perfil.

Richardson frunció el ceño, percibiendo claramente las corrientes subterráneas pero sin entender del todo el subtexto. —Comisaria, independientemente de las posibles pruebas, las infracciones de procedimiento persisten…

Brooks levantó una mano, silenciándolo. —Quizá nos hemos precipitado —dijo, con un tono que se volvió más comedido—. El instinto investigador de la capitana Morgan ha demostrado ser valioso en el pasado. En lugar de una suspensión administrativa inmediata, propongo un acuerdo.

Eve esperó, con expresión neutra a pesar de la pequeña victoria.

—Hará equipo con la detective Martinez durante las próximas cuarenta y ocho horas —continuó Brooks—. Comparta todas las pruebas, póngala al día y transfiérale el liderazgo de la investigación.

Después de eso, se tomará una excedencia voluntaria mientras Asuntos Internos completa su investigación.

Un respiro temporal; no era perfecto, pero le daría a Eve el tiempo suficiente para acceder a la caja de seguridad y localizar a Sophia Gresham. Asintió con aparente reticencia.

—Si esa es su decisión, comisaria.

—Lo es. —Brooks recogió sus papeles; la reunión había concluido claramente bajo sus condiciones—. Se reunirá con Martinez inmediatamente después de esta reunión. Espero una revelación completa de todas las pruebas y teorías, capitana. Sin excepciones.

—Por supuesto. —Eve se levantó, manteniendo la postura precisa que se esperaba de la detective de más alto rango de Phoenix Ridge —. ¿Necesita algo más?

—Solo una cosa. —El tono de Brooks bajó ligeramente, y la fachada profesional se resquebrajó para revelar algo más frío bajo la superficie—. Si está ocultando algo relevante para esta investigación, capitana Morgan, las consecuencias irán mucho más allá de una excedencia administrativa. Se lo garantizo.

La amenaza quedó flotando en el aire entre ellas, su significado era claro. Eve le sostuvo la mirada a Brooks sin inmutarse.

—He dedicado mi vida a este departamento, comisaria. Mi prioridad siempre ha sido la justicia.

—Asegúrese de que siga siéndolo. —Brooks la despidió con un seco asentimiento de cabeza.

Eve salió de la sala de reuniones, con la mente ya trazando el estrecho margen de maniobra que Brooks le había proporcionado sin querer. Martinez vigilaría todos y cada uno de sus movimientos a partir de ahora, pero Eve tenía años de experiencia dando esquinazo cuando era necesario.

Tenía hasta el mediodía —quizás menos— antes de que Brooks se diera cuenta de que Eve se había tirado un farol con lo del fiscal. Para entonces, necesitaba hacerse con las pruebas de la caja de seguridad y encontrar a Sophia Gresham antes de que Reagan ejecutara a Arthur Pembroke.

Eve miró su reloj. Las 9:07. El banco acababa de abrir sus puertas.

Por primera vez en su distinguida carrera, la capitana Eve Morgan estaba a punto de saltarse todas las reglas habidas y por haber.

Eve salió de la sala de reuniones con paso mesurado, sintiendo el peso de la amenaza de Brooks sobre ella. Martinez esperaba en la sala principal, con su tableta lista y unos ojos que seguían los movimientos de Eve con la concentración de un depredador. La postura de la detective lo dejaba claro: a partir de ese momento, Eve operaría bajo vigilancia constante.

—Necesito revisar mis archivos antes de nuestra reunión informativa —le dijo Eve a Martinez con un tono profesionalmente neutro—. Deme una hora para organizarlo todo.

El escepticismo de Martinez era evidente, pero asintió. —Una hora, capitana. La veré en su despacho a las diez y media.

Eve se dirigió a su escritorio, estratégicamente situado para mantener la línea de visión sobre toda la división de detectives. Mientras fingía organizar los archivos del caso, le envió un mensaje a la detective Foster desde su teléfono oficial: *Café en el Lavender's en veinte minutos. Necesito tu opinión sobre las finanzas de Davenport. Seguimiento rutinario.*

Palabras inofensivas que resistirían el escrutinio si Martinez supervisaba sus comunicaciones, cosa que Eve daba por hecho.

—Voy al Lavender's a por un café decente —anunció Eve, lo suficientemente alto como para que los agentes cercanos la oyeran —. Martinez, le traeré uno de esos lattes de vainilla que le gustan.

La oferta informal —que establecía una rutina normal y señalaba cooperación— tuvo el efecto deseado. Martinez se relajó ligeramente. —Gracias, capitana. Me quedaré revisando los registros de vigilancia.

Eve cogió su chaqueta y su cuaderno de notas del caso, manteniendo un ritmo pausado mientras se dirigía al ascensor. Sintió la mirada de Martinez siguiéndola hasta que las puertas se cerraron, cortando la atadura invisible que las unía.

Fuera, la luz de la mañana bañaba Phoenix Ridge en una tranquilidad engañosa. Eve caminó a paso ligero hacia el distrito de las artes, tomando una ruta indirecta que revelaría a cualquiera que la siguiera, una técnica que Reagan le había enseñado años atrás.

En la tercera esquina, se metió en un callejón de servicio, esperó sesenta segundos y luego salió a una calle paralela, logrando así despistar a cualquiera que pudiera estar siguiéndola por orden de Martinez.

Quince minutos después, Eve se subió el cuello de la chaqueta para protegerse del frío de la mañana mientras cruzaba la calle en dirección al Lavender's Café. El pequeño establecimiento se encontraba entre una galería de arte y una librería, y su toldo morado y su letrero pintado a mano lo convertían en un punto de referencia local. Había elegido el lugar con cuidado: lo bastante cerca de la comisaría como para justificar su ausencia, pero lo suficientemente lejos como para evitar escuchas indiscretas.

La detective Caroline Foster ya esperaba en una mesa de la esquina, con dos tazas humeantes frente a ella. El pelo corto y castaño de la detective enmarcaba unos ojos inteligentes a los que no se les escapaba nada; su postura informal contradecía la mente aguda que la había convertido en una de las agentes de mayor confianza de Eve.

—Café solo, sin azúcar —dijo Foster mientras Eve se acomodaba en el asiento de enfrente—. Tiene cara de necesitarlo.

—Gracias. —Eve rodeó la taza caliente con las manos, pero no bebió—. ¿La ha seguido alguien?

Foster negó con la cabeza. —He usado la ruta que me enseñó el año pasado. He vuelto sobre mis pasos dos veces, me he cambiado de chaqueta, todo el tinglado. Martinez está vigilando el distrito del puerto por su pista falsa sobre el avistamiento de un justiciero.

—Bien. —Eve se inclinó hacia delante, bajando la voz—. Lo que voy a compartir con usted no sale de esta mesa. Su carrera, y posiblemente su seguridad, dependen de una discreción absoluta.

—Me lo imaginé cuando me envió un mensaje desde un móvil de prepago. —Foster entrecerró los ojos—. Se trata de las conexiones entre las víctimas, ¿verdad? Las que Brooks quería ocultar.

Eve estudió a su subordinada, sopesando los riesgos frente a la necesidad. Foster había demostrado tanto unas habilidades de investigación excepcionales como una brújula moral intachable. Si

Eve iba a navegar por las peligrosas aguas que se avecinaban, necesitaría al menos un aliado dentro del departamento.

—Es más profundo de lo que imaginábamos —dijo Eve finalmente—. Las cuatro víctimas estaban conectadas por algo más que tratos de negocios. Formaban parte de una red que ocultaba pruebas sistemáticamente, intimidaba a testigos y se protegían unos a otros de las consecuencias.

Foster no pareció sorprendida. —He estado rastreando irregularidades financieras entre ellos. Sociedades fantasma, propiedades a través de testaferros, donaciones a las mismas campañas políticas. —Sacó una pequeña libreta de la chaqueta—. Los cuatro hicieron contribuciones sustanciales a los negocios del marido de la comisaria Brooks.

—Jonathan Brooks —confirmó Eve—. Es la pieza clave de lo que llaman la Red Fénix. Coordina lo que ellos denominan «operaciones de limpieza» cuando surgen acusaciones.

La expresión de Foster se ensombreció. —¿Cuánto tiempo hace que lo sabe?

—Lo sospeché después del asesinato de Davenport. Las pruebas dejadas en la escena del crimen apuntaban a conexiones que no deberían existir. —Eve eligió sus palabras con cuidado, evitando cualquier mención a Reagan—. He estado llevando a cabo una investigación paralela desde entonces.

Un movimiento cerca del mostrador captó la atención de Eve. Lavender Larwood, la dueña de la cafetería, servía a los clientes con naturalidad. Cuando su mirada se encontró con la de Eve, un sutil asentimiento pasó entre ellas: un reconocimiento sin una conexión obvia. A su lado se encontraba la doctora Ingrid Westfield, la forense, aparentemente esperando su pedido, pero colocada de forma que podía observar la entrada de la cafetería.

—¿Lavender forma parte de esto? —preguntó Foster, siguiendo la línea de visión de Eve.

—No directamente. Pero proporciona un lugar de encuentro seguro para ciertas conversaciones. —Eve volvió a centrar su atención en Foster—. Necesito su ayuda. La comisaria Brooks ha obstaculizado mi investigación al ponerme a trabajar con Martinez.

Necesito a alguien de confianza para seguir reuniendo pruebas sin supervisión oficial.

Foster no dudó. —Dígame qué necesita.

—Acceso a los registros financieros del marido de la comisaria Brooks, conexiones documentadas entre él y cualquiera de las víctimas, y pruebas de su implicación en la supresión de investigaciones sobre sus actividades.

—Eso es terreno peligroso, capitana. —La voz de Foster se mantuvo firme a pesar de las implicaciones—. Martinez informa directamente a Brooks. Si se entera de esto…

—Lo sé. —Eve apretó la taza con más fuerza—. Por eso necesito discreción absoluta. Solo canales seguros. Sin recursos del departamento. Sin rastro digital.

Foster estudió a Eve y luego asintió. —Llevo un año desarrollando fuentes en delitos financieros. Puedo contactar con ellos por canales extraoficiales, mantenerlo todo de manera no oficial.

—Gracias. —Aquellas simples palabras llevaban el peso de la gratitud de Eve y el reconocimiento de lo que le estaba pidiendo a Foster que arriesgara.

Mientras ultimaban los detalles, Ingrid Westfield se acercó a su mesa, café en mano. —Capitana Morgan —saludó con cortesía profesional—. Esperaba encontrarla. El análisis forense de la escena de Davenport reveló algunas anomalías que debería revisar.

Las palabras casuales ocultaban el verdadero mensaje: Ingrid había descubierto algo significativo que no podía discutirse abiertamente.

—Pasaré por su despacho esta tarde —respondió Eve, igualando su tono.

Ingrid asintió y se alejó, no sin antes deslizar una nota doblada bajo la servilleta de Eve con un movimiento tan sutil que Foster apenas lo percibió.

Eve esperó a que Ingrid saliera de la cafetería para coger la nota. —Siga investigando las pistas financieras —le dijo a Foster—. Infórmeme solo a mí y únicamente por canales seguros. Si alguien le

pregunta, está haciendo comprobaciones rutinarias de antecedentes para el caso Davenport.

—Entendido, capitana. —Foster se levantó y dejó dinero para los cafés que no habían tocado—. ¿Y si esto se tuerce?

—Entonces esta conversación nunca ha tenido lugar.

Cuando Foster se marchó, Eve por fin desdobló la nota de Ingrid y leyó la precisa caligrafía: *Indicios materiales del caso Davenport coinciden con el expediente del caso Shaw. Huella dactilar parcial. Probabilidad del 87 %. Expedientes sellados por Brooks personalmente. Venga sola.*

A Eve se le cortó la respiración. Pruebas físicas que conectaban a Reagan con los asesinatos del justiciero; pruebas que Ingrid había encontrado, pero que había mantenido al margen de los informes oficiales. La médico forense estaba arriesgando su carrera al compartir esa información.



Al salir del Lavender's Café, Eve volvió a cruzarse con la mirada de la dueña. Lavender le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza hacia la salida trasera, una confirmación silenciosa de que Eve podía marcharse sin ser vista si era necesario.

Con Foster investigando la pista financiera e Ingrid proporcionando las conexiones forenses, Eve había ampliado su investigación más allá del control de Brooks. El cerco se estrechaba en torno a la Red Fénix, pero también se estrechaba en torno al cuello de Eve.

—Se dirige al este por Harbor Boulevard —crepitó la voz de la detective Martinez por la radio—. Todas las unidades, mantengan el contacto visual pero guarden las distancias. El objetivo parece que va a reunirse con alguien.

Eve reprimió una sonrisa mientras escuchaba el canal general del departamento en su radio personal. El «ella» en cuestión era la agente Reeves, una patrullera cuya complexión y color de pelo eran similares a los de Eve, y que llevaba un abrigo que Eve había dejado

en su taquilla esa mañana. La elaborada maniobra de distracción estaba funcionando a la perfección. Martinez había destinado una cantidad considerable de recursos a seguir a un señuelo mientras Eve llevaba a cabo su verdadera investigación.

Desde su posición en una sala de observación contigua al depósito de pruebas, Eve observaba cómo Martinez coordinaba el operativo de vigilancia a través del centro de mando del departamento. La detective era meticulosa, eso tenía que reconocérselo; estaba desplegando agentes en todos los posibles lugares de encuentro, estableciendo un perímetro que atraparía a la mayoría de los sospechosos.

A la mayoría, pero no a todos. No a alguien entrenado por Reagan Shaw en técnicas de contravigilancia.

La agente Julia Bennett se acercó, con un andar despreocupado que ocultaba su propósito.

—¿Está todo listo? —preguntó Eve en voz baja.

Bennett asintió. —Reeves los conducirá hasta el puerto deportivo y luego fingirá darse cuenta de que la están siguiendo. Volverá sobre sus pasos a través de la lonja, se cambiará de ropa en el baño público y saldrá haciéndose pasar por una turista. Para cuando Martinez se dé cuenta de lo que ha pasado, usted tendrá un margen de treinta minutos.

—Buen trabajo. —Eve le entregó a Bennett un sobre cerrado—. Entregue esto a la detective Foster exactamente a las 14:00. Solo en mano, sin intermediarios.

—Entendido, capitana. —Bennett vaciló—. Martinez ha estado haciendo preguntas sobre sus movimientos de ayer. Concretamente, sobre su visita a los archivos.

La expresión de Eve permaneció neutra a pesar de que las alarmas sonaban en su cabeza. —¿Qué tipo de preguntas?

—A qué expedientes accedió, si sacó algo. Parecía especialmente interesada en casos antiguos de hace una década.

Eve asintió, asimilando esta nueva información. Martinez no solo estaba vigilando su investigación actual; estaba rastreando el historial de Eve, quizás buscando conexiones con Reagan Shaw.

—Gracias por el aviso —dijo Eve—. Siga con sus tareas habituales. Si Martinez se le acerca directamente...

—No sé nada más allá de los detalles de procedimiento estándar —terminó Bennett—. Le cubro las espaldas, capitana.

Cuando Bennett se fue, el teléfono seguro de Eve vibró con un mensaje de texto de Ingrid Westfield: *Prueba confirmada. ADN parcial de R. S. encontrado en la escena del juez H. No está en el sistema. Lo he eliminado del registro oficial. Destruya este mensaje.*

Eve borró el mensaje de inmediato. Ingrid acababa de cometer un delito: manipular pruebas para proteger a Reagan. La médico forense había tomado una decisión, alineándose con la investigación encubierta de Eve a pesar de los riesgos.

A través de la ventana de la sala de observación, Eve vio cómo Martinez respondía a una llamada y su expresión pasaba de la confianza a la frustración. Habían descubierto la operación de señuelo.

Era hora de actuar.

Eve salió sigilosamente de la sala de observación y se dirigió al depósito de pruebas. Usando su código de acceso de capitana —que sin duda le revocarían pronto—, entró en la zona de seguridad y se acercó a la técnica de servicio.

—Necesito revisar las pruebas del caso Harmon —dijo Eve, mostrando su placa—. En concreto, los documentos que se encontraron en el cajón de su escritorio.

La técnica comprobó el sistema. —Esas pruebas están bajo acceso restringido, capitana. Es una orden directa de la comisaria Brooks.

—Lo sé —respondió Eve con naturalidad—. Me han levantado la restricción temporalmente para que pueda revisarlas. Puede comprobarlo con la detective Martinez.

Un riesgo calculado. Martinez estaba ocupada en ese momento con el fracaso de la operación de vigilancia y, para cuando pudiera hacer la comprobación, Eve ya se habría marchado.

La técnica dudó y luego asintió. —Firme aquí, por favor. Voy a por la caja de las pruebas.

Eve firmó y esperó mientras la técnica desaparecía en el almacén. Minutos después, regresó con un contenedor de pruebas precintado.

—Se aplican los protocolos habituales —le recordó la técnica—. Nada sale de la sala sin la documentación adecuada.

—Por supuesto —asintió Eve mientras se dirigía a la mesa de examen.

Una vez a solas, Eve actuó con rapidez. La caja de pruebas contenía todo lo recuperado del despacho del juez Harmon: documentos, registros financieros y el contenido de su escritorio. Reagan la había dirigido al cajón inferior derecho, y ahora Eve comprendía por qué.

Bajo un doble fondo había un segundo compartimento que contenía una memoria USB y un libro de contabilidad encuadernado en piel. Eve fotografió ambos objetos con su teléfono seguro y luego examinó cuidadosamente el libro sin sacarlo de la caja.

Página tras página de anotaciones codificadas: nombres sustituidos por iniciales, transacciones con fechas e importes, pero sin especificar el concepto. Eve reconoció el patrón gracias a su formación en delitos financieros: un clásico libro negro que registraba sobornos, pagos y operaciones de chantaje.

Y allí, en la última página, una lista de seis nombres con anotaciones de «limpieza» y sustanciosos pagos al lado de cada uno: Reginald Sinclaire, Nathaniel Peterson, Richard Davenport, Arthur Pembroke, Sebastian Harrington y Jonathan Brooks. Los cuatro primeros tenían una marca de verificación al lado, como si se tratara de transacciones completadas. Harmon había estado documentando las actividades de la red, tal vez como seguro o para presionar a sus cómplices.

Mientras Eve fotografiaba la última página, su teléfono vibró con un mensaje urgente de Bennett: *Martinez vuelve a la comisaría. Llegada en 5 min. Sal de ahí ya.*

Eve devolvió rápidamente la caja de pruebas a su estado original y la precintó. Se la entregó a la técnica con un cortés agradecimiento y luego se abrió paso por los pasillos, calculando su

salida para que coincidiera con un cambio de turno que le proporcionara la máxima cobertura.

Cuando llegó a la puerta, sonó su teléfono de trabajo: sin duda, era Martinez, que ya habría descubierto el engaño. Eve lo silenció sin contestar y salió al sol de la tarde.

Las pruebas que había reunido confirmaban todo lo que Reagan había afirmado sobre la Red Fénix. La corrupción llegaba a las más altas esferas del poder de Phoenix Ridge, con el marido de la comisaria Brooks en el centro de todo.

Ahora Eve necesitaba advertir a Reagan antes de que ejecutara a Arthur Pembroke. Pero primero, tenía que eludir la inevitable persecución de Martinez y la caza a nivel de todo el departamento que se desataría en cuanto Brooks se diera cuenta de lo que Eve había descubierto.

Pero primero, tenía que eludir la inevitable persecución de Martinez y la caza a nivel de todo el departamento que se desataría en cuanto Brooks se diera cuenta de lo que Eve había descubierto.



Mientras se alejaba de la comisaría, Eve no apartó la vista del retrovisor. No había nadie siguiéndola de inmediato, pero Martinez no tardaría en aparecer en cuanto descubriera las pruebas a las que Eve había accedido.

La ciudad se extendía a su alrededor; el tráfico de la tarde le proporcionaba tanto cobertura como obstáculos. Eve tomó tres desvíos innecesarios, una ruta que delataría cualquier seguimiento y que a la vez parecería aleatoria a un observador casual. Cuando estuvo segura de que no la seguían, se dirigió al noroeste, hacia los acantilados, un lugar importante no solo por sus ventajas tácticas, sino por la claridad que siempre le había aportado en los momentos de crisis.

Abandonó el coche del departamento en un aparcamiento para turistas y recorrió a pie el último kilómetro para asegurarse de llegar sola. El sendero ascendía serpenteando entre matorrales de pino y

rocas desgastadas por el tiempo; la exigencia física de la subida se correspondía con su lucha interna: ascendente, difícil, necesaria.

El sol colgaba bajo en el horizonte occidental cuando Eve alcanzó la cima. El sudor se le enfrió sobre la piel con la brisa del atardecer que barría el mirador del acantilado.

Desde su posición en el mirador del acantilado, Eve podía ver toda la ciudad extendiéndose ante ella: el puerto con su bosque de mástiles de veleros, las relucientes torres del centro y el lejano faro que había guiado a los barcos a buen puerto durante más de un siglo.

Aquel lugar siempre le había aportado claridad en los momentos de crisis. Esa noche, necesitaba esa claridad más que nunca.

El peso de su placa presionaba contra su cadera, un recordatorio constante del juramento que había prestado y de la institución a la que había servido durante veinte años. Una institución que ahora se revelaba corrupta en sus más altas esferas, protegiendo a los depredadores en lugar de a las víctimas.

Eve se quitó la placa, sintiendo sus contornos familiares en la palma de la mano. El metal reflejó la luz del sol, destellando con una brillantez que parecía reñida con la oscuridad que ahora representaba.

Le vibró el teléfono; otra llamada de Martinez, la séptima en la última hora. Eve había abandonado su dispositivo oficial en un taxi que se dirigía al aeropuerto, una maniobra de distracción que le haría ganar tiempo, pero no mucho. Pronto, Brooks iniciaría los protocolos oficiales para una agente desaparecida y desplegaría recursos que harían casi imposible moverse por la ciudad.

Eve tenía quizá dos horas antes de que eso ocurriera. Dos horas para decidir qué camino tomar.

El teléfono seguro contenía todo lo que había reunido: fotografías del libro de contabilidad de Harmon, las pruebas forenses de Ingrid, las conexiones financieras de Foster. Suficiente para destapar la Red Fénix, pero solo si se utilizaba correctamente.

Eve pensó en las palabras de Reagan durante su enfrentamiento: «El sistema protege a hombres como ellos. No a quienes hieren». En su momento, las había despachado como la justificación de una

justiciera. Ahora, con Brooks ocultando pruebas activamente y Martinez dándole caza, aquellas palabras tenían el peso de la verdad.

El sol descendió aún más, y las sombras se alargaron por la ciudad como los dedos de la noche que se aproximaba. En algún lugar de Phoenix Ridge, Reagan se preparaba para ejecutar a Arthur Pembroke, continuando con su misión de justicia empapada en sangre.

El teléfono seguro vibró con un mensaje de texto entrante: *Registros financieros confirmados. J. Brooks coordinó la retirada de pruebas en los cuatro casos de las víctimas del justiciero. Conexiones documentadas con el senador Fairchild. Necesito punto de extracción. Estoy comprometida en la oficina. -F*

Foster había encontrado las conexiones, pero a un alto precio: su tapadera había saltado por los aires y ahora ella también necesitaba desaparecer. El círculo de aliados de confianza se reducía por momentos.

Eve tomó una decisión. Marcó un número en el teléfono seguro; no el de Reagan, sino uno conectado a su red clandestina.

—Necesito contactar con S —dijo Eve cuando respondieron a la llamada—. Dígale que la capitana necesita reunirse antes de la operación de esta noche.

—¿Frase de verificación? —respondió la voz anónima.

—El sistema falló. Nosotras no —replicó Eve, citando la tarjeta de visita del justiciero.

Una pausa. —Punta del Faro. Una hora. Venga sola.

La llamada terminó bruscamente. Eve volvió a colocarse la placa en el cinturón, no como un símbolo de la institución a la que había servido, sino como una herramienta que usaría para enmendar sus errores.

Mientras el crepúsculo se cernía sobre Phoenix Ridge, Eve descendió de los acantilados. La decisión estaba tomada. Ahora vendrían las consecuencias.

8

REAGAN

La nave industrial abandonada en el antiguo distrito industrial de Phoenix Ridge había sido arrasada por un incendio hacía una década, y su esqueleto carbonizado había quedado a merced de la oxidación bajo el sol del desierto y las tormentas costeras. Para la élite de la ciudad, el edificio no era más que un adefesio a la espera de ser demolido. Para Reagan Shaw, representaba un santuario; uno de los muchos espacios invisibles que su red había reclamado de los rincones olvidados de Phoenix Ridge.

Reagan se movió en silencio por la cavernosa planta principal. El exterior del edificio se mantenía deliberadamente decrépito: las ventanas rotas sin reparar, los grafitis fomentados, la valla metálica estratégicamente dañada para sugerir la presencia de okupas en lugar de una organización. Pero bajo aquella fachada de abandono cuidadosamente mantenida se ocultaba algo completamente distinto.

Apoyó la palma de la mano en un panel de metal oxidado que no parecía diferente a los incontables que cubrían las paredes de la nave. Un escáner oculto le leyó las huellas dactilares y el panel se deslizó a un lado para revelar un montacargas.

Mientras el ascensor descendía, Reagan comprobó las armas que llevaba pegadas al cuerpo: la nueve milímetros en la cadera, el cuchillo en el tobillo, el alambre de garrote oculto en la correa del reloj. Viejas costumbres de los años que pasó siendo la presa en lugar de la depredadora.

Las puertas se abrieron al búnker que servía como centro neurálgico de su operación: paredes blancas e impolutas, tecnología de última generación y el silencioso zumbido de los sistemas informáticos que procesaban datos de los puntos de vigilancia de toda la ciudad. El cableado eléctrico estaba conectado a la red municipal a través de vías imposibles de rastrear incluso para el departamento de servicios públicos de Phoenix Ridge.

Cuatro mujeres esperaban alrededor de una mesa de planificación central y sus rostros se volvieron hacia Reagan cuando entró. No eran justicieras ni mercenarias; eran profesionales que se habían encontrado con que el sistema jugaba en su contra y habían elegido otro camino.

—Llegas tarde —observó Mira Branford, con un tono neutro pero con una mirada oscura y penetrante tras sus gafas rectangulares. A sus cuarenta y siete años, la exfiscal había sido la estrella en alza de la Fiscalía del distrito antes de que su carrera se truncara misteriosamente tras encargarse de un caso de agresión sexual contra Sebastian Harrington diez años atrás.

—Complicaciones —respondió Reagan, sin más—. Martinez ha doblado la vigilancia sobre Eve.

—La capitana Morgan está oficialmente de baja administrativa desde esta mañana —informó Sophia Gresham, girando la pantalla de su portátil para mostrar el boletín interno de la policía—. La comisaria Brooks ha citado «infracciones de procedimiento» y «conducta indecorosa». La verdadera razón es que se está acercando demasiado.

Reagan asimiló esta información con aparente calma, aunque bajo su exterior sereno, la preocupación por Eve se intensificó. La baja administrativa significaba que Eve había perdido su protección, su autoridad y su acceso a los recursos del departamento.

Significaba que Eve era vulnerable.

—¿Cuál es nuestro plazo para Fairchild? —preguntó Reagan, reconduciendo la conversación hacia la misión.

—Cuarenta y ocho horas como máximo —respondió Elena Vasquez, la experta en vigilancia de la red. Su pierna derecha protésica —un recuerdo del servicio militar— apenas se notaba bajo unos pantalones de sastre—. Su equipo médico ha adelantado su traslado a la Clínica Mayo. El diagnóstico terminal ha avanzado más rápido de lo previsto.

Reagan asintió y se acercó a la mesa central, donde un mapa tridimensional del Phoenix Ridge Grand Hotel flotaba como una proyección holográfica.

—Entonces, lo aceleramos.

—La gala de mañana por la noche sigue siendo nuestra ventana de oportunidad óptima —dijo Mira, manipulando el holograma para resaltar las medidas de seguridad—. Todos los miembros de la red asistirán a la cena de recaudación de fondos del senador Fairchild.

La doctora Leila Morrison dio un paso al frente. En su día fue la neurocirujana más joven del Hospital General de Phoenix Ridge, hasta que denunció a Sebastian Harrington por agredir a una paciente inconsciente.

—Tenemos testimonios de siete mujeres —informó Leila con precisión clínica—. Tres fueron víctimas de trata a través de los contactos diplomáticos de Fairchild. Cuatro eran empleadas de su campaña que fueron drogadas en eventos privados.

Colocó una memoria USB sobre la mesa.

—Sus declaraciones tienen sello de tiempo, están compulsadas por canales extraoficiales y corroboradas con documentación médica.

Sophia abrió un maletín metálico, revelando una memoria idéntica a las que Reagan había dejado en las escenas anteriores.

—Transferencias financieras que conectan a Fairchild con los cuatro objetivos anteriores. Registros de pagos a Brooks por «seguridad especializada». Todo autentificado y listo para su distribución.

—Lo de mañana por la noche no es solo por Fairchild —dijo Reagan, su voz suavizándose ligeramente—. Es el final de la partida.

Cuando expongamos su conexión con Brooks, toda la red se derrumbará.

La expresión de Mira se endureció. —¿Y la capitana Morgan? Su investigación es paralela a la nuestra ahora.

—Persigue la misma verdad que nosotras —respondió Reagan, eligiendo las palabras con cuidado—. Desde otra perspectiva.

—Es policía —afirmó Elena sin más.

—Es más que eso —replicó Reagan—. Está reuniendo pruebas contra Brooks por las vías oficiales.

—¿Y si intenta deteneros? —insistió Mira.

Reagan apretó la mandíbula, de forma casi imperceptible. —No lo hará.

—No puedes saberlo —dijo Sophia con suavidad—. Hizo un juramento.

—Nosotras también —respondió Reagan, con la voz cargada de una serena intensidad—. Distintas palabras, mismo propósito. Justicia para aquellos a los que el sistema les ha fallado.

La pregunta subyacente quedó en el aire: ¿elegiría Reagan su misión o a Eve si se viera obligada a decidir?

Mientras ultimaban los detalles del plan, Reagan sintió el peso de lo inevitable posarse sobre sus hombros. Después de la noche siguiente, nada volvería a ser igual: ni para Phoenix Ridge, ni para la red, ni para ella. La pregunta que había atormentado a Reagan en cada ejecución calculada ahora exigía una respuesta: ¿qué venía después de la justicia?

Nunca se había permitido contemplar un futuro más allá de la misión. Pero ahora, con Eve de vuelta en su vida y la operación a punto de concluir, los susurros de esa posibilidad habían empezado a penetrar su blindada determinación.



El crepúsculo se cernía sobre Phoenix Ridge mientras Reagan se posicionaba en la azotea del Bayside Professional Building, con una línea de visión perfecta hacia el Phoenix Ridge Grand Hotel. Montó

su equipo de vigilancia metódicamente: micrófono direccional, dispositivo de imagen térmica y un dron compacto no más grande que la palma de su mano.

El viento otoñal traía la sal del puerto cercano mientras Reagan calibraba cada dispositivo. Abajo, la ciudad latía con la actividad del atardecer: restaurantes que se llenaban de comensales, teatros que abrían sus puertas, la vida normal que continuaba, ajena a la maquinaria de la justicia que se estaba ensamblando en las alturas.

A través de sus potentes prismáticos, distinguió una figura familiar que cruzaba el vestíbulo del hotel: Eve, vestida de paisano. Incluso a esa distancia, Reagan reconoció su paso decidido y la sutil manera en que la mirada de Eve recorría cada estancia al entrar, catalogando salidas y posibles amenazas.

—Siempre fuiste la mejor alumna en tácticas de aproximación —murmuró Reagan al viento.

Su auricular crepitó con la voz de Sophia. —El servicio de limpieza confirma que la suite de Fairchild ha sido preparada según sus requisitos específicos.

—¿Posicionamiento del personal? —preguntó Reagan, sin dejar de vigilar tanto el hotel como los movimientos de Eve.

—Elena ha conseguido un puesto en el equipo del catering. Leila asistirá como invitada. Mira tiene credenciales de prensa.

—¿Y los protocolos de seguridad?

—Ahí es donde tenemos un problema —respondió Sophia—. Han añadido un segundo control para la zona VIP. Escaneo biométrico, no solo credenciales.

—¿Una incorporación reciente?

—En las últimas veinticuatro horas. La comisaria Brooks lo solicitó personalmente.

La implicación era clara. Brooks sospechaba algo. O la investigación de Eve había activado precauciones adicionales, o estaban siendo más cuidadosos después de que cuatro hombres vinculados entre sí hubieran sido ejecutados en otras tantas semanas.

Reagan ajustó su equipo para enfocar el centro de seguridad del hotel. —Necesitamos los planos del nuevo sistema. Y los códigos de

acceso para los escáneres biométricos.

—Ya estoy en ello —confirmó Sophia. Reagan volvió a centrar su atención en Eve, que se había desplazado a la entreplanta. Por un momento, sus líneas de visión se cruzaron y Eve miró hacia los edificios vecinos como si sintiera que la observaban. Reagan permaneció perfectamente inmóvil, aunque la lógica dictaba que era imposible que Eve la viera a esa distancia. Sin embargo, algo en la postura de Eve sugería que era consciente de ello.

Siempre habían tenido esa conexión, una inexplicable percepción de la presencia de la otra. En sus días como compañeras, eso las había convertido en el equipo más eficaz del Departamento de Policía de Phoenix Ridge. Ahora, suponía una variable peligrosa en una operación ya de por sí compleja.

Reagan observó cómo Eve se acercaba con naturalidad a un miembro del personal, entablando una conversación trivial mientras desviaba sutilmente su atención del pasillo de servicio. Una técnica de distracción perfecta para que alguien se colara sin ser visto.

Instantes después, la detective Caroline Foster salió brevemente del pasillo de servicio, cruzó la mirada con Eve antes de desaparecer entre la multitud. Eve tenía aliados en el departamento, agentes dispuestos a arriesgar sus carreras para buscar la verdad junto a su capitana.

El teléfono de seguridad de Reagan vibró con un mensaje de Elena: *La capitana Morgan ha entrado en la sala de seguridad hace 10 min. Ha colocado algo. No he podido ver el qué.*

Por un instante fugaz, Reagan se permitió imaginar lo que podría haber sido si no hubiera desaparecido diez años atrás, si hubieran llevado esta investigación juntas desde el principio.

La fantasía se disolvió rápidamente. Ese camino nunca había sido posible; no con Brooks y su red controlando el sistema, no con la disposición de estos a eliminar a cualquiera que amenazara su operación.

—Todos los puntos documentados —informó Reagan, desmontando su equipo—. Me retiro a la posición secundaria.

Mañana por la noche, el senador Landon Fairchild se enfrentaría a la justicia. La Red Fénix comenzaría su colapso final. Y en algún

punto de ese caos cuidadosamente orquestado, Eve Morgan estaría persiguiendo el mismo objetivo.



Los pasillos de servicio del Grand Hotel de Phoenix Ridge formaban un laberinto. Reagan se movía por estas arterias; su uniforme de mantenimiento y sus credenciales le otorgaban invisibilidad entre los trabajadores del hotel.

Su objetivo era el centro de seguridad principal en el entresuelo, donde necesitaba colocar un interruptor de transmisión que crearía un punto ciego de tres minutos durante la operación de la noche siguiente.

Reagan giró una esquina y se quedó helada.

A unos seis metros, la detective Andrea Martinez estaba con el jefe de seguridad del hotel, examinando los turnos del personal. Brooks no se andaba con chiquitas y había desplegado a su agente más leal para supervisar la seguridad personalmente.

Reagan retrocedió en silencio. El centro de seguridad solo tenía dos puntos de acceso: este pasillo y la entrada principal de la oficina de seguridad desde el vestíbulo. Ambos estaban ahora comprometidos por la presencia de Martinez.

Su auricular vibró: *Presencia policial adicional detectada. Barrido de seguridad estándar iniciado.*

La operación se estaba deteriorando a pasos agigantados. Reagan se agazapó en un almacén de ropa de cama mientras pasaban unos agentes, un equipo de barrido estándar que comprobaba las zonas de servicio en busca de accesos no autorizados.

El teléfono de seguridad de Reagan vibró una vez: la señal de Elena de que la entrada de la cocina seguía despejada. Se dirigió en esa dirección, manteniendo un ritmo normal, con las herramientas y el dispositivo ocultos en su carro de mantenimiento.

Al doblar la esquina hacia la cocina, Martinez apareció en el otro extremo del pasillo, recorriendo el espacio con una atención

depredadora. Sus miradas se cruzaron brevemente antes de que Reagan se escondiera en un hueco.

Martinez la había visto; no con la claridad suficiente para reconocerla, pero sí para registrar su presencia en una zona restringida.

—Barrido de seguridad en curso. Todo el personal debe regresar a sus áreas designadas —anunció una voz por el interfono de servicio.

Reagan abandonó el carro de mantenimiento y se adentró en las zonas de servicio, deshaciéndose de la chaqueta y la gorra de mantenimiento. Debajo llevaba un uniforme del servicio de catering del hotel, una identidad secundaria que podría proporcionarle una cobertura temporal.

—Sospechosa, uniforme de mantenimiento, pelo rubio. Posiblemente armada. Aseguren todas las salidas —indicó la voz de Martinez a sus espaldas.

Reagan salió a un pasillo más concurrido donde el personal se apresuraba con los preparativos para un evento nocturno. Igualó su paso apurado, camuflándose en el caos controlado mientras se dirigía hacia las puertas batientes de la cocina que daban al vestíbulo principal.

Al abrirse paso, el espacioso vestíbulo de mármol se extendió ante ella y, allí, junto al mostrador de la conserjería, estaba Eve. Sus miradas se cruzaron a través del espacio, un instante de reconocimiento perfecto a pesar de la distancia y del disfraz parcial de Reagan.

Sin romper el contacto visual, Eve retrocedió con naturalidad, bloqueando la vista que la cámara de seguridad del vestíbulo tenía de la entrada de servicio. Luego, con deliberada precisión, se acercó a Martínez mientras esta entraba en el vestíbulo por otro pasillo.

Protegiendo a Reagan.

Eve no solo estaba investigando en paralelo a la operación de Reagan; estaba interfiriendo activamente en las medidas de seguridad de Martínez, proporcionando cobertura para la huida de Reagan.

Reagan cruzó el vestíbulo hacia la salida este, manteniendo un paso tranquilo. Cuando se acercaba a la salida, la voz de Martínez se alzó. —Capitana Morgan, está usted de baja administrativa. Su presencia aquí interfiere con una operación de seguridad en curso.

—Y la suya excede los protocolos estándar del departamento para un evento privado, detective —replicó Eve, con un tono profesional pero inflexible.

Su enfrentamiento creó la tapadera perfecta para la salida de Reagan. Mientras atravesaba la puerta giratoria, Reagan vio por última vez a Eve y a Martínez: rivales profesionales enfrascadas en una lucha de poder que enmascaraba un conflicto más profundo.

Eve lo sabía. Entendía lo que Reagan estaba planeando y había intervenido deliberadamente para protegerla.

Reagan siguió su ruta de escape planificada, se cambió de aspecto en el probador de unos grandes almacenes y huyó en la moto que Elena le había dejado. Solo cuando llegó al piso franco, Reagan se permitió procesar lo que había ocurrido. Eve la había reconocido al instante y había decidido interferir en la persecución de Martínez.

Fueran cuales fuesen sus motivos, la intervención de Eve había alterado la dinámica entre ellas. Sus caminos separados hacia la justicia ya no eran meramente paralelos; se habían cruzado, y Eve había tomado una decisión activa que la situaba en oposición a su propio departamento.



El piso franco daba al puerto de Phoenix Ridge desde la segunda planta de una lonja abandonada, y ofrecía vistas despejadas al agua y múltiples rutas de escape.

Reagan recalibró el interruptor de transmisión que no había logrado colocar antes. Ahora el dispositivo necesitaría una inserción directa en el panel de seguridad privado de Fairchild: más peligroso, pero la única opción tras la interferencia de Martínez.

Su teléfono seguro vibró con el mensaje de Sophia: *Seguridad duplicada. Martínez ha apostado agentes en todos los puntos de acceso. Elena, comprometida.*

Reagan se acercó a la ventana. La luz de la luna plateaba las aguas del puerto, resaltando el lejano faro donde ella y Eve habían estado una vez, planeando un futuro que ninguna de las dos había imaginado que se fracturaría.

El recuerdo afloró: Eve a su lado, hablando de un caso que involucraba a un empresario adinerado que había eludido los cargos.

—El sistema no es perfecto —había reconocido Eve—, pero es el marco que tenemos. Trabajamos dentro de él, lo mejoramos, pero no lo abandonamos.

—Y mientras esperamos a que mejore, más víctimas sufren. Más depredadores quedan libres.

—Hay una diferencia entre justicia y venganza —había replicado Eve—. La venganza satisface algo personal, pero rompe aún más el sistema. La justicia repara.

Aquellas palabras resonaban a través de los años. ¿Qué estaba impartiendo con cada ejecución? ¿Justicia o venganza? La línea se había desdibujado hacía mucho tiempo.

Reagan abrió un cajón que contenía papel de carta de color crema y empezó a escribir:

Eve:

Si estás leyendo esto, he fracasado. Pero ellos no han ganado.

Bajo las tablas del suelo del faro donde una vez me preguntaste por el «para siempre» —el lugar donde vimos amanecer el día de tu cumpleaños—, encontrarás la llave de una caja de seguridad. Abre una cámara acorazada en Zúrich que contiene todo lo necesario para hacer caer a todos los implicados, incluidos nombres que todavía no conoces. Gente más importante que Brooks, con conexiones federales.

Las mujeres con las que he estado trabajando solo conocen partes. Eres la única en quien he confiado para contarlo todo.

La noche que me dispararon, vi algo que no debía ver: a Fairchild con una asesora del Congreso desaparecida. Su caso estuvo en las

noticias durante semanas y luego se esfumó. Ella no. Lo mismo les pasó a otras seis. Tengo pruebas de dónde están enterradas.

Cuando me dijiste una vez que hay una línea que separa la justicia de la venganza, tenías razón. La crucé hace años para que tú no tuvieras que hacerlo.

No se me escapa la ironía: confiar en el sistema que abandoné para que termine lo que empecé. Pero confío en ti, Eve. Siempre lo he hecho.

Al anillo que nunca llegaste a ofrecerme, habría dicho que sí.

Termina con esto. Y luego vive la vida que yo no pude darte.

-R

Metió la carta en un sobre dirigido simplemente a la «Capitana E. Morgan» y lo guardó en un maletín impermeable para documentos junto a varias memorias USB.

Sonó su teléfono seguro: era el tono de Mira. —Martinez ha ampliado el perímetro de seguridad. Los agentes del PRPD están haciendo comprobaciones puerta por puerta en la zona.

—Soy yo —confirmó Reagan, mientras recogía ya el equipo esencial—. ¿Novedades sobre Fairchild?

—Llegó hace treinta minutos. La suite está asegurada y revisada.

—Mantén el plan original.

—Reagan —hizo una pausa Mira—. ¿Qué pasará cuando Fairchild y todos los demás queden expuestos y tú completes tu lista?

La pregunta quedó flotando entre ellas. ¿Qué vendría después de la misión? ¿Después de la justicia? Nunca se había permitido contemplar un futuro más allá de su lista.

—Una operación cada vez —respondió ella automáticamente.

Pero, al colgar, Reagan descubrió que era incapaz de desechar la pregunta. Durante una década, no había sido más que un fantasma. La misión lo había sido todo.

Ahora, con el final a la vista, el vacío que se abría más allá se antojaba inmenso e incierto.

Unos suaves golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos: tres toques, una pausa, dos toques. La señal de la red. Reagan desenfundó el arma y se acercó con pasos silenciosos. A través de la mirilla, vio a Monica Rivington y abrió la puerta.

—Ha insistido —dijo Monica, abriendo la puerta—. No aceptaba un no por respuesta.

Eve apareció en el umbral, con una expresión indescifrable.

Reagan bajó el arma lentamente. —¿Cómo me has encontrado?

—He seguido tu red —respondió Eve, entrando—. No es difícil cuando sabes qué buscar.

Monica las miró alternativamente. —Vigilaré abajo. Diez minutos, capitana Morgan. Luego tiene que irse. Martinez tiene patrullas peinando el distrito.

Cuando la puerta se cerró, el silencio se extendió entre ellas.

—No deberías estar aquí —dijo Reagan finalmente.

—Ni tú tampoco. —Eve se acercó a la ventana, colocándose de forma que pudiera ver los vehículos que se acercaban sin que se viera su silueta—. Brooks está preparando una trampa para la recaudación de fondos de mañana por la noche. Martinez tiene órdenes de detener a cualquier sospechoso con extrema contundencia.

—Me estás avisando.

—Estoy exponiendo los hechos. —Eve se apartó de la ventana—. Piensas ejecutar a Fairchild mañana por la noche.

No era una pregunta. Reagan no se molestó en negarlo. —Se está muriendo de todos modos. Diagnóstico terminal, le quedan semanas de vida. Esta es la última oportunidad para que sus víctimas vean que se hace justicia.

—¿Y después de él? —preguntó Eve.

—Jonathan Brooks.

La mandíbula de Eve se tensó. —El marido de Brooks. La conexión contra la que he estado reuniendo pruebas por los cauces oficiales.

—El hombre que ordenó mi ejecución hace diez años —añadió Reagan en voz baja—. El que ordenaría la tuya si supiera lo cerca que estás.

Eve se acercó.

—Hay otra manera. Entre las dos tenemos pruebas suficientes para destapar toda la red. Podríamos llevárselas a las autoridades federales, saltarnos a Brooks por completo.

—¿Y cuántas víctimas más mientras esperamos a la burocracia? —la desafió Reagan.

—No puedes seguir ejecutándolos —replicó Eve—. Tarde o temprano...

—Me atraparán —terminó Reagan—. O me matarán. He aceptado esa posibilidad desde el principio.

Algo brilló en los ojos de Eve: dolor, quizá, o el eco de la pena que había arrastrado durante diez años.

—No pienso aceptarlo —dijo Eve, sin más.

El móvil de Eve vibró.

—Martinez está a dos manzanas.

—Tienes que irte —la apremió Reagan—. Si te encuentran aquí...

—Mi carrera ya está acabada —respondió Eve con una calma inesperada—. He tomado una decisión.

—¿Qué decisión?

—La de destapar la Red Fénix, con o sin el apoyo del departamento. La de terminar lo que empezamos hace diez años, juntas esta vez.

La advertencia de Monica llegó a través del auricular de Reagan: *Vehículos del PRPD aproximándose por el este.*

—Tienes que irte ya, Eve.

Eve asintió, pero vaciló en la puerta.

—Mañana por la noche. ¿Cuál es tu plan de extracción para después de lo de Fairchild?

—Muelle norte. Un barco esperando a medianoche.

—Allí estaré —prometió Eve—. Con pruebas contra Brooks. Acabaremos con esto juntas.

—¿Juntas?

—Juntas —confirmó Eve. Alargó la mano y sus dedos rozaron brevemente los de Reagan antes de retirarse.

Mientras Eve desaparecía por el pasillo, Reagan sintió que algo cambiaba en su interior, los primeros atisbos de una posibilidad más allá de la venganza, más allá de la misión que la había consumido durante diez años.

Se guardó en el bolsillo la carta para Eve, de repente decidida a que nunca tuviera que ser entregada. La noche de mañana se

desarrollaría según lo previsto, pero con una diferencia fundamental: ya no ejecutaría esta operación sola.

Reagan se movió con rapidez, metiendo en la maleta solo lo esencial antes de activar el protocolo de purga del piso franco. Tenía doce minutos antes de que llegara el equipo de Martinez.

Mientras se deslizaba hacia la noche a través de un conducto de mantenimiento olvidado del edificio, Reagan recalculó la operación de mañana con esta nueva variable. Eve estaría allí, en el muelle norte, con pruebas, con ayuda, con la posibilidad de algo más allá de la justicia.

Por primera vez en diez años, Reagan Shaw no solo pensaba en la culminación de su misión.

Pensaba en lo que podría venir después.

9

EVE

El salón de baile del Phoenix Ridge Grand Hotel rezumaba riqueza y poder. Las lámparas de araña de cristal proyectaban una luz prismática sobre los suelos de mármol, y su suave resplandor se reflejaba en las copas de champán y en los gemelos de diseño mientras la élite de Phoenix Ridge circulaba en coreografiadas exhibiciones de influencia. A través de los ventanales que iban del suelo al techo, el océano se extendía bajo una tormenta que se avecinaba, con las crestas de las olas visibles incluso desde el decimocuarto piso.

Eve se abrió paso entre la multitud con soltura. Su vestido de noche azul marino le ofrecía elegancia y una ventaja táctica a la vez: la tela era lo bastante holgada como para ocultar el arma reglamentaria que llevaba sujeta al muslo. Llevaba el pelo perfectamente recogido y lucía unos pendientes de diamantes.

Esa noche no era la capitana Morgan. No oficialmente. La excedencia administrativa le había despojado de su autoridad, pero no de su propósito.

Cada pocos minutos, la mirada de Eve se desviaba hacia el senador Landon Fairchild, que acaparaba la atención cerca del escenario, imponente con su esmoquin hecho a medida y su pelo

plateado. Un cáncer de hígado terminal le había hundido las mejillas y amarilleado la tez, aunque un maquillaje cuidado casi lo ocultaba. Su pronóstico público seguía siendo optimista —seis meses, según los periódicos—, pero Eve había visto su historial médico. Semanas, no meses. La de esa noche sería una de sus últimas apariciones públicas.

—Capitana Morgan. —La alcaldesa Amelia McAllister se materializó junto a Eve, resplandeciente con un vestido de seda esmeralda que realzaba más sus ambiciones políticas que su figura —. Me ha sorprendido ver su nombre en la lista de invitados, teniendo en cuenta su... situación administrativa.

Eve tomó un sorbo de champán. —Estas entradas se compraron antes de que empezara mi excedencia. La obra benéfica del senador Fairchild es admirable.

La sonrisa de McAllister permaneció inalterable, aunque su mirada se endureció. —La comisaria Brooks ha mencionado que su investigación ha tomado algunos derroteros poco habituales. Que ha accedido a archivos restringidos y ha retomado casos de hace una década. —Bajó la voz—. Jonathan ha expresado su preocupación por la atención que les está prestando a sus socios comerciales.

La amenaza subyacía bajo las educadas palabras.

—Mi investigación sigue las pruebas, alcaldesa. Allá donde lleven.

La estudiada compostura de McAllister flaqueó momentáneamente. —Hay caminos que es mejor no explorar, capitana. Por el bien de todos. —Le tocó el brazo a Eve con sus dedos de manicura perfecta—. Brooks valora su historial de servicio. Podría arreglarse un traslado lateral a la División Portuaria. Jefa de la Patrulla Portuaria. Un nuevo comienzo, lejos de... investigaciones controvertidas.

Un soborno envuelto en un ascenso profesional. Eve mantuvo su expresión afable mientras el asco se le revolvía en el estómago.

—Agradezco su preocupación por mi carrera profesional.

—Piénselo detenidamente. —McAllister se alejó, riéndose al instante de algo que un donante le susurró al oído.

Eve recorrió el salón con la mirada, catalogando posiciones. La detective Martinez estaba junto a la entrada principal, y su vestido

de cóctel no lograba disimular su postura vigilante. Dos agentes uniformados flanqueaban la entrada de servicio, y personal de seguridad de paisano circulaba con dispositivos de comunicación visibles en los oídos.

La comisaria Hannah Brooks hablaba con su marido cerca del escenario. Jonathan Brooks —pelo canoso y aspecto distinguido, la viva imagen de la respetabilidad a pesar de haber coordinado la manipulación de pruebas, la intimidación de testigos y el intento de asesinato de Reagan una década atrás.

Un camarero pasó con champán recién servido. Eve cambió su copa llena por otra que no se bebería, aprovechando el movimiento para observar la sala desde un ángulo diferente. La detective Foster se había infiltrado con éxito en el equipo de seguridad; su puesto en la estación de vigilancia le daba acceso al sistema de cámaras del hotel. Todo estaba en su sitio.

Fue entonces cuando Eve lo sintió: un cosquilleo en la nuca, una sensación que había experimentado innumerables veces durante los años en que fue compañera de Reagan. No era algo visual ni auditivo, sino algo más primario. Reagan estaba allí, en algún lugar de aquel espacio, invisible pero presente.

La sensación no era de miedo ni de aprensión, sino de reconocimiento. Después de una década separadas, su conexión permanecía, una frecuencia silenciosa que solo ellas compartían.

Un movimiento cerca de la entrada de servicio captó la atención de Eve. Una empleada del catering con el pelo rojizo recogido en un moño apretado: Elena Vasquez. La prótesis apenas se notaba bajo los pantalones del uniforme. Otro miembro de la red de Reagan, posicionada según el plan.

A través de las paredes de cristal, un relámpago centelleó sobre el océano; la tormenta que se aproximaba estaba en perfecta sintonía con lo que se desarrollaría dentro de aquellas paredes. Unos segundos más tarde retumbó un trueno, que más que oírse se sintió a través del grueso cristal y las suaves melodías de la orquesta de cámara.

El senador Fairchild se dirigió al atril mientras la coordinadora del evento indicaba el comienzo del programa. Política y filantropía,

indistinguibles en este entorno; ambas, representaciones diseñadas para ocultar verdades más oscuras.

—Señoras y señores —anunció la coordinadora—, reciban con un aplauso a nuestro anfitrión para el acto benéfico de esta noche, el senador Landon Fairchild.

Una oleada de aplausos recorrió el salón de baile. Eve se colocó cerca de un pasillo de servicio, con el camino hacia la operación de Reagan ya despejado. Las pruebas se mostrarían en todas las pantallas en unos veinte minutos, según el plan que habían coordinado a toda prisa.

Eve miró su reloj y luego a Martinez, que escrutaba a la multitud con intensidad profesional. Brooks le susurró algo a su marido, posando una mano protectora en su brazo.

A través de los ventanales, un relámpago volvió a iluminar el agitado océano, ahora más cerca. La tormenta estaba a punto de caer sobre ellos; tanto la de la naturaleza como la de Reagan.

Justicia para las víctimas. Desenmascarar a los corruptos. Y en algún lugar de este edificio, Reagan Shaw se preparaba para ofrecer ambas cosas.

Eve se dirigió hacia el pasillo de servicio. Era la hora.

Eve se deslizó por el pasillo de servicio, dejando atrás los sonidos de la gala. Se movía con determinación; su vestido de noche desentonaba con el telón de fondo utilitario de tuberías vistas y luces de emergencia. Las cámaras de seguridad vigilaban el pasillo, pero Foster había dispuesto un bucle de tres minutos, tiempo suficiente para que Eve llegara al montacargas sin ser detectada.

Pulsó el botón de llamada, sintiendo cómo la tensión se le acumulaba entre los omóplatos. Lo que estaba en juego había escalado más allá del riesgo profesional hasta un territorio que podía acabar en la cárcel, o algo peor. Sin embargo, dar marcha atrás había dejado de ser una opción en el momento en que vio las pruebas de Reagan contra Brooks y su red.

El montacargas llegó con un suave tintineo. Eve entró y pasó la tarjeta de acceso que Foster le había proporcionado. El panel parpadeó en verde, concediéndole acceso a la decimoctava planta restringida, donde los sistemas mecánicos y los almacenes del hotel

ocupaban la mitad del espacio y el resto lo componían habitaciones sin uso.

Mientras las puertas se cerraban, Eve se quitó los tacones; el suelo de mármol estaba frío bajo sus pies descalzos. Ahora el silencio importaba más que la apariencia.

La decimoctava planta se abría a una oscuridad rota únicamente por las señales de salida de emergencia, que proyectaban sombras de un rojo sangriento por los pasillos vacíos. Eve siguió el camino que había memorizado de los planos robados por Foster, contando puertas, alerta ante cualquier señal de personal de seguridad.

La habitación 1823 —un almacén reconvertido, según los registros del hotel— tenía una cerradura electrónica que debería haber requerido credenciales del personal. En cambio, la puerta estaba ligeramente entornada, una invitación deliberada.

Eve apoyó la espalda contra la pared junto a la puerta y desenfundó su arma con suave precisión. Escuchó a ver si había movimiento dentro, calculando variables, evaluando amenazas. Luego, empujó la puerta y entró con un movimiento fluido, apuntando con el arma.

—Me preguntaba cuándo llegarías. —La voz de Reagan surgió de las sombras cercanas a las ventanas exteriores de la habitación, con su silueta recortada contra un relámpago que fracturaba el cielo en plena tormenta.

Eve bajó el arma, pero no la guardó en la funda. —Vas muy justa de tiempo.

Reagan estaba rodeada de aparatos electrónicos que transformaban el almacén en un centro de mando. Varias pantallas mostraban las señales de las cámaras de seguridad de todo el hotel, mientras que un monitor central enseñaba al senador Fairchild acercándose al atril. Un amasijo de cables serpenteaba por el suelo, conectado a la infraestructura de comunicaciones del hotel.

—Ajustes necesarios después de que Martinez aumentara la seguridad —respondió Reagan, con la atención dividida entre Eve y un dispositivo que estaba configurando—. Tu equipo ha estado bajo vigilancia desde esta mañana. Martinez ha colocado agentes de paisano en todos los puntos de acceso.

Eve se acercó para examinar el equipo. —No solo vas a destapar los crímenes de Fairchild. Piensas ejecutarlo.

Las manos de Reagan se detuvieron un instante. —Ya se está muriendo, Eve.

—Esa no es una decisión que te corresponda tomar.

—No —Reagan por fin levantó la vista, con una expresión endurecida por años de justicia en solitario—. Es la decisión de sus víctimas. Yo solo soy el instrumento.

Eve enfundó su arma. —Hay otra manera.

—Ya hemos tenido esta conversación.

—Y las circunstancias han cambiado —dijo Eve, señalando el equipo—. Estas pruebas (las víctimas de la trata, los sobornos, las conexiones con Brooks) son suficientes para destruirlos públicamente. Su poder emana de su reputación y su influencia. Si los exponemos, están acabados.

—Hasta que sus contactos vuelvan a taparlo todo —replicó Reagan—. Con el siguiente ciclo de noticias, la siguiente crisis política, la siguiente distracción. El sistema los protege.

—Esta vez no. —Eve sacó una pequeña memoria de su bolso de mano—. Esto contiene todo lo que he reunido: registros financieros, declaraciones de testigos, conexiones con las cuatro víctimas anteriores. Ya he enviado copias a las autoridades federales que están fuera de la influencia de Brooks. Esta noche no se trata solo de Fairchild. Se trata de toda la red.

Reagan la estudió con la mirada; el cálculo era visible en el sutil cambio de su expresión.

—¿Y Brooks?

—Si su marido cae, ella caerá con él. —Eve se acercó, bajando la voz—. Pero se enfrentarán a la justicia a través de la exposición mediática y el enjuiciamiento, no de la ejecución.

Algo brilló en el rostro de Reagan: consideración, tal vez incluso alivio. Durante diez años, había llevado esa carga sola, impartiendo justicia con sangre porque no había visto otra alternativa.

—Las pruebas se reproducirán en siete minutos —dijo Reagan al final, señalando las pantallas—. En todas las pantallas del salón de

baile, en todos los teléfonos, en todos los ordenadores del edificio. Los crímenes de Fairchild expuestos durante su propio discurso.

Eve asintió. —He colocado a Foster en posición para asegurar que no puedan interrumpirlo.

—¿Y después?

—Extracción en el muelle norte, como estaba planeado. —Eve le sostuvo la mirada; un entendimiento tácito pasó entre ellas—. Pero no tienes que matarlo. Las pruebas lo destruirán de forma más completa de lo que una bala jamás podría.

Un relámpago brilló de nuevo, seguido casi de inmediato por un trueno. Reagan se volvió hacia su equipo para hacer los últimos ajustes. Su silencio no era un acuerdo, pero tampoco una negativa.

El auricular de Eve vibró con la señal de Foster: Martinez en movimiento, registrando los pisos superiores con un equipo de seguridad.

—Tenemos un problema —dijo Eve—. Martinez está registrando las zonas restringidas. Llegará a esta posición en tres minutos.

Reagan no levantó la vista. —Las pruebas necesitan cinco minutos para subirse por completo.

—Te haré ganar tiempo. —Eve se dirigió hacia la puerta, deteniéndose antes de abrirla—. Reagan.

—Lo sé. —La voz de Reagan se suavizó brevemente—. Ten cuidado.

Eve se deslizó en el pasillo, ideando ya una distracción. Cerró la puerta tras de sí y se apresuró hacia las escaleras de servicio, sus pies descalzos silenciosos contra los escalones de hormigón mientras descendía hacia la planta principal.

Su auricular se activó de nuevo: —Capitana, Martinez ha mandado a seguridad al piso dieciocho. Esquina noroeste.

Eve pulsó la alarma de emergencia cerca del rellano del piso dieciséis. De inmediato, las sirenas resonaron por todo el hueco de la escalera, y los protocolos automáticos dirigirían a seguridad a investigar la alarma en lugar de continuar con su barrido.

Salió en el piso quince y cogió un ascensor de servicio de vuelta al salón de baile principal. Al salir, vio a la comisaria Brooks hablando

con urgencia por su comunicador, respondiendo claramente a la alerta de seguridad.

Dentro, Fairchild había comenzado su discurso; su voz se extendía por la multitud reunida con una autoridad natural mientras hablaba de iniciativas benéficas que enmascaraban sus operaciones de trata.

Eve se colocó en su puesto cerca de los ventanales del este, su mirada alternando entre el senador, las pantallas situadas por todo el salón de baile y el equipo de seguridad que se reagrupaba cerca de la entrada principal.

La confirmación de Foster llegó a través de su auricular: —Subida de pruebas completada. Sesenta segundos para la emisión.

Eve dio un golpecito en su auricular: acuse de recibo.

Al otro lado de la sala, Martinez volvió a entrar, escrutando a la multitud con renovada intensidad. Su mirada se posó en Eve, la sospecha evidente incluso a esa distancia.

La tormenta del exterior se intensificó, la lluvia azotaba ahora las ventanas mientras los truenos hacían temblar los cimientos del edificio; la naturaleza ofrecía el telón de fondo perfecto para el caos que estaba a punto de desatarse.

Eve respiró hondo, preparándose para lo que venía a continuación.

La verdad estaba a punto de hacer añicos aquella fachada de poder y respetabilidad tan cuidadosamente construida. Lo único que podía hacer ahora era asegurarse de que Reagan escapara de las consecuencias y, tal vez, poner fin de una vez por todas a la misión de una década que las había consumido a ambas.

—Phoenix Ridge siempre ha valorado la protección de los más vulnerables —declaró Fairchild desde el atril, con la cadencia ensayada de un político de carrera—. Las generosas contribuciones de esta noche garantizarán que nuestras fundaciones sigan apoyando a mujeres y niños de todo…

Las pantallas que flanqueaban el escenario parpadearon y se quedaron en negro.

Eve se tensó y su mano se deslizó hacia el arma que llevaba oculta mientras escrutaba la sala. La comisaria Brooks se enderezó,

llevándose la mano al auricular. Martinez se dirigió hacia el puesto de seguridad, hablando con urgencia por su comunicador.

Durante tres agónicos latidos, el silencio se apoderó de la sala.

Entonces, las pantallas volvieron a la vida, pero no con las imágenes de la campaña de Fairchild, sino con documentación: registros financieros, grabaciones de seguridad con fecha y hora, y testimonios jurados. Apareció el rostro de una joven, con la mirada atormentada, mientras hablaba directamente a la cámara.

—Me llamo Tessa Hollingsworth. Fui víctima de trata a través de los contactos diplomáticos del senador Fairchild en 2017. Esta es mi historia.

La voz de la mujer resonó gracias a la perfecta acústica del salón de baile, acallando toda conversación mientras su testimonio describía con detalles claros e implacables cómo Fairchild había facilitado su secuestro, transporte y repetidos abusos.

Una oleada de jadeos recorrió la multitud. Los teléfonos de todo el salón se iluminaron simultáneamente: todos los dispositivos recibían la misma emisión, gracias a la pericia técnica de Reagan, que se aseguró de que nadie pudiera apartar la vista.

Eve vio cómo el rostro de Fairchild perdía el color a medida que sus crímenes se materializaban en todas las pantallas. Sus manos se aferraron al atril, con los nudillos blancos, mientras la cuidada fachada de filantropía se desmoronaba bajo el peso de pruebas irrefutables.

Las pantallas cambiaron a registros financieros: cientos de miles fluyendo entre Fairchild, Brooks y sus víctimas a través de empresas fantasma y cuentas en el extranjero. Cada transacción estaba meticulosamente documentada, fechada y verificada.

—¡Cortad la emisión! —ordenó la comisaria Brooks, su voz elevándose por encima de los crecientes murmullos—. ¡Equipo de seguridad, aislad la fuente de la transmisión!

Pero ya no había forma de detener lo que Reagan había puesto en marcha. Las pantallas volvieron a cambiar, esta vez mostrando a Jonathan Brooks en reuniones con el juez Harmon, con Richard Davenport, con cada uno de los hombres que Reagan había

ejecutado. La red criminal, visualizada con las pruebas que el departamento había ocultado durante más de una década.

El salón de baile se sumió en el caos: los donantes se apartaban de Fairchild como si su mera proximidad pudiera contaminarlos, los periodistas que habían venido a cubrir un evento benéfico de repente documentaban algo mucho más noticiable, el personal de seguridad se movía ineficazmente entre comunicadores y paneles de control que ya no respondían a sus órdenes.

La mirada de Eve se posó en la alcaldesa McAllister, que tenía el rostro paralizado, sopesando el escándalo frente a la relación y formulando ya declaraciones para distanciarse.

La comisaria Brooks se abrió paso entre la multitud hacia su marido, que permanecía pálido e inmóvil ante la evidencia de sus crímenes. Sus miradas se cruzaron a través de la sala, un instante de terrible reconocimiento entre ellos. Jonathan Brooks se volvió hacia la salida más cercana, con el instinto de supervivencia por encima de la lealtad.

—¡Agente caído! ¡Planta dieciocho! —la voz de Martinez retumbó en el auricular de Eve—. ¡La sospechosa huye por el pasillo de servicio noreste!

Reagan.

Eve se movió de inmediato, abandonando su puesto de observación. Se abrió paso entre la desorientada multitud; sus pies, cubiertos solo por las medias, le permitieron moverse con rapidez y en silencio mientras el caos le proporcionaba la tapadera perfecta.

En la pantalla, una segunda víctima testificaba sobre la implicación de Fairchild en su trata; su voz era firme a pesar de describir horrores que sumían a la élite reunida en un silencio incómodo.

Un guardia de seguridad bloqueaba la entrada de servicio, pero Eve le enseñó su placa con tal autoridad que él se apartó antes de recordar que ella estaba de permiso administrativo. Se coló en el pasillo, oyendo de inmediato las pisadas y las órdenes a gritos de una persecución en curso.

Eve subió las escaleras de servicio de dos en dos, ascendiendo hacia el tumulto. A través del auricular, oyó a Martinez coordinar:

«Todos los accesos están asegurados. El objetivo se mueve hacia la escalera oeste. Armada y considerada extremadamente peligrosa».

En el rellano del decimoctavo piso, Eve encontró lo que Martinez había comunicado: un agente de seguridad en el suelo, vivo pero incapacitado con la precisión que caracterizaba el método no letal de Reagan. Lo había neutralizado, no matado; otra señal del cambio que Eve había percibido en su conversación anterior. Reagan solo mataba a los hombres que se lo merecían, eso estaba claro.

Eve siguió el sonido de la persecución hacia el pasillo oeste, calculando rutas de intercepción. Si Reagan se dirigía hacia abajo, saldría cerca de los muelles de carga, con acceso a la zona del puerto, su punto de extracción previsto.

Al doblar la esquina, Eve vislumbró un movimiento: Reagan se colaba por unas puertas de salida de emergencia, con Martinez y dos agentes pisándole los talones. Eve cambió de dirección y tomó una ruta alternativa que la interceptaría en el nivel de servicio.

La intensidad de la tormenta penetraba en la sólida infraestructura del hotel y los truenos resonaban a través de los muros de hormigón mientras Eve descendía. Su auricular crepitó de nuevo con la voz de Martinez: «Objetivo localizado saliendo por la zona de carga oeste. Todas las unidades, converjan».

Eve irrumpió por las puertas del nivel de servicio bajo una lluvia torrencial; la tormenta había llegado con una sincronización apocalíptica. Un relámpago rasgó el cielo, iluminando la zona de carga donde los agentes convergían con las armas desenfundadas.

Y allí, una sombra que se desprendía de la oscuridad, moviéndose con la fluidez que Eve reconoció al instante. Reagan, dirigiéndose hacia el puerto, mientras la emisión de las pruebas continuaba dentro del hotel a sus espaldas, y la justicia se abría paso a su paso.

Eve tomó una decisión. Activó su auricular:

—Foster, ejecute el protocolo de contingencia. Asegúrese de la completa distribución de las pruebas.

—Ya está hecho, capitana —respondió Foster—. Todo el material ha sido transmitido a los contactos federales y a los principales medios de comunicación. Ya no pueden ocultarlo.

La misión estaba cumplida y las pruebas, expuestas. La Red Fénix se derrumbaba ahora bajo el peso de sus propios crímenes documentados.

Ahora Eve tenía que asegurarse de que Reagan escapara.

Avanzó bajo la lluvia hacia el puerto, siguiendo el camino que Reagan había tomado, mientras los relámpagos fracturaban el cielo sobre Phoenix Ridge y los truenos hacían temblar el suelo bajo sus pies.

La tormenta transformó el puerto de Phoenix Ridge en una pesadilla tempestuosa. La lluvia caía de costado, y cada gota picaba como un diminuto proyectil contra la piel expuesta de Eve. Su vestido de noche se le pegaba al cuerpo, empapado y pesado, la delicada tela nunca diseñada para una persecución. Los relámpagos trazaban caminos dentados a través del cielo negro, convirtiendo momentáneamente el mundo a un crudo blanco y negro: el muelle de madera, las olas embravecidas y la silueta de Reagan Shaw moviéndose hacia el embarcadero norte.

Eve la siguió, sacrificando el sigilo por la velocidad. El muelle crujió bajo sus pies descalzos, con los tablones desgastados resbaladizos por la lluvia y las salpicaduras del mar. El viento aullaba por el puerto, trayendo consigo fragmentos de las sirenas de emergencia del hotel que habían dejado atrás. Una vista paradisiaca para los turistas de día, un laberinto traicionero ahora.

—¡Reagan! —La voz de Eve competía con un trueno que parecía emanar del propio océano.

Reagan se giró, reconociéndola de inmediato incluso a través de las cortinas de lluvia. Había abandonado su disfraz y su equipo táctico era visible bajo un uniforme de mantenimiento desabrochado. Su pelo rubio le azotaba la cara, y tenía los ojos entornados contra la furia de la tormenta.

—No deberías estar aquí —respondió Reagan a gritos, su voz audible a pesar de la tempestad que las rodeaba—. Martinez tendrá a sus agentes convergiendo en esta posición en cuestión de minutos.

Eve acortó la distancia entre ellas, con cuidado de no resbalar sobre la madera con los pies descalzos.

—Se acabó. Ya no se pueden ocultar las pruebas. Foster se ha asegurado de ello.

Un relámpago se ramificó sobre sus cabezas, seguido instantáneamente por un trueno. El océano se embravecía alrededor de los pilares del muelle, el agua negra se acercaba a ellas con avidez.

Reagan estudió a Eve, con la lluvia cayéndole a raudales por el rostro. Por un instante, la máscara de justiciera se desvaneció, revelando a la mujer que había debajo: exhausta, aliviada, insegura de lo que vendría después de una década con un único propósito.

—¿Y Fairchild? —preguntó Reagan, con la voz desprovista de emoción por culpa de la lluvia.

—Su reputación está destruida. Las pruebas del tráfico, las conexiones financieras... se está emitiendo en todas las pantallas del hotel, en todos los teléfonos, en todos los ordenadores. —Eve se acercó más—. Has elegido las pruebas en lugar de la ejecución.

Algo cambió en la expresión de Reagan. —Porque tenías razón. La muerte habría sido piadosa en comparación con lo que les espera ahora.

Eve alargó la mano y sus dedos encontraron la muñeca de Reagan, sintiendo el pulso acelerado bajo su piel fría. —Tenemos que salir de este muelle. Martinez está rastreando mis comunicaciones.

—Tengo una barca en el extremo norte. A tres minutos de esta posición.

Un relámpago transformó el puerto de nuevo, y en aquel destello blanco plateado, Eve vio unas figuras que entraban en el muelle detrás de ellas. Era Martinez, acompañada de agentes uniformados, con las armas desenfundadas y avanzando con cautela a través de la tormenta.

—Nos han localizado —advirtió Eve, desenfundando su arma reglamentaria mientras se retiraban hacia el extremo norte del muelle.

Reagan cambió de posición de inmediato, sin perder la concentración a pesar del caos que las rodeaba. —¿Cuántos?

—Martinez y al menos tres agentes. —Eve buscó un lugar donde cubrirse, pero solo encontró tablones al descubierto y algún que otro cobertizo de almacenamiento—. Deben de haber rastreado mi comunicación con Foster.

—En este muelle no hay dónde cubrirse —evaluó Reagan, con la voz tranquila a pesar del empeoramiento de la situación—. Tenemos que llegar al punto de extracción.

Se movieron en un tándem coordinado, la memoria muscular de sus años como compañeras resurgiendo al instante. Eve cubría su retirada mientras Reagan las guiaba hacia el muelle norte, ambas mujeres avanzando por el resbaladizo embarcadero azotado por la tormenta.

—No se suponía que estuvieran aquí —dijo Eve mientras se agazapaban tras un pequeño cobertizo de herramientas—. La revelación de las pruebas debería haber ocupado todos los recursos de seguridad.

—Martinez no está siguiendo los protocolos estándar. —Reagan comprobó su arma, con movimientos precisos a pesar de tener las manos empapadas por la lluvia—. Actúa bajo órdenes directas de Brooks.

Un relámpago volvió a surcar el cielo, seguido de un trueno tan cercano que hizo vibrar los tablones de madera bajo sus pies. La tormenta se había centrado directamente sobre el puerto de Phoenix Ridge.

—¡Capitana Morgan! —La voz de Martinez se oyó a través del aguacero, profesional pero con un matiz que rozaba la desesperación—. ¡Alto! ¡Está interfiriendo en la detención de una sospechosa de asesinato!

Eve cruzó una mirada con Reagan, y una comunicación silenciosa fluyó entre ellas. Durante sus años de servicio juntas habían ensayado innumerables escenarios tácticos —entradas en edificios, situaciones con rehenes, enfrentamientos armados—, pero nunca este: antiguas compañeras en lados opuestos de la justicia, una cazando y la otra protegiendo.

—No sabe que eres tú —se dio cuenta Eve de repente—. Cree que estoy ayudando a una justiciera desconocida.

Reagan asintió, con el agua cayéndole a chorros del pelo. —Usa eso. Siembra la duda. Gánanos tiempo.

Eve se asomó parcialmente, con el arma visible pero sin apuntar directamente a Martinez. —¡Esto no es lo que cree, inspectora! He descubierto pruebas de corrupción en el departamento. La comisaria Brooks y su marido están implicados.

Martinez avanzó con cautela, flanqueada por los agentes que se posicionaban a lo ancho del muelle. —Esa prueba se obtuvo de forma ilegal. ¡Deponga su arma, capitana!

—Las pruebas ya están en manos de las autoridades federales —replicó Eve, mientras la tormenta acentuaba sus palabras con otra explosión atronadora—. Todo ha salido a la luz: ¡Fairchild, Brooks, la red entera!

Martinez vaciló, y la incertidumbre titiló en su rostro a pesar de que la lluvia le desdibujaba las facciones. —¡Tenemos órdenes de detener a la justiciera responsable de cuatro asesinatos!

—¿Y qué me dice de los crímenes que cometieron esos hombres? —la desafió Eve—. ¿De las mujeres con las que traficaron? ¿De las pruebas que destruyeron? ¿De las vidas que arruinaron?

Un relámpago transformó la escena una vez más, revelando la expresión de conflicto de Martinez. La momentánea distracción le dio a Reagan la oportunidad que necesitaba. Le hizo una seña a Eve, señalando hacia una pequeña barca ahora visible en el extremo norte del muelle, con el motor al ralentí bajo la cacofonía de la tormenta.

—Cúbreme —articuló Reagan en silencio.

Eve cambió de posición, creando una obstrucción visual mientras Reagan comenzaba a moverse hacia el punto de extracción.

—El departamento está comprometido —continuó Eve, manteniendo la atención de Martinez—. Brooks lleva años protegiendo la red de su marido. Las pruebas son irrefutables.

—Capitana Morgan, independientemente de las otras acusaciones, tengo el deber de detener a una sospechosa de asesinato —replicó Martinez, aunque su avance se había ralentizado —. Por favor, apártese.

Reagan casi había llegado a la lancha cuando un agente novato advirtió su movimiento. —¡Detective! ¡Movimiento en el extremo norte!

La atención de Martinez se centró de golpe en la posición de Reagan. —¡Alto ahí! ¡Policía de Phoenix Ridge!

El muelle se sumió en el caos mientras los agentes se movían para interceptarla. Eve aprovechó su distracción momentánea para cambiar de posición, situándose entre Reagan y los agentes que se acercaban. La lluvia arreciaba con renovada intensidad y la visibilidad quedaba reducida a apenas unos metros entre relámpagos.

—¡Eve, vete! —gritó Reagan, que ya estaba junto a la lancha, pero reacia a marcharse sin ella—. ¡Aún hay tiempo!

Eve retrocedió, manteniéndose a cubierto mientras acortaba la distancia con Reagan. Martinez y sus agentes avanzaban con cautela, desplegándose en formación estándar a pesar de las condiciones meteorológicas.

—Capitana Morgan, esta es su última advertencia —gritó Martinez por encima del aguacero—. ¡Ríndase o *abrimos* fuego!

Un rayo cayó sobre un poste de amarre cercano, y la explosión de energía y sonido desorientó momentáneamente a todos los que estaban en el muelle. En ese instante eléctrico, Eve tomó una decisión. Se giró, preparándose para reunirse con Reagan en el punto de extracción, para dejar atrás el departamento que había protegido la corrupción mientras castigaba a quienes intentaban sacarla a la luz.

Al girarse, un chasquido seco rasgó el aire, distinto al de un trueno, inconfundible para cualquier agente.

Un disparo.

El entrenamiento táctico de Eve registró los detalles con una claridad fragmentada: el fogonazo del arma de un agente novato, la trayectoria de la bala, el espacio que ella ocupaba directamente en su camino.

Entonces, un movimiento a su lado: Reagan apareció como si se hubiera materializado de la propia tormenta, su cuerpo interceptando el espacio entre Eve y el proyectil que se aproximaba.

Una decisión tomada en menos de un latido. Un sacrificio.

Eve observó con un horror a cámara lenta cómo el impacto lanzaba a Reagan hacia atrás, su cuerpo arqueándose por la fuerza de la entrada de la bala. Por un instante suspendido, Reagan permaneció en pie, sus miradas se encontraron a través del espacio empapado por la lluvia; en su gesto había conmoción, dolor y algo parecido a la aceptación.

Entonces cayó.

No sobre los tablones de madera del muelle, sino hacia atrás, por el borde y hacia las turbulentas aguas del puerto.

—¡REAGAN! —El grito de Eve se desgarró en su garganta, crudo y primario, mientras un relámpago iluminaba una vez más el lugar donde Reagan había estado momentos antes.

Solo quedaba el aire vacío, la lluvia cayendo a través de la nada y la oscura superficie del océano tragándose cualquier rastro de su presencia.

Sin dudarlo, Eve se zambulló en el agua helada.

El océano se cerró a su alrededor con una frialdad violenta que le robó el aliento y conmocionó su organismo. El agua salada le inundó la boca mientras forzaba los ojos para abrirlos contra el escozor, buscando cualquier señal de Reagan en la oscuridad agitada. El elegante vestido de noche se transformó en una prisión de plomo que la arrastraba hacia las negras aguas, solo interrumpidas por los relámpagos intermitentes en lo alto.

Eve se impulsó más profundo, con los pulmones ya ardiendo y los brazos barriendo las corrientes turbulentas. Las gotas de lluvia marcaban la superficie del agua sobre ella, creando un techo caótico a través del cual apenas penetraban los gritos lejanos. Las órdenes de Martinez y las respuestas de los agentes, todo carecía de sentido ante el único pensamiento que consumía la mente de Eve: encontrar a Reagan.

Un relámpago fracturó el cielo, penetrando momentáneamente en las profundidades y sin revelar nada más que agua revuelta y sedimento en suspensión. La violencia de la tormenta había transformado el puerto en una pesadilla opaca, donde la visibilidad se reducía a centímetros cuando necesitaba metros.

Sus pulmones gritaban pidiendo oxígeno, los músculos ya debilitados por el frío y el esfuerzo, pero Eve se sumergió aún más, negándose a salir a la superficie sin Reagan. La había perdido una vez; no volvería a perderla. No así. No cuando por fin habían encontrado un camino juntas.

Un destello de movimiento captó su atención: más oscuro que el agua circundante, hundiéndose rápidamente. Eve pataleó hacia él, luchando contra las corrientes que parecían decididas a separarlas. Sus dedos rozaron tela y luego se cerraron alrededor de un brazo. Reagan, inconsciente, con la sangre enturbiando el agua a su alrededor.

Eve rodeó el pecho de Reagan con el brazo y pataleó hacia lo que esperaba que fuera la superficie. La desorientación la amenazaba mientras su cerebro, privado de oxígeno, luchaba por mantener el rumbo. ¿Cuál era el camino hacia arriba? El peso del equipo táctico de Reagan y su propio vestido empapado las arrastraba a ambas hacia el fondo, un descenso inexorable contra el que Eve luchaba con fuerzas menguantes.

Su visión se redujo a un túnel, con la oscuridad invadiendo desde los bordes. Faltaba aire. Faltaba tiempo.

Entonces algo sólido la golpeó: el soporte de un muelle, cubierto de percebes y áspero contra su piel. Eve lo usó para orientarse y siguió su línea vertical hacia arriba, arrastrando el cuerpo inerte de Reagan a su lado. La superficie parecía imposiblemente lejana, sus músculos le fallaban y los pulmones le ardían más allá de lo soportable.

Justo cuando la oscuridad amenazaba con engullirla por completo, Eve rompió la superficie y salió al aire, tomando bocanadas de aire entrecortadas y desesperadas. La cabeza de Reagan se mecía sobre su hombro, sin reaccionar.

—¡Socorro! —la voz de Eve salió más débil de lo que pretendía, apenas audible por encima de la furia de la tormenta—. ¡Agente herida! ¡Socorro!

Un relámpago reveló su posición: a seis metros del borde del muelle, con las olas amenazando con empujarlas bajo la estructura, donde la marea creciente las aplastaría contra los soportes. Eve

luchaba por mantenerlas a flote a ambas, mientras el peso muerto de Reagan amenazaba con hundirlas con cada ola.

—¡Allí! —gritó una voz desde arriba. Era Martinez, que dirigía los haces de las linternas hacia su posición.

—¡Le han disparado! —gritó Eve hacia arriba, esforzándose por mantener la cara de Reagan fuera del agua—. ¡Agente herida!

Era imposible saber si Martinez había reconocido a Reagan, pero la prioridad de recuperar a agentes heridos se anteponía a cualquier otra consideración. Varias cuerdas descendieron desde el muelle mientras los agentes se preparaban para el rescate acuático a pesar de las peligrosas condiciones.

Eve aseguró la cuerda de rescate alrededor del cuerpo inerte de Reagan, manteniéndola sujeta con dificultad mientras los agentes empezaban a tirar desde arriba. La sangre se mezclaba con la lluvia y el agua de mar, y era imposible determinar la cantidad, pero la bala había impactado en la parte alta del pecho de Reagan: demasiado cerca de los órganos vitales, una pérdida de sangre excesiva agravada por la inmersión.

Las fuerzas de Eve flaquearon mientras los agentes subían a Reagan. Sus dedos, entumecidos por el frío y resbaladizos por la sangre, perdieron el agarre. Una ola las separó por completo, empujando a Eve debajo del muelle mientras Reagan ascendía hacia los agentes que esperaban arriba.

La fuerte corriente arrastró a Eve aún más bajo la estructura, en una oscuridad ahora absoluta, y su cuerpo golpeó una de las vigas de soporte con una fuerza brutal. Luchó contra el tirón del agua, desorientada y agotada, y cada movimiento disminuía a medida que la hipotermia empezaba a anular su pensamiento racional.

Un haz de luz penetró en la oscuridad. Una cuerda cayó al agua cerca de ella. Unas voces la llamaban por su nombre; ya no era solo Martinez, sino que otros se habían unido al esfuerzo de rescate.

Eve intentó coger la cuerda con los dedos torpes, y apenas logró asegurársela alrededor de la muñeca antes de que las fuerzas la abandonaran por completo. Sintió que la subían a través de la oscuridad y luego unas manos rudas la levantaron y la depositaron sobre las tablas de madera del muelle.

—¡Capitana Morgan! —el rostro de Martinez apareció sobre ella —. ¡No se duerma!

Eve luchó por articular palabras entre el castañeteo de sus dientes y su cognición mermada por la falta de oxígeno. —R-Reagan... ¿dónde...?

—Los servicios de emergencia médica están aquí. Ambas necesitan tratamiento inmediato.

Eve se obligó a concentrarse, a sobreponerse al shock que amenazaba con arrebatarle la consciencia. Vio a los paramédicos trabajando frenéticamente a varios metros de distancia; sus voces eran apremiantes mientras pedían vendas de compresión, reanimación con líquidos y el equipo de desfibrilación.

—¡No tiene pulso! ¡Iniciando compresiones!

Las palabras atravesaron la neblina de Eve como agua helada. Luchó por incorporarse, pero unos agentes intentaron sujetarla por su propia seguridad.

—¡Reagan! —su voz no fue más que un graznido, inadecuado contra la tormenta y la urgencia médica que las rodeaba.

Bajo las cortinas de lluvia, Eve observó a los paramédicos trabajar con una intensidad concentrada. Le habían cortado el equipo táctico a Reagan, dejando al descubierto la herida de entrada justo debajo de su clavícula; la herida de salida le había desgarrado la parte superior de la espalda. La sangre se acumulaba debajo de ella sobre las tablas de madera a pesar de las vendas de compresión; una pérdida de sangre excesiva, agravada por la inmersión.

—Capitana, tiene que dejar que trabajen —dijo Martinez, con su comportamiento profesional momentáneamente suavizado por una preocupación genuina—. Está en estado de shock.

Eve no podía apartar la mirada del rostro de Reagan, pálido bajo los regueros de sangre y agua del puerto, con la mascarilla de oxígeno bien sujeta sobre unos rasgos relajados por la inconsciencia. O la muerte. La posibilidad le desgarró el pecho.

Los movimientos de los sanitarios eran cada vez más urgentes, sus expresiones transmitían lo que su vocabulario profesional intentaba ocultar: la estaban perdiendo.

Eve por fin consiguió ponerse en pie; la mano firme de Martinez en su codo era ahora más un apoyo que una sujeción. Se tambaleó hacia el equipo médico; cada paso le exigía un esfuerzo consciente contra unos músculos que le fallaban por el frío y el agotamiento.

—Capitana, por favor… —empezó Martinez.

—Me ha salvado la vida. Esa bala era para mí.

La comprensión afloró en la expresión de Martinez; no solo el juicio profesional, sino el reconocimiento humano. La justiciera se había interpuesto deliberadamente entre una bala y una agente de policía. Se había sacrificado por Eve.

Los sanitarios seguían trabajando, pero sus movimientos habían adquirido esa cualidad que Eve reconocía de innumerables escenas del crimen: la transición del rescate urgente a la obligación profesional cuando la esperanza disminuía más allá de toda expectativa razonable.

—Tenemos que trasladarla ya o la perderemos del todo —anunció un sanitario, preparando la camilla para el transporte.

Eve dio un paso al frente. —Voy con ella.

—Capitana, usted misma necesita atención médica —objetó Martinez, aunque sin su tono autoritario.

—No irá sola —Eve le sostuvo la mirada a Martinez; la afirmación tenía un peso que iba más allá del protocolo profesional.

Algo en la expresión de Martinez cambió. —Yo me encargo de la escena —dijo finalmente Martinez—. Vaya.

Las puertas de la ambulancia se cerraron con una terrible irrevocabilidad, separando a Eve de los agentes, de la tormenta y del muelle donde Reagan había caído. Dentro, los sanitarios continuaban con sus desesperados esfuerzos; los monitores mostraban unos signos vitales cada vez más débiles y los vendajes empapados de sangre requerían un reemplazo constante.

Eve alargó la mano para coger la de Reagan, fría e inerte entre sus dedos.

—Reagan —susurró, con la voz rota al pronunciar las familiares sílabas—. Quédate conmigo. Por favor.

A través de las ventanillas traseras de la ambulancia, un relámpago cruzó por última vez el horizonte de Phoenix Ridge,

revelando el hotel donde por fin se había hecho justicia, el puerto donde Reagan había caído y la ciudad por la que ambas habían servido y se habían sacrificado de formas tan distintas.

Y entonces, los monitores mostraron una línea recta.

Los sanitarios se movieron con una urgencia redoblada, administrando medicamentos, continuando con las compresiones, trabajando con determinación profesional contra unas probabilidades cada vez más imposibles.

Eve sintió que el mundo se derrumbaba, concentrado en un único punto de claridad devastadora: después de haber encontrado a Reagan de nuevo, después de haber vislumbrado la posibilidad de un futuro juntas, volvía a perderla otra vez.

La ambulancia corría, con las sirenas aullando en la noche, llevándolas a ambas hacia el Hospital General de Phoenix Ridge y a lo que fuera que aguardase más allá de aquella noche de justicia y sacrificio.

Eve apretó con más fuerza la mano de Reagan, negándose a soltarla, incluso mientras los monitores continuaban con su terrible monotonía y Reagan se le escapaba un poco más con cada segundo que pasaba.

—Otra vez no —susurró Eve, unas palabras solo para Reagan—. Así no. No ahora que acabamos de reencontrarnos.

Pero la furia de la tormenta y la persistencia de los monitores sugerían una verdad que Eve no podía soportar aceptar: que la justicia había exigido su último sacrificio, que la bala que Reagan había interceptado podría haber completado con éxito lo que la Red Fénix había intentado una década atrás.

Que Eve podría quedarse una vez más sola, con la justicia impartida como único y frío consuelo por todo lo perdido.

10

REAGAN

Lo primero fue el dolor: agudo, insistente, arrancando a Reagan de la confortable oscuridad que la había envuelto. Luego se filtró el sonido: el pitido rítmico de los monitores, voces susurrantes y el chirrido de unas ruedas sobre el linóleo. Después llegó el olor a antiséptico, que le trajo el reconocimiento incluso antes de que abriera los ojos. Hospital.

Perdía y recuperaba la consciencia, captando fragmentos de jerga médica. «…pérdida de sangre considerable…», «…cirugía exitosa, pero en estado crítico…», «…guardia apostado…». Su entrenamiento se activó a pesar de la neblina que le nublaba la mente: evaluar, analizar, adaptarse.

Reagan se obligó a abrir los ojos, un esfuerzo monumental que solo le proporcionó una vista borrosa de las luces fluorescentes del techo. Notaba el cuerpo imposiblemente pesado, ajeno a sus órdenes. El dolor le irradiaba desde el pecho con cada latido, la trayectoria de una bala marcada con agonía en la carne y el hueso.

El recuerdo resurgió en ráfagas inconexas. La tormenta. El muelle. La silueta de Eve recortada contra un relámpago. El arma del agente al dispararse. La decisión tomada en menos de un latido:

interponerse entre Eve y la trayectoria de la bala. Luego, la oscuridad y el frío mientras el puerto se la tragaba.

Pero no estaba muerta. El dolor lo confirmaba.

Reagan intentó mover la mano, pero encontró resistencia. El tintineo metálico se lo explicó antes de que la vista se le despejara lo suficiente para confirmarlo: unas esposas la sujetaban a la cama del hospital. No era solo una paciente, era una prisionera.

Desde el pasillo, más allá de la puerta entreabierta, llegaban voces.

—Sospechosa justiciera asegurada. Estado crítico pero estable. La comisaria Brooks quiere que se duplique la seguridad hasta que…

—La comisaria Brooks ha sido relevada del servicio en espera de una investigación —la interrumpió otra voz—. El comisario Sutherland se encarga directamente de este caso ahora.

—¿Y la capitana Morgan?

—La están tratando por hipotermia en la cuarta planta. En observación, pero no detenida. Sutherland quiere su declaración en cuanto el médico le dé el alta.

Reagan procesó esta información a través de la neblina de la morfina. Eve estaba viva cuatro plantas más arriba. Separada, pero a salvo. Y Brooks ya había caído; la divulgación de las pruebas en la gala había funcionado, aunque a ella la hubieran capturado.

Conocía los riesgos cuando empezó esta misión diez años atrás y había aceptado la posibilidad de la captura o la muerte como costes inevitables de la justicia. Pero eso fue antes de que Eve reapareciera en su vida.

Las voces en el pasillo continuaron. Ahora, la detective Martinez era visible a través de la puerta mientras la visión de Reagan se aclaraba.

—¿Cuánto falta para que pueda ser trasladada al ala médica del centro de detención? —le preguntó Martinez a un médico que revisaba unos informes.

—Por lo menos cuarenta y ocho horas, posiblemente más —respondió el médico—. Sufrió un traumatismo grave. Herida de bala, pérdida de sangre, hipotermia. Trasladarla prematuramente podría matarla.

—Mató a cuatro personas, doctor. Discúlpeme si su comodidad no es mi prioridad.

—Mi preocupación es la estabilidad médica, no la comodidad, detective.

Reagan cerró los ojos, conservando fuerzas mientras evaluaba su estado. Herida de bala en la parte superior del pecho, intervención quirúrgica evidente por los vendajes y los tubos de drenaje. La pérdida de sangre debió de ser lo bastante significativa como para requerir una transfusión, a juzgar por las bolsas colgadas. Hipotermia tratada, pero con una debilidad persistente en las extremidades. Tiempo estimado de recuperación: considerable. Tiempo estimado antes del traslado a custodia policial: mínimo.

Necesitaba moverse. Ya.

Entró una enfermera, que comprobó las constantes vitales de Reagan y ajustó la medicación con movimientos eficientes. Cuando se inclinó para comprobar la vía intravenosa, susurró tan bajo que Reagan casi no la oyó: «Siete minutos. Código azul. Tercera planta».

Los ojos de la enfermera se encontraron brevemente con los de Reagan; se comunicaron sin palabras. No era personal del hospital. Era de la red. Sophia Gresham, con el pelo cambiado y los rasgos sutilmente alterados con maquillaje, pero inconfundible para Reagan, que había trabajado con ella durante años.

Reagan asintió apenas con la cabeza. Ya había un plan de extracción en marcha.

Analizó su entorno con precisión entrenada a pesar del dolor que le nublaba la concentración. Habitación de hospital estándar, puerta entreabierta, un agente visible en el pasillo. Equipos de monitorización, vías intravenosas, tubos de drenaje; todo la ataba a la cama con la misma eficacia que las esposas.

Sophia se movía por la habitación, haciendo pequeños ajustes en el equipo, dando la apariencia de un cuidado rutinario mientras se preparaba sutilmente para lo que estaba por venir. Aflojaba un cable de monitorización por aquí, preparaba una conexión intravenosa para una desconexión rápida por allá.

—¿Cómo está la capitana Morgan? —consiguió decir Reagan, con la voz apenas un susurro.

Sophia se inclinó hacia ella, revisándole los vendajes mientras respondía. —Hipotermia leve. Está en observación. Ha estado preguntando por ti. —Hizo una pausa—. Ella se puso en contacto con nosotros.

Así que Eve se había puesto en contacto con la red de Reagan. Incluso separadas, incluso después de todo, seguían conectadas.

Martinez entró en la habitación y su presencia impuso una atención inmediata. —¿Algún cambio en su estado?

—Estable por ahora —respondió Sophia con un desapego profesional—. La estamos vigilando de cerca.

Martinez se acercó a la cama, estudiando a Reagan. —Reagan Shaw. Detective condecorada, dada por muerta durante diez años, solo para reaparecer como una justiciera asesina. —Se inclinó más —. Cuatro ejecuciones, Shaw. Eso es cadena perpetua, como mínimo.

Reagan le sostuvo la mirada sin inmutarse, aunque cada inspiración le provocaba nuevas oleadas de dolor en el pecho.

—La red está al descubierto —continuó Martinez—. Brooks está bajo custodia y Fairchild se enfrenta a cargos federales. Sea cual sea la cruzada en la que creía estar, se ha acabado.

—La justicia no es una cruzada —replicó Reagan, y cada palabra le exigía un esfuerzo consciente—. Es una necesidad.

La expresión de Martinez se endureció. —La justicia se imparte en los tribunales. Lo que usted hizo fue un asesinato.

Se desató una conmoción en la distancia: voces altas, pasos apresurados. Entonces, el sistema de megafonía del hospital cobró vida con un crujido. —Código Azul, tercera planta, ala este. Se ruega a todo el personal médico disponible que acuda. Código Azul.

Siete minutos, tal y como lo habían prometido.

El guardia apostado fuera se movió, con la atención momentáneamente desviada hacia el alboroto. Martinez dio un paso atrás, llevándose instintivamente la mano a su arma reglamentaria.

—Quédese con la prisionera —le ordenó al agente—. Voy a ver qué pasa.

Martinez avanzó rápidamente por el pasillo, desapareciendo de la vista. Reagan contaba los latidos de su corazón, midiendo los

segundos a través del dolor. El pasillo frente a su habitación se vació mientras el personal médico respondía a la llamada de emergencia.

Un movimiento cerca de la ventana llamó la atención de Reagan: una sombra que se separaba de la oscuridad. El cristal se deslizó y se abrió en silencio; las medidas de seguridad del hospital habían sido sorteadas con eficiencia profesional. Elena Vasquez se coló en la habitación, vestida con un uniforme quirúrgico.

—Apurando mucho esta vez, Shaw —susurró Elena, sacando un pequeño juego de herramientas del bolsillo—. ¿Puedes moverte?

—Apenas —admitió Reagan—. La bala hizo bien su trabajo.

Sophia fue hacia la puerta, cerrándola parcialmente mientras vigilaba el pasillo. —Dos minutos hasta que se den cuenta de que el código es falso.

Elena se dirigió a la cabecera de la cama con silenciosa precisión, examinando el equipo médico. —Concéntrate en respirar a pesar del dolor. No va a ser agradable.

Con movimientos fluidos, Elena desconectó los cables de monitorización, silenciando inmediatamente las máquinas antes de que pudieran sonar las alarmas. Sacó una llave de esposas —probablemente obtenida a través de los contactos de la red dentro del departamento— y liberó la muñeca de Reagan.

El proceso de desconexión del equipo médico envió nuevas oleadas de agonía por el cuerpo de Reagan. Cada tubo retirado, cada vía intravenosa desconectada, representaba otra pequeña batalla contra las limitaciones de su cuerpo. La retirada del catéter casi le hizo perder el conocimiento, y la oscuridad invadió los bordes de su visión.

—No te vayas —la apremió Sophia, volviendo para sacar una jeringuilla—. Un analgésico. No lo suficiente para dejarte inconsciente, pero sí para mantenerte funcional.

La medicación se extendió por el sistema de Reagan con una velocidad misericordiosa mientras las mujeres la ayudaban a sentarse. Reagan reprimió un grito, saboreando la sangre del labio que se había mordido para mantener el silencio.

—¿Transporte? —se las arregló para preguntar Reagan.

—Montacargas al sótano. Hay un vehículo esperando. Cuatro minutos para el punto de extracción. —Elena sacó una bata quirúrgica para cubrir la ropa de hospital de Reagan—. Mira está creando una segunda distracción en Urgencias. La red está totalmente activada.

Reagan asintió, concentrándose en mantenerse consciente mientras la ayudaban a ponerse de pie. Sus piernas amenazaron con doblársele de inmediato, con las fuerzas mermadas por el trauma y la pérdida de sangre.

—¿Eve? —preguntó Reagan, apoyándose pesadamente en Elena.

—Penny se está encargando de su extracción por separado —explicó Sophia—. Se reunirá con nosotras en el piso franco.

Eve no solo se había alineado con la causa de Reagan; se había coordinado activamente con la red. La excapitana se había comprometido por completo con su alianza, abandonando su placa y el sistema al que había servido durante dos décadas.

Unas voces estallaron en el pasillo: el agente dándose cuenta de que algo iba mal, Martinez regresando a paso rápido.

—Muévete —la apremió Elena, guiando a Reagan hacia la ventana, donde habían colocado una plataforma de mantenimiento en el exterior.

Mientras Sophia creaba una última distracción en el pasillo, Reagan se deslizó por la ventana con la ayuda de Elena; el descenso de la plataforma hacia el transporte que las esperaba comenzó de inmediato. Cada movimiento enviaba una nueva oleada de agonía a través de su cuerpo herido, pero Reagan se concentró más allá del dolor.

Había sobrevivido. Otra vez. Pero la misión seguía incompleta: Brooks había caído, pero había otros en la red cuyos crímenes seguían sin salir a la luz.

—Aguanta conmigo, Shaw —insistió Elena mientras la consciencia de Reagan amenazaba con desvanecerse—. Nos espera una noche muy larga.

Reagan se aferró a la consciencia, al propósito, a la esperanza que la había sostenido durante una década de oscuridad. Se recuperaría. Terminaría de sacar a la luz a cada miembro de la red.

Y en algún lugar entre la justicia y la venganza, entre el pasado y el futuro, ella y Eve volverían a encontrarse.



La furgoneta avanzaba a trompicones por las calles secundarias de Phoenix Ridge, y cada bache enviaba nuevas oleadas de agonía por el cuerpo herido de Reagan. Entraba y salía de la consciencia, con los analgésicos apenas aliviando el dolor mientras Elena conducía por la ciudad a oscuras y Sophia le monitorizaba las constantes vitales.

—La tensión arterial está bajando —informó Sophia—. Tenemos que estabilizarla pronto.

—Tres minutos —respondió Elena, tomando un giro brusco por un callejón estrecho—. Eliza está preparada y esperando.

Reagan forzó la vista para abrir los ojos, luchando por mantenerse consciente.

—¿Eve?

—Penny la está extrayendo ahora —le aseguró Sophia, ajustando el vendaje de compresión improvisado por donde la sangre había empezado a filtrarse—. Vehículo distinto, ruta distinta.

La furgoneta descendió por una rampa hacia un aparcamiento abandonado bajo una fábrica textil clausurada. El muro de hormigón de enfrente se abrió, revelando un pasadizo oculto que se selló tras ellas una vez que hubieron entrado.

—Bienvenida al Santuario —dijo Elena—. La instalación médica central de la red. Fuera del sistema, totalmente equipada.

El túnel se abría a un espacio cavernoso transformado en un sofisticado centro médico. Una iluminación de bajo consumo brillaba sobre un equipamiento impoluto, dispuesto con precisión de hospital.

La doctora Eliza Hammond dirigía al equipo médico que esperaba, con su pelo oscuro recogido en un moño. A sus cincuenta y dos años, la antigua jefa de cirugía traumatológica del Hospital General de Phoenix Ridge se movía con una eficiencia concentrada.

—¿Estado? —exigió Eliza en cuanto se abrieron las puertas traseras.

—Herida de bala en la parte superior derecha del pecho, con orificio de salida en el hombro posterior —informó Sophia mientras trasladaban a Reagan a una camilla que las esperaba—. Cirugía en el HGPR hace aproximadamente nueve horas. Pérdida de sangre considerable. Tensión de setenta-cincuenta y bajando.

Reagan siseó cuando la levantaron; el movimiento encendió un nuevo fuego en su pecho. El mundo se inclinó y se volvió borroso, la oscuridad invadiendo los bordes de su visión.

—Llevadla a Trauma Uno —ordenó Eliza—. ¿Grupo sanguíneo?

—Cero negativo —proporcionó Sophia—. Dos unidades listas.

La llevaron en una camilla a un quirófano donde las potentes luces la cegaron momentáneamente. El equipo médico pitaba y zumbaba mientras el personal la trasladaba a la mesa de operaciones.

—Tengo que revisar la herida —explicó Eliza mientras cortaba los vendajes empapados en sangre—. Es probable que la extracción haya desgarrado los puntos.

La bala le había impactado justo debajo de la clavícula, desgarrando músculo y astillando hueso antes de salir por la parte alta de la espalda. Los cirujanos del hospital habían reparado los daños inmediatos, pero la precipitada huida había comprometido su trabajo.

—Tres puntos desgarrados, se ha reanudado la hemorragia interna —evaluó Eliza—. Tenemos que volver a intervenir.

—¿Local o general? —preguntó una ayudante.

—Su cuerpo ya está traumatizado por una anestesia general. Local con sedación.

Mientras se preparaban, los pensamientos de Reagan se centraron en Eve. ¿Procedía su extracción según lo planeado? ¿Habría descubierto ya Martinez su ausencia?

—La última actualización de Penny la sitúa en camino —le aseguró Sophia—. Tiempo estimado de llegada: veinte minutos.

Un alivio recorrió a Reagan, momentáneamente más fuerte que el dolor. Ambas habían sobrevivido y escapado.

Eliza trabajaba con precisión metódica, reparando los daños mientras explicaba cada paso. —La bala le fracturó el omóplato y le desgarró el músculo subclavio. Tiene suerte de que no alcanzara la arteria subclavia.

—No es suerte —consiguió decir Reagan—. Entrenamiento. Giré mi cuerpo… el ángulo de entrada…

—Se colocó en ángulo intencionadamente para desviar la trayectoria de la bala de los vasos principales. Mientras se interponía en el camino de la bala de otra persona.

Eliza guardó silencio mientras se concentraba en cerrar el vaso sanguíneo reparado y luego continuó: —Cuando empezó a ejecutar a miembros de la Red Fénix, la vigilamos desde la distancia. Cuando volvió a contactar con la capitana Morgan, algunos de nosotros nos preocupamos.

—Demostró su valía —añadió Elena desde donde supervisaba las comunicaciones—. La revelación de las pruebas no habría tenido éxito sin ella.

—Y ahora está tan buscada como tú —concluyó Eliza—. Todas las fuerzas del orden de Phoenix Ridge os estarán buscando a las dos.

La realidad cristalizó con una claridad terrible. Eve no solo había arriesgado su carrera, la había destruido. Había abandonado todo lo que había construido durante veinte años y se había convertido en una fugitiva junto a la justiciera a la que una vez había perseguido.

—Conocíamos los riesgos —dijo Reagan.

—¿Los conocía ella? —la desafió Eliza con delicadeza—. ¿O la arrastró usted a su cruzada sin considerar el coste para su vida?

La pregunta la golpeó, encontrando el espacio vulnerable entre la certeza y los miedos de Reagan. ¿Había sido egoísta al permitir que Eve se uniera a su misión?

Sonaron las alarmas: los tonos de notificación para las llegadas esperadas.

—Es el transporte de Penny —confirmó Elena—. La capitana Morgan está aquí.

—Déjeme terminar de cerrar esta herida y luego la estabilizaremos —dijo Eliza al ver el aumento del ritmo cardíaco de Reagan en los monitores.

Mientras Eliza completaba el procedimiento, Reagan luchaba contra los efectos sedantes de la medicación, decidida a permanecer consciente para la llegada de Eve.

—Están llegando —anunció Elena—. Penny informa de que la capitana Morgan está estable pero agotada. Hipotermia leve resuelta.

Reagan intentó incorporarse, pero Sophia la contuvo con delicadeza. —Todavía no. Te desgarrarás los puntos otra vez.

—Tiene unos diez minutos antes de que necesite descanso absoluto —le aconsejó Eliza, recogiendo su equipo—. No lo malgaste en disculpas o lamentos. Céntrese en los próximos pasos.

El equipo quirúrgico se retiró, dejando a Reagan ligeramente incorporada, con los monitores mostrando sus constantes vitales. La puerta se abrió y allí estaba ella: Eve Morgan, vestida con ropa prestada demasiado grande para su complexión, con el pelo aún húmedo y el agotamiento grabado en cada línea de su rostro.

Detrás de ella estaba Penny Vandermark, una exmédica del ejército que había presentado una denuncia por acoso contra Harrington durante su breve empleo en el hospital general de Phoenix Ridge.

La mirada de Eve encontró a Reagan de inmediato, y la tensión desapareció visiblemente de sus hombros al confirmar que Reagan había sobrevivido. Ninguna de las dos dijo nada mientras Penny se retiraba discretamente, cerrando la puerta.

Por primera vez desde su enfrentamiento en la fábrica abandonada, estaban verdaderamente a solas; fugitivas del sistema que una había abandonado y en el que la otra nunca había confiado, compañeras en una justicia que ambas habían elegido a pesar del precio.

Durante un instante, ninguna de las dos habló. Los únicos sonidos eran el ritmo constante del monitor cardiaco y el suave siseo del oxígeno que fluía por los tubos. El olor a antiséptico flotaba en el aire, mezclándose con el regusto metálico de la sangre y la humedad terrosa de las instalaciones subterráneas.

Eve fue la primera en moverse, cruzando el espacio que las separaba con pasos medidos. Resultaba extraña y familiar a la vez

con ropa prestada, la autoridad de su cargo de capitana, sustituida por una vulnerabilidad que Reagan rara vez había presenciado. Sin su uniforme, sin su placa, Eve parecía más pequeña y, a la vez, más formidable, despojada de todo salvo de su esencia.

—Me han dicho que has entrado en parada —la voz de Eve sonó ronca por la emoción, y sus dedos vacilaron antes de rozarle con suavidad la mano, que estaba posada sobre la mesa de operaciones —. Dos veces.

Reagan consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Hace falta más que una bala y el puerto para acabar conmigo.

—Te pusiste delante de esa bala —dijo Eve, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Era para mí.

Reagan hizo una mueca de dolor al cambiar de postura, pues las suturas recientes le tiraban del tejido dañado.

—Decisión calculada en una fracción de segundo.

—Una mierda —los dedos de Eve se cerraron con más fuerza alrededor de los de Reagan, con cuidado de no mover la vía intravenosa—. No tuviste tiempo de calcular nada. Simplemente… te moviste.

La verdad flotaba entre ellas, tácita pero innegable. Después de una década de aislamiento y de centrarse únicamente en su misión, Reagan había tomado una decisión que priorizaba la vida de Eve sobre la suya propia. No fue estrategia. Ni táctica. Fue algo mucho más fundamental.

—¿Es muy grave? —preguntó Eve, mientras su mirada se desviaba hacia los vendajes nuevos que cubrían el pecho y el hombro de Reagan.

—La bala me destrozó la escápula y desgarró el músculo subclavio. Pero no ha tocado la arteria —la respiración de Reagan seguía siendo superficial, y cada palabra le requería un esfuerzo consciente—. El doctor Hammond ha reparado el daño. Me recuperaré.

—¿Y entonces?

La pregunta tenía un peso que iba más allá del pronóstico médico de Reagan. ¿Qué sería de ellas? La revelación de las pruebas en la gala había tenido éxito: Jonathan Brooks estaba detenido,

Landon Fairchild se enfrentaba a cargos federales y la Red Fénix se desmoronaba bajo el escrutinio público. Pero la misión seguía incompleta.

—Jonathan Brooks no era el único —dijo Reagan—. Hay otros más arriba. Conexiones federales. Gente que protegió la red y se benefició de sus operaciones.

Eve asintió, sin sorprenderse.

—He encontrado transferencias financieras que vinculan a Jonathan Brooks con el senador Barrow y el juez Stroud. La corrupción se extiende más allá de Phoenix Ridge.

—El cuaderno que recuperaste de la caja fuerte del juez Harmon —confirmó Reagan—. Su seguro de vida, que documentaba todas las conexiones.

Un instante de entendimiento mutuo las recorrió: incluso separadas, habían estado siguiendo los mismos hilos y reuniendo piezas complementarias del mismo puzle.

—Martinez nos está buscando a las dos —dijo Eve, acomodándose con cuidado en el borde de la cama de operaciones —. El departamento ha puesto mi cara junto a la tuya en todos los sistemas de alerta de la ciudad. Armadas y peligrosas.

—Vaya cambio de profesión, capitana Morgan —observó Reagan, estudiando las marcas de agotamiento en el rostro de Eve—. ¿Qué se siente al estar en el otro bando?

La mirada de Eve se mantuvo firme.

—Siento que debería haber llegado aquí mucho antes.

La confesión quedó suspendida en el aire entre ellas. No era arrepentimiento por haber abandonado su placa, sino por los años perdidos en caminos separados.

—Encontraste la caja de seguridad —afirmó Reagan en lugar de preguntar.

—La llave bajo las tablas del suelo del faro. Exactamente donde decía tu carta.

Reagan enarcó una ceja.

—Leíste mi carta de contingencia.

—Lo encontré cuando registramos tu piso franco después de la gala. Muy conmovedor —a Eve se le dibujó una sombra de sonrisa

en los labios—. Sobre todo la parte en la que decías que sí al anillo que nunca llegué a ofrecerte.

Un calor que no tenía nada que ver con la fiebre le subió a Reagan por el cuello. —Error táctico. Nunca debería haberlo escrito.

—Uno de tus mejores errores —replicó Eve, mientras su pulgar dibujaba suaves círculos en la palma de la mano de Reagan.

La puerta se abrió, interrumpiendo el momento, cuando la doctora Hammond regresó con Sophia.

—Tus constantes vitales se están estabilizando —señaló Eliza, comprobando los monitores con eficiencia clínica—. Pero necesitas descansar para recuperarte como es debido.

—No tenemos tiempo para recuperarnos como es debido —respondió Reagan—. La revelación de las pruebas en la gala solo ha sido el principio.

—Muerta no le sirves a nadie, Reagan —replicó Eliza—. Y vas directa a ello si no dejas que tu cuerpo se recupere.

Sophia dejó una tableta en la bandeja de la cama. —El senador Barrow ya ha empezado a hacer control de daños, afirmando que no sabía nada de las actividades de Brooks. El juez Stroud ha programado una rueda de prensa para mañana por la mañana.

—Se distancian del barco que se hunde, no me cabe duda —observó Eve—. El protocolo habitual cuando se destapa la corrupción. Sacrificar a los participantes visibles, proteger a los que aún están ocultos.

Sophia asintió. —La red ha recopilado todo lo de la investigación de Reagan. Combinado con lo que recogiste de los archivos del departamento, tenemos suficiente para destapar las conexiones de más alto nivel.

—Pero no desde una cama de hospital —intervino Eliza—. Y no esta noche.

Justo cuando Reagan se preparaba para rebatir, la mano de Eve apretó la suya con suavidad. —Tiene razón. Te necesitamos a pleno rendimiento para lo que viene ahora.

A Reagan no se le escapó el cambio de papeles: Eve abogando por el descanso mientras Reagan presionaba para continuar la

misión. Una década atrás, incluso tres días atrás, sus posturas habrían sido exactamente las opuestas.

—Veinticuatro horas —concedió Reagan finalmente—. Luego iremos a por los objetivos restantes.

Tras revisar los archivos de pruebas y establecer los planes preliminares, Eliza y Sophia se retiraron para permitir a Reagan el descanso necesario. Eve se quedó y acercó una silla a la cama.

—Tú también deberías dormir —señaló Reagan—. Tienes peor cara que yo.

—Tan encantadora como siempre, Shaw —Eve sonrió, y la expresión suavizó sus facciones—. Alguien tiene que asegurarse de que de verdad descansas en lugar de planear tu próximo asalto en solitario contra la corrupción.

—Asalto de dos ahora —la corrigió Reagan—. A menos que te lo estés pensando mejor.

La expresión de Eve se tornó seria. —No. No me lo estoy pensando mejor.

—Lo has dejado todo —dijo Reagan en voz baja—. Tu carrera. Tu reputación. Veinte años de servicio.

—No puedo formar parte de un sistema que protege a depredadores —replicó Eve—. No después de ver las pruebas. No después de entender lo que te hicieron hace diez años.

—Aquí fuera es diferente —le advirtió Reagan—. No hay reglas. No hay refuerzos. No hay camino de vuelta a tu antigua vida.

—Sé exactamente lo que elegí —dijo Eve, con la voz firme por la convicción—. Y a *quién* elegí.

Los monitores delataron la respuesta fisiológica de Reagan a esas palabras: su ritmo cardíaco aumentó ligeramente. Eve se dio cuenta y una pequeña sonrisa jugueteó en las comisuras de sus labios.

—Deberías descansar un poco —repitió Eve, pero no hizo ademán de marcharse.

—Quédate —dijo Reagan, una sola palabra que contenía más vulnerabilidad de la que se había permitido en una década.

Eve asintió y se levantó de la silla para sentarse con cuidado en el borde de la cama. Con movimientos suaves, se estiró junto a Reagan, pendiente de las vías intravenosas y el equipo de

monitorización. La estrecha cama médica no estaba diseñada para dos, lo que las obligaba a yacer muy juntas, con el calor de Eve en marcado contraste con el frío clínico de la sala quirúrgica.

—Esto podría comprometer tu recuperación —murmuró Eve mientras Reagan giraba la cabeza para mirarla, y sus alientos se mezclaban en el mínimo espacio que las separaba.

—Merece la pena arriesgarse —respondió Reagan, con el dolor del pecho compitiendo ahora con una sensación completamente distinta.

La mano de Eve se posó en el rostro de Reagan, y la yema de sus dedos recorrió los contornos que una década había remodelado. —Diez años —susurró—. Diez años creyendo que estabas muerta o que habías abandonado todo lo que habíamos construido.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Aquí estamos las dos —dijo Eve—. Contra todo pronóstico.

El espacio entre ellas se desvaneció cuando Eve se inclinó hacia delante y sus labios se encontraron con los de Reagan con la más suave de las presiones. A diferencia de su desesperado encuentro en el apartamento de Eve días antes, este beso no contenía urgencia alguna; solo reconocimiento, reencuentro y algo que, con cautela, se construía hacia el futuro en vez de liberar el pasado.

Cuando se separaron, Reagan estudió el rostro de Eve en la penumbra. —¿Por qué has elegido esto? ¿Elegirme a mí? ¿Después de todo?

Eve guardó silencio un momento, sopesando la pregunta con la minuciosidad que la había convertido en la mejor detective de Phoenix Ridge. —Porque la justicia y la ley no siempre son lo mismo —dijo al fin—. Tú me lo enseñaste hace diez años, pero yo no estaba preparada para escucharlo. Ahora lo entiendo.

—¿Y esto? —preguntó Reagan, haciendo un gesto que las abarcaba a ambas.

—Esto nunca fue realmente una elección —admitió Eve—. Siempre fuiste tú, Reagan. Incluso cuando te estaba dando caza, siempre fuiste tú.

La confesión quedó suspendida entre ellas, honesta y sin adornos. Reagan sintió que algo cambiaba en su interior, una tensión

que había arrastrado durante una década empezaba a destensarse. No solo era la justiciera que encontraba justicia, sino la mujer que encontraba el camino de vuelta a casa.

Los labios de Eve encontraron de nuevo los suyos, y el beso se profundizó con una intención inconfundible a pesar de las heridas de Reagan. El ritmo del monitor cardíaco se aceleró, una prueba clínica de lo que ninguna de las dos necesitaba que las máquinas confirmaran.

—Tus heridas —murmuró Eve contra la boca de Reagan.

—Tendré cuidado si tú lo tienes —respondió Reagan, alargando el brazo sano para atraer a Eve hacia ella.

Reagan reprimió una mueca de dolor al levantar la mano para acariciar el rostro de Eve. Eve le enredó un dedo en el pelo antes de bajar la mano desde su cabello hasta el pecho de Reagan, acariciando ligeramente la curva de su seno por encima de la bata del hospital.

Reagan se hizo a un lado, ignorando un dolor agudo en las costillas, mientras intentaba quitarse la bata, y Eve se la deslizó por los hombros hasta que cayó sin hacer ruido al suelo. Los pezones de Reagan se endurecieron al instante al contacto con el aire frío del aire acondicionado, y Eve le masajeó uno entre los dedos mientras se llevaba el otro a la boca. Reagan cerró los ojos y dejó que las oleadas de placer recorrieran su cuerpo mientras la lengua de Eve giraba a su alrededor.

Dejó escapar un gemido cuando Eve le pellizcó suavemente el otro pezón y luego le recorrió el vientre con la mano, con cuidado de evitar sus heridas, hasta la cinturilla de los pantalones de la bata. Los dedos de Eve juguetearon con la cinturilla, bajando y subiendo.

—Te deseo —ronroneó Reagan.

Eve no perdió el ritmo y le bajó los pantalones a Reagan por el culo hasta la mitad de los muslos. Cuando Eve empezó a dibujar círculos suaves sobre su clítoris, Reagan echó la cabeza hacia atrás en la almohada y parpadeó, deleitándose con las caricias de Eve sobre ella de nuevo.

—Ahí mismo —gimió Reagan—. Ahí es.

—¿Te gusta? —bromeó Eve mientras apretaba más fuerte con el pulgar, esta vez con círculos más cerrados.

—Oh, Dios mío, sí —gimió Reagan, con la respiración entrecortada.

—Mmm, bien, entonces esto te va a encantar —dijo Eve mientras introducía un dedo en el coño húmedo y anhelante de Reagan.

Reagan sintió que su cuerpo se abría para Eve, como si recordara cómo eran juntas antes. Se apretó contra los dedos de Eve y sonrió. —Te he echado de menos, cielo.

—Yo también te he echado de menos —dijo Eve, con el aliento caliente contra el cuello de Reagan antes de que sus labios se posaran justo sobre el punto donde le latía el pulso y metiera otro dedo.

Reagan jadeó y echó la cabeza hacia atrás con expectación. Apenas podía contenerse mientras Eve curvaba los dedos en su interior, alcanzando su punto G con un ritmo experto.

Eve mantuvo el ritmo con pequeños círculos sobre el clítoris de Reagan, masajeándoselo, y los gemidos de esta se hicieron más fuertes y rápidos.

—Quiero sentir cómo te deshaces —susurró Eve.

Reagan tuvo que controlarse para no correrse en ese mismo instante; el sonido de la voz ronca de Eve, junto a la pericia de sus dedos, era casi demasiado para soportarlo.

—Vas a tener que esforzarte un poco más —dijo Reagan con una sonrisa pícara.

—Desafío aceptado. —Eve se colocó entre las piernas de Reagan, de cara a ella, y luego se inclinó para atraparle el clítoris con la boca.

Reagan sintió cómo el placer iba en aumento mientras la boca de Eve hacía de las suyas con su clítoris, lamiendo y succionando al mismo tiempo que sus dedos seguían bombeando en su interior. Cuando sintió que no aguantaba más, a Reagan le temblaron las piernas y notó cómo su interior se contraía mientras unas olas de placer la inundaban y los fuegos artificiales estallaban tras sus párpados.

Cuando el placer remitió, su cuerpo se relajó por completo e intentó recuperar el aliento.

Eve se tumbó a su lado en la cama, con una sonrisa de satisfacción dibujada en los labios.

—Eso ha sido… —dijo Reagan, pero el asombro le impidió continuar.

—Sí. Lo ha sido.

Reagan entrelazó sus dedos con los de Eve, y sus respiraciones se fueron sincronizando mientras se quedaban dormidas. El último pensamiento en la mente de Reagan se centró únicamente en Eve.

11

EVE

Eve estaba de pie ante una pantalla en el santuario subterráneo, desde donde observaba Phoenix Ridge a través de una sofisticada señal de vigilancia. La pálida luz del amanecer bañaba los confines orientales de la ciudad y se refractaba en los edificios donde la gente se levantaba para empezar un día cualquiera, ajena a la guerra que se libraba en la sombra.

Habían pasado tres días desde su huida del hospital. Tres días de la dolorosa recuperación de Reagan, de recopilar pruebas y de coordinar la red. La taza de café que Eve sostenía en la mano se había quedado fría, olvidada mientras sopesaba la distancia entre quien había sido hacía una semana y en quién se había convertido.

—Estás pensando en voz muy alta —dijo la voz de Reagan a su espalda.

Eve se giró y vio a Reagan moverse con cuidado por el centro de mando que ocupaba la sala principal del santuario. A pesar de las estrictas órdenes de reposo absoluto del doctor Hammond, Reagan había insistido en unirse a la sesión de planificación. Sus movimientos eran comedidos, cada paso calculado para minimizar el dolor que se reflejaba en su rostro a pesar de sus intentos por ocultarlo.

—Deberías estar descansando —dijo Eve, acercándose para ayudarla.

Reagan le hizo un gesto de rechazo con el brazo sano. —Ya he descansado suficiente. Tenemos trabajo que hacer.

La sala principal del santuario se había transformado en un centro de operaciones: las paredes estaban cubiertas de pruebas y conexiones, varios ordenadores estaban conectados a servidores seguros y el equipo táctico estaba colocado para poder acceder a él rápidamente. La revelación de la Red Fénix en la gala solo había sido el principio. El senador Barrow y el juez Stroud ya se estaban distanciando públicamente mientras cubrían sus huellas a la desesperada.

—Tu cuerpo necesita recuperarse —insistió Eve, y le acercó una silla a Reagan junto a la mesa central de planificación.

Reagan se sentó con cuidado, haciendo una leve mueca de dolor. —Mi cuerpo puede recuperarse mientras trabajamos. Barrow ya ha programado una rueda de prensa para mañana en la que alegará no saber nada de la operación de Brooks. Y Stroud, qué casualidad, se ha cogido la baja médica.

—Se distancian antes de que las pruebas los conecten directamente —convino Eve, estudiando el mapa de conexiones políticas que se mostraba en la pantalla principal—. El típico protocolo de la corrupción.

La puerta se abrió y entró la doctora Ingrid Westfield con un maletín médico y una tableta. Llevaba el pelo recogido en un moño práctico y su expresión era profesionalmente neutra a pesar de las circunstancias.

—Debería haber sabido que ignorarías mis consejos médicos —le dijo Ingrid a Reagan, dejando el maletín sobre la mesa—. Ya que estás decidida a matarte a base de cabezonería, más vale que le eche un ojo a esos puntos.

Mientras Ingrid examinaba la herida de Reagan, la detective Caroline Foster apareció desde la sala de comunicaciones. En los tres días transcurridos desde la gala, Foster se había convertido en el contacto más valioso de Eve dentro del departamento, arriesgando su carrera para pasarles información desde dentro.

—Martinez ha duplicado las patrullas en el distrito del puerto —informó Foster, dejando una carpeta con impresiones sobre la mesa —. La historia oficial es que la justiciera secuestró a la capitana Morgan durante la huida del hospital. Te están vendiendo como una rehén en lugar de una cómplice.

A Eve no le sorprendió. —Para Brooks es más fácil explicar así mi desaparición. Que una respetada capitana se vuelva contra el departamento socava todo el sistema.

—Que es exactamente lo que ha pasado —señaló Reagan con una leve sonrisa que rápidamente se convirtió en una mueca de dolor cuando Ingrid le limpió la herida.

—La herida está cicatrizando —observó Ingrid—, pero te has saltado dos puntos. Cualquier esfuerzo podría reabrirlos por completo.

—Tomo nota —replicó Reagan, claramente sin intención de seguir el consejo implícito.

Sophia entró con Elena; ambas llevaban maletines de equipo que dejaron sobre la mesa de operaciones.

—Las cámaras de seguridad del edificio federal ya están operativas —informó Elena—. Tenemos bajo vigilancia el despacho del juez Stroud. Los datos que necesitamos están en su servidor privado.

Sophia abrió un portátil que mostraba unos esquemas. —El punto de acceso más vulnerable es a través del sistema de mantenimiento del edificio. Necesitaremos presencia física para burlar los cortafuegos.

Eve estudió los planos; su mente de detective catalogaba automáticamente los puntos de entrada, las medidas de seguridad y las opciones de contingencia. —Necesitaremos dos equipos. Uno para Stroud y otro para Barrow.

—Tengo algo más que deberíais ver —dijo Foster, mostrando una grabación en otra pantalla—. La rueda de prensa de la comisaria Sutherland de esta mañana.

En la pantalla apareció la comisaria en funciones Jane Sutherland, una mujer de aspecto severo de unos cincuenta años que había sido nombrada tras el arresto de Brooks. —Estamos

investigando todas las pistas para localizar a la capitana Morgan, quien creemos que fue secuestrada por la fuerza durante el fallo de seguridad del hospital. La sospechosa, la justiciera, está considerada armada y es extremadamente peligrosa.

La cámara hizo un barrido para mostrar imágenes de Eve y Reagan una al lado de la otra. La foto de Reagan tenía la etiqueta de «Armada y peligrosa», mientras que la de Eve llevaba la designación de «Agente desaparecida».

—Han puesto controles en las autovías principales y hay agentes revisando los nudos de transporte —añadió Foster—. Vuestras caras están en todas las pantallas de la ciudad.

—Eso complica la estrategia —señaló Eve, ajustando mentalmente sus opciones tácticas.

Reagan se inclinó hacia delante, estudiando los planos del edificio con una concentración feroz. —No cambia el objetivo. Necesitamos acceder al servidor privado de Stroud y a las comunicaciones cifradas de Barrow.

—Las pruebas que recuperamos de la caja de seguridad los vinculan a ambos con las operaciones de tráfico —dijo Eve, tocando la pantalla para resaltar conexiones específicas—. Si las combinamos con el libro de contabilidad de Harmon y los registros financieros de Davenport, tenemos suficiente para destapar toda la operación.

—Si conseguimos acceder a ellas —replicó Reagan—. Las pruebas físicas están en el despacho de Stroud y en la oficina de Barrow en el Capitolio.

Ingrid terminó de vendarle de nuevo la herida a Reagan. —Sea lo que sea que estéis planeando, tenéis que tener en cuenta su limitada capacidad física. No puede participar en ninguna situación de combate.

Reagan le lanzó una mirada irritada que Ingrid le devolvió con la misma intensidad.

—Tendremos que modificar la estrategia —admitió Eve, reorganizando mentalmente su plan—. Foster, ¿cuál es tu situación en la comisaría?

—Despejada por ahora —respondió Foster—. Martínez sospecha que simpatizo con vosotras, pero no tiene pruebas de comunicación

directa.

—¿Puedes acceder al depósito de pruebas sin levantar sospechas?

Foster se lo pensó. —¿Posiblemente. ¿En qué estás pensando?

Eve se acercó al tablón de pruebas. —Necesitamos la copia original del libro de contabilidad de Harmon. Las fotografías son útiles, pero el libro físico contiene la caligrafía que vincula de forma concluyente a Stroud y a Barrow.

—Y me pone en un riesgo considerable —señaló Foster sin vacilar.

—No te pediré que…

—No me estaba negando —interrumpió Foster con una leve sonrisa—. Solo reconocía lo que está en juego. Puedo hacerlo.

Eve estudió a la mujer que se había convertido en su aliada de mayor confianza en el cuerpo. Foster se había unido a esta lucha con plena conciencia de las posibles consecuencias. Al igual que la propia Eve, había escogido la verdad por encima de la institución.

—Necesitaremos una distracción —dijo Reagan—. Algo que desvíe la atención tanto del edificio federal como del depósito de pruebas al mismo tiempo.

—Puede que yo tenga algo —ofreció Ingrid, sorprendiendo a todas—. La reunión del consejo del hospital es mañana. Todo el personal administrativo superior estará presente, incluida la mujer del juez Stroud. Un incidente coordinado allí requeriría una respuesta significativa.

Eve enarcó una ceja. —¿Sugieres crear un incidente de seguridad en un hospital?

—Sugiero una situación que no suponga una amenaza pero que requiera una respuesta protocolaria —aclaró Ingrid—. Un paquete sospechoso, quizás. Algo que exija seguir el procedimiento sin poner en peligro a los pacientes.

Reagan asintió con aprobación. —Desvía recursos de nuestros objetivos principales. Limpio y eficaz.

Eve observó este intercambio con un nuevo respeto por la red que Reagan había construido durante su década de «muerte». No eran solo cómplices de una justiciera; eran profesionales que habían

elegido luchar contra la corrupción a través de canales clandestinos cuando los oficiales fallaban.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Eve, centrándose de nuevo en la operación que tenían entre manos.

—Empezamos por aquí —dijo Reagan, mostrando los planos detallados de ambos edificios objetivo—. Cada punto de entrada, cada medida de seguridad, cada contingencia. Para cuando ejecutemos el plan, conoceremos estos edificios mejor que la gente que trabaja en ellos.

Eve estudió la mandíbula apretada con determinación de Reagan, el fuego en sus ojos azules a pesar de la palidez de su piel y el evidente dolor contra el que luchaba. Hacía diez años, Eve había visto esa misma determinación centrada en los casos en los que trabajaban juntas. Ahora, esa intensidad estaba dirigida a desmantelar la corrupción que las había separado durante una década.

—Empecemos —asintió Eve, desechando mentalmente cualquier reserva que aún albergara sobre el camino que había elegido. Había cruzado la línea que separaba el cumplimiento de la ley de lo que fuera que fuese esto: justicia por otros medios. No había vuelta atrás, solo seguir adelante a través del fuego que estaban a punto de encender.

Tras la sesión de planificación, Eve exploró el pasillo este del santuario, donde la red de Reagan había establecido una armería que rivalizaba con los recursos del propio PRPD.

—¿Impresionada? —preguntó Reagan, apoyada en el marco de la puerta.

—Preocupada —admitió Eve—. No es algo que hayáis montado de la noche a la mañana. Ni solas.

Reagan se acercó con cuidado hasta situarse a su lado. —La red empezó siendo pequeña. Solo Sophia y yo después de que me recuperara del disparo. Luego encontramos a Elena. Cada mujer aportó habilidades, contactos y recursos.

—¿Cuántas sois? —preguntó Eve, levantando un dispositivo de comunicación personalizado.

—Veintisiete miembros principales. Otras cuarenta que dan apoyo ocasional. —Había un matiz de orgullo en la voz de Reagan—. Todas son mujeres a las que el sistema les falló de diversas maneras. Víctimas de agresión cuyos casos fueron desestimados. Agentes expulsadas por denunciar acoso. Profesionales de la medicina que perdieron sus puestos por desafiar a hombres poderosos.

—Habéis construido todo un sistema de justicia en la sombra.

—Construimos una alternativa cuando la oficial falló. Todas las mujeres que están aquí se unieron porque primero probaron los canales reglamentarios y los encontraron corruptos.

Continuaron hasta un centro de comunicaciones donde tres mujeres monitorizaban las frecuencias policiales y las señales de vigilancia.

—Mando y control —explicó Reagan—. Mantenemos una vigilancia constante de los movimientos del departamento, las respuestas de emergencia y las comunicaciones administrativas.

—¿Cómo? —preguntó Eve—. Son canales seguros. El departamento gasta millones en encriptación.

—Mira trabajó en la fiscalía durante quince años. —Reagan señaló con la cabeza a una mujer de pelo entrecano—. Ayudó a diseñar los protocolos. Cuando la expulsaron por investigar las conexiones de Barrow, trajo consigo sus conocimientos.

Siguieron hasta un centro de documentación donde se catalogaban las pruebas.

—Protocolos de manejo de pruebas que se sostendrían en un juicio —observó Eve.

—Si se pudiera confiar en los tribunales —añadió Reagan.

En un archivo digital, tres mujeres procesaban las pruebas de la operación de la gala, preparándolas para su distribución.

—Esto es lo que has estado haciendo durante diez años —se dio cuenta Eve—. No solo cazar objetivos para ejecutarlos. Construir algo.

La expresión de Reagan se suavizó. —Las ejecuciones eran necesarias cuando los canales legales fallaban, pero nunca fueron el objetivo principal. Lo era crear un sistema para sacar a la luz lo que los canales oficiales habían enterrado.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Cuando volvimos a contactar?

—¿Me habrías creído? —preguntó Reagan—. Hace tres semanas, la capitana Eve Morgan confiaba en el sistema a pesar de sus defectos. ¿Habrías aceptado que una red clandestina de mujeres descartadas y olvidadas podía impartir justicia cuando tu departamento no podía?

La pregunta la golpeó por su exactitud. Habría rechazado aquello como una fantasía de justicieros, habría intentado detenerlas en lugar de forjar una alianza.

—No —admitió Eve—. No lo habría hecho.

Reagan asintió. —Necesitabas ver la corrupción por ti misma.

Sophia se unió a ellas con una tableta. —La «baja médica» de Stroud empieza esta noche en vez de mañana. Está despejando su agenda.

—Está huyendo —concluyó Eve.

—O preparándose para hacerlo —asintió Reagan—. Tenemos que actuar más rápido.

—Has dicho que había veintisiete miembros clave —apuntó Eve —. ¿Dentro del departamento?

—Dos agentes además de Foster. Tres miembros del personal administrativo —confirmó Reagan—. Nunca han participado en operaciones, solo han proporcionado información.

—¿Qué pasará cuando todo esto acabe? —preguntó Eve—. Después de que Barrow y Stroud sean desenmascarados.

Reagan hizo una pausa, como si la hubieran pillado desprevenida. —La red continuará. La corrupción va más allá de Brooks y sus socios.

—¿Y tú? —insistió Eve—. ¿Qué le pasará a Reagan Shaw cuando complete su lista?

Algo cambió en la expresión de Reagan. —No lo sé —admitió en voz baja—. Llevo diez años muerta. No estoy segura de quién soy más allá de esta misión.

La sinceridad conmovió profundamente a Eve. Alargó la mano hacia la de Reagan.

—Lo resolveremos —prometió Eve—. Juntas.

Los dedos de Reagan se cerraron con más fuerza alrededor de los suyos, transmitiendo más de lo que las palabras podían expresar.

El momento se rompió cuando Elena se acercó. —La escolta de Barrow se ha duplicado desde la gala.

La concentración de Reagan se agudizó, la misión reclamando de nuevo su atención. —Enséñamelo.

Eve la siguió, con su decisión reafirmada por todo lo que había visto. La red que Reagan había construido no era perfecta, pero servía a la justicia con una integridad que el sistema oficial había abandonado. Había elegido el bando correcto en esta guerra, incluso si eso significaba reducir a cenizas su vida anterior.

La sala de operaciones central bullía de actividad mientras la red finalizaba los planes de infiltración. Eve estudió los esquemas de los edificios proyectados uno al lado del otro: el edificio federal que albergaba el despacho del juez Stroud y la oficina del senador Barrow en el Capitol Complex.

—La sala de servidores de Stroud se encuentra aquí —indicó Sophia—. El acceso requiere una doble autenticación: tanto tarjeta de acceso como escaneo biométrico. Su terminal personal contiene registros de todas las comunicaciones con Brooks y las transacciones financieras.

—Un enfoque tradicional es imposible con nuestra situación actual —evaluó Eve—. Todos los edificios federales tienen nuestras caras en las alertas de seguridad.

Reagan estudió los esquemas, con el rostro marcado por la tensión a pesar de los analgésicos.

—No necesitamos un enfoque tradicional —replicó Reagan—. Tenemos a la doctora Westfield.

Ingrid levantó la vista. —Explícate.

—Aún tienes privilegios de acceso en el juzgado para consultas médicas —dijo Reagan—. Tus credenciales no han sido marcadas.

—Puedo pasar la seguridad inicial, pero no entrar en la sala de servidores.

—No es necesario —respondió Sophia, mostrando los planos de mantenimiento—. El punto de acceso principal del sistema de

climatización está junto al baño de mujeres, un lugar que tendrías una razón legítima para visitar durante una consulta.

—El acceso de mantenimiento evitaría los controles de seguridad —se percató Eve.

—El panel requiere una llave específica —añadió Sophia, mostrando una réplica—. Y ya la hemos duplicado.

El plan tomó forma con cada mujer aportando su experiencia. Mira expuso cuándo la seguridad se reduciría al mínimo durante los cambios de turno. Elena detalló las especificaciones del dispositivo de derivación que clonaría las credenciales de acceso de Stroud.

—Este método te expone a un riesgo considerable —le advirtió Eve a Ingrid—. Los cargos federales significarían una pena de prisión considerable.

La expresión de Diana permaneció serena. —Me desacreditaron por cuestionar la manipulación de pruebas en el caso de Rosalie Gresham. Mi carrera ya fue sacrificada por esta causa.

—Barrow presenta un desafío diferente —Reagan redirigió la atención—. Su seguridad es personal en lugar de institucional: contratistas privados en vez de agentes federales.

—Su agenda muestra un desayuno para recaudar fondos mañana por la mañana —señaló Elena—. Su oficina tendrá el personal mínimo.

—Pero su servidor privado nunca sale de la sala de seguridad contigua a su despacho —añadió Sophia—. Necesitamos acceso físico para extraer los archivos cifrados.

—Ese es mi punto de entrada —dijo Eve—. Puedo entrar por los pasillos de servicio usando credenciales de mantenimiento.

La expresión de Reagan se ensombreció. —¿Todavía te reconocen por toda la ciudad? El riesgo...

—... es necesario —completó Eve con firmeza—. Tengo el entrenamiento y la experiencia para esta infiltración.

—¿Y si te descubren? —la desafió Reagan.

—Foster ha organizado una maniobra de distracción en la entrada principal justo tres minutos después de que entre —respondió Eve—. Los protocolos de seguridad del Capitolio alejarán al personal de los pasillos de servicio.

Mientras el equipo se dispersaba para preparar el material, Eve se dio cuenta de que Reagan intentaba ponerse de pie, y su rostro se contrajo brevemente de dolor. Eve se acercó a su lado y le ofreció apoyo.

—Te estás exigiendo demasiado —dijo Eve en voz baja.

—He trabajado en peores condiciones —replicó Reagan.

Eve la guio hacia una zona más tranquila. —Ya estás planeando tu participación directa en la operación.

—Son mis objetivos. Mi misión.

—*Nuestra* misión —la corrigió Eve—. Y tu cuerpo necesita tiempo para recuperarse.

—Cada hora que tardemos les da la oportunidad de destruir pruebas —replicó Reagan.

—¿Y si te vuelves a abrir los puntos y te desangras durante la operación? —la desafió Eve—. ¿Qué pasa entonces con la misión?

Eve reconoció la obstinada determinación en la expresión de Reagan, la misma determinación que la había mantenido con vida cuando el sistema intentó matarla.

—Esto siempre iba a acabar en una confrontación directa —dijo Reagan finalmente.

—Tu presencia comprometería toda la operación —replicó Eve—. Tu evaluación profesional diría exactamente eso si se tratara de cualquier otro agente.

Reagan apretó la mandíbula, pero no rebatió el argumento.

—Estos hombres intentaron matarte. Nos robaron una década de nuestras vidas —continuó Eve en voz baja—. Pero sacrificarte ahora no sirve a la justicia.

—No se trata de sacrificio —insistió Reagan.

—¿Ah, no? Una parte de ti ha estado preparada para morir por esta causa desde el principio.

Algo brilló en los ojos de Reagan, una rara vulnerabilidad. —Nunca esperé sobrevivir tras completar la lista —admitió en voz baja —. Se suponía que no habría un después.

—¿Y ahora?

Reagan le sostuvo la mirada. —Ahora me descubro deseando que lo haya.

Ese simple reconocimiento tenía un peso profundo. Durante una década, Reagan había existido como poco más que un fantasma impulsado por un propósito. Ahora se encontraba en equilibrio entre esa misión y la posibilidad de algo más allá de la venganza.

—Entonces confía en mí para ejecutar esta fase —dijo Eve, cogiéndole la mano—. Tú construiste esta red. Tú reuniste estas pruebas. Déjame ser tus manos sobre el terreno mientras te recuperas.

—Me estás pidiendo que me quede atrás mientras tú corres todo el riesgo.

—Te estoy pidiendo que dirijas la operación estratégicamente, no emocionalmente. Ser compañeras significa equilibrio. A veces lidero yo, a veces lideras tú.

Una compleja serie de emociones cruzó el rostro de Reagan: frustración, reconocimiento, una reticente aceptación. Finalmente, asintió. —Mando operativo desde la base. Pero exijo comunicación continua y extracción inmediata si algo se desvía de los parámetros de la misión.

—De acuerdo —dijo Eve—. ¿Compañeras?

La mano de Reagan se apretó en torno a la suya. —Compañeras.

Eve volvió a las pantallas para estudiar los esquemas con renovada determinación. Durante diez años, Reagan había llevado esa carga sola. Mañana, Eve asumiría su parte del peso, no solo como excapitana de policía en busca de redención, sino como compañera que completaba una misión iniciada una década atrás, cuando la corrupción les destrozó la vida.



El crepúsculo cubría Phoenix Ridge mientras Eve y Reagan se encontraban en el mirador de la Torre del Faro. Aquel reconocimiento conllevaba un riesgo considerable —dos fugitivas visitando uno de los lugares más emblemáticos de la ciudad—, pero desde esa altura podían observar ambos edificios objetivo sin ser vistas.

—La ciudad se ve diferente desde aquí arriba —observó Eve, oteando con unos prismáticos tácticos—. Más pequeña.

—La perspectiva lo cambia todo —asintió Reagan, con el brazo herido en cabestrillo—. Los patrones se ven con más claridad desde la distancia.

La vista era espectacular. Los acantilados reflejaban el sol poniente y sus paredes de piedra caliza se teñían de oro. La bahía de Siren se extendía hasta el horizonte, con los barcos pesqueros regresando a puerto. El centro de la ciudad se alzaba entre su posición y el paseo marítimo, y sus edificios de cristal reflejaban el atardecer como si fueran llamas.

—Las fundadoras escogieron este lugar con esmero —dijo Reagan, señalando hacia el norte, donde las montañas creaban una frontera natural—. Acantilados al oeste para defender el puerto. Montañas al norte que proporcionaban recursos. Desierto al este que limitaba las rutas de acceso.

—Has estudiado la historia de la ciudad —observó Eve con sorpresa.

—Cuando vives en la sombra de un lugar durante diez años, aprendes sus historias —replicó Reagan—. Elizabeth Ridge y doce mujeres compraron esta concesión de tierras en 1873. Establecieron una carta fundacional que garantizaba a las mujeres una voz igualitaria en el gobierno, algo revolucionario para la época.

—El faro fue su primer gran proyecto de construcción —continuó Reagan—. Sarah Brighthope fue la primera farera. Mantuvo la luz encendida durante la gran tormenta de 1879 que destruyó la mitad del puerto.

—No sabía que fueras una aficionada a la historia.

Una leve sonrisa asomó a los labios de Reagan. —No tanto la historia como el legado. Estas mujeres construyeron algo extraordinario, un lugar donde las estructuras de poder tradicionales no podían arraigar. Donde las voces de las mujeres importaban.

—Como tu red —repuso Eve, cayendo en la cuenta.

Reagan asintió. —Estas fundadoras también se enfrentaron a la corrupción. Cuando los intereses del ferrocarril intentaron apoderarse del puerto en 1882, descubrieron la correspondencia del

juez Monroe, que revelaba la trama de sobornos. Lo publicaron todo y destruyeron su reputación.

—Usaron pruebas contra la corrupción. Igual que estamos haciendo nosotras.

—Phoenix Ridge se fundó sobre el principio de que desenmascarar es el arma más poderosa contra la corrupción arraigada —confirmó Reagan—. Es arrojar luz en la oscuridad.

Eve enfocó sus prismáticos hacia sus objetivos. —Las patrullas de seguridad coinciden con los informes de Sophia. Rotación de quince minutos con solapamiento en los puntos de transición.

—La entrada de servicio C tiene el punto ciego que identificamos —añadió Reagan—. Siete segundos de aproximación sin vigilancia si se calcula el momento con precisión.

—Mi abuela sirvió en el cuerpo de policía en los años cincuenta —dijo Eve de repente—. Fue una de las primeras mujeres en patrullar con regularidad, en lugar de limitarse a tareas administrativas.

Reagan se giró con interés. —Nunca lo habías mencionado.

—Me contaba historias de cuando patrullaba por el puerto. De cómo los agentes saboteaban su equipo, escondían sus informes y le asignaban las peores zonas con la esperanza de que abandonara.

—Pero no lo hizo.

—No. Aguantó más que la mayoría de ellos y se convirtió en detective cuando ya no pudieron negárselo. Mi madre siguió su camino, llegó a ser jefa adjunta.

—Tres generaciones de mujeres de la familia Morgan sirviendo a Phoenix Ridge —observó Reagan—. Un legado que abandonaste cuando me elegiste a mí.

—Fue la corrupción lo que hizo que lo abandonara —la corrigió Eve—. No podía servir a un sistema que protegía a depredadores, ni siquiera por el legado familiar.

El sol desapareció bajo el horizonte, dejando Phoenix Ridge transformada en una constelación de estrellas artificiales.

—¿Qué pasará después de mañana? —preguntó Eve—. Después de que Barrow y Stroud sean desenmascarados.

—La red continuará con su labor. Siempre habrá injusticias que necesiten ser destapadas.

—¿Y nosotras? —insistió Eve con suavidad.

—Hace diez años, tenía planes. Una vida que pensé que construiríamos juntas —admitió Reagan, desviando la mirada hacia los lejanos acantilados—. Ahora vuelvo a desearlo. Pero ya no soy la mujer que conocías entonces.

Eve se acercó y su mano encontró la de Reagan. —Las dos hemos cambiado. Pero hay cosas que no cambian.

Los dedos de Reagan se aferraron a los suyos. Por un instante, permanecieron en silencio, con la ciudad extendiéndose a sus pies como una manifestación física de todo aquello que luchaban por recuperar.

—¿Sabías que Sarah Brighthope se quedó en este faro durante un huracán que casi destruyó el puerto? —preguntó Reagan finalmente—. La evacuación del pueblo era obligatoria, pero se negó a marcharse. Dijo que alguien tenía que mantener la luz encendida para que los barcos pudieran encontrar un paso seguro.

—Me suena a alguien que conozco —observó Eve.

Reagan reconoció el paralelismo con un leve asentimiento. —El ayuntamiento quiso castigarla después. En lugar de eso, Elizabeth Ridge hizo que inscribieran su nombre en la piedra fundacional: «Para quienes mantienen la luz cuando la oscuridad lo amenaza todo».

Las palabras resonaron con su misión actual: dos mujeres trabajando para sacar a la luz la oscuridad que había amenazado su ciudad durante demasiado tiempo.

—Deberíamos volver al santuario —dijo Reagan finalmente—. La última reunión informativa está programada.

En la base del faro, se detuvieron en la penumbra mientras las señales de seguridad confirmaban que su ruta de extracción estaba despejada. El momento se antojó significativo, un reconocimiento silencioso de su propósito común y de la ciudad que ambas amaban lo suficiente como para arriesgarlo todo por protegerla.

—¿Lista? —preguntó Reagan, mientras las sombras de la noche acentuaban la línea decidida de su mandíbula.

Eve asintió, su decisión de reducir a cenizas su vida anterior reafirmada por la conexión con los principios fundacionales de Phoenix Ridge. —Lista.

Juntas se deslizaron en la oscuridad, avanzando hacia el transporte que las esperaba; dos mujeres siguiendo la tradición de quienes habían construido esta ciudad sobre la promesa de que la justicia requería valor, sacrificio y un compromiso inquebrantable para sacar la verdad a la luz.

El centro de operaciones del santuario bullía de energía a medida que se acercaba la medianoche. Los maletines de equipo estaban abiertos, su contenido meticulosamente organizado: dispositivos de comunicación, herramientas de pirateo y equipo de extracción. Eve se movía entre las estaciones, verificando cada componente con una precisión metódica.

—Probando comunicaciones principales —anunció Elena—. Canal seguro.

Eve activó su auricular. —Canal confirmado.

Ingrid se acercó, vestida con el traje sastre que llevaría en su visita al juzgado. —Documentación médica final preparada. Cita confirmada con el juez Marsden a las nueve y media de la mañana.

—Tus credenciales siguen activas en la base de datos del sistema judicial —confirmó Sophia—. La entrada debería proceder sin problemas.

Al otro lado de la sala, Reagan supervisaba la preparación de los paquetes de pruebas: archivos digitales listos para ser entregados simultáneamente a las agencias federales y a los medios de comunicación una vez que las operaciones tuvieran éxito. A pesar de su acuerdo de permanecer en el puesto de mando, su energía inquieta era evidente en la tensión de sus hombros.

—La última información de Foster confirma que Martinez ha concentrado los recursos en la vigilancia del distrito del puerto —informó Eve—. La presencia del DPPR en ambos objetivos se mantiene en los niveles habituales.

La maniobra de distracción en el Phoenix Ridge General está programada para las nueve cuarenta y cinco de la mañana —añadió

Mira—. Los protocolos de seguridad atraerán a los equipos de respuesta de ambos objetivos.

Reagan estudió el diagrama de tiempos. —¿Rutas de extracción?

—Principal, secundaria y de emergencia, todas confirmadas —respondió Eve—. Operativos de la red posicionados en todos los puntos críticos.

La voz de Foster llegó a través de la línea segura. —Martinez ha programado una reunión para todo el departamento a las 0900. Se requiere la asistencia de todos los oficiales de alto rango. Presencia mínima de detectives durante nuestro margen de actuación.

—Recibido —respondió Reagan—. Mantenga su posición. Nada de riesgos innecesarios.

Eve se dirigió al puesto del equipo, donde la esperaba su pertrecho. El uniforme de mantenimiento modificado había sido confeccionado para ocultar un chaleco táctico ligero y las herramientas de extracción. Se cambió metódicamente; la memoria muscular guiaba unos movimientos perfeccionados a lo largo de incontables operaciones.

Reagan se acercó mientras Eve aseguraba el equipo de comunicación. Por un instante, ninguna de las dos habló; el peso de la operación de mañana creaba un silencio cargado.

—Los parámetros de la misión son sólidos —dijo Reagan por fin —. Y los protocolos de extracción, exhaustivos.

—Hemos previsto cualquier contingencia —convino Eve, sujetándose la placa de mantenimiento al uniforme—. Ambas operaciones deberían transcurrir sin complicaciones.

—Deberían —repitió Reagan, y aquella única palabra encerraba un mar de inquietudes.

Eve hizo una pausa y le prestó toda su atención. —¿Qué es lo que te preocupa de verdad?

—Enviarte al terreno sin refuerzos directos —admitió Reagan—. Si algo sale mal…

—No saldrá mal —le aseguró—. Y, si sale, se activarán las contingencias.

—Nuestra red —la corrigió Reagan automáticamente. Vaciló y luego añadió—: He operado sola durante una década. Tener a otra

persona en peligro, alguien que importa, cambia las cosas.

Eve comprendió a qué se refería. Tras años centrada en misiones en solitario, Reagan se estaba adaptando de nuevo a tener una compañera.

—Fuimos compañeras durante años antes de todo esto —le recordó Eve—. También entonces sopesábamos esos riesgos.

—Aquello era diferente —replicó Reagan—. Protocolos del departamento, unidades de refuerzo, recursos oficiales.

—Ahora estamos nosotras terminando lo que empezamos juntas —concluyó Eve por ella—. Justicia contra la corrupción. Verdad contra el engaño.

12

REAGAN

El centro de mando del santuario zumbaba con una tensión contenida mientras Reagan supervisaba las dos operaciones simultáneas en pantallas enfrentadas. El hombro herido le palpitaba bajo los vendajes nuevos, un recordatorio persistente de sus limitaciones físicas. Se ajustó los auriculares de comunicación con el brazo sano y se inclinó hacia delante, estudiando las imágenes térmicas del juzgado donde Ingrid se estaba infiltrando en ese momento en el despacho del juez Stroud.

—Informe de situación, Fénix Uno —dijo Reagan, usando el designador operativo de Ingrid.

—Acercándome al control de seguridad —respondió la voz tranquila de Ingrid—. Documentación preparada. Sin anomalías.

Reagan dirigió su atención a la segunda pantalla, que mostraba la posición de Eve cerca del complejo del Capitolio. El uniforme de mantenimiento le proporcionaba la tapadera perfecta mientras se movía por el pasillo de servicio hacia el despacho del senador Barrow.

—Fénix Dos, informe —pidió Reagan.

—La rotación de la seguridad sigue su horario —respondió Eve—. Acercándome a la entrada de servicio C. Punto ciego en veinte

segundos.

Los dedos de Reagan se aferraron al borde de la consola. Debería estar allí, no coordinando desde la distancia. La herida de bala que casi la había matado ahora la mantenía enjaulada mientras otros ejecutaban su misión.

—Red inalámbrica segura —informó Elena desde el puesto contiguo—. Monitorizando todos los canales de seguridad.

—Fénix Uno ha pasado el control principal —anunció Sophia, siguiendo el avance de Ingrid.

Reagan asintió, con la mirada fija en las firmas térmicas que se movían por el juzgado. —Mantengan la vigilancia sobre todo el personal de seguridad. Si hay cualquier desviación de los patrones establecidos, quiero saberlo de inmediato.

Las operaciones habían sido planeadas meticulosamente: Ingrid accedería al conducto de mantenimiento adyacente al baño de mujeres, eludiendo la seguridad para llegar a la sala de servidores de Stroud, mientras Eve extraía pruebas del terminal privado de Barrow. Ambos objetivos expuestos simultáneamente, con sus décadas de corrupción al descubierto para un procesamiento federal.

—Fénix Dos entrando en el punto ciego —informó Elena.

Reagan vio cómo la firma de Eve desaparecía momentáneamente de la vigilancia, la ventana de siete segundos que habían identificado durante la planificación. Sintió la conocida ansiedad en el estómago, la pérdida momentánea de contacto visual desencadenando unos instintos protectores que no podía reprimir.

—Fénix Dos ha superado el punto de entrada —llegó la confirmación de Eve, con voz firme y profesional—. Procediendo a la ubicación del objetivo.

Reagan exhaló lentamente y se quedó helada cuando algo le llamó la atención en la transmisión de seguridad del juzgado. —Mantengan la posición. ¿Qué es eso?

Señaló un grupo de firmas térmicas que se movían por el ala oeste del edificio, un ala que debería haber tenido un personal mínimo durante su ventana operativa.

Sophia amplió la imagen, con expresión sombría. —Un equipo de seguridad moviéndose con determinación.

—Eso no es el procedimiento habitual —observó Reagan, con una creciente inquietud en el pecho—. Pídanle a Foster una actualización.

Mientras esperaban la respuesta de Foster, Reagan se centró en la posición de Ingrid. —Fénix Uno, le informo: posible anomalía de seguridad en el ala oeste. Proceda con precaución adicional.

—Recibido —respondió Ingrid, sin que su voz delatara ninguna preocupación a pesar de la advertencia.

—Llegando actualización de Foster —informó Elena, con las manos volando sobre el teclado—. El mensaje dice: «Martinez ha retirado a los agentes de su patrulla habitual hace diez minutos. Destino desconocido. Equipo táctico desplegado».

Las implicaciones se cristalizaron en la mente de Reagan con fría claridad. —Lo sabe.

—¿Ambas operaciones? —preguntó Sophia.

—Incierto —respondió Reagan, recalculando mentalmente—. Pero tenemos que asumir que estamos comprometidas. Fénix Dos, informe de situación.

—Procediendo según lo planeado —respondió Eve—. Tercer control superado.

Reagan estudió las transmisiones del complejo del Capitolio, buscando cualquier señal del mismo movimiento táctico que habían detectado en el juzgado. Nada evidente todavía, pero Martinez era demasiado meticulosa como para centrarse en un solo objetivo.

—Firmas térmicas adicionales entrando en el juzgado por la entrada norte —informó Elena—. Se mueven en formación táctica.

—Están cercando a Ingrid —se dio cuenta Reagan.

La puerta del santuario se abrió y entró la doctora Hammond, con la preocupación grabada en el rostro mientras observaba cómo se desarrollaba la situación.

—Fénix Uno —ordenó Reagan—, aborte la aproximación a la sala de servidores. Desvíese a la ruta de salida de emergencia Delta.

—Negativo —replicó Ingrid—. Ya estoy en el punto de acceso. Treinta segundos para recuperar los datos.

Reagan apretó la mandíbula mientras el peso familiar del mando operativo se posaba sobre sus hombros. Era responsable de la

seguridad de cada miembro de la red, de la misión que habían tardado años en construir y de Eve, que podría estar caminando directa hacia una trampa idéntica.

—Algo va mal en la seguridad del Capitolio —informó Sophia de repente, señalando un nuevo movimiento en la segunda pantalla—. Rotación estándar interrumpida.

Reagan se inclinó hacia delante, estudiando el patrón mientras la adrenalina le recorría el cuerpo. —Martinez no está simplemente reaccionando. Esto está coordinado.

Activó el canal de comunicación general. —Atención a todos los agentes. Las operaciones se han visto comprometidas. Prepárense para el cambio inmediato al protocolo de contingencia Omega.

Mientras la red ponía en marcha los procedimientos de emergencia ensayados, la mirada de Reagan permanecía fija en la firma térmica de Eve, que ahora se adentraba en lo que cada vez más parecía una trampa cuidadosamente preparada. La misión que había consumido una década de su vida se estaba desmoronando en tiempo real, y la mujer a la que acababa de reencontrar estaba en el epicentro del peligro.

Reagan cogió el chaleco táctico que colgaba de la silla contigua, ignorando el dolor agudo que le recorrió el hombro herido.

—¿Qué está haciendo? —preguntó la doctora Hammond.

—Lo que es necesario —respondió Reagan, calculando ya la ruta más rápida hacia la posición de Eve. No iba a perderla de nuevo; ni por Martinez, ni por el sistema corrupto, ni por nada ni por nadie.

Aunque eso significara desgarrarse todos los puntos de sutura del cuerpo.

Reagan se abrochó el chaleco táctico, ignorando las protestas de la doctora Hammond mientras reunía el equipo esencial. El equipo del santuario continuó supervisando ambas operaciones, con una tensión que aumentaba a medida que la situación se deterioraba.

—Hay interferencias en la comunicación de Fénix Uno —anunció Elena, con los dedos volando sobre el teclado mientras intentaba restablecer la conexión—. La última transmisión la mostraba accediendo al conducto de mantenimiento.

Reagan detuvo sus preparativos, estudiando las imágenes térmicas con creciente preocupación. El inesperado equipo de seguridad se había dividido en unidades más pequeñas, barriendo metódicamente el juzgado piso por piso. No era el protocolo estándar; era un patrón de caza.

—Fénix Uno, informe —ordenó Reagan, con la frustración creciendo ante la estática que obtenía por respuesta—. Fénix Uno, acuse recibo.

—Están inhibiendo la señal —confirmó Sophia, redirigiendo la cobertura del satélite—. Vinieron preparados.

La mente de Reagan repasó a toda velocidad los planes de contingencia. —Activen el equipo de extracción de emergencia para Fénix Uno. Protocolo completo, ejecución inmediata.

Un agente de la red asintió, coordinando ya al equipo de extracción del juzgado a través de canales encriptados. Reagan centró su atención en el Complejo del Capitolio, donde Eve continuaba su avance hacia el despacho de Barrow, aún sin ser consciente de la crisis que se desarrollaba.

—Fénix Dos, actualización de la situación —transmitió Reagan mientras revisaba su arma—. Operación del juzgado comprometida. Equipos de seguridad desplegados con equipo táctico. Extreme la precaución.

—Entendido —respondió Eve, con voz firme a pesar de la advertencia—. Estoy a tres pasillos del objetivo. No hay aumento visible de la seguridad en mi posición.

Justo cuando Eve hablaba, Reagan detectó movimiento en la señal del Capitolio; el mismo patrón preciso y coordinado que habían observado en el juzgado. Martinez estaba desplegando equipos en ambas ubicaciones simultáneamente.

—Fénix Dos, atención —advirtió Reagan, asegurándose el material médico al cinturón táctico—. Las imágenes térmicas muestran un equipo táctico entrando por la entrada de servicio del noreste. El patrón coincide con el despliegue del juzgado.

—Recibido —respondió Eve—. Continúo la aproximación con la alerta máxima.

El mensaje encriptado de Foster apareció en la pantalla de Reagan: «Martinez ha desplegado a los SWAT en el juzgado y en el Complejo del Capitolio. Autorización táctica completa. Órdenes de detener a "sospechosos justicieros armados" a toda costa».

—A toda costa —repitió Reagan con gravedad—. No planean hacer arrestos.

La doctora Hammond agarró a Reagan por el brazo ileso. —Con esa herida, es un suicidio. No llegará ni a la mitad del camino hacia el Capitolio antes de que la pérdida de sangre afecte a sus capacidades.

—Si no voy, Eve no saldrá de allí —replicó Reagan—. Son diez años de trabajo. Todas las pruebas contra Stroud y Barrow. Nuestra única oportunidad para destapar toda la red.

La puerta del refugio se abrió de golpe e Ingrid Westfield entró, ayudada por dos agentes de la red, con un chorro de sangre manándole de un corte que tenía sobre el ojo.

—Ingrid —dijo Reagan mientras se acercaba a ella—. ¿Qué ha ocurrido?

—Una emboscada en el juzgado —informó Ingrid, haciendo una mueca de dolor mientras un sanitario le examinaba la herida—. Había equipos de seguridad esperando en el pasillo de mantenimiento. Alguien conocía nuestra ruta de aproximación exacta.

Reagan procesó la información con fría precisión. —¿Ha recuperado usted alguna prueba?

Ingrid sacó un pequeño pendrive del bolsillo. —Una descarga parcial del servidor auxiliar de Stroud. No es el objetivo principal, pero es suficiente para establecer conexiones.

—Hemos confirmado la presencia de más equipos tácticos en el Capitolio —informó Elena—. Se están moviendo para cortar todas las rutas de salida.

Reagan se enfrentó a la verdad ineludible: ambas operaciones estaban comprometidas desde el principio. Martinez había sabido con precisión dónde y cuándo atacarían, lo que solo podía significar una cosa: alguien de su red los había traicionado.

—Puede que todas las comunicaciones estén comprometidas —concluyó Reagan—. Cambien a los canales de emergencia terciarios, autorización Blackout.

Mientras el equipo implementaba el cambio de protocolo, Reagan se concentró en la posición de Eve. Estaba peligrosamente cerca del despacho de Barrow y su camino hacia la extracción principal se cerraba a toda prisa a medida que avanzaban los equipos de seguridad.

—Phoenix Dos —transmitió Reagan por el canal seguro—, misión totalmente comprometida. Múltiples equipos tácticos convergen sobre su posición. Anule la misión y diríjase al punto de extracción de emergencia.

Pasaron unos segundos sin respuesta, y la tensión aumentó con cada momento de silencio.

—Phoenix Dos, acuse recibo —repitió Reagan, con la voz tensa por la urgencia.

—Estoy demasiado cerca para anularla —respondió finalmente Eve—. El servidor de Barrow está a veinte metros de mi posición. Las pruebas que necesitamos están ahí mismo.

—Te están tendiendo una trampa, Eve —dijo Reagan, frustrada, abandonando los indicativos—. Martinez ha desplegado equipos tácticos en ambos lugares simultáneamente. Esto está coordinado.

—Lo que significa que están aterrados por lo que podamos encontrar —replicó Eve—. Puedo llegar al servidor, descargar las pruebas y salir por la ruta terciaria antes de que cierren el cerco.

Reagan estudió las imágenes térmicas, calculando las posibilidades de extracción frente a unas opciones que disminuían con rapidez. La decisión racional era clara: anular la misión de inmediato. Pero las pruebas contra Barrow eran la piedra angular de su caso contra toda la red. Sin ellas, los conspiradores restantes podrían desvincularse y eludir la justicia.

—El seguimiento por satélite muestra a seis agentes tácticos acercándose a la posición de Phoenix Dos desde los pasillos este y norte —informó Sophia—. La ventana se cierra rápidamente.

—Foster confirma que Martinez ha dado autorización para tirar a matar —añadió Elena con gravedad—. No se andan con chiquitas.

El peso del mando oprimió el pecho de Reagan como una fuerza física. Eve se estaba adentrando voluntariamente en un peligro mortal para completar la misión. La misión que Reagan había iniciado. La venganza que había perseguido durante una década mientras Eve mantenía su fe en la capacidad de reforma del sistema.

Ahora esa fe había desaparecido y Eve estaba arriesgándolo todo para terminar lo que Reagan había empezado.

—¿Tiempo hasta el punto de extracción desde su posición actual? —preguntó Reagan, mientras revisaba su equipo por última vez.

—Noventa segundos como mínimo —calculó Sophia—. El equipo táctico la interceptará en aproximadamente setenta segundos.

—Phoenix Dos —transmitió Reagan tras tomar una decisión—. Diríjase a la sala del servidor. Tiene una ventana máxima de tres minutos para extraer los datos. Crearemos una distracción en la entrada este para atraer a los recursos tácticos.

—Recibido —respondió Eve, con una certeza evidente en la voz.

Reagan se volvió hacia Sophia. —Active la Contingencia Épsilon en la entrada este del Capitolio. Espectáculo completo, máxima alteración.

Mientras Sophia coordinaba la operación de distracción, Reagan terminó sus preparativos sobre el terreno, asegurando las comunicaciones y suministros médicos extra. El hombro le latía bajo los vendajes nuevos, pero el dolor no hizo más que agudizar su concentración.

La doctora Hammond la observaba con resignación profesional, reconociendo la inutilidad de seguir protestando. —¿Cuál es su plan de extracción?

—Lo que sea necesario —respondió Reagan. Cargó una jeringuilla con un estimulante de uso militar: un último recurso que la mantendría en funcionamiento a pesar de una pérdida de sangre catastrófica, con un coste físico tremendo.

—Ese compuesto la mantendrá operativa durante unos treinta minutos —le advirtió Hammond—, pero el daño fisiológico será grave, posiblemente permanente.

—Treinta minutos es todo lo que necesito —replicó Reagan, guardando la jeringuilla en el bolsillo interior de su chaleco táctico.

No la usaría a menos que fuera absolutamente necesario —el coste físico era extremo—, pero no iba a dejar a Eve sin haber planeado toda contingencia posible.

Mientras en el santuario se activaban los protocolos de emergencia coordinados, Reagan sintió que una extraña calma la invadía. Los parámetros de la misión habían cambiado, las variables se habían recalculado, pero el objetivo seguía siendo el mismo: hacer justicia contra quienes habían corrompido el sistema, expuestos a la luz tras una década en la sombra.

Y ahora, algo igual de importante: proteger a Eve Morgan, la mujer que lo había sacrificado todo para estar a su lado en esta lucha final.

Reagan avanzó hacia el pasadizo de salida con determinación, su concentración absoluta a pesar del dolor que irradiaba de su hombro herido. Diez años de caza desde las sombras la habían conducido a este momento: el enfrentamiento final que determinaría si la justicia prevalecía y si tanto ella como Eve sobrevivían para ver qué había después de la venganza.

—El equipo táctico del juzgado está ampliando su búsqueda —informó Sophia, estudiando las imágenes térmicas—. Están buscando a cualquiera que esté conectado con la operación de Ingrid.

Reagan se ajustó el chaleco táctico, ignorando el fuego que le irradiaba del hombro herido. —¿Sigue Mira en posición para extraer el resto de las pruebas?

—Negativo —respondió Elena con gravedad—. La seguridad del juzgado ha cerrado por completo el edificio tras la fuga de Ingrid. Mira no da señales de vida, lo más probable es que la hayan capturado.

Reagan asimiló esta pérdida. Mira Branford había estado en la red desde el principio; una exfiscal que había perdido su carrera tras investigar la corrupción judicial. Ahora estaba potencialmente bajo custodia, otra víctima en su guerra contra la Red Phoenix.

—¿Estado de la distracción en el Capitolio? —preguntó Reagan, volviendo a centrarse en la situación de Eve.

—Ejecutándose ahora —confirmó Elena—. Colisión de un vehículo en la entrada este con efectos de humo. Debería desviar la mitad de los recursos tácticos de la posición de Eve.

La doctora Hammond preparó más suministros médicos. —Probablemente se desangrará antes de llegar a la extracción.

—Comprendo los riesgos —respondió Reagan, revisando su arma —. Eve está entrando en una trampa diseñada para eliminarnos a las dos. La decisión es sencilla.

—Ya no se trata solo de la misión —observó Hammond en voz baja.

Reagan no lo negó. Durante una década, la misión lo había sido todo: justicia contra la corrupción, venganza contra quienes habían intentado matarla. Ahora, Eve había cambiado la ecuación.

—Fénix Dos, ¿situación? —insistió Reagan por el comunicador.

—He accedido a la sala de servidores —respondió Eve, con una tensión evidente bajo su tono profesional—. El cifrado es más complejo de lo previsto. Estoy trabajando en los protocolos.

Reagan estudió las imágenes térmicas que mostraban a los equipos tácticos temporalmente redirigidos hacia el disturbio de la entrada este. —¿Tienes unos cuatro minutos antes de que la seguridad se dé cuenta de la distracción. ¿Puedes completar la extracción en ese plazo?

Una pausa. —Negativo. El descifrado requiere un mínimo de cinco minutos.

Reagan calculó rápidamente. —Activa el módulo de acceso directo. Lo redirigiré a través de los sistemas del santuario para aumentar la potencia de procesamiento.

—Esa conexión podría rastrearse hasta tu ubicación —advirtió Eve.

—Vamos a evacuar esta ubicación de todos modos. Procede.

La preocupación de Sophia era evidente. —Si Martinez os coge a alguna de vosotras…

—Esto ya no va de arrestos —intervino Ingrid, haciendo una mueca de dolor mientras la doctora Hammond terminaba de tratarle el corte que tenía sobre el ojo—. Es eliminación. Nos estaban

esperando en el juzgado. Sabían la ruta exacta por la que nos acercábamos.

—Las pruebas que ha extraído —dijo Reagan—. ¿Son suficientes para establecer las conexiones sin la parte de Mira?

—Suficientes para corroborar lo que Eve está extrayendo de Barrow —confirmó Ingrid, sosteniendo la pequeña unidad de memoria—. La red no podrá negar las conexiones.

Reagan procesó esta nueva información mientras comprobaba el progreso de la evacuación del santuario. El personal esencial ya se estaba trasladando a ubicaciones secundarias, las pruebas estaban a buen recaudo y los sistemas, borrados.

—Los equipos tácticos se están redirigiendo a la posición de Fénix Dos —advirtió Elena—. La ventana de tres minutos se ha visto comprometida.

—Descarga iniciada —confirmó Eve.

Reagan tomó la decisión final. —Me dirijo al punto de extracción Bravo. Coordinen la evacuación del santuario.

—Reagan —intervino Sophia—, su herida...

—Es irrelevante en comparación con la alternativa —terminó Reagan. Se volvió hacia la doctora Hammond—. ¿Cuánto tiempo me queda antes de que sea ineficaz en combate?

La expresión de Hammond se mantuvo impasible a pesar de su preocupación. —Veinte minutos como máximo antes de que la pérdida de sangre comprometa sus funciones. Menos si realiza un esfuerzo físico.

—Tiempo suficiente para llegar hasta Eve y asegurar la extracción. —Reagan se dirigió hacia la salida.

—¿Y si ninguna de las dos lo consigue? —insistió Hammond.

—Entonces, las pruebas que hemos reunido se divulgarán automáticamente a todas las agencias federales y medios de comunicación de forma simultánea. La misión tendrá éxito aunque no sobrevivamos.

Reagan activó su comunicador. —Fénix Dos, aquí Mando. Estoy de camino a su posición. Proceda con la extracción de datos. Nos infiltraremos por la ruta terciaria Charlie cuando llegue hasta usted.

Hubo un instante de silencio antes de la respuesta de Eve. —Negativo, Mando. Su herida compromete los parámetros operativos. Mantenga la posición.

—No es negociable —replicó Reagan, que ya se movía por el pasadizo subterráneo hacia el Complejo del Capitolio—. Has caído en una trampa para completar mi misión. No voy a coordinar tu posible ejecución desde una distancia segura.

—Reagan —la voz de Eve se suavizó—, apenas puedes moverte con esa herida.

—Me he apañado con cosas peores durante diez años —contraatacó Reagan—. Extracción en quince minutos. No llegues tarde.

Mientras Reagan sellaba el pasadizo del santuario a su espalda, oyó la última advertencia de Hammond por el comunicador. —Si esas suturas se desgarran por completo, aplique el paquete de presión y el coagulante de emergencia. Tendrá aproximadamente diez minutos antes de que entre en estado de shock.

Reagan avanzó por el túnel apenas iluminado, con el dolor del hombro agudizándole la concentración. El túnel de servicio desembocaba en un armario de mantenimiento en el ala oeste del Complejo del Capitolio. Reagan salió en silencio, su cuerpo moviéndose con soltura a pesar de la herida que le enviaba oleadas de dolor por el hombro.

—Control de posición —musitó en su comunicador.

—Fénix Dos se mueve por el pasillo norte —transmitió Sophia—. El equipo táctico converge desde el este, a noventa segundos de la intercepción.

Reagan analizó sus opciones a través de la neblina del dolor creciente. Las rutas de aproximación habituales la expondrían al instante. El sistema de ventilación ofrecía la única alternativa: dolorosa con su herida, pero la vía más directa.

Accedió al panel de mantenimiento y se metió en el conducto de ventilación. La herida del hombro le punzó, y una humedad cálida bajo el chaleco táctico confirmó la predicción de Hammond: las suturas se estaban desgarrando. La sangre le resbalaba por el costado mientras se desplazaba por el estrecho pasadizo, cada

movimiento calculado con precisión a pesar del dolor cada vez mayor.

—El equipo táctico se mueve hacia el cruce siete —advirtió Elena —. Un segundo equipo se está reposicionando para bloquear la ruta de extracción Charlie.

—¿Alguna señal de que Martinez sospeche de mi aproximación? —preguntó Reagan, continuando a pesar de la pérdida de sangre.

—Negativo. Todos los recursos se centran en Fénix Dos.

Una ventaja táctica que Reagan explotaría al máximo. Llegó a la salida de ventilación sobre el cruce seis, observando el pasillo vacío que había debajo.

—Fénix Dos, control de ubicación —pidió Reagan con urgencia.

—Reposicionada en el nicho de servicio adyacente al cruce seis —susurró Eve—. El equipo táctico pasó hace treinta segundos.

Reagan retiró la cubierta de ventilación en silencio y descendió con control, aterrizando con un sonido mínimo a pesar del fuego que irradiaba de su hombro. La pérdida de sangre se estaba volviendo problemática, una humedad creciente se extendía bajo su chaleco táctico. Se inyectó un coagulante de tipo militar directamente en la zona, y la sensación de quemazón le proporcionó una claridad momentánea a través de la niebla que se cernía sobre ella.

—En posición en el cruce seis —informó—. Fénix Dos, aproxímese a mi ubicación.

Eve salió del hueco de servicio a unos seis metros de distancia, y sus ojos se agrandaron al ver la sangre que manaba visiblemente por debajo del chaleco táctico de Reagan.

—La sangre te está calando —afirmó Eve al llegar a la altura de Reagan, con una preocupación evidente bajo su compostura profesional.

—Necesidad operativa —le restó importancia Reagan, mientras analizaba sus opciones de extracción—. Los equipos tácticos han comprometido la ruta Charlie. Se necesita una alternativa.

Eve sacó la unidad de datos que contenía las pruebas de Barrow. —Tenemos lo que hemos venido a buscar. Registros completos del servidor, comunicaciones y transferencias financieras…, todo lo que lo relaciona con las operaciones de tráfico.

—Lo que nos convierte en un objetivo de aún más valor —observó Reagan—. Martinez no se arriesgará a que estas pruebas lleguen a las autoridades federales.

Sus comunicaciones crepitaron. —Todos los sistemas del Santuario, comprometidos —informó Elena con urgencia—. El equipo de Martinez ha triangulado la conexión. Evacuación en curso.

—¿Tiempo hasta la finalización de la extracción? —preguntó Reagan.

—Cuatro minutos para que el Santuario esté completamente evacuado.

—Mantén la comunicación todo el tiempo que sea posible. Si la conexión se corta antes de la confirmación, ejecuta el protocolo de emergencia Delta.

—El seguimiento por satélite muestra que Martinez está redirigiendo todos los recursos tácticos a vuestra posición —advirtió Sophia—. Han identificado vuestras señales de calor.

—Ocho agentes convergiendo desde los pasillos este y norte —confirmó Eve, consultando su dispositivo—. Noventa segundos antes de que nos alcancen.

Reagan estudió el plano del edificio, identificando sus cada vez más limitadas opciones mientras la sangre seguía manando a través de su chaleco táctico a pesar del coagulante.

—La sala de la cumbre —decidió—. Dos pisos más arriba. El acceso de mantenimiento conecta directamente con el aparcamiento subterráneo.

—Que será el primer sitio donde miren —replicó Eve.

—No si creen que vamos a usar la salida de la azotea —respondió Reagan—. Dejamos pruebas del acceso a la azotea y luego bajamos por mantenimiento mientras ellos se despliegan hacia arriba.

Se dirigieron hacia la escalera de emergencia, cada paso requiriendo un esfuerzo cada vez más consciente a medida que la pérdida de sangre de Reagan aumentaba. Eve se percató de su estado deteriorado, pero no dijo nada, comprendiendo la necesidad de seguir moviéndose.

Mientras subían hacia la sala de la cumbre, Reagan sintió los primeros efectos de la importante pérdida de sangre: mareos, visión borrosa. Lo compensó automáticamente, centrando su atención más intensamente en las funciones esenciales.

—Te estás deteriorando —observó Eve.

—Parámetros operativos dentro del rango aceptable —replicó Reagan.

—¿La evaluación de Hammond?

—Veinte minutos hasta que la función se vea comprometida. He usado aproximadamente siete.

La expresión de Eve se endureció con determinación. —Entonces completaremos la extracción en los próximos diez. Sin desviaciones.

Sus comunicaciones se activaron con el informe final de Elena: —Evacuación del Santuario completa. Las comunicaciones se cortarán en treinta segundos.

—Ejecuta el protocolo completo de inmediato —ordenó Reagan —. No esperes la confirmación.

El canal de comunicaciones enmudeció mientras la red del Santuario implementaba el protocolo de emergencia, liberando simultáneamente pruebas selectas a las autoridades federales.

Eve y Reagan intercambiaron una mirada, ambas comprendiendo las implicaciones: estaban completamente solas, sin apoyo, contra los cazadores coordinados de Martinez.

—¿Juntas? —preguntó Eve simplemente.

Reagan asintió. —Juntas.

Se movieron hacia la sala de la cumbre y lo que fuera que aguardara más allá.

La opulencia de la sala de la cumbre contrastaba fuertemente con sus desesperadas circunstancias: paneles de caoba, candelabros de cristal y ventanas panorámicas con vistas a Phoenix Ridge bajo nubes de tormenta que se acumulaban. Reagan examinó la sala, luchando contra los crecientes efectos de la pérdida de sangre.

—El acceso de mantenimiento está en la esquina sureste —señaló, con cada palabra cuidadosamente controlada.

Eve se movió con rapidez.

—Martinez tendrá el aparcamiento asegurado.

—Los equipos primarios han sido redirigidos a la azotea —replicó Reagan, siguiéndola más despacio—. Los equipos secundarios son insuficientes para cubrir todas las salidas.

Eve accedió al panel de mantenimiento, que reveló el pasadizo que había detrás.

—Usted primero. Yo aseguraré nuestra salida.

Reagan bajó por la escalera de mano metálica; cada peldaño le provocaba una oleada de fuego en el hombro herido. A mitad de camino, se le nubló la vista momentáneamente y las manos le resbalaron. Eve la sostuvo mientras llegaban al nivel de mantenimiento que conectaba con el aparcamiento.

—La herida se le ha vuelto a abrir por completo —observó Eve, examinando los vendajes empapados de sangre—. Necesita atención médica inmediata.

—Primero, la extracción —insistió Reagan—. La seguridad de las pruebas es la prioridad.

Un ruido delante de ellas acalló cualquier otra discusión. Eve pegó a Reagan contra la pared; ambas se pusieron en alerta al instante a pesar del estado cada vez más grave de Reagan.

—Múltiples hostiles —susurró Reagan.

La puerta de emergencia se abrió de golpe. Entró la detective Andrea Martinez, flanqueada por agentes tácticos, con las armas en alto.

—Capitana Morgan —dijo Martinez en voz alta—. Esta es su última oportunidad para rendirse. El senador Barrow ha autorizado el uso de fuerza letal contra la justiciera. No se incluya usted en esa autorización.

Eve se interpuso entre Reagan y los agentes.

—Se está desangrando, Martinez. Requiere intervención médica inmediata.

—Se le proporcionará atención médica tras la rendición —respondió Martinez, avanzando con cautela.

La puerta del otro extremo del pasillo de mantenimiento se abrió y reveló al mismísimo senador Barrow con dos contratistas de seguridad privada. Vestido de forma impecable, proyectaba una confianza absoluta.

—Esta situación se ha complicado innecesariamente —observó Barrow con una autoridad despreocupada—. Detective Martinez, detenga a ambas sospechosas de inmediato. Nos ocuparemos de la disposición en privado.

Reagan comprendió la insinuación: ni ella ni Eve saldrían vivas de allí sin importar si se rendían. Martinez era un mero instrumento, y Barrow se aseguraría de que no quedaran testigos.

—Lamentable, pero necesario —continuó Barrow, dirigiéndose directamente a Eve—. Tenía una carrera muy prometedora, capitana Morgan. Una pena que la desperdicie en esta… venganza de justiciera.

—La justicia no es una venganza —replicó Eve, con el arma firme —. Las pruebas hablan por sí solas.

—Las pruebas se pueden gestionar —desdeñó Barrow—. Los testigos son más problemáticos.

Mientras Martinez avanzaba con su equipo, Reagan tomó una decisión, echando mano de sus últimas reservas de fuerza. A pesar de la pérdida de sangre, se movió con una precisión fruto de la práctica.

—Eve —susurró, activando el dispositivo de contingencia que llevaba en el cinturón—. Esquina suroeste. Ahora.

Se entendieron al instante. Eve se movió en perfecta coordinación mientras Reagan desplegaba el dispositivo: una granada aturdidora de uso militar modificada para un efecto prolongado. El pasillo estalló en una luz y un sonido desorientadores.

Reagan se enfrentó al agente táctico más cercano y lo desarmó con eficacia. Eve se movió simultáneamente y neutralizó a un segundo agente con precisión.

Los contratistas de seguridad de Barrow respondieron, y Reagan calculó las trayectorias, reconociendo que uno de ellos apuntaba a Eve con intención letal. Sin dudarlo, se interpuso, protegiendo a Eve con su cuerpo de la línea de fuego.

La bala le alcanzó en el hombro ya herido y la hizo girar contra la pared. Registró el dolor de forma distante mientras Eve neutralizaba al tirador.

A través del humo que se disipaba, Reagan vio a Martinez recuperándose, con el arma desenfundada y apuntándole directamente. El tiempo se ralentizó; su conciencia situacional calculó lo inevitable: Martinez iba a disparar y, en el estado en que se encontraba Reagan, la evasión era imposible.

Eve se interpuso entre ellas, con una postura inquebrantable y el arma apuntando a Martinez a pesar de la desventaja táctica.

—No hagas esto, Andrea —le advirtió Eve.

—Apártese, capitana —respondió Martinez, con el arma firme—. Mis órdenes son claras.

—Esas órdenes vienen del hombre que orquestó la corrupción por todo Phoenix Ridge —replicó Eve—. El mismo hombre que ordenó la ejecución de Reagan hace diez años cuando se acercó demasiado.

De repente, el pasillo se inundó de luz al abrirse de golpe las puertas de emergencia. La subjefa Gloria Winters entró, flanqueada por agentes uniformados, y su autoridad cambió la dinámica al instante.

—Detective Martinez —la llamó Winters—. Deponga el arma inmediatamente.

Martinez vaciló, atrapada entre lealtades opuestas.

—Agente Bennett —ordenó Winters—, arreste al senador Barrow por conspiración, obstrucción a la justicia y tentativa de homicidio de personal policial.

—¡Esto es un ultraje! Soy un senador de los Estados Unidos... —protestó Barrow.

—Quien acaba de ser grabado autorizando la ejecución de sospechosos en lugar de su arresto —lo interrumpió Winters—. Cada palabra ha sido capturada por múltiples dispositivos y transmitida directamente a las autoridades federales.

Reagan comprendió las implicaciones: Winters se había coordinado con Foster, organizando una elaborada contraoperación para grabarlo todo.

—El equipo médico está en camino —anunció Winters, acercándose a donde Reagan se apoyaba con fuerza contra la pared —. Resista, Shaw.

La visión de Reagan se volvió borrosa; la pérdida de sangre finalmente venció incluso su excepcional autocontrol. Sintió los brazos de Eve sosteniéndola mientras se deslizaba hacia el suelo, con su cuerpo llegando a sus límites físicos.

—¿Las pruebas están aseguradas? —consiguió decir Reagan, con la misión aún como su principal objetivo.

—El contenido completo del servidor se ha transmitido a las autoridades federales —confirmó Eve, presionando la herida—. Barrow, Stroud, toda la red... todos al descubierto.

A través de la oscuridad que se cernía sobre ella, vio a Martinez bajando su arma, con su conflicto interno resuelto. Winters coordinaba el arresto de Barrow y su equipo de seguridad, profesional y meticulosa. Y Eve —la bella Eve con sus claros ojos verdes— permanecía a su lado, presionando la herida, su rostro la última imagen nítida mientras la consciencia comenzaba a desvanecerse.

—Misión cumplida —susurró Reagan.

—Juntas —respondió Eve, su voz el último asidero mientras la oscuridad se apoderaba por completo de la consciencia de Reagan.

La caza de la justiciera, que había durado una década, había llegado a su fin. Se había hecho justicia, no mediante la ejecución, sino a través de la exposición a la luz. Y de algún modo, contra todo pronóstico, tanto ella como Eve habían sobrevivido para presenciarlo.

Si Reagan sobreviviría a la hemorragia seguía siendo una incógnita mientras su consciencia se desvanecía por completo. Pero la misión —su misión— por fin se había completado.

13

EVE

Eve estaba de pie junto a la ventana del piso franco, observando el amanecer sobre las montañas al este de Phoenix Ridge. Habían pasado tres días desde el enfrentamiento en el Complejo del Capitolio. Tres días de espera incierta, de partes médicos susurrados y del desarrollo gradual de la justicia que habían puesto en marcha.

El piso franco —una modesta cabaña enclavada en las estribaciones sobre la ciudad— había sido preparado mucho antes de que lo necesitaran. Eve reconocía el pensamiento estratégico de Reagan en cada detalle: múltiples rutas de escape, comunicaciones seguras, suministros médicos y provisiones suficientes para aguantar semanas si era necesario. Una década de planes de contingencia para evitar precisamente el tipo de vulnerabilidad que casi había matado a Reagan tres días antes.

—¿Alguna novedad? —preguntó Elena, entrando con dos tazas de café humeante.

Eve cogió una con gratitud. —La doctora Hammond dice que le ha bajado la fiebre. Está estable, pero sigue inconsciente.

Elena asintió, con un alivio evidente bajo su semblante profesional. —Por fin están haciendo efecto los antibióticos.

El recuerdo de su extracción del Complejo del Capitolio permanecía fragmentado en la mente de Eve: Reagan, inconsciente por la pérdida de sangre, y la subjefa Winters creando una distracción para permitir que Eve y el equipo médico de la red trasladaran a Reagan mientras procesaban al senador Barrow. El caos que siguió les había proporcionado la cobertura justa para escapar, pero se habían arriesgado demasiado. El corazón de Reagan se había parado dos veces durante el traslado.

El teléfono seguro de Eve vibró. Era el mensaje de Sophia con la actualización de cada hora.

—La cobertura mediática se está ampliando —leyó Eve en voz alta—. El Comité de Ética del Senado ha abierto una investigación formal sobre las actividades de Barrow. El juez Stroud, suspendido de empleo y sueldo a la espera de una investigación federal. El comisario Brooks se enfrenta a cargos adicionales por conspiración e intento de asesinato.

—Los dosieres de pruebas están surtiendo el efecto deseado —observó Elena—. La red que tardaron años en construir se está desmoronando.

Eve repasó el resto de las actualizaciones. —Foster informa de que el departamento está sumido en el caos. Los agentes están tomando partido entre los leales a Martinez y los que apoyan a Winters.

—¿Y tú? —preguntó Elena—. Oficialmente, la capitana Morgan sigue constando como «desaparecida, en paradero desconocido».

—Técnicamente, es correcto.

La puerta de la cabaña se abrió y entró la doctora Ingrid Westfield, con el maletín médico en la mano. El corte que tenía sobre el ojo de la operación del juzgado había empezado a cicatrizar, aunque el moratón seguía ahí.

—Reagan pregunta por ti —dijo sin más.

A Eve le dio un vuelco el corazón. —¿Está despierta?

—Y ya está discutiendo que debería levantarse. La doctora Hammond la ha amenazado con sedarla de nuevo si intenta salir de la cama.

Eve se dirigió inmediatamente hacia el dormitorio del fondo, que se había convertido en una zona de recuperación médica. A través de la puerta entreabierta, oyó la voz de Reagan —más débil de lo normal, pero con una determinación inconfundible— discutiendo con Hammond sobre la dosis de la medicación.

—Reducir la morfina acelerará la recuperación.

—Reducir la morfina aumentará su dolor innecesariamente —replicó Hammond—. Su cuerpo necesita descansar para curarse.

—He aguantado cosas peores.

—Ese no es el estándar médico al que aspiro.

Eve se detuvo en el umbral, sintiendo una oleada de alivio ante la familiar terquedad en la voz de Reagan. Después de tres días observando la figura pálida e inerte de Reagan, hasta la conciencia argumentativa era un cambio bienvenido.

Reagan yacía recostada sobre unas almohadas, con la piel todavía pálida, pero ya sin el tono grisáceo de la pérdida de sangre crítica. Unos vendajes nuevos le cubrían el hombro y el pecho, y las vías intravenosas le suministraban líquidos y antibióticos. A pesar de su evidente debilidad, sus ojos permanecían agudos e inmediatamente encontraron a Eve en el umbral de la puerta.

—La misión —dijo Reagan, omitiendo el saludo—. El estado.

—Completada con éxito —respondió Eve, acercándose a la cama —. Las pruebas se han asegurado y distribuido a las autoridades federales. Barrow está bajo custodia. Stroud, bajo investigación. La red ha quedado expuesta a todos los niveles.

Hammond recogió su equipo. —Diez minutos, luego necesita descansar —indicó antes de marcharse, cerrando la puerta tras de sí.

Eve se sentó con cuidado en el borde de la cama. —Has estado inconsciente durante tres días con fiebre por la infección y una pérdida de sangre considerable. Tuviste dos paradas cardíacas durante la extracción.

—Aceptable, dado el resultado —observó Reagan, aunque su intento de desapego profesional se vio mermado por la debilidad de su voz.

—Pues yo no lo vi así.

La expresión de Reagan se suavizó ligeramente. —¿Cómo me sacaste sin que me detuvieran? Lo último que recuerdo con claridad es a Winters llegando con un equipo táctico.

—Winters creó una distracción. Detuvo a Barrow mientras generaba deliberadamente la confusión suficiente para que el equipo médico de la red te trasladara. Creo que eligió no ver nuestra extracción.

—Un giro interesante. ¿Consideraciones políticas?

—Morales, diría yo. Foster había compartido pruebas específicas con ella antes de la operación. Winters sabía lo que estábamos destapando y tomó una decisión.

Reagan asimiló esta información. —¿Y ahora?

—Ahora toca esperar —respondió Eve—. Foster informa de que la fiscal del distrito Powell ha solicitado una reunión segura. Winters la ha concertado. Quieren discutir… opciones.

—Opciones de procesamiento —aclaró Reagan.

—Eso aún no está claro.

Reagan intentó cambiar de postura, haciendo una mueca de dolor cuando el movimiento tiró de sus heridas. —Las pruebas que hemos sacado a la luz complican un juicio público. Hay demasiada gente poderosa implicada. Demasiadas preguntas sobre fallos institucionales.

—Lo que puede que sea nuestra única baza —reconoció Eve.

La mano de Reagan encontró la de Eve, su agarre más débil de lo normal, pero decidido. —La operación fue un éxito. Se hizo justicia. Ese fue siempre el objetivo, sin importar el coste personal.

—La justicia incluye que quienes casi te matan hace diez años rindan cuentas —replicó Eve—. No solo que se sepa. Brooks, Barrow, Stroud… tienen que afrontar las consecuencias. Todos ellos.

Un fantasma de sonrisa asomó a los labios de Reagan. —Ahora pareces yo.

—Quizá necesitaba ver la verdad desde tu perspectiva para entenderla del todo.

Su conversación se vio interrumpida por la llegada de Sophia, cuya expresión transmitía urgencia. —Comunicado de emergencia de Foster. Han puesto a Martinez en excedencia administrativa. Winters

solicita comunicación directa con vosotras dos a través de canales seguros.

—¿Por qué ahora? —cuestionó Eve.

—Las autoridades federales se han hecho cargo de la investigación de Barrow —explicó Sophia—. Están ofreciendo tratos a funcionarios de bajo nivel a cambio de que testifiquen contra la cúpula de la red.

—El sistema se está canibalizando a sí mismo —observó Reagan.

—El mensaje de Winters indica que ella y la fiscal Powell quieren reunirse mañana —continuó Sophia—. Para discutir, y cito, «circunstancias sin precedentes que requieren soluciones sin precedentes».

Eve cruzó una mirada con Reagan. La siguiente fase estaba comenzando: determinar si el sistema de justicia que Reagan había abandonado y en el que Eve había perdido la fe recientemente podía redimirse por cómo trataba a quienes habían expuesto su más profunda corrupción.

—Dile a Foster que consideraremos la reunión —decidió Eve finalmente—. Pero nosotras ponemos las condiciones y el lugar.

Mientras Sophia se marchaba para transmitir el mensaje, el agarre de Reagan en la mano de Eve se apretó ligeramente. —Ten cuidado. Podría ser un intento de Martinez de localizarnos.

—O podría ser nuestro camino para completar formalmente la misión —replicó Eve—. La validación de todo por lo que has trabajado.

Los ojos de Reagan delataban su agotamiento; el breve despertar estaba consumiendo sus limitadas reservas. —Pase lo que pase ahora, hemos destapado la verdad. Ese fue siempre el objetivo principal.

Mientras los ojos de Reagan se cerraban, Eve permaneció sentada a su lado, con las manos todavía entrelazadas. Al otro lado de la ventana, Phoenix Ridge se extendía bajo el sol naciente, una ciudad que empezaba a asimilar la corrupción destapada en sus más altas esferas.

La misión había tenido éxito. Pero las secuelas —y el lugar que ocupaban en ellas— seguían siendo inciertas.

~

El faro de Phoenix Ridge se erguía como un centinela en el extremo norte de la ciudad, y su histórica torre era visible a kilómetros de distancia tanto desde tierra como desde el mar. Eve había elegido este lugar para la reunión con sumo cuidado: era un terreno neutral con importancia histórica, múltiples rutas de escape y la capacidad de la red para verificar que no había personal adicional presente.

Eve llegó una hora antes para inspeccionar el perímetro y confirmar los protocolos de seguridad que había establecido. Las dependencias del farero —conservadas como lugar histórico, pero cerradas al público entre semana— proporcionaban la privacidad que necesitaban, mientras que sus ventanas ofrecían una visibilidad clara en todas direcciones.

La tormenta que había azotado durante su enfrentamiento final había amainado, dando paso a cielos azules y una visibilidad cristalina. Eve contempló Phoenix Ridge desde el nivel superior del faro, con la ciudad a la que había servido durante veinte años extendiéndose bajo sus pies. El Complejo del Capitolio, donde Reagan casi había muerto, era visible en la distancia, con su cúpula reflejando la luz de la mañana.

Puntualmente a las once, se acercó un único vehículo sin distintivos. Eve observó cómo descendía la subjefa Gloria Winters, acompañada por la fiscal del distrito Katherine Powell. Ambas mujeres vestían de paisano en lugar de su atuendo profesional, una concesión a la naturaleza extraoficial de la reunión.

Eve bajó la escalera de caracol para recibirlas en la entrada, con una expresión neutra a pesar de la tensión que la atenazaba.

—Capitana Morgan —saludó Winters formalmente.

—Solo Eve. Mi estatus de capitana está un tanto comprometido estos días.

Powell le tendió la mano. —Gracias por aceptar esta reunión. Las circunstancias son… sin precedentes.

Eve las condujo a las dependencias del farero, donde se había preparado una mesa con agua y café. Ambas mujeres examinaron el

espacio con ojo profesional antes de sentarse.

—¿Dónde está Shaw? —preguntó Winters.

—Recuperándose —replicó Eve, sin ofrecer más detalles—. Su estado fue crítico durante las cuarenta y ocho horas posteriores a la operación del Capitolio.

—Somos conscientes —reconoció Powell—. El informe de la herida por arma de fuego que presentaron los paramédicos en el lugar de los hechos indicaba una pérdida de sangre potencialmente mortal.

Eve estudió a ambas mujeres con atención. —Ese informe debería haber desencadenado una búsqueda y captura inmediata de una sospechosa justiciera herida.

—Lo hizo —confirmó Winters—. Martínez desplegó equipos por toda la ciudad. De alguna manera, no lograron localizarlas a ninguna de las dos.

La insinuación quedó flotando en el aire entre ellas: Winters había desviado los recursos deliberadamente.

—Supongo que no han solicitado esta reunión para reanudar la persecución —observó Eve.

Powell abrió una delgada carpeta. —Las pruebas que Shaw y usted sacaron a la luz han creado una situación sin precedentes en la historia judicial de Phoenix Ridge. Las autoridades federales han asumido la jurisdicción principal sobre las investigaciones del senador Barrow, el juez Stroud y el comisario Brooks.

—La opinión pública es abrumadora —añadió Winters—. Las pruebas sobre el tráfico de personas, en especial, han generado una exigencia pública de que se rindan cuentas sin importar el cargo.

—La justicia es la misión —respondió Eve simplemente—. Lo ha sido desde el principio.

Powell se inclinó hacia delante. —Lo que nos lleva al propósito de nuestra reunión de hoy. El fiscal federal reconoce el papel que ambas desempeñaron al destapar esta red. Han indicado que están dispuestos a considerar ciertas… concesiones a cambio de su testimonio.

La expresión de Eve no delató nada a pesar de sus cálculos internos. —¿Qué tipo de concesiones?

—Inmunidad judicial por las acciones llevadas a cabo en la búsqueda de pruebas —declaró Powell—. Con ciertas condiciones.

—Reagan Shaw ejecutó a cuatro hombres —señaló Winters en un tono cuidadosamente neutro—. En circunstancias normales, esas acciones conllevarían múltiples cadenas perpetuas, independientemente del motivo.

—En circunstancias normales, a esos hombres los habrían detenido y procesado por los cauces adecuados —replicó Eve—. Las circunstancias se volvieron anómalas cuando el sistema los protegió activamente.

Powell asintió, dándole la razón. —Razón por la cual existe esta oferta. Las autoridades federales reconocen que el sistema falló estrepitosamente. Los hombres que Shaw… eliminó eran fehacientemente culpables de delitos que deberían haberles supuesto la cadena perpetua.

—No muy distinta a la propuesta que Reagan presentó originalmente por los canales departamentales hace diez años —señaló Eve con dureza—. Antes de que intentaran matarla por ello.

Winters tuvo la decencia de parecer incómoda. —He revisado esos expedientes desde el incidente del Capitolio. Las pruebas de Shaw ya entonces eran sólidas. Que el departamento no actuara como debía es indefendible.

—¿Qué ofrecen exactamente? —insistió Eve, reconduciendo la conversación a la situación actual.

Powell sacó un documento de su carpeta. —Inmunidad federal completa tanto para usted como para Shaw a cambio de un testimonio exhaustivo contra los miembros restantes de la red. Ningún procesamiento por ninguna de las acciones llevadas a cabo para obtener pruebas contra la organización de Barrow.

Eve estudió el documento con la mirada, sin tocarlo. —¿Y las condiciones?

—Tres —respondió Powell—. Primero, testimonio íntegro y completo ante un tribunal federal. Segundo, la entrega de cualquier

prueba restante que aún no se haya revelado. Tercero, el cese de toda actividad justiciera.

—Esa es la oferta oficial —añadió Winters—. Extraoficialmente, se reconoce que ambas poseen una pericia valiosa para reformar los sistemas que han fallado de forma tan catastrófica.

Eve enarcó una ceja. —¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, tras el testimonio federal, podrían surgir oportunidades de consultoría sobre la reforma institucional —explicó Winters—. No de inmediato y no de forma pública, pero con el tiempo.

Eve sopesó los términos, comparándolos con la misión de una década de Reagan y su propio compromiso más reciente con la justicia al margen del sistema.

—La seguridad de Reagan es innegociable —declaró Eve—. Cualquier acuerdo debe incluir protocolos de protección explícitos contra represalias.

—Ya está incorporado —confirmó Powell, señalando una sección del documento—. Disponemos de protección federal de testigos si se considera necesario.

—Y su completa recuperación médica antes de cualquier testimonio.

—Las adaptaciones razonables por necesidad médica son el procedimiento estándar —asintió Powell.

Eve alargó la mano para coger el documento y examinó su contenido con la minuciosidad propia de una detective. Los términos parecían exhaustivos: inmunidad total para ambas a cambio de un testimonio que desmantelaría lo que quedaba de la Red Fénix.

—Tengo que hablarlo con ella —dijo Eve finalmente—. Esta no es solo mi decisión.

—Por supuesto —reconoció Powell—. Pero el plazo para este acuerdo es limitado. Los fiscales federales se están moviendo rápido para conseguir el testimonio de funcionarios de menor nivel.

—Una cláusula adicional —añadió Eve, mirando directamente a Winters—. Las integrantes de la red que colaboraron en nuestra

operación recibirán la misma inmunidad y protección.

Winters y Powell intercambiaron una mirada, una comunicación silenciosa entre ambas.

—Eso complica las cosas —admitió Powell—. No tenemos una idea clara de a cuántas personas afectaría.

—Veintisiete miembros principales —informó Eve—. Todas mujeres a las que el sistema les falló de diversas maneras. Víctimas de agresión cuyos casos fueron desestimados. Agentes expulsadas por denunciar acoso. Profesionales de la medicina que perdieron sus puestos por desafiar a hombres poderosos.

Winters se echó hacia atrás, estudiando a Eve con una nueva comprensión. —Nunca se trató solo de justicia por mano propia, ¿verdad? Shaw construyó algo más grande.

—Creó una alternativa cuando los canales oficiales fallaron —confirmó Eve—. Todas las mujeres implicadas intentaron seguir los procedimientos adecuados primero y descubrieron que estaban corruptos.

Powell tomó notas en su bloc. —No puedo prometer una inmunidad total para veintisiete personas más sin una revisión, pero puedo incluir una cláusula para la consideración caso por caso basándome en la implicación específica y las circunstancias atenuantes.

—Eso no es suficiente —replicó Eve—. Estas mujeres lo arriesgaron todo para sacar a la luz una corrupción que el sistema no quería reconocer. Su protección no es opcional.

—¿Qué sugeriría usted? —preguntó Powell, con evidente curiosidad profesional.

—La condición de testigo protegido —propuso Eve—. Que su testimonio se proporcione de forma anónima y que sus identidades estén protegidas a través de programas federales.

—Eso podría ser factible —admitió Powell tras considerarlo—. Tendré que consultarlo con los fiscales federales.

Winters estudió a Eve con renovado respeto. —Ha cambiado, Morgan. Hace seis meses, habría estado defendiendo el procesamiento completo de las acciones de justicieros sin tener en cuenta el motivo.

—Hace seis meses, todavía creía que el sistema podía corregirse a sí mismo desde dentro —respondió Eve con sencillez.

Al concluir la reunión, Eve aceptó el documento para revisarlo, sin comprometerse a nada, pero reconociendo la posibilidad de cooperación. Establecieron protocolos de comunicación seguros para que diera su respuesta en un plazo de cuarenta y ocho horas.

A la entrada del faro, Powell se marchó primero, regresando al vehículo. Winters se demoró, con expresión sombría.

—Por si sirve de algo —dijo Winters en voz baja—, lo siento. Por lo de Shaw. Por lo que pasó hace diez años. Algunas de nosotras sospechábamos, pero no actuamos.

—¿Y ahora? —preguntó Eve.

—Ahora tenemos la oportunidad de reconstruir algo mejor —respondió Winters—. Pero necesitamos gente que entienda ambos lados del sistema. Gente como usted y Shaw.

Eve las vio marchar, con la propuesta de inmunidad a buen recaudo. La oferta representaba algo que no había previsto del todo: la posibilidad de reconciliación entre la justicia de Reagan y el sistema que le había fallado. No una vuelta a lo que fue, sino quizás un camino hacia lo que debería ser.

Subió a la torre del faro por última vez antes de irse, contemplando Phoenix Ridge con una nueva perspectiva. La ciudad había cambiado fundamentalmente por lo que habían destapado: una transformación dolorosa pero necesaria. Como la justicia por mano propia de Reagan, como la fe abandonada de Eve en el sistema, como las heridas que ambas cargaban, visibles y ocultas.

El faro había guiado a los barcos a través de aguas peligrosas durante más de un siglo. Ahora había sido testigo de los primeros pasos vacilantes para guiar a su ciudad a través de las secuelas de la corrupción destapada, hacia cualquier nueva orilla que aguardara.



Reagan estaba sentada al borde de la cama, sus movimientos deliberados mientras ponía a prueba los límites de su cuerpo en

recuperación. Incluso ese pequeño esfuerzo la dejó pálida, con una fina capa de sudor formándose en su frente a pesar del aire fresco de la montaña que se filtraba por las ventanas de la cabaña.

—Hammond te sedará si te pilla intentando esto —observó Eve desde el umbral de la puerta.

—Hammond no es mi oficial al mando —replicó Reagan, aunque no intentó levantarse más—. Necesito una evaluación precisa de mis capacidades físicas actuales.

Eve cruzó la habitación y dejó una taza de té en la mesita de noche. —Evaluación actual: considerablemente mermadas, pero mejorando. Segundo disparo en un hombro ya afectado. Pérdida de sangre sustancial. Infección que requiere una intervención agresiva con antibióticos.

—¿Plazo de recuperación?

—Cuatro semanas como mínimo antes de estar operativa —respondió Eve, suavizando la evaluación clínica al sentarse junto a Reagan—. Pero tenemos algo más inmediato que discutir.

Sacó la propuesta de inmunidad de Powell. Reagan la aceptó con la mano izquierda, ya que su brazo derecho dominante seguía inmovilizado en un cabestrillo. Sus ojos recorrieron rápidamente el documento, su mente evaluando los términos y las implicaciones con su característica precisión.

—Inmunidad federal a cambio de testimonio —resumió Reagan —. Un giro interesante.

—He insistido en que se proteja a las integrantes de la red —añadió Eve—. Powell ha sugerido la condición de testigo confidencial con protección del anonimato.

Reagan siguió leyendo, con una expresión que no reveló nada de sus pensamientos hasta que llegó a la última página. —El cese de toda actividad justiciera. Esa es su principal preocupación.

—No pueden dar la impresión de que aprueban la ejecución como forma de justicia —reconoció Eve.

—Independientemente de su eficacia —añadió Reagan con sequedad.

—La cuestión es si los términos son aceptables.

Reagan dejó el documento a un lado, y su movimiento le provocó una mueca de dolor casi imperceptible que, sin embargo, no le pasó desapercibida a Eve. —La red nunca se concibió como una solución permanente. Existía porque los cauces oficiales fallaban sistemáticamente. Si esto representa una reforma legítima en lugar de una estrategia de contención, merece ser considerado.

Unos golpes en la puerta de la cabaña interrumpieron su conversación. Sophia entró con Elena; ambas llevaban equipo que depositaron con cuidado sobre la mesa de la sala principal.

—Hemos recopilado los informes de situación solicitados —anunció Sophia—. Todas las integrantes están localizadas y a salvo.

Eve observó la interacción con atención. Durante una década, estas mujeres habían operado bajo la dirección de Reagan, construyendo un sistema de justicia en la sombra cuando el oficial fallaba. Ahora esperaban orientación sobre su incierto futuro.

—La propuesta de Powell incluye la posible inmunidad para las integrantes de la red —explicó Eve, dirigiéndose a ambas mujeres—. Pero significaría cambios fundamentales en nuestra estructura operativa.

—La misión principal está cumplida —señaló Elena—. Barrow, Stroud, Brooks… todos han sido desenmascarados y se enfrentan a cargos federales. Aunque continuásemos, nuestros objetivos se han vuelto mucho más precavidos.

La expresión de Sophia permaneció pensativa. —Y Martinez está reconstruyendo los recursos tácticos del departamento específicamente para contrarrestar nuestros métodos.

—El panorama ha cambiado —reconoció Reagan. Hizo un gesto hacia una silla, pidiendo ayuda en silencio. Eve la ayudó a trasladarse a la sala principal, donde podría dirigirse a las integrantes de la red reunidas de manera más formal.

A pesar de su debilidad física, la presencia de Reagan acaparó la atención inmediata de las mujeres que habían seguido su liderazgo a lo largo de una década de operaciones en la sombra. La doctora

Hammond fue la última en entrar, y su mirada de desaprobación al ver a Reagan fuera de la cama lo decía todo sobre los consejos médicos que había ignorado.

—La propuesta de inmunidad federal crea tanto una oportunidad como un desafío —comenzó Reagan, con voz más firme de lo que su estado físico sugería—. Nuestra misión siempre ha sido hacer justicia: destapar la corrupción que los cauces oficiales protegían. Hemos tenido éxito de formas que ni yo misma anticipé.

—¿Qué le pasa a la red ahora? —preguntó Mira, cuya mente de exfiscal ya estaba sopesando las implicaciones.

Reagan miró a Eve antes de continuar. —Esa decisión os pertenece a todas vosotras. La oferta de inmunidad proporciona protección, pero requiere una transformación fundamental.

—Algunas de nosotras llevamos años operando en la clandestinidad —señaló Ingrid—. Nuestras licencias profesionales han sido revocadas, nuestras identidades borradas en la práctica. ¿Qué nos pasará en esta nueva situación?

—La disposición de testigo confidencial incluye la posibilidad de reincorporación profesional con las protecciones adecuadas —explicó Eve—. Se estudiará caso por caso, pero con el respaldo del gobierno federal.

Se hizo el silencio mientras las mujeres procesaban estas posibilidades. Para algunas —médicas, abogadas, agentes—, esto representaba el posible regreso a las carreras que la corrupción les había robado. Para otras, la red clandestina se había convertido en su principal identidad.

—Construimos algo necesario —dijo finalmente Elena—. Una respuesta a un fallo sistemático. Si el sistema se está reformando de verdad, quizás nuestros métodos deberían evolucionar en consecuencia.

—No todos los problemas están resueltos —replicó Sophia—. Las mujeres siguen siendo vulnerables si no se las defiende. Los cauces oficiales siguen siendo burocráticos y, a menudo, ineficaces.

—Entonces, quizás debamos hacer una transición en lugar de disolvernos —sugirió Reagan, haciendo una ligera mueca de dolor al

cambiar de postura—. Pasar de una operación clandestina a un grupo de defensa legítimo.

El debate prosiguió, y fueron surgiendo distintas perspectivas de mujeres con experiencias variadas en cuanto a los fallos del sistema. Algunas abogaban por continuar las operaciones encubiertas bajo parámetros más limitados. Otras veían una oportunidad en la legitimidad protegida por la supervisión federal. La división no era hostil, sino que representaba auténticas diferencias filosóficas sobre el camino a seguir.

Durante todo el tiempo, Eve observó a Reagan manejar los puntos de vista contrapuestos con una habilidad notable a pesar de su estado debilitado. Reconoció lo que otros podrían pasar por alto: Reagan les estaba ofreciendo a estas mujeres una elección genuina sobre su futuro, tras haber completado con éxito la misión de venganza que la había impulsado durante una década.

Finalmente, la doctora Hammond interrumpió por motivos médicos, insistiendo en que Reagan volviera a la cama. La discusión se detuvo con el acuerdo general de continuar después de analizar la propuesta de inmunidad con más detalle.

Eve ayudó a Reagan a volver al dormitorio y observó los finos temblores en sus músculos a causa del sobreesfuerzo. —Estás forzando demasiado —observó, mientras la ayudaba a recostarse en la cama.

—Necesitan un liderazgo durante esta evolución.

—Te necesitan viva y recuperada —replicó Eve, administrándole el analgésico que Reagan sin duda había estado rechazando.

A medida que la medicación hacía efecto, el rígido control de Reagan se suavizó ligeramente. —No has dado tu opinión durante la discusión —señaló—. Sobre la propuesta de inmunidad. Sobre el futuro de la red.

Eve se sentó al lado de la cama. —Porque todavía la estoy formando. Hace seis meses, habría insistido en un procesamiento completo sin importar el motivo o el resultado. Hace tres meses, te estaba cazando como a una justiciera asesina. Ahora estoy negociando acuerdos de inmunidad con el mismo sistema que intentó matarte y que corrompió todo en lo que creía.

—Todo un viaje filosófico, capitana Morgan —observó Reagan, con un atisbo de su antiguo humor socarrón abriéndose paso a través del efecto de la medicación.

—El viaje no ha terminado —reconoció Eve—. Para ninguna de las dos.

Los ojos de Reagan se encontraron con los suyos, más vulnerables de lo que Eve los había visto desde su reencuentro. —Cuando empecé esta misión, nunca esperé sobrevivir para completarla. No había un «después» en mi valoración.

—¿Y ahora?

—Ahora me veo en la tesitura de tener que considerar posibilidades más allá de la venganza —la voz de Reagan se suavizó, pues la medicación estaba bajando sus defensas habituales—. De tener que considerar qué aspecto tiene la justicia en colaboración en lugar de en aislamiento.

Eve cogió la mano de Reagan, con cuidado de la vía intravenosa que todavía le suministraba antibióticos. —La oferta de inmunidad representa algo que ninguna de las dos anticipamos: que el sistema reconozca su catastrófico fracaso y ofrezca una reforma legítima.

—¿Puedes confiar en él? —preguntó Reagan; la pregunta entrañaba un significado más profundo de lo que su aparente sencillez sugería—. ¿Después de todo lo que ha pasado?

—A ciegas no —reconoció Eve—. Pero creo que nos hemos ganado el derecho a ayudar a dar forma a lo que venga después —vaciló antes de añadir—: Juntas.

La mirada de Reagan se mantuvo firme a pesar de que la medicación empezaba a nublar su conciencia. —Juntas —repitió en voz baja, una palabra que tenía un peso que iba más allá de esta conversación, más allá de la propuesta de inmunidad, más allá del incierto futuro de la red.

Eve permaneció a su lado mientras los ojos de Reagan finalmente se cerraban, y el agotamiento y la medicación se apoderaban de su consciencia. Fuera, las integrantes de la red continuaban su debate sobre la transformación y el propósito futuro. La decisión sobre la propuesta de inmunidad llegaría más tarde, tras una cuidadosa consideración de todas las implicaciones.

Por ahora, Eve se permitió el pequeño consuelo de tener la mano de Reagan en la suya, una prueba tangible de que ambas habían sobrevivido para ver cómo se hacía justicia, por muy imperfecta que fuera. Lo que viniera después —ya fuera el testimonio federal, la transformación de la red o caminos aún no concebidos— lo afrontarían como compañeras en lugar de como adversarias.

La misión que había consumido una década de la vida de Reagan, que le había costado todo, incluida su identidad, por fin había llegado a su fin. Puede que las heridas —físicas o no— nunca sanaran del todo, pero habían sobrevivido para ver prevalecer la justicia.

Ahora llegaba el reto más difícil: construir algo más allá de la venganza, más allá de la misión que las había definido a ambas de maneras tan diferentes. Construir algo que, con el tiempo, pudiera parecerse a la paz.



Dos semanas después de la propuesta de inmunidad, Eve se encontraba ante la sede temporal del Departamento de Policía de Phoenix Ridge. El edificio administrativo, situado frente a la comisaría principal, había sido reconvertido a toda prisa tras la detención del comisario Brooks, simbolizando el intento del departamento de desvincularse de una cúpula corrupta.

El sol de la mañana proyectaba largas sombras sobre la entrada mientras Eve estudiaba el familiar emblema del escudo sobre la puerta, grabado con el lema del departamento: «Proteger y Servir». Después de veinte años, había entendido la primera parte a la perfección: protección táctica, seguridad física, prevención del delito. Solo recientemente había llegado a comprender el significado más profundo de servir: justicia más allá del procedimiento, rendición de cuentas sin concesiones.

—¿Lista? —preguntó Reagan a su lado, más erguida de lo que su herida aún en curación le permitía.

Eve la miró de reojo, percatándose de cómo ocultaba cuidadosamente su malestar bajo un exterior sereno. A pesar del consejo médico, Reagan había insistido en asistir a esta reunión. La doctora Hammond finalmente había cedido, pero con estrictas limitaciones y la promesa de que reanudaría su recuperación inmediatamente después.

—Los agentes federales han asegurado el edificio —confirmó Eve —. Foster confirma que Winters está sola en la sala de conferencias.

—¿Y Martinez?

—Reasignada a la División del Puerto, a la espera de una investigación interna.

Reagan asintió, y una fugaz satisfacción se dibujó en su rostro antes de que recuperara su máscara profesional. Pasaron por el control de seguridad, donde los agentes federales verificaron sus identidades y les realizaron el registro de armas reglamentario a pesar del acuerdo de inmunidad. Eve observó que la postura de Reagan se mantenía vigilante a pesar de las protecciones existentes; una década de instinto de supervivencia no se deja de lado fácilmente.

Las acompañaron hasta la tercera planta, donde la subjefa Winters las esperaba en la sala de conferencias de la esquina; una elección deliberada que Eve reconoció al instante. A diferencia de las principales salas de reuniones con paredes de cristal que simbolizaban la transparencia, esta ofrecía privacidad y seguridad, con múltiples vías de salida y acceso restringido.

—Capitana Morgan —saludó Winters al entrar—. Señorita Shaw. Gracias por venir.

Eve estudió la sala con detenimiento; la evaluación profesional, automática tras años de entrenamiento. Sobre la mesa de conferencias había una grabadora digital, cuya luz roja indicaba que estaba activada. La documentación formal de su comparecencia, tal como exigía el acuerdo de inmunidad.

—Esta reunión se está grabando de acuerdo con los protocolos federales —confirmó Winters, señalando unas sillas—. Por favor, siéntense.

Eve se colocó de espaldas a la pared, con Reagan a su lado, ambas manteniendo una línea de visión despejada hacia la puerta. Winters observó su disposición sin hacer ningún comentario.

—Empezaré por confirmar que sus acuerdos de inmunidad firmados ya están en vigor —declaró Winters formalmente—. Sus testimonios contra el senador Barrow se han programado para el mes que viene, con los protocolos de seguridad pertinentes en marcha.

—¿Y los miembros de la red? —preguntó Reagan directamente.

—Dieciocho han aceptado el estatus de testigos confidenciales —confirmó Winters—. Los demás siguen bajo consideración, a la espera de la revisión final.

Eve se inclinó hacia delante. —¿Esas revisiones deben agilizarse? Algunos miembros siguen siendo vulnerables hasta que se establezcan protecciones formales.

Winters asintió. —Las autoridades federales están priorizando los casos en función de los niveles de riesgo evaluados. La doctora Hammond y la señorita Gresham ya han sido incluidas en el programa de protección de testigos. Otras lo serán en el transcurso de la semana.

La expresión de Reagan no reveló nada, pero Eve notó la ligera relajación de la tensión en sus hombros. Los miembros de la red habían sido responsabilidad de Reagan durante una década; su seguridad seguía siendo su principal preocupación incluso ahora.

—El propósito de la reunión de hoy —continuó Winters— va más allá de las actualizaciones de procedimiento. El departamento está llevando a cabo una reestructuración integral tras la revelación de corrupción en múltiples niveles.

—Una reestructuración necesaria —señaló Eve—. Hacía mucho tiempo que debía haberse hecho.

—Efectivamente. —La expresión de Winters se tornó seria—. Lo cual me lleva a un asunto formal que requiere una resolución. —Abrió una carpeta y sacó un documento con el sello del departamento—. Esto concierne a su situación, capitana Morgan.

Eve había previsto este momento desde que aceptó el acuerdo de inmunidad. La separación oficial del departamento para el que

había servido durante veinte años; la formalización de su elección de ponerse del lado de Reagan en lugar del sistema en el que una vez había creído ciegamente.

—Sus acciones, aunque finalmente sacaron a la luz una corrupción de suma importancia, violaron numerosas normativas y procedimientos del departamento —declaró Winters para que constara en acta—. En circunstancias normales, estas violaciones habrían supuesto un despido fulminante.

—Estas circunstancias fueron de todo menos normales —intervino Reagan, con una tensión palpable en la voz a pesar de su expresión controlada.

—Precisamente por eso estamos aquí —convino Winters, sorprendiéndolas a ambas. Dejó otro documento sobre la mesa—. Esta es una oferta oficial de reincorporación, con un ascenso a subcomisaria con efecto inmediato. Restitución íntegra de su rango, sus prestaciones y su expediente.

Lo inesperado de la oferta hizo que Eve perdiera la compostura por un momento. Una reincorporación en lugar de un despido; un camino de vuelta al sistema que había abandonado.

—El departamento reconoce que sus acciones, aunque poco ortodoxas, demostraron un extraordinario compromiso con la justicia —continuó Winters—. La nueva cúpula directiva cree que su perspectiva sería de un valor incalculable durante este periodo de transición.

Eve estudió el documento sin alargarse a cogerlo. —¿Y cuál sería la situación de Reagan en este acuerdo?

—La señora Shaw sería clasificada como asesora especial en prevención de la corrupción departamental y trabajaría a través de su oficina con las autorizaciones de seguridad pertinentes. —La mirada de Winters se desvió hacia Reagan—. Sus métodos fueron extremos, pero su comprensión de la vulnerabilidad sistémica no tiene parangón.

La expresión de Reagan no reveló nada, pero Eve sintió la ligera tensión en su postura: a la justiciera se le ofrecía una rehabilitación parcial dentro del mismo sistema que una vez había intentado matarla.

—Considérenlo detenidamente —aconsejó Winters—. Esta oportunidad representa un reconocimiento sin precedentes del fracaso departamental y un compromiso con una reforma genuina.

Eve miró a Reagan en busca de algún indicio de lo que pensaba. Reagan le sostuvo la mirada, sin ofrecerle ni aliento ni desánimo, dejándole la decisión enteramente a ella.

El peso de veinte años de uniforme presionaba la conciencia de Eve. El orgullo que había sentido al llevar la placa, la satisfacción de los casos resueltos, la comunidad que había creído proteger mediante el cumplimiento de los procedimientos y protocolos. Se le estaba ofreciendo el camino de vuelta, con un rango y un reconocimiento que superaban lo que había logrado antes.

—Agradezco la oferta —dijo Eve finalmente, mirando directamente a Winters—. Pero debo rechazarla.

La sorpresa de Winters fue evidente a pesar de su control profesional. —¿Puedo preguntar por qué? Esto representa una reivindicación total de sus acciones, capitana.

—Porque el sistema necesita algo más que una reforma interna —replicó Eve—. Necesita una rendición de cuentas externa y una supervisión independiente que entienda ambas caras de la ecuación de la justicia. —Miró a Reagan antes de continuar—. Reagan creó algo necesario cuando las vías oficiales fracasaron. Esa necesidad no desaparece con las detenciones de Brooks y Barrow.

—Está eligiendo permanecer fuera del sistema para el que sirvió durante veinte años —observó Winters.

—Estoy eligiendo servir a la justicia a través de otros canales —corrigió Eve—. El departamento necesita agentes honestos que trabajen por la reforma desde dentro. También necesita una supervisión honesta que trabaje desde fuera.

La comprensión afloró en la expresión de Winters. —Va a continuar con la red de Shaw.

—De forma modificada —confirmó Eve—. Defensa y supervisión legítimas en lugar de justicia por mano propia. Pero independiente del control del departamento.

Winters se reclinó en su asiento, estudiando a ambas mujeres con una nueva perspectiva. —No era la respuesta que esperaba.

—La reforma requiere múltiples enfoques —intervino Reagan por primera vez desde que se había presentado la oferta—. Algunos desde dentro del sistema, otros desde fuera. Equilibrio en lugar de oposición.

Eve metió la mano en la chaqueta y sacó su placa, colocándola sobre la mesa entre ellas. El metal reflejó las luces del techo, brillando con la misma autoridad que había ostentado durante toda su carrera.

—Le devuelvo esto oficialmente —dijo con voz firme, a pesar de la trascendencia del momento—. Con gratitud por lo que representó en sus mejores momentos y con la esperanza de que quienes la lleven en el futuro recuerden tanto su propósito como sus limitaciones.

Winters aceptó la placa con la debida solemnidad. —El departamento se verá mermado sin usted, Morgan.

—El departamento evolucionará, como debe ser —replicó Eve—. Y nosotras estaremos vigilando para asegurarnos de que esa evolución sirva a la justicia en lugar de a la preservación institucional.

Mientras la reunión concluía con detalles de procedimiento sobre su próximo testimonio, Eve sintió la presencia de Reagan a su lado, sólida e inquebrantable. La decisión que había tomado no era solo rechazar la reincorporación, sino comprometerse con la colaboración que habían comenzado en medio del conflicto y que ahora continuaban mediante una alianza elegida.

Fuera del edificio, Phoenix Ridge se extendía ante ellas, la ciudad a la que ambas habían servido de maneras tan diferentes durante tantos años. La cordillera que había dado nombre a la ciudad se alzaba en la distancia, con sus cumbres bañadas por la luz del sol.

—Te ha ofrecido todo aquello por lo que has trabajado —observó Reagan mientras caminaban hacia su vehículo—. Rango, reconocimiento, vindicación.

—Ofrecía una vuelta a lo que era —dijo Eve—. A mí me interesa más crear lo que debería ser.

El paso de Reagan se ralentizó ligeramente; su herida se hacía notar a pesar de su determinación. —¿Y qué es lo que debería ser,

según la valoración de la capitana Morgan?

Eve se detuvo y se giró para mirar a Reagan de frente. —Una justicia que no requiera sacrificar la conciencia por el procedimiento. Una rendición de cuentas que se aplique sin importar el poder o la posición. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y una colaboración que equilibre en lugar de dividir.

Un atisbo de sonrisa asomó a los labios de Reagan. —Menuda evolución para la capitana que me daba caza por ser una justiciera asesina.

—La evolución implica mejora —respondió Eve—. Me gustaría pensar que eso es lo que esto representa.

Mientras seguían hacia el vehículo, Eve echó un último vistazo al edificio del departamento, no con arrepentimiento, sino con reconocimiento. La institución la había moldeado de maneras fundamentales, le había enseñado disciplina y un propósito, y le había dado habilidades que siempre formarían parte de su identidad. Pero el camino a seguir estaba en otra parte.

La placa que había llevado durante veinte años ahora descansaba sobre el escritorio de Winters, un capítulo oficialmente cerrado. Lo que se abría ante ellas permanecía por escribir, incierto pero lleno de posibilidades.



Un mes después de la dimisión de Eve del departamento, se encontraba en el espacio cavernoso de lo que una vez fue un almacén del puerto. La luz de la mañana entraba a raudales por los ventanales recién instalados, iluminando paredes de ladrillo visto y vigas de soporte industriales que hablaban de la historia del edificio.

—¿Qué te parece? —preguntó, volviéndose hacia Reagan, que examinaba el espacio con detenimiento.

—Líneas de visión excelentes —observó Reagan, cuya mente catalogaba automáticamente los aspectos de seguridad—. Múltiples puntos de salida. Proximidad tanto al centro como al puerto. Estructuralmente sólido y con potencial para modificaciones.

Eve sonrió. —Preguntaba por la estética, pero una evaluación táctica también me vale.

Reagan completó su recorrido por el lugar, con movimientos más firmes a medida que avanzaba su recuperación. El cabestrillo había sido sustituido por un soporte más limitado, lo que le permitía una mayor movilidad mientras el hombro dañado seguía curándose.

—Los planos de la reforma son muy completos —reconoció Reagan, revisando los diseños extendidos sobre una mesa improvisada—. Despachos en la pared este. Salas de consulta con elementos de privacidad. Zona de entrenamiento en la sección norte. Sistemas de seguridad por todas partes.

Eve se unió a ella junto a los planos. —La proximidad al puerto ofrece tanto visibilidad como discreción. Accesible para quienes necesiten los servicios, al tiempo que se mantiene la seguridad operativa.

—Servicios de Protección Phoenix Ridge —leyó Reagan del diseño propuesto para el rótulo—. Profesional, poco específico, apropiado para nuestras futuras funciones.

Habían pasado el último mes definiendo esas funciones mientras Reagan se recuperaba y Eve gestionaba la transición de la red de una operación clandestina a una empresa legítima. El acuerdo de inmunidad les había proporcionado protección legal, pero transformar la metodología de justicieros en servicios profesionales requería una delicada planificación.

La puerta del almacén se abrió y entraron Elena y Sophia, que llevaban maletines de equipo que dejaron cerca de los planos.

—Los diseños del sistema de seguridad, tal y como solicitasteis —informó Elena—. De última generación, pero discreto. Nada que pueda despertar las sospechas del departamento y, al mismo tiempo, mantiene las medidas de protección necesarias.

Sophia desplegó más documentación junto a los planos. —Los documentos de constitución están listos para su presentación. La estructura legal se ha establecido como una empresa privada de seguridad y consultoría con un enfoque especializado en la seguridad de las mujeres y la rendición de cuentas institucional.

Eve estudió los documentos con mucha atención. El marco legal que habían creado transformaba las operaciones clandestinas en servicios legítimos: protección para mujeres vulnerables, consultoría de seguridad para organizaciones y programas de formación especializados.

—Los miembros de la red que han decidido unirse a la transición están preparados para empezar cuando terminen las reformas —continuó Sophia—. Algunos mantendrán un estatus confidencial, mientras que otros se sienten cómodos con roles públicos.

—La doctora Hammond ha establecido la división de consulta médica —añadió Elena—. Apoyo especializado para clientes con antecedentes de trauma o necesidades médicas continuas.

Reagan repasó el contorno del plano con reflexiva precisión. —El espacio físico importa. Durante una década, hemos operado desde lugares ocultos. Esto representa algo diferente: visibilidad con los límites adecuados.

—Equilibrar la accesibilidad y la seguridad —convino Eve—. El mismo equilibrio que estamos buscando en nuestro enfoque operativo.

Mientras Elena y Sophia continuaban con su presentación de las especificaciones técnicas, Eve observó la meticulosa atención que Reagan prestaba a los detalles. La justiciera que había operado desde un calculado aislamiento durante tanto tiempo estaba ahora plenamente comprometida en la construcción de algo colaborativo y duradero. La transición se manifestaba de forma sutil: en su disposición a incorporar la experiencia de otros, en su enfoque en la sostenibilidad en lugar de en objetivos de misión singulares.

Cuando la reunión concluyó, Eve y Reagan permanecieron en el espacio del almacén, cuyo vacío ahora estaba lleno de potencial en lugar de ausencia.

—El juicio del senador Barrow comienza la semana que viene —señaló Eve, acercándose a las ventanas que daban al puerto—. Nuestro testimonio está programado para el tercer día.

Reagan se unió a ella, siguiendo con la mirada a un barco de pesca mientras navegaba entre las balizas del canal. —El fiscal

federal espera veredictos de culpabilidad para todos los cargos. Las pruebas son abrumadoras.

—Justicia por la vía legal —observó Eve—. Como debería haber sido desde el principio.

—Si los cauces no hubieran estado corrompidos —dijo Reagan. Su expresión seguía siendo vigilante mientras observaba el tráfico del puerto—. Brooks mantiene su inocencia a pesar de las pruebas. Afirma no saber nada de las actividades de su marido.

—Los registros financieros demuestran lo contrario —replicó Eve —. El jurado no se creerá sus negativas.

Reagan asintió, aunque algo en su postura sugería una persistente preocupación. —La corrupción sistémica rara vez se elimina por completo. Habrá otros que ocupen sus puestos, que sigan operando con mayor cautela.

—Que es precisamente por lo que esto —dijo Eve, señalando el espacio del almacén a su alrededor— importa tanto como el testimonio. Una rendición de cuentas continua en lugar de una revelación puntual.

La expresión de Reagan se suavizó ligeramente. —Has asumido por completo el papel de vigilante.

—He asumido la necesidad del equilibrio. La justicia requiere tanto un sistema como una supervisión, un proceso interno y una rendición de cuentas externa.

Se dirigieron hacia la salida trasera del almacén, donde un pequeño patio daba al agua.

—Deberíamos hablar de la estructura de liderazgo operativo —dijo Reagan tras un cómodo silencio—. Definiciones claras de autoridad y responsabilidad.

—Socias —respondió Eve, sencillamente—. Aportaciones equitativas, habilidades complementarias. Tu experiencia táctica, mi experiencia en investigación. Toma de decisiones compartida.

Reagan lo consideró. —Una asociación en el contexto profesional.

—Y más allá —añadió Eve con deliberada intención—. Si eso es lo que quieres.

La pregunta quedó flotando entre ellas, cargada de un significado que iba más allá de los acuerdos comerciales. Reagan se giró hacia

el agua, con su perfil recortado contra la vista del puerto.

—Durante diez años, no fui más que una misión —dijo finalmente —. La venganza lo consumió todo: mi identidad, mis vínculos, cualquier posibilidad. Nunca esperé sobrevivir tras completarla, nunca planeé lo que vendría después.

—¿Y ahora? —inquirió Eve con delicadeza.

Reagan se volvió hacia ella, y la vulnerabilidad asomó bajo su apariencia serena. —Ahora me descubro deseando cosas que había olvidado que eran posibles. Una vida más allá de la venganza.

—¿Conmigo?

—Contigo —confirmó Reagan, con unas palabras sencillas pero cargadas con el peso de todo lo que habían superado para llegar a ese punto—. Socias en todos los sentidos de la palabra. Signifique lo que signifique, nos lleve a donde nos lleve.

Eve acortó la distancia que las separaba, teniendo cuidado con el hombro de Reagan, que todavía se estaba curando, mientras la atraía hacia sí. —Significa construir algo que sirva a la justicia sin que requiera el sacrificio de todo lo demás.

—Significa no morir sola —añadió Reagan con una crudeza sorprendente—. Significa tener algo por lo que vivir más allá de la misión.

—Ambas hemos sobrevivido para ver cómo se hacía justicia —observó Eve—. Ahora nos toca a nosotras definir qué viene después.

Mientras las luces del puerto empezaban a encenderse con la llegada de la noche, permanecieron en el patio, discutiendo planes operativos que poco a poco derivaron en consideraciones más personales. El almacén necesitaría una zona residencial, decidieron. Un lugar donde ambas pudieran vivir mientras supervisaban el desarrollo de la operación, manteniendo la seguridad y echando unas raíces que ninguna de las dos se había permitido en años.

—He guardado algo —admitió Eve mientras el crepúsculo se cernía sobre ellas—. De antes.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña caja de terciopelo: el anillo de compromiso que Eve nunca había tenido la oportunidad de ofrecerle antes de que Reagan desapareciera.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo. Todavía no —aclaró Eve, abriendo la caja para revelar el sencillo diamante—. Pero quiero que sepas que he guardado esto a pesar de todo, de creer que estabas muerta o que te habías ido, de perseguirte como justiciera, de todo lo que nos ha traído hasta este momento.

Reagan examinó el anillo, y una profunda emoción parpadeó tras su expresión habitualmente controlada. —¿Nunca te rendiste del todo, verdad?

—Contigo nunca del todo —reconoció Eve—. Ni siquiera cuando creía que lo había hecho.

Reagan cerró la caja de terciopelo con delicadeza y se la devolvió a Eve. —Vuelve a preguntármelo cuando hayamos convertido esto —dijo, señalando el almacén, el puerto, el futuro que tomaba forma a su alrededor— en algo sólido. Cuando estemos seguras de que esta sociedad funciona más allá de la misión y la crisis.

—Lo haré —prometió Eve, comprendiendo la sensatez de la respuesta de Reagan. Habían sobrevivido juntas a circunstancias extraordinarias, pero construir un futuro sostenible requería unos cimientos diferentes a los que la adrenalina y un propósito compartido podían proporcionar por sí solos.



Mientras cerraban el almacén con llave, Eve echó un vistazo al espacio que pronto se transformaría en Phoenix Ridge Protection Services. El diseñador del letrero había incorporado elementos sutiles de la historia de la ciudad: la silueta del faro, la cordillera como telón de fondo y un estilizado fénix resurgiendo de las llamas, una reinterpretación de la tarjeta de visita de la justiciera convertida en un símbolo de transformación en lugar de venganza.

—¿En qué piensas? —preguntó Reagan, al percatarse de que Eve observaba el edificio prolongadamente.

—En que hemos cerrado el círculo —respondió Eve—. Hace diez años, desapareciste para protegerme de la corrupción que habías

descubierto. Ahora estamos construyendo algo juntas para proteger a otros de amenazas similares.

—Con una diferencia fundamental —señaló Reagan—. Lo estamos haciendo a la luz del día.

Mientras caminaban hacia el coche, el puerto de Phoenix Ridge se extendía ante ellas, y las luces de la ciudad se reflejaban en el agua oscura. El haz de luz del faro trazaba su arco protector sobre la bahía, guiando a los barcos a un puerto seguro, tal y como había hecho durante más de un siglo.

Se alejaron del puerto en coche mientras sus planes se consolidaban entre ellas; no solo los del desarrollo de la empresa de seguridad, sino también los de la vida que construirían juntas. Fuesen cuales fuesen los desafíos que las aguardaban —en declaraciones ante los tribunales, en el desarrollo del negocio, en su asociación tanto profesional como personal—, los afrontarían juntas.

Reagan Shaw había sobrevivido para ver cumplida su misión de una década. Eve Morgan había encontrado un propósito más allá del sistema al que había servido. Juntas, aunaban lo mejor de sus dos mundos para hacer frente a cualquier futuro que las esperase.

EPÍLOGO

El sol entraba a raudales por el muro de ventanas de la planta principal de Phoenix Ridge Protection Services y bañaba las paredes de luz. Eve se detuvo en lo alto de la escalera industrial, saboreando el momento de tranquilidad antes de que el día comenzara de verdad. El almacén que habían comprado cinco años atrás se había convertido en algo extraordinario, tanto en su propósito como en su diseño.

Las paredes de ladrillo visto ahora exhibían artículos de periódico enmarcados que narraban su viaje desde la justicia por mano propia hasta convertirse en una empresa legítima. Los suelos de hormigón sostenían colchonetas de entrenamiento en la zona táctica donde Reagan dirigía las sesiones. Salas de consulta con paredes de cristal se alineaban en el muro este, diseñadas para dar privacidad sin renunciar a la estética diáfana. En el centro, un grupo de puestos de trabajo bullía de actividad incluso a esa hora tan temprana.

Eve bajó las escaleras, aspirando el familiar aroma a café recién hecho que Sophia preparaba cada mañana en la cocina común. El espacio se sentía vivo, resuelto, seguro; todo lo que a sus vidas anteriores les había faltado de distintas maneras.

—Reunión informativa en diez minutos —anunció Reagan desde la sala de entrenamiento, donde trabajaba con tres miembros nuevos del personal en los protocolos de extracción. Incluso desde esa distancia, Eve se fijó en que sus movimientos no mostraban

rastro alguno de las heridas que casi la habían matado cinco años atrás.

Eve sonrió, todavía asombrándose en ocasiones al ver a Reagan dirigir un entrenamiento a plena luz del día en lugar de impartir justicia desde las sombras. Su equipo táctico había sido sustituido por una vestimenta más convencional: pantalones de color carbón y una camisa azul marino entallada que mantenía la profesionalidad sin impedir el movimiento. El único recordatorio visible de su pasado como justiciera era el colgante del fénix que llevaba al cuello, un recuerdo privado de su transformación.

—Han llegado los contratos del caso Patterson —informó Elena, acercándose con una tableta que mostraba la documentación—. Protección federal autorizada. Tenemos luz verde para empezar la extracción mañana.

Eve revisó los detalles, percatándose de la intersección con casos en curso. —Póngase en contacto con la doctora Hammond para los protocolos médicos. La señora Patterson mencionó unas lesiones anteriores que podrían requerir un transporte especializado.

La reunión informativa matutina comenzó puntualmente, con quince mujeres reunidas en la zona de conferencias; algunas pertenecían a la red original, otras habían sido reclutadas desde su establecimiento legal. Eve observó sus interacciones con silenciosa satisfacción: profesionales unidas por un propósito en lugar de fugitivas unidas por la necesidad.

—Tres extracciones activas —anunció Reagan, de pie junto a la pizarra digital que mostraba los casos actuales—. La de la familia Patterson está programada para mañana: marido adinerado con conexiones políticas e historial de violencia creciente. La de los hermanos García, en fase de preparación: faltan dos semanas para la vista por la custodia de su madre. Reubicación de Reynolds en seguimiento final: treinta días segura y sin brechas de contacto.

Eve dio un paso al frente, con un estilo de liderazgo que complementaba el enfoque astuto de Reagan. —La extracción de los Patterson requiere coordinación federal. Elena y Sophia la dirigirán con el apoyo de todo el equipo. La preparación de los García

necesita documentación adicional. Mira, póngase en contacto con su abogado para la recopilación de pruebas admisibles.

Cuando el equipo se dispersó para ocuparse de sus responsabilidades, Reagan se reunió con Eve junto a la pizarra de casos. —Patterson tiene conexiones con el sobrino del excomisario Brooks —señaló en voz baja—. Podría haber complicaciones.

—Ya lo he visto —reconoció Eve—. Hemos alertado a los contactos federales para que vigilen cualquier interferencia.

La expresión de Reagan reveló un escepticismo momentáneo; la desconfianza instintiva de la justiciera hacia las soluciones institucionales nunca se había borrado del todo, a pesar de los cinco años de funcionamiento legítimo.

Eve le tocó el brazo con suavidad. —Diferente método, mismo propósito —le recordó—. Nos adaptamos.

Reagan asintió y la tensión de sus hombros se relajó. —¿Consulta con la clienta a las nueve?



La mujer que llegó a las nueve se parecía a muchas otras que habían acudido a Phoenix Ridge Protection Services en los últimos cinco años: vestida de forma profesional, aparentemente serena, pero con la hipervigilancia propia de una exposición prolongada a la violencia impredecible.

—Madison Wagner —la saludó Eve, tendiéndole la mano—. Soy Eve Morgan. Ella es Reagan Shaw. Gracias por venir hoy.

—La doctora Hammond dijo que quizá ustedes podrían ayudarme —respondió Madison, con la voz firme, aunque las manos le temblaban ligeramente al aceptar el asiento que le ofrecían—. La policía ha sido... poco comprensiva.

Eve reconoció esa cuidadosa formulación, la minimización que las víctimas suelen emplear cuando los sistemas les han fallado repetidamente. —Cuéntenos qué está pasando y juntas exploraremos las opciones.

Mientras Madison describía su situación —un marido empresario de renombre cuya filantropía pública enmascaraba un terrorismo privado, las amenazas cada vez más graves cuando ella mencionaba la separación, el control financiero que la dejaba sin recursos—, Eve observó la esmerada atención de Reagan. Cinco años de operaciones legítimas no habían mermado su capacidad para reconocer patrones ni su compromiso con la intervención.

—Su familia tiene una influencia considerable —explicó Madison —. Cuando intenté poner una denuncia, me dijeron que debería estar agradecida por lo que tengo. Que los matrimonios son complicados.

—Esa respuesta nos resulta familiar —dijo Reagan—. Pero eso no significa que sea correcta.

—Lo que describe cumple nuestros criterios para una asistencia integral —explicó Eve, mientras abría una tableta encriptada—. Podemos ayudarla con una extracción segura, alojamiento temporal, apoyo legal y protocolos de seguridad.

El alivio se reflejó en el rostro de Madison, la primera emoción genuina que se abría paso a través de su cuidada máscara. —¿Cómo funciona?

Reagan se acercó a la pantalla digital para mostrar una presentación segura. —Empezamos con una evaluación exhaustiva y la recopilación de documentación. Luego, desarrollamos un plan de extracción basado en los factores de riesgo y los patrones de comportamiento.

Mientras Reagan esbozaba su metodología, Eve se dio cuenta de la eficacia con la que comunicaba la seguridad sin infundir más miedo.

—Hemos ayudado a más de trescientas mujeres a escapar de situaciones similares —añadió Eve—. Incluidos casos que involucraban a hombres poderosos con recursos considerables.

—¿Como la extracción de Harrington del año pasado? —preguntó Madison—. ¿Fue su organización?

Eve asintió. Sebastian Harrington —uno de los últimos miembros que quedaban de la red original que Reagan había tenido en su punto de mira— había sido finalmente desenmascarado a través de

los canales legales en lugar de por la justicia por mano propia. La extracción de su mujer había ocupado los titulares cuando él intentó usar sus contactos políticos para anular las órdenes de alejamiento.

Al final de la consulta, Madison había pasado de una cautelosa esperanza a una participación activa, revisando los protocolos iniciales de seguridad y programando su próxima cita. Después de que Elena la acompañara a la salida segura, Reagan se giró hacia Eve.

—Tácticas de aislamiento y control de manual —observó—. Michael Wagner muestra todos los indicadores de alto riesgo.

—Necesitaremos coordinación federal dados los contactos de su marido —convino Eve—. Y documentación adicional de las pruebas financieras.

La expresión de Reagan se ensombreció por un momento. —Cinco años de operaciones legítimas y todavía nos encontramos con los mismos patrones de abuso encubierto.

Eve reconoció el destello de la justiciera bajo la fachada de la consultora de seguridad. —Hemos progresado —le recordó—. El grupo de trabajo contra la violencia de género de la fiscal Powell se vio directamente influenciado por nuestra documentación. Las reformas del departamento del capitán Foster han aumentado los procesamientos con éxito en un sesenta por ciento.

—Todavía hay demasiados que se libran de las consecuencias —replicó Reagan, aunque sin la amargura que podría haber teñido comentarios similares años atrás.

—Por eso ambos enfoques siguen siendo necesarios —dijo Eve—. La reforma legal y los servicios de protección independientes. Ninguno es suficiente por sí solo.

La expresión de Reagan se suavizó. —Socias en todos los sentidos de la palabra.

La frase se había convertido en su forma de entenderse a lo largo de los años: un reconocimiento tanto de su colaboración profesional como de su conexión personal. Enfoques diferentes unidos por un propósito común, más fuertes juntas de lo que ninguna podría ser por separado.

~

Eve se despertó con el suave zumbido de la alarma de su reloj, con el dormitorio aún envuelto en la oscuridad. A su lado, Reagan dormía profundamente, con una respiración honda y regular, una paz que se había desarrollado gradualmente a lo largo de los años que habían pasado juntas.

Su hogar ocupaba la última planta del almacén reconvertido, creado a partir de lo que antes había sido un espacio de almacenamiento vacío. Unas ventanas de suelo a techo ofrecían la misma vista espectacular que su espacio profesional de abajo, pero aquí la estética se había suavizado: muebles cómodos, fotografías en las paredes, libros esparcidos por las mesas. Un hogar en lugar de un simple refugio, impregnado del calor de una vida compartida.

Eve se deslizó fuera de la cama sin despertar a Reagan y siguió su rutina matutina. El café se preparaba mientras ella terminaba su carrera por el sendero del puerto, regresando justo cuando el sol comenzaba a salir.

Cuando Eve regresó, Reagan estaba de pie junto a la isla de la cocina, leyendo informes en su tableta mientras sorbía café de una taza adornada con el logotipo de la Academia de Policía de Phoenix Ridge, un regalo de broma de Foster en el quinto aniversario de que Eve entregara su placa.

—La extracción de Patterson está confirmada para mañana —informó Reagan sin levantar la vista—. El equipo federal proporcionará un perímetro secundario.

Eve se sirvió café; la domesticidad del momento aún la sorprendía de vez en cuando por lo inesperada que resultaba. Qué extraño que hubieran encontrado ese ritmo tranquilo después de años de separación y conflictos.

—El equipo de Elena completó ayer el reconocimiento final —confirmó Eve, estudiando a Reagan por encima del borde de su taza —. El equipo de seguridad del marido tiene patrones predecibles que podemos sortear.

Reagan dejó la tableta a un lado, completamente presente en el momento, como había aprendido a estar durante los años que llevaban juntas. Al principio, cuando retomaron su relación, el trabajo había dominado todas las conversaciones. Ahora habían establecido límites que preservaban espacios para, sencillamente, estar juntas.

—El comité del Festival del Orgullo ha llamado mientras corrías —dijo Reagan, sacando bayas frescas del frigorífico—. Quieren saber si seguimos organizando la reunión informativa de seguridad la semana que viene.

—Confirmado —respondió Eve—. El capitán Foster prometió más agentes este año.

—Los antiguos adversarios se convierten en los aliados más fuertes… o eso me has enseñado tú —añadió Eve con una sonrisa.

Reagan le devolvió la sonrisa. —La doctora Hammond ha informado de que todos los suministros médicos para el puesto de primeros auxilios del festival están asegurados. Todo va saliendo bien.

Desayunaron con una cómoda familiaridad, con conversaciones que pasaban de las obligaciones profesionales a los planes personales. El contraste con sus vidas anteriores seguía siendo sorprendente: el estéril ático de Eve, donde había vivido sola con sus murales de pruebas y expedientes de casos; el espartano refugio de montaña de Reagan, diseñado por necesidad para la supervivencia más que para la comodidad.

—¿Recuerdas cuando se suponía que tenías que arrestarme? —preguntó Reagan de repente, con un desafío juguetón en la voz que pocos aparte de Eve llegaban a oír.

—Te *detuve* —replicó Eve, retirando los platos de la mesa—. Lo que pasa es que te fugaste.

—Después de que ya me hubieras ayudado a destapar la mitad de la corrupción de Phoenix Ridge —le recordó Reagan, apoyándose en la encimera con los brazos cruzados—. No era un trabajo policial muy ortodoxo, capitana Morgan.

—Excapitana —la corrigió Eve, acercándose—. Y gracias al cielo por ello.

—Entregaste tu placa en su lugar —reconoció Reagan, con la voz más suave—. Elegiste ponerte del lado de una justiciera en lugar del departamento. Menudo cambio de carrera.

—La mejor decisión que he tomado en mi vida —respondió Eve, acortando la distancia entre ellas—. Aunque técnicamente para entonces eras una «sospechosa fugada», no solo una justiciera.

—Cuestión de matices —descartó Reagan, aceptando el beso de Eve con la naturalidad de una intimidad consolidada. Cinco años habían transformado una tentativa de reconexión en algo sólido y seguro, una asociación que ninguna de las dos había imaginado del todo posible durante los años que pasaron separadas.

Mientras se preparaban para el día que tenían por delante, Eve observó los movimientos de Reagan: la gracia desenfadada que había recuperado a medida que sus heridas sanaban y la conciencia vigilante que seguía formando parte de su naturaleza fundamental, pero que ya no dominaba todo su ser. La mujer que había existido únicamente para la venganza había encontrado un propósito más allá de la misión.

Y Eve, que una vez se había definido por completo a través de su placa y su cargo, había descubierto que la justicia servía a muchos señores; algunos dentro del sistema, otros necesariamente fuera de él.

~

Al anochecer, estaban en la azotea de su almacén reconvertido. El jardín que Reagan había cultivado a lo largo de los años ofrecía un santuario sobre la ciudad. Unas luces iluminaban los caminos entre las zonas de descanso donde a menudo terminaban sus días.

—El capitán Foster ha llamado por la propuesta de consultoría —dijo Reagan, acomodándose en una silla confortable con vistas al puerto—. El departamento va a crear una división especializada en casos de violencia doméstica y trata de personas. Quieren nuestra experiencia para desarrollar los protocolos de formación.

Eve se reunió con ella, fijándose en la expresión pensativa del rostro de Reagan. —¿Qué estás pensando?

—Hace cinco años, habría descartado una colaboración con el departamento por considerarla una concesión —admitió Reagan, observando cómo el haz de luz del faro comenzaba su barrido nocturno por la bahía.

—¿Y ahora?

—Ahora reconozco el valor de que distintos enfoques sirvan al mismo propósito —dijo Reagan—. Nuestras metodologías, integradas en la formación sistémica, llenan los vacíos en la respuesta tradicional.

—Un puente entre la protección independiente y la reforma institucional —observó Eve.

—Merece la pena tenerlo en cuenta —concluyó Reagan—. Si se estructura adecuadamente para mantener nuestra independencia.

Eve se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una cajita que llevaba semanas guardando, a la espera del momento oportuno. —Hablando de asociaciones…

Reagan la reconoció al instante: el estuche de terciopelo que Eve le había enseñado cinco años antes, que contenía el anillo de compromiso comprado días antes de la desaparición de Reagan, una década antes de aquello.

—Lo has guardado todo este tiempo —observó Reagan, con la voz cargada de más emoción de la que solía permitirse.

—Esperando el momento oportuno —confirmó Eve—. Dijiste que te lo preguntara de nuevo cuando hubiéramos construido algo sólido, cuando estuviéramos seguras de que esta asociación funcionaba más allá de la misión y la crisis.

La expresión de Reagan se suavizó bajo la tenue luz. —Cinco años de construcción. Trescientos rescates con éxito. Una operación legítima que transforma la forma en que Phoenix Ridge protege a sus más vulnerables.

—Y nosotras —añadió Eve.

Eve abrió la caja y dejó a la vista el anillo que había llevado consigo durante quince años: cuando creía que Reagan estaba muerta, cuando la cazaba como justiciera y mientras construían

juntas su servicio de protección. Sencillo, elegante y lo bastante práctico para una mujer que valoraba tanto la funcionalidad como la belleza.

—Reagan Shaw —empezó Eve—, hace quince años compré este anillo con la intención de pedirte que construyeras una vida conmigo. Hace diez años, pensé que esa oportunidad se había perdido para siempre. Hace cinco años, nos reencontramos y empezamos a crear algo que ninguna de las dos podría haber construido sola.

Sacó el anillo de su nido de terciopelo. —¿Quieres casarte conmigo y continuar esta asociación de forma oficial, permanente y completa?

La sonrisa de Reagan —insólita y genuina— le transformó el rostro. —Sí —respondió, extendiendo la mano—. De justiciera a socia. De la venganza a la justicia. Del aislamiento a esto.

Eve deslizó el anillo en el dedo de Reagan; la sencilla alianza le quedaba perfecta a pesar de los años transcurridos entre su compra y su entrega. —De enemigas a socias —añadió—. De cazarte a quererte.

Desde la terraza, Phoenix Ridge se extendía ante ellas: la ciudad a la que ambas habían servido de maneras tan diferentes, la ciudad que habían ayudado a transformar mediante una exposición dolorosa pero necesaria, la ciudad que ahora protegían mediante la colaboración en lugar de la oposición.

—¿Y ahora qué? —preguntó Reagan, con la cabeza apoyada en el hombro de Eve mientras contemplaban la ciudad—. Más allá del rescate de Patterson y de la propuesta de consultoría de Foster. Más allá de este momento.

—Sea lo que sea —replicó Eve, haciéndose eco de las palabras de su enfrentamiento final cinco años antes—, lo afrontaremos juntas.

La misión que había consumido una década de la vida de Reagan había concluido. El sistema al que Eve había servido durante veinte años se había transformado. Y en el espacio entre la venganza y la lealtad ciega, habían construido algo que ninguna de las dos había

imaginado posible: una asociación al servicio de la justicia que no exigía el sacrificio de todo lo demás.

Juntas.

POSTFACIO

Gracias por leer *A la caza de ella* 💥

La historia entre Eve y Raegan está llena de heridas, dudas, deseo… y una conexión que nunca murió. Es un romance con historia, con rabia, y con fuego por ambas partes.

👉 ¿Lista para más?

Descubre el **Libro 3 – *Corazones encubiertos*** aquí:

mybook.to/PRP3S

🚒 ¿Ya conoces la serie Phoenix Ridge Bomberas? Mujeres valientes, escenas ardientes y pasión sin límites:

mybook.to/PRF1S

💌 Y pronto…

Phoenix Ridge Médica también llegará en español, con más mujeres poderosas, más deseo, y siempre finales felices.

📱 Instagram y TikTok → **@emilyhayesbooks**

📬 Newsletter (en inglés):

👉 https://www.subscribepage.com/emilyhayeslist

Nos vemos en Phoenix Ridge 💕

— **Emily**